

LINA GALÁN

Quiero una vida
~~HA~~ imperfecta contigo



zafiro[♥]

ÍNDICE

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

BIOGRAFÍA

REFERENCIAS DE LAS CANCIONES

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Me llamo Sofía y soy escritora. Una importante editorial me acaba de publicar *Marcel y yo*, mi primera novela romántica, que está siendo un auténtico bombazo.

En el plano personal no me puede ir mejor: vivo en un precioso dúplex, con un novio perfecto, y tengo las mejores amigas del mundo.

Vamos, que mi vida es maravillosa.

O lo era, hasta que a mi editora se le ocurrió gritar a los cuatro vientos que *Marcel y yo* era una obra autobiográfica. Por su culpa, ahora necesito a un Marcel. Pero lo único que he conseguido ha sido un Álvaro. Y a mí me gusta más Marcel. Pero sólo tengo a mano a Álvaro. Y no puedo dejar de pensar en él... en Álvaro. No, en Marcel... En los dos...

¡Qué desastre!

En estos momentos ya sólo me queda echar mano de mi inseparable agenda rosa y ponerme a apuntar cada paso que debo dar, como hago siempre para tenerlo todo controlado:

Dejar de enamorarme de mis protagonistas.

No volver a pensar en liarme con Álvaro.

Hacer más caso a mis amigas de vez en cuando.

Ignorar por completo los consejos de mi madre...

**QUIERO UNA VIDA IMPERFECTA
CONTIGO**

LINA GALÁN

A todos los que forman parte de mi vida imperfecta

PRÓLOGO

—Buenos días. Ya he preparado el zumo de naranja.

—Buenos días. En un momento tengo listas las tostadas.

Como cada mañana, estamos en perfecta sincronización. Mi novio y yo nos levantamos invariablemente a las siete y cuarto de la mañana. Mientras él se ducha, yo hago el zumo y pongo la mesa, y, mientras me ducho yo, él prepara las tostadas y el café. Después, nos sentamos uno frente al otro en la mesa de la bonita terraza de la que dispone nuestro dúplex. Él aprovecha para leer las últimas noticias financieras en el periódico y yo repaso las notas de mi agenda. Abro la página de hoy, lunes, y me aparecen todos mis quehaceres, desde recordar preguntarle a mi pareja por su próximo ascenso, pasando por mi reunión con mi editora hasta coger una barra de pan a la vuelta de la editorial.

Todo calculado. Todo perfecto.

Ambos decidimos vivir juntos hace tres meses, porque nos pareció lo más práctico. De esta forma, ahorramos tiempo y dinero en desplazamientos, puesto que ya no es necesario que cada uno vaya a casa del otro cada vez que queramos estar juntos; ni pagar un hotel, dado que yo compartía piso con dos amigas.

Repartimos al cincuenta por ciento las tareas y los gastos, una mujer viene a casa a hacer la limpieza una vez por semana y encargamos la compra por Internet.

Tal vez parezca algo calculado y frío, pero también nos ahorramos discusiones y problemas. Y, además, así es David, mi novio, metódico y perfeccionista.

—¿Terminarás tu jornada a la hora de siempre? —le pregunto mientras damos el último trago de café.

—Quizá acabe algo más tarde —responde a la vez que se pone la chaqueta

del traje—. El nuevo cliente americano nos está exigiendo más de la cuenta y no sé hasta cuándo podrá alargarse esta vez la reunión.

—Espero que todo vaya bien y pronto firméis ese contrato tan importante — le digo mientras pillo el bolso y salimos por la puerta—. Ese ascenso está tardando más de lo previsto.

—Eso espero yo también. ¿Y tú? ¿No tenías hoy una cita con tu editora?

—Sí —afirmo excitada, aunque no demasiado, pues no suelen gustarle demasiado las exaltaciones ni las demostraciones de humor—, y con algunos jefazos, aunque lo que más me emociona es saber que habrá algún representante de la prensa. Estoy nerviosa, porque todo depende de la acogida que haya tenido la novela entre el público.

—Tranquila, todo irá bien. Recuerda que los nervios son malos compañeros. —Me da un beso en la mejilla y nos despedimos en la calle.

Él coge un taxi para ir a su oficina y yo voy caminando hasta el edificio donde se ubica la editorial que ya me ha publicado tres novelas, puesto que se encuentra sólo a un par de manzanas.

Sonrío mientras camino por la acera. Mi vida es perfecta.

CAPÍTULO 1

Sofía

Antes de acceder al despacho de Estela, mi editora, me mosquean un poco las miraditas que me está lanzando el personal. Todos me sonríen de una forma rara, como si supiesen algo que yo desconozco. Me acerco al cubículo de mi amiga, Sandra, que también es mi compañera, pues está en el departamento de diseño de la editorial. Es una gran diseñadora y realiza unos trabajos impresionantes, desde portadas a montajes publicitarios de lo más profesionales.

—¿Se puede saber qué le pasa a toda esta gente? —le pregunto entre dientes.

—Pues que esta mañana hemos visto a un montón de personas con Estela, sobre todo a algunos de arriba, junto a un grupo de periodistas. Nuestra editora mostraba una sonrisa tan grande que lo único que se veía de ella eran sus horribles labios pintados de fucsia, incluidos sus dientes, que, como ya sabes, también suele llevar pringados de ese abominable color.

—Joder, por mucho que intento canalizar mis nervios, no puedo evitar estar inquieta.

—Eres humana, Sofía —me reconforta ella—, y puedes estar nerviosa si te da la gana. De todas maneras, las ventas están yendo geniales, así que, adelante, enfréntate a los jefes, a los periodistas y al mundo si hace falta.

—¿Por qué no me acompañas? —le propongo con impaciencia. La presencia de mi amiga en este momento es el mayor aval de seguridad del que puedo disponer.

—Pensaba que no me lo pedirías nunca —dice con su contagiosa sonrisa.

Accedemos las dos, en primer lugar, al despacho de mi editora. Estela está exultante, hablando por teléfono, gesticulando y sonriendo tanto que por un

instante temo que su cara acabe quedándose congelada en ese horrible gesto.

Sería lo último que le faltaría, porque para Estela la moda no existe, y ni siquiera posee el más básico entendimiento sobre la combinación de colores. No sabemos si es daltónica o, simplemente, su gusto es pésimo, pero sus ojos pintados de azul, sus labios color fucsia y su pelo teñido de caoba dan como resultado que se te nuble la vista ante esa imagen, y más si la desvías hacia abajo y te encuentras con sus trajes de chaqueta, casi siempre en tono verde o amarillo, combinados con zapatos rojos y algún fular estampado. Cada vez que tenemos noticia de que alguien va a verla por primera vez, procuramos no perdernos la expresión de su cara cuando se les aparece el arco iris en persona. Suelen hacerle un repaso visual de arriba abajo y después alzan sus cejas al máximo. No falla.

—¡Sofía! —exclama al verme—. ¿Qué te parece el revuelo que está formando *Marcel y yo*?

—¿Las ventas van bien? —pregunto sin poder disimular mi felicidad.

—¡Fantásticas! —responde extasiada—. ¿Estás preparada para atender a unas cuantas personas? No te preocupes, sólo son unos amigos de la prensa, de algunas publicaciones digitales, blogueras, y algunos representantes de los lugares donde podrás realizar... ¡tu primera firma de libros!

—Oh, Estela, por favor —le digo, tapándome la boca y a punto de llorar—. Yo... no tenía ni idea... Las novelas que había escrito hasta ahora eran de misterio, y jamás pensé que, cuando me estrenara con una historia romántica, la cosa fuese a ir tan bien.

—¡Tu novela es un auténtico bombazo! —me suelta mientras se dirige a mí y me toma de las manos—. Esa historia tan romántica, entrañable, tierna, cercana, apasionada... es, sencillamente, perfecta. Y, sobre todo, tu triunfo ha sido tu protagonista masculino. Miles de lectoras se han enamorado de Marcel y han suspirado con su relación con Sofía. Llamar a la protagonista como tú fue todo un acierto. Todo el mundo está convencido de que es una historia autobiográfica.

—Pero no lo es —aclaro con un suspiro—, por mucho que os hayáis empeñado en incluirlo en la sinopsis del libro.

—Eso no importa, de momento. —Cambia de tema descaradamente—. Si te parece, los he hecho acomodarse en una de las salitas de la planta de abajo. Únicamente tendrás que hablarles un poco de la historia, los personajes, tu inspiración, el porqué de cambiar de género...

—Total, casi nada —bufo.

—Tranquila, Sofía —me anima Sandra—. No es la primera vez que te enfrentas a una situación así.

—Lo sé —susurro mientras descendemos la escalera—, pero el cambio de registro ha sido muy brusco y estoy muerta de miedo. Además, aunque mis novelas de misterio funcionaron bien, nunca levantaron tanta expectación.

Vuelvo a sentirme muy nerviosa cuando abrimos la puerta y accedemos a la sala. Hay un montón de personas que me están esperando, todas sonrientes. Mi amiga se sienta al final de todo y me levanta un dedo pulgar mientras tomo asiento junto a mi editora y el director de la editorial. Tengo de frente a una nutrida concurrencia que me mira expectante.

Qué mal llevo enfrentarme a lo desconocido, a lo que no puedo controlar.

—Buenos días, Sofía —me saluda una chica—. Trabajo para la publicación *Lectura para todos*, aunque el resto de mis compañeros, aquí presentes, y yo tenemos las mismas preguntas para ti. Ante todo, enhorabuena por tu novela, es preciosa.

—Gracias —le contesto.

—¿Por qué decidiste cambiar de una temática que ya dominabas a otra tan diferente?

—Pues...

Como la mayoría de las veces, Estela responde por mí.

—Sofía Valverde posee una imaginación desbordante que tiene que surgir de su mente en forma de escritura. Puede concebir una historia de suspense lo mismo que una de amor. Tal vez próximamente nos sorprenda con una comedia de humor, un *thriller* de asesinos en serie o un recetario de cocina.

Todos ríen. Yo, no tanto. Es cierto lo de mi insaciable imaginación, que ya arrastro desde que era una niña, pero dudo mucho de que pudiera escribir una comedia, puesto que nunca he sido para nada graciosa. Y un recetario de cocina, aún menos. David y yo solemos comer fuera o preparamos ensaladas y poco más.

—Por favor —interviene una mujer, que creo que representa a una importante cadena de librerías—, háganos de los personajes. Sobre todo de Marcel, claro.

Esta vez Estela me mira. Agradezco que me deje hablar de vez en cuando.

—Marcel es un hombre que no cree en el amor y menos en el matrimonio, después de vivir el divorcio de sus padres cuando era niño y, más tarde, el de sus amigos y el suyo propio. Por eso, se limita a encuentros de una noche, a relaciones basadas en el sexo, a divertirse y a vivir la vida.

—Pero conoce a Sofía —puntualiza la mujer.

—Exacto —respondo, cada vez más entusiasmada. Detesto hablar en público, pero, si comienzo a hablar de mis novelas, ya no paro—. Conoce a Sofía, que es la hija de un cliente con el que mantiene una relación profesional.

—Sofía y él, al principio, se llevan fatal—interviene un hombre, que creo recordar que ha venido en representación de una plataforma digital—. Él sólo desea vivir el momento, disfrutar de las mujeres y ganar dinero, mientras que ella es más seria, una chica que sabe lo que quiere, con una vida organizada, en la que todo está controlado desde su infancia.

—Efectivamente —contesto—. Sofía ya tiene un novio, serio como ella, fechas para absolutamente cualquier cosa apuntadas en su agenda y una concepción de pareja algo anticuada. Pero Marcel la hará conocer el lado divertido de la vida y, poco a poco, el amor entre dos personas tan dispares irá surgiendo. Me alegro de que todos hayáis captado tan bien a los personajes.

—Nos han entusiasmado —oigo decir a otra chica—, sobre todo sabiendo que están basados en tu propia experiencia.

—¿En mi propia experiencia?

—No es un secreto que tú has vivido una historia semejante.

—Bueno, semejante, lo que se dice semejante...

—La protagonista se llama Sofía, y su descripción física coincide con la tuya: delgada, rubia, ojos color miel... No irás a llamarlo casualidad.

—Bueno, no, claro...

Joder, ¿cómo se le ocurrió a mi editora lo de la historia autobiográfica? Ya no sé cómo salir de este embrollo.

—Lo que no puedes negar es que Marcel existe —insiste la misma chica—, si no, no nos habría calado tanto esa relación.

—Pues no...

—Por supuesto que existe —salta Estela—. Sofía se ha basado en su amor real por un hombre y lo ha plasmado en sus palabras para crear esta historia.

—¡Eso imaginábamos! —dice una de las asistentes, entusiasmada—. ¡Pero

necesitábamos que ella nos lo confirmara! ¿Qué os parece? —pregunta al resto—. ¡Marcel existe y es un hombre real!

—¡Queremos conocerlo! —exclaman varias mujeres a la vez.

Aprovecho el revuelo formado para girarme hacia Estela y hablarle sin apenas mover los labios.

—¿Qué coño haces? ¿Por qué has tenido que decir eso? ¿No tenías bastante con el rollo de la autobiografía?

—Es lo que estaban deseando escuchar —me contesta de la misma forma—. Te lo he dicho, el éxito se debe a tu protagonista masculino, y deberías aprovechar esa baza si quieres que las ventas sigan aumentando.

—Joder, Estela —sigo mascullando—, ¡me están pidiendo conocerlo!

—Bueno, ¿tú no tienes novio? Pues el día de la presentación oficial te lo llevas y asunto resuelto.

—¿David? ¡Él no se parece en nada a Marcel!

—Eso es lo de menos. Que se tiña el pelo o lo que sea.

—Madre mía...

El director parece satisfecho al ver a los presentes tan entusiasmados. Estela sonrío de nuevo a la concurrencia con sus llamativos labios. Y yo me quedo paralizada cuando observo cómo me miran todos a mí, esperando a que confirme la aparición de Marcel en la presentación de la novela.

—Sí, bueno —titubeo—, supongo que podría acompañarme en la presentación y así podría presentároslo a todos.

—¡Sería estupendo! —exclama alguien—. ¡No imaginas la de gente que aparecerá ese día en cuanto sepa que tu novio en la vida real es Marcel y te acompañará!

Me están dando hasta retortijones por los nervios. David no es, precisamente, un hombre al que le guste formar parte de una pantomima, y no tengo ni idea de cómo voy a convencerlo para que se preste a ser Marcel.

Nos despedimos de los invitados, el director me da la mano y la enhorabuena, y mi amiga no deja de mirarme con los ojos muy abiertos.

—¿Qué es eso de que Marcel existe? —me comenta mientras subimos la escalera—. ¡Yo misma fui tu lectora cero mientras lo creabas! ¿Por qué habéis montado este tinglado?

—¡Y yo qué narices sé! Estela, que se cree que la vida tiene tantos colores

como ella misma.

—Joder —suelta y ríe de pronto. Sus carcajadas, al llegar a su mesa, retumban en los biombos de lona.

—¿Qué coño te hace tanta gracia?

—Me estoy imaginando la cara que pondrá David cuando le cuentes que ha de estar en la presentación y, para colmo, haciéndose pasar por Marcel. ¡Dijiste que ni siquiera se había leído el libro!

—Mierda, es verdad —me quejo, cerrando los ojos. David es un encanto, pero muy formal y tímido, por lo que hace tiempo decidió pasar del tema de mis presentaciones, firmas y demás compromisos laborales—. Mira, Sandra, esto no puede ser. Ahora mismo voy a hablar con Estela, a ver si le desaparece esa absurda idea de la cabeza.

Todo ha ocurrido demasiado rápido y no me han dejado ni pensar, pero soy la autora, la que debe contestar las preguntas de los lectores, la que va a estampar su firma en los ejemplares y la dueña de la cara que sale en la contraportada. ¡Digo yo que tendré algún tipo de voz y voto!

Me dirijo de nuevo, esta vez con determinación, al despacho de la editora. Espero unos minutos a que acabe de hablar con el director, el cual sale por la puerta y me sonrío mientras vuelve a estrecharme la mano.

—Qué buena pareja hacéis Estela y tú —me comenta—. Vuestra idea de que tu novio te acompañe en las firmas de libros ha sido genial.

—¿Fi... firmas? ¿Habrá más de una?

—¡Por supuesto! De momento, tenemos una en Madrid, además de varias aquí, en Barcelona, pero no descartamos que surja alguna más en diversas ferias del libro. Ya he dado orden de confeccionar los anuncios que se distribuirán por las redes sociales, donde se especificará «Sofía Valverde junto a Marcel, su novio en la novela y en la vida real». ¿Qué te parece?

Me mira con sus ojillos pequeños, que lo mismo destilan simpatía que una mala hostia que te cagas. Su traje impecable y su pelo canoso aún lo hacen más serio, a pesar de su sonrisa blanca y casi sincera. Sólo casi.

Cualquiera le dice nada a este tío...

—Pues... perfecto. ¿Cómo me va a parecer?

—Buen trabajo, Sofía. —Me da una palmadita en la espalda y se marcha.

Mierda, mierda, mierda...

Entro de nuevo en el despacho de Estela, que proyecta la misma cara de satisfacción que tendría si se hubiese acabado de comer una enorme tarta de chocolate.

—Digo yo que podrías haberme avisado, ya que soy la que ha escrito la historia, la que tiene que dar la cara y... ¡la que se tiene que presentar con Marcel en un montón de firmas de libros!

—¿Y qué problema tan insalvable ves ahí?

—Pues, no sé... ¡¿que Marcel no existe, por ejemplo?!

—¡Y qué problema es ése, por el amor de Dios! ¡Sólo necesitas un novio! ¡Un novio que ya tienes! Lo único que hará falta es que le hagamos aprenderse unas cuantas cosas para que pueda responder lo que debe y ya está.

La mato. Yo la mato.

—Conoces a David, Estela —replico, apretando los dientes—, y sabes perfectamente que no encaja en ese personaje, ni en lo físico ni en nada de nada. Es el tipo más circunspecto y recto que he conocido en mi vida, virtudes que, por otro lado, adoro, pero que... ¡no me sirven para que haga de Marcel!

—Estás haciendo una montaña de esto —me dice, tranquilamente, mientras se sienta en su silla y comienza a hojear papeles y notas—. Habla con él, persuádelo; tráelo aquí si es preciso y hablaré con él, pero deja ya de quejarte.

—La próxima vez —suelto cabreada—, escribiré *Las mil maneras de hacer lo que te dé la gana sin que nadie interfiera*.

Salgo del despacho con rapidez y me acerco otra vez al cubículo de mi amiga.

—Voy a tener que ponerle las pilas a David cuanto antes. ¿A qué hora sales a almorzar?

—En diez minutos.

—Pues que te los regale la empresa. Vas a acompañarme ahora mismo a la oficina de David. Te necesito para convencerlo.

—Eso está hecho —acepta mientras coge el bolso y me sigue hasta el ascensor.

En la calle, paramos un taxi para llegar cuanto antes al edificio de oficinas donde él trabaja. Mi novio es directivo en una importante compañía farmacéutica y, últimamente, anda bastante liado esperando un ascenso que lleva mucho tiempo mereciendo, pues sus serios modales y su dedicación lo han llevado a

conseguir los mejores clientes para la empresa.

—No sé si lo pillaremos comiendo o de reunión —le comento a Sandra mientras nos acercamos a la recepción.

Efectivamente, la recepcionista nos comunica la primera opción.

—Lo siento, el señor Rangel ha salido a almorzar hace unos minutos con su secretaria.

—Vaya —suspiro. Me doy cuenta de que nunca he venido al trabajo de David y ni siquiera conozco a la recepcionista—. ¿Podría decirme a qué restaurante ha ido?

—Pues por norma general acostumbran a ir al Asador, que se encuentra en...

—Gracias, sé dónde está. —Sin dejarla terminar, me doy la vuelta con rapidez hacia la salida.

—¿No te mosquea que salga a comer con su secretaria? —me pregunta Sandra cuando atravesamos las puertas acristaladas.

—Por supuesto que no. Ángela es una mujer de unos cincuenta años, casada y responsable. Suelen aprovechar la hora del almuerzo para repasar la agenda. Además, si fuera una chica joven y soltera, tampoco pensaría mal. No soy para nada celosa.

—Pues yo sí lo soy. El día que tenga novio, más le valdrá no darme motivos o le montaré un pollo que se cagará.

Con el aire acondicionado del taxi y el de la recepción, no nos habíamos dado cuenta del calor que hace. En la calle, se nos derrite el maquillaje y los tacones nos matan mientras esperamos a que cambie el semáforo bajo el sol del mediodía.

—Joder —se queja ella—, espero que esté cerca, hija, o mis zapatos acabarán enganchados al asfalto. No voy a darte detalles de cómo va de pegada a mi cuerpo mi bonita lencería.

—No hace falta —gruño—, porque la mía está igual.

Cruzamos la primera parte de la avenida cuando el semáforo cambia a verde, pero debemos permanecer esperando en una isleta a que cambie de nuevo. Desde donde estamos, ya distingo el restaurante que ha mencionado la chica. El sol se refleja en las cristaleras y no alcanzo a ver el interior, pero, por suerte, diviso a David antes de que entre.

—¡Mira! —le digo a Sandra—. Ahí están.

Veo a mi novio antes de acceder al local, pero, por mucho que lo saludo con la mano, él no me ve. También es verdad que su compañía parece acaparar toda su atención.

—Pues perdona que te diga, Sofía, pero su secretaria o se ha hecho un *lifting* que ya quisieran las famosas o no tiene cincuenta años ni por asomo.

—Pero ¿quién coño es ésa...?

Estoy flipando. Totalmente. Por supuesto, la tipa que vemos con David no puede ser Ángela. ¿Habrá cambiado de secretaria y no me ha dicho ni media?

—Y tampoco tiene pinta de ser una mujer casada y madre respetable — continúa Sandra, tan alucinada como yo—. Más que nada por la minifalda que se calza, los taconazos de palmo y el escote por el que, ya desde aquí, puedo ver la talla de esos melones, que debe de ser la cien, como mínimo.

—No entiendo nada —susurro.

—Me parece que la comunicación no es lo vuestro.

—Di mejor que no hablamos una mierda —me quejo, empezando a cabrearme en serio cuando los veo hablar, decidir algo y cogerse de la mano antes de girar una esquina.

Y no sólo se toman de la mano, no. Se miran, sonríen, se tocan, se ríen a carcajadas...

¿Desde cuándo ríe David de esa manera?

—Joder, Sofía, perdona otra vez porque haga esta puntualización, pero no parecen mantener una relación de jefe y empleada, precisamente. Se están partiendo de risa todo el rato, y no creo que se te haya pasado por alto la mano de tu novio en su culo y la de ella, debajo de su camisa.

Me percato perfectamente. Me da la sensación de que he salido de mi cuerpo y voy sobrevolando por encima de la ciudad para ver a esa pareja de la que David forma parte, pero que yo apenas puedo reconocer... como si no fuera conmigo, como si ese tío fuera un extraño que no he visto en mi vida, con el que tampoco duermo cada noche o veo la televisión después de cenar; ese al que tan bien creía conocer.

Ambas volvemos a alucinar cuando, todavía desde la isleta, contemplamos cómo mi novio se está dando el lote con la pelirroja curvilínea al amparo de una furgoneta aparcada. Incluso inclinamos la cabeza hacia uno y otro lado para poder seguir el ritmo de su beso. ¡Y qué beso! Desde aquí me parece ver el par

de lenguas enroscadas como tornillo y tuerca.

—¡Madre mía! No imaginaba que David fuera tan ardiente.

—Es que no lo es —afirmo, cada vez más apagada.

Como esperaba, me sobreviene un bajón. No recuerdo la última vez que tuve sexo con David, y mucho menos cuándo me besó de un modo parecido.

«Ya sabes que yo soy serio y no me sale demostrar mi deseo por ti, pero eso no quiere decir que no lo sienta», me suelta cada vez que le recuerdo lo frío que es su comportamiento.

Puto hipócrita...

Cuando ya parecen haber calmado su ardor, deciden entrar en el restaurante. Ella saca un espejito del bolso y se repasa el carmín, mientras él se pasa los dedos entre el pelo y se recoloca las gafas, en un gesto tan suyo que me duele ver cómo lo hace junto a otra que no sea yo.

Al observar cómo el camarero los acompaña a una mesa, decido que es el momento de entrar. No pienso irme y echarle una simple bronca en casa. Es aquí y ahora cuando necesito desahogarme.

—¡Espera, Sofía! —chilla mi amiga—. ¡Que el semáforo aún está rojo!

Pero yo no escucho nada. Simplemente, me lanzo sobre la calzada.

—¡Joder, para, Sofía! —me detiene Sandra, cogiéndome con fuerza de un brazo—. ¿No oyes pitar a los coches? ¡Estás en medio de una avenida principal en plena hora punta!

—¡Quítate de en medio, tarada! —me grita un conductor.

—¡Que, si te atropellamos, encima tendremos la culpa! —vocifera otro.

—¡Muérete, gilipollas! —berrea Sandra.

Yo, ni me inmuta. Me dedico a llegar a la acera y a acceder al restaurante. Traspasamos la puerta de cristal, y en lo primero que pienso es en lo bien que se está aquí dentro con el aire acondicionado, porque mi cabeza parece haberse quedado inoperativa.

Hago un repaso visual por todas las mesas y, por fin, los localizo. La suya es la que más apartada está, en un rinconcito la mar de discreto, para poder dar rienda suelta a sus toqueteos y sus risitas.

—Míralos —dice mi amiga—, ahí están. ¿Qué te parece si les hacemos compañía un rato? A mí me apetece beber algo frío. Tengo la garganta más seca que el esparto.

—Me has leído el pensamiento.

Con determinación, las dos nos encaminamos hasta el romántico rincón y, antes de que nadie diga una palabra, cogemos una silla cada una de otra mesa y nos acoplamos a la parejita.

—Hola, David —lo saludo—. No me habías dicho que habías cambiado de secretaria.

—Sofía... —balbucea con cara de haber visto un fantasma—, ¿qué... qué haces aquí?

—Pues, de momento, beber algo fresco, que se me acumula el sudor en el canalillo... Bueno, aunque no tenga mucho de eso —digo, observando las grandes tetas de su acompañante.

Sandra coge una de las copas y se la llena de agua fría, ya que las únicas bebidas sobre la mesa son agua y vino. Yo tomo la otra y la pongo en alto.

—Vino para mí, por favor —le pido a David.

—A ti no te sienta bien el alcohol...

—He dicho que me sirvas vino. Hasta arriba.

Sin saber por dónde salir, David me llena la copa de vino tinto y me la bebo de un trago. Necesito alcohol para poder enfrentarme a este cerdo.

—Vaya —prosigo mirando su plato—, *ragoût* de ternera a la jardinera con guarnición de patatas fritas. Y yo sin probar una puta patata frita en siglos porque decías que no eran sanas.

Cojo una patata, la mojo en la salsa y me la como mientras la pareja no deja de mirarme. Sus rostros están tan pálidos que casi me dan pena. Bueno, no, rectifico: ¡que se jodan!

—Así que la falta de sexo de los últimos tiempos tenía una explicación, y no era precisamente tu estrés laboral.

—Sofía, deja que te explique...

—Sírreme otra copa de vino, por favor —lo interrumpo.

Él vuelve a obedecerme, mientras Sandra se sirve agua de nuevo y se recuesta en la silla para observar el espectáculo. Yo me bebo la copa de golpe otra vez.

—¿Y qué vas a explicarme? —le pregunto—. ¿Que tanta seriedad era fingida? ¿Que soy una mujer de lo más aburrida por tu culpa? ¿Que, mientras te limitas a darme un besito de tarde en tarde, retozas con otras en medio de la

calle? ¿Que eres un asqueroso de mierda, embustero y cabrón?

—Sofía, basta ya —me exige mientras mira a su alrededor—. Estás subiendo el volumen y nos están mirando.

—¡Pues no parecía preocuparte la gente mientras os metíais mano ahí fuera! —chillo sin importarme que varias personas se giren y nos miren—. ¡Sí! —me dirijo a los comensales que nos observan—. ¡Acabo de pillar a mi novio con esta zorra de tetas gordas!

—Joder... —David cierra los ojos y se toca la frente, avergonzado de mi reacción, cosa que me importa un huevo.

Yo misma me sirvo la siguiente copa.

—Dime la verdad, David: ¿no me has hablado de tu cambio de secretaria o, sencillamente, siempre ha sido ésta y la descripción de Ángela fue creada por tu imaginación?

—Yo...

Coño, qué ganas me están entrando de matarlos a los dos. No sé si me quema la sangre por el vino o por la rabia, pero estoy empezando a elucubrar un montón de maneras de cometer un doble asesinato. Aunque también he pensado que no merece la pena arriesgarse por este cerdo y su fulana.

—No te preocupes, cariño —le digo, aparentando tranquilidad—, no te pongas nervioso. Únicamente soy yo a la que acabas de hundir y humillar, aparte de hacer que ahora mismo no entienda muchas de las cosas que hace tan sólo diez minutos tenía tan claras.

—¿Puedes esperar a que volvamos a casa para que hablemos? —me pide sin mover los labios.

¿Puede ser que lo que más le preocupe en estos instantes sea la gente o el lugar? Sí, por supuesto. Es David, mi novio hasta hace cinco minutos, y lo conozco perfectamente... o eso creía yo. Lo peor de todo esto es que mañana no me acordaré de nada de lo que estoy diciendo; es lo que tiene no aguantar beber ni una puñetera copa.

—¿A casa? ¡A casa! —exclamo con una carcajada—. ¿Qué casa?, ¿la nuestra? Yo ya no pienso estar contigo ni para recoger billetes. Encárgate tú de pagar tu preciado dúplex en el centro, porque, en cuanto llegues, no quedará mío ni un puto cortaúñas.

Me levanto y mi amiga también, pero, antes de marcharme, me volteo, cojo

el plato con la carne en salsa y, con un giro perfecto de muñeca, se lo pongo de sombrero.

Sé que es el vino el que actúa por mí, el que me otorga el valor necesario para hacer y decir lo que siento, pero, ¡Dios!, qué satisfacción al ver la carne, las patatas y los guisantes envueltos en la pringosa salsa deslizarse por su pelo, su cara, sus gafas y su traje.

—Maldita sea, Sofía —murmura mientras sacude la servilleta y se la pasa por encima. Su pelirroja acompañante suelta un grito y lo ayuda a limpiarse, cariacontecida pero mirándome con odio.

—Basta ya, déjalo en paz —suelta la muy petarda, como si tuviese algún derecho a quejarse.

«No te preocupes, que tú tampoco te libras.»

Cojo la copa de vino tinto que aún está llena y arrojo el contenido con fuerza sobre su escote y su blusa blanca, que en un segundo se torna morada y transparente, dejando ver los regueros de líquido bajar por sus tetas. Lanza un gemido y abre tanto la boca que a punto estoy de tirarle algo dentro.

—Hala, ya podéis chuparos el uno al otro.

Sandra y yo salimos del local. Inspiro enérgicamente y empiezo a caminar bajo el todavía ardiente sol del mediodía. La cabeza me retumba, estoy mareada y apenas me siento las piernas.

—¿Estás bien? —me pregunta. Aprovecho que veo un banco, por suerte a la sombra de un árbol, y me dejo caer en él. Sandra se sienta a mi lado.

—No sé —respondo encogiéndome de hombros—. Si quieres que te diga la verdad, no siento nada... aparte de un terrible dolor de cabeza provocado por el vino. Estoy tan mareada que ni siquiera tengo claro qué he podido decir ahí dentro.

—Ya te lo recordaré mañana —contesta sonriendo—, pero, ¿sabes qué?, conociéndote desde hace tantos años y conociendo tu relación con David, entiendo perfectamente qué quieres decir con lo de no sentir nada.

Sandra me conoce y sabe que no me siento especialmente dolida, que sólo me he cabreado porque me he sentido como una mierda, y eso es lo que me angustia de verdad. Acabo de darme cuenta de que no amo apasionadamente a David y que nunca lo he amado de verdad; que nuestra relación estaba basada en lo práctico y en lo que se debe hacer, en obligaciones y en rutinas. Estábamos

juntos por inercia, por costumbre, por tener gustos similares en cuanto a querer una vida sosegada y planificada.

Nos conocimos hace un año en una sala de fiestas de la ciudad. Yo vivía entonces con mis dos amigas, Sandra y Noe, y ya estaba harta de no encontrar la paz que necesito para escribir. Ambas son un amor, las mejores amigas, pero ruidosas como ellas solas. Yo soy la seria, la tranquila, la que lo apunta todo en su agenda, y, posiblemente, vi el cielo abierto cuando descubrí que David era igual que yo... igual de organizado, de responsable, de sensato, de silencioso.

Pero, después de verlo junto a esa pelirroja de largas piernas, pienso en otros detalles de nuestra vida en común, como que nunca me ha besado como a ella; nunca me ha dicho «te quiero» con el corazón en la mano; nunca me ha arrancado la ropa para hacerme el amor apasionadamente sobre la alfombra; nunca me ha mirado como si fuese la última mujer sobre la Tierra.

Lo malo es que yo tampoco me he comportado así con él.

Y, lo peor de todo, es que jamás había echado de menos nada de eso, hasta ahora.

—Reconócelo, Sofía: David y tú sois la típica pareja aburrida que parece que lleva casada dos décadas. Cuando venía a verte a casa, Noe y yo nos escondíamos para ver si os pillábamos follando o algo así, pero no hubo forma. Apenas os hemos visto besaros.

—Porque pensaba que a él no le iban esas cosas... pero a la vista está que quien no le iba era yo. No me quería.

—A ti tampoco se te veía muy enamorada.

—Porque nunca lo he estado, y acabo de darme cuenta de ello. Se supone que debería estar rota de dolor, y no lo estoy.

—Entonces, ¿qué hacías con él?

—Pues...

Me viene a la mente, en este preciso instante, mi madre, el montón de veces durante mi vida que me dio el mismo consejo: «No te enamores nunca de uno de esos soñadores románticos que luego son unos muertos de hambre. Búscate un hombre serio y cabal que esté pendiente de su trabajo, que sea responsable y que te ofrezca tranquilidad y estabilidad».

Mi madre se basó siempre en su mala experiencia con los hombres, pues, según ella, sus ligues nunca tenían dónde caerse muertos, y, por eso, nunca

tuvimos dinero ni un hogar estable.

¿Y mi padre? Pues no tengo ni idea de su paradero. Parece ser que, siempre según mi progenitora, era un tipo demasiado soñador y romántico, que no tenía los pies en el suelo porque quería ser escritor, y que se pasó todo el tiempo a la espera de que alguien le publicara sus novelas. A su lado, ella no podía tener la vida que creía merecer y lo odió por eso. Aunque no tengo muy claro quién dejó a quién.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me pregunta Sandra.

—Primero —sonríó a malas penas—, darme una ducha fría para espabilarme, que se me están cerrando los ojos y lo mismo has de cargar conmigo. Y después, lo que has oído: recoger mis cosas y largarme del piso.

—¿Dónde vas a vivir?

—Pues esperaba que todavía siguiera vacante mi sitio de siempre, junto a ti y a Noe.

—Pues claro que sigue vacante —afirma, pasando su brazo por mis hombros—. Desde que ascendieron a Noe, apenas para por casa y se ha vuelto una rancia, pero, ahora que regresas con nosotras, haremos lo posible para que vuelva a ser como antes. Todo va a ir bien, ya lo verás. ¡Eres una escritora famosa!

—Anda, tonta —replico. Empieza a darme el bajón de nuevo y tengo muchas ganas de llorar. Mi cabeza da vueltas y vueltas, siento vértigo y el estómago comienza a revolverse.

—Lo que me lleva a preguntarme —dice Sandra, llevándose el dedo índice al labio superior—: ¿Quién será ahora Marcel?

Y, sin poder evitar una gran arcada, inclino la cabeza hacia el suelo y suelto por la boca lo poco que tengo en el estómago. Mi amiga se aparta con rapidez, intentando esquivar el vómito que salpica de mi boca y del suelo.

—¡Joder, Sofía!, vayámonos a casa o todavía seguirás dando más espectáculos hoy en medio de la calle.

—Mierda —susurro antes de dejarme caer sobre el hombro de mi amiga.

CAPÍTULO 2

Álvaro

—Tiene usted un currículum impresionante.

—Gracias —digo aliviado, dejándome caer en el respaldo de la silla.

—La verdad, no creo que pueda encontrar a nadie más preparado, incluso me parece demasiado para una empresa tan modesta como ésta.

—No importa —replico, hinchando mi pecho de satisfacción—. Un puesto de director de finanzas siempre conlleva una alta responsabilidad, sea cual sea el volumen de la compañía.

Por fin alguien parece ajeno a los rumores y, simplemente, tiene en cuenta mis títulos y mi experiencia. Al final, he hecho bien en alejarme de las principales empresas y multinacionales, solicitando una entrevista en esta pequeña filial. Hasta los mismísimos huevos estoy de ver ciertas caras en las entrevistas, en cuanto leen mi nombre y mi apellido, justo antes de *invitarme* a salir de su maravillosa organización.

Es lo que tiene pelearse con alguien tan poderoso como mi padre, que se te cierran todas las puertas. «Pues ¡jódete, cabrón, que tus tentáculos no llegan a todas partes!»

—¿Y cuándo podría incorporarme? —le pregunto a mi entrevistador, que todavía está flipando al contemplar mis credenciales.

—No veo problema en que sea este mismo lunes.

—Perfecto —acepto frotándome las manos.

Por fin un empleo. ¡Por fin voy a salir de esta puta miseria!

—En cuanto rellene usted estos datos, daré la orden de...

El sonido del teléfono de sobremesa lo interrumpe.

—Perdone un momento. —Descuelga el aparato y contesta algo desconcertado—. ¿Sí? Ajá... sí... comprendo.

Cuelga y me mira. ¡Joder, cómo conozco esa mirada!

—Lo siento, señor Cardona. Parece ser que ha habido una confusión. El puesto de director de finanzas ya ha sido cubierto.

—Oh, por supuesto —suelto con toda la ironía del mundo—. Casualmente se ha enterado usted ahora mismo. ¿No será que le acaban de comunicar que soy persona non grata? —Me levanto furioso—. Pensé que ésta sería una empresa seria a la que no le afectarían los mandatos de mi padre.

—No sé de qué me está usted hablando... —titubea el hombre, quien, nervioso, se recoloca las gafas sobre el puente de la nariz.

—Podría tener, al menos, la decencia de decirme la verdad, que alguien de arriba le acaba de comunicar que ni se le ocurra contratar a Álvaro Cardona, el hijo del magnate Jaime Cardona. Pero no se preocupe, ya estoy acostumbrado a la hipocresía de todos ustedes. Buenos días.

Recojo mis papeles, los coloco en mi carpeta y salgo rabioso por la puerta, dando un portazo.

«¡Joder! ¿Es que no va a haber manera de librarme de ti?»

A grandes zancadas, abandono del edificio y me voy en busca de la parada del metro para volver a casa. Ni tan siquiera puedo permitirme un puto taxi.

Cuando ya estoy frente a una de las barreras, introduzco la tarjeta para el acceso y la máquina me la devuelve. La meto de nuevo y me la vuelve a retornar. Mierda, puto metro y putas tarjetas que no funcionan cada dos por tres. Voy en pos del responsable, que, como siempre, no encuentras por ninguna parte y te acaba solucionando el problema como si se dedicara a salvar vidas y le debieras la tuya eternamente. Media hora después, accedo al vagón, tan atiborrado que tengo que compartir mi espacio con un gordo cuya camisa apesta y oír la música de los auriculares de la adolescente que no deja de hacer pompas de chicle en mi oreja.

—Perdona —me llega una voz femenina—, ¿no me recuerdas?

Como puedo, giro la cabeza, intentando no respirar el sudor de la mole que me aprisiona, y logro localizar el origen de esa voz. Una chica que se sujeta a la misma barra que yo y que otra docena de personas intenta hablarme mientras esquiva los globos de chicle de la joven. Cuando por fin puedo ver su rostro,

logro recordarla. Estaba en la misma sala de espera que yo, en la empresa donde acababan de darme largas, supongo que aguardando otra entrevista.

—Sí, te recuerdo —le digo—. Estabas en la sala, esperando, supongo, lo mismo que yo. Perdona, pero estaba tan concentrado en mi entrevista que no me he fijado mucho en lo que me rodeaba.

—Supongo que tampoco te han cogido —me comenta, hundiendo los hombros.

—Pues no, tampoco me han cogido. Y, a este paso, no me contratarán nunca.

—¿Por qué dices eso?

—Es una historia muy larga.

—Ya... —suelta tras una mueca por el empujón que le acaban de dar y que la hace caer sobre mí—. ¿Te parece si tomamos algo y me lo cuentas?

Para hacerme esa simple pregunta, me ha dedicado un mohín haciendo fruncir sus labios. Al tenerla tan cerca, he podido oler su perfume y me ha parecido de lo más excitante. Joder, cuánto tiempo llevo ya sin echar un puto polvo en condiciones.

—Claro —contesto.

Al menos sacaré algo bueno de este jodido día de mierda. Me apetece tomar una cerveza, y más si es en compañía femenina. La chica no es nada del otro mundo, pero tampoco estoy en un plan como para exigir mucho. Ya pasaron los días en que, gracias a mi apellido, mi puesto en la compañía y mi dinero, ligaba con sorprendente facilidad. Aunque reconozco que también me ha valido siempre mi físico —estar bueno y tener pasta es el más potente imán de mujeres—, nunca he sido un *playboy* ni nada parecido, pues admito tener un carácter un tanto especial, ser demasiado exigente y dedicarle demasiadas horas a mi trabajo. Bueno, cuando lo tenía.

También es verdad que, de esa forma, nunca pude saber a quién le interesaba con sinceridad. Yo, Álvaro a secas, ¿le gusté realmente a alguien alguna vez?

Sin embargo, parezco interesarle a una chica que no me ha conocido en mis mejores momentos y que no tiene ni remota idea del volumen de mi cuenta corriente, que es cero. Algo es algo.

—Por cierto, me llamo Laura, ¿y tú?

—Álvaro. —Nos damos dos besos de una manera tan extraña que a punto estamos de besar a un tipo que se acaba de añadir al agarre de nuestra barra. Y

reímos los dos hasta que salimos al andén.

—¿Y qué te han dicho en la entrevista? —me pregunta mientras subimos la escalera mecánica.

—Que no había ningún puesto para mí. —Omito darle más detalles. Ahora mismo no me apetece contar mi historia familiar—. ¿Y a ti?

—Me he presentado para un puesto de secretaria de dirección, pero no tengo suficiente experiencia. Si creen que con veintiocho años puedes tener quince de experiencia...

—Sí, todo es una mierda. ¿Adónde vamos? ¿No íbamos a tomar algo? —Me fijo en que acaba de sacar unas llaves de su bolso y está abriendo un portal.

—Sí —contesta—, pero en mi casa. Tengo cerveza fría en la nevera, si te apetece.

—Perfecto.

Es un edificio bastante nuevo y céntrico, lo que me hace pensar que vive en un lugar bastante mejor de aquel donde vivo yo. Abre la puerta del rellano y entramos en la vivienda, muy luminosa y acogedora.

—Coge lo que quieras de la nevera y ponte cómodo. Enseguida vuelvo. — Suelta el bolso sobre una silla y desaparece tras una puerta.

Algo perplejo, abro la puerta del frigorífico y saco un botellín de cerveza. Lo destapo, me lo llevo a la boca y, en cuanto el frío líquido riega mi garganta, casi gimo de placer.

Gemido que se acaba de convertir en un atragantamiento mortal cuando veo aparecer a Laura en bragas frente a mí.

—¿Qué haces? —le pregunto, apenas restablecida mi voz.

—Lo mejor que se puede hacer después de un horrible día como hoy, ¿no te parece? Y no me digas que no te lo esperabas.

—Pues...

Joder, estoy perdiendo mi capacidad seductora y mi instinto con las mujeres. Llevo tanto tiempo centrado en mi búsqueda de empleo y en mejorar mi precariedad económica que apenas he tenido tiempo para un revolcón.

Y, claro, esta chica me ha mandado señales ya en el metro, y ha acabado de zanjarlo cuando me ha invitado a su casa. Pero yo, sin enterarme.

—Anda, acompáñame —me pide, tirando de mí hasta su dormitorio—. Y no pongas esa cara. Pensé que los tíos teníais menos problemas para tener sexo con

chicas que acabáis de conocer. Yo, al menos, lo llevo de un modo muy natural. Cuando me apetece estar con alguien, se lo propongo y punto. El sexo me parece algo que se debe tomar así, cuando surge. —Y hace chasquear los dedos.

—Claro, claro. Igual que yo. Es mucho más excitante y satisfactorio.

Cualquiera queda ahora como un pardillo diciendo que hace siglos que no echo un clavo, y mucho menos que no ando por la vida follándome a la primera que me atrae, al menos no es mi norma. Será cuestión de aprovechar la ocasión.

—¿Te apetece también a ti estar conmigo? —me plantea mientras deshace el nudo de mi corbata y me saca la camisa por la cinturilla de los pantalones—. A mí me has parecido un succulento bocado y te he deseado nada más verte sentado en aquella sala, concentrado en tus papeles. Eres tan guapo...

Sin darme tiempo a decir ni mu, se lanza contra mi boca y mete su lengua hasta el fondo de mi garganta. Y yo podré andar algo desentrenado, pero no pienso renunciar a un polvo tan fácil.

Mientras me besa con sorprendente destreza, coloco las manos sobre sus pechos, que están duros y firmes, y comienzo a pellizcar sus pezones erectos, con lo que provoco que surja un intenso gemido de sus labios. Con rapidez, desabrocha mis pantalones y me los baja junto a los calzoncillos para dejarme totalmente desnudo. Ella se saca las bragas y me tira del brazo para lanzarnos sobre su cama. Nos besamos de forma desenfadada, frotando nuestros cuerpos, lamiéndonos, tocándonos, y entonces ya no puedo pensar... cuando ella comienza a lamer mi pecho y mi vientre y, sobre todo, cuando acaba colocando su cabeza entre mis piernas.

Me parece algo rápido, pero no pienso quitarle la idea.

Me arqueo completamente sobre la cama y lanzo un rugido cuando la veo introducirse todo mi miembro en su boca. Sus expertos movimientos, su húmeda lengua y sus ardientes labios consiguen que me excite al máximo.

«Dios, gracias por, después de joderme la vida, poner en mi camino a esta mujer y hacer que el día acabe un poco mejor de lo que empezó.»

¿Quién iba a decirme a mí, después de que me denegaran de nuevo un puesto de trabajo, que iba a encontrarme a una tía que, de buenas a primeras, me invitaría a su casa a hacerme semejante *faena*?

Estoy a punto de correrme, pero algo hace que me ponga alerta y mi orgasmo tenga que esperar. Parece un ruido; el de una puerta o algo así.

No me he equivocado. De pronto, un tío irrumpe en la habitación y abre un par de ojos como platos al ver la escena que tiene lugar sobre la cama.

—¡Joder, tía! ¿Quién coño es éste? —grito descompuesto.

—Tranquilo, guapo. Es mi novio, pero no te preocupes... le gusta compartirme o mirar.

¿Perdón...?

Antes de que me dé tiempo a quitarme a la chupona de encima, alucino por completo cuando observo al tipo abrir su bragueta, sacar la polla y penetrar a la chica de un solo golpe. Ella suelta un largo gemido sin dejar de chuparme a mí.

¡Hostias! ¿Estoy participando en un trío?

—Laura, perdona —le digo, intentando que me escuche entre sus gemidos y los del tipo, que sigue embistiendo con fuerza—, pero creo que esto no me va.

—Va, cariño, recupérate del susto —me pide, tratando de recomponer con su boca algo que ya ha caído y no se recupera.

No quiero ser aguafiestas ni parecer anticuado, pero nunca me ha gustado estar en la cama con una tía mientras otro tipo saca su tranca y se la tira frente a mis morros.

—Lo siento, guapa, pero creo que será mejor que me vaya.

Deslizo mi miembro de su boca y me escabullo de la cama para recoger mi ropa. Ellos, como si tal cosa, siguen follando como dos locos sobre la cama.

—Joder —susurro—, qué situación tan surrealista.

A trompicones, logro ponerme la ropa y salir de la casa. Cuando llego a la calle, a pesar del calor que casi me quema el cerebro, inspiro con energía y desaparezco de allí a grandes zancadas en busca de mi domicilio. Tendría que coger el metro de nuevo, pero paso. Con el sudor que yo mismo produzco, ya tengo bastante.

Durante el camino, he de cruzar una gran avenida y me doy un susto de muerte cuando una loca de remate cruza la vía sin mirar. A punto estoy de saltar para atraparla y que no la atropellen, pero parece que una amiga ha logrado detenerla. Bueno, a ella y al tráfico, porque lo que sueltan los conductores por la boca no son precisamente piropos, aunque lo mismo se puede decir de su colega, que se los devuelve con creces. Me divierto un rato observando a las dos chicas, que parecen ir muy decididas hasta el otro lado y acaban entrando en un restaurante. Menudo par de piradas.

Por fin, llego a mi casa. Subo la escalera y entro directamente en el comedor, donde me dejo caer de golpe sobre el sofá.

—Me parece que no hace falta preguntarte cómo ha ido la cosa —comenta Carlos.

—¿Otros que vuelven a dejarse amedrentar por el todopoderoso señor Cardona? —pregunta Miguel con ironía.

Sí, lo reconozco, resulta patético que un tipo preparado como yo, de treinta y dos años, con experiencia de varios años como director ejecutivo de una multinacional, acostumbrado a mi enorme casa, al dinero y al servicio, tenga que compartir piso con dos amigos como si volviésemos a los tiempos de universidad. Pero es lo que hay, cuando todas las puertas se me han cerrado, cuando nadie me da trabajo, cuando no consigo ni un puto puesto de becario.

Donde quiera que vaya a pedir curro, ahí estará la sombra de mi padre.

—Lamento que esta vez tampoco haya resultado, aun en una empresa pequeña y desconocida. Me pondré manos a la obra en la Red y trataré de buscarte otro lugar.

—No te esfuerces, Carlos. No hay nada que hacer.

Sé que a Carlos no le cuesta nada ponerse a indagar y navegar con su ordenador durante horas y horas, pero no quiero que pierda más el tiempo, a pesar de saber que es un poco friki y disfruta con ello. Trabaja dando clases de física en la universidad, a la vez que continúa con sus investigaciones, aunque la mayor parte del tiempo lo pasa en casa debido a su escasa sociabilidad.

—No te rayes, tío —me recomienda Miguel—. Tampoco es plan de amargarte la vida. Vente de fiesta conmigo y mis colegas una noche de éstas y verás cómo ves las cosas desde otra perspectiva. Fiesta, alcohol, chatis...

El tío es más feliz que un ocho. Tiene un buen trabajo como bioquímico en la misma universidad que Carlos, pero ni la seriedad de su profesión ha sido capaz de mermar el toque de locura que lo acompaña siempre. Bueno, de locura y algo más...

—Joder, Miguel —me quejo cuando noto algo duro bajo mi trasero—, ya ni te molestas en esconderlas. —Y le muestro el manojito de revistas porno que acabo de sacar de debajo del cojín del sofá donde me hallo.

—Somos tíos, Álvaro, solteros y adultos. Lo más natural y sano del mundo es que nuestro piso de tíos solteros y adultos esté lleno de cosas como ésa. En

cualquier momento nos puede dar un calentón y...

—¡La leche! —digo dando un salto—. ¿En el sofá también? Coño, Miguel, eres un cerdo cabrón. Limítate a tu cama, puto salido. —Me levanto y me vuelvo a sentar, esta vez en uno de los sillones.

—Yo que tú —me suelta con una sonrisilla— me levantaría también de ese sillón.

—¡Mierda! ¿Hay algún sitio donde pueda sentarme sin temor a imaginarte cascándotela?

—Pues... —hace un escáner visual alrededor de la estancia, hacia arriba, hacia abajo, de lado a lado, en el baño, las habitaciones...—, creo que puedes sentarte en la encimera de la cocina.

—Oh, gracias —bufo—. Aunque, después de este fatídico día, voy a quedarme en este sillón testigo de tu lujuria. Ya nada me importa un carajo. Y no vuelvas a invitarme a una de tus fiestecitas con tus amigos igual de salidos que tú. Paso de recibir un par de hostias de las chicas a las que les metéis mano, porque, si tenéis que esperar a que os hagan caso, no os coméis ni un rosco.

—Vamos, Álvaro —me apacigua él—, deja de lamentarte. A ver, ¿cuál es el problema: no tener trabajo de lo tuyo o no tener dinero?

—Pues las dos cosas, capullo. Todavía voy tirando gracias a la poca pasta que tenía guardada para pagar los gastos que me corresponden, pero cualquier día tengo que mendigaros para no morirme de hambre.

—La verdad, tío, menudo hijo de puta, tu padre. ¿Por qué no aclaras las cosas con él? Todavía debe de pensar que el culpable fuiste tú, cuando en realidad...

—Déjalo —lo interrumpo—, no vale la pena.

—Te he preguntado por el trabajo o el dinero —continúa Miguel—, porque, de momento, podrías buscarte algún tipo de trabajillo que pudiera darte un poco de guita fácil. No sé, hasta que encontremos algo más acorde con tu preparación.

—Lo de hacer de conejillo de Indias en un laboratorio de tu departamento queda descartado. No pienso arriesgarme a coger un virus mortal.

—No, hombre, nada de eso. ¿Recuerdas el tiempo que estuvimos juntos en aquella pequeña compañía de teatro porque me gustaba una de las actrices? La verdad —dice pagado de sí mismo—, no se nos daba nada mal. Representando a los clásicos éramos la bomba.

—No irás a decirme que me apunte a un *casting* para actor porno.

—¡Claro que no!

—No me pongas esa cara de sorpresa, Miguel —le recrimino—. Tú mismo te apuntaste a más de uno. Decías que no podía haber nada más perfecto en el mundo que follar con tías y que encima te pagaran por ello. ¿Por qué no te admitieron al final?

—No me lo recuerdes...

—Porque no aguantó más de medio minuto —salta Carlos, que parece que anda en otra galaxia, pero lo que le ocurre es que es capaz de estar pendiente de varias conversaciones y de su ordenador a la vez—. En cuanto una de aquellas mal llamadas actrices se desnudó delante de él y se agachó para chupársela, se corrió, ante el asombro de unas veinte personas, entre actores, director, técnicos...

—Gracias, amigo, por tu descripción detallada —dice Miguel enfurruñado—. Lo único que se me puede reprochar es mi virilidad.

—Y el tiempo que te pasas sin comerte un rosco.

Carlos y yo reímos mientras el susodicho eleva la mirada al techo. Nos pasamos la vida metiéndonos con él por sus fracasos para ligar y echar un polvo, pero aguanta las bromas con estoicidad.

—Vamos, no te cabrees con nosotros. Explícame por qué habías pensado en lo del teatro para mí.

—Pues resulta que yo, a veces, he tenido, digamos, el capricho de algunas cosas caras que no me hubiese podido permitir...

—¿Te refieres a aquella muñeca hinchable robotizada? —vuelve a intervenir Carlos.

—Entre otras cosas —murmura—. El caso es que estoy apuntado a una agencia que busca gente para hacer de extras, figurantes o algunos pequeños papeles en series o películas, incluso anuncios. Suele ser complicado que te cojan, pero tengo un primo en maquillaje que me enchufa. A ver —compone una mueca—, apenas he hecho de figurante en películas malas, pero hace poco una importante productora se encontró con una emergencia y me llamaron para hacer de extra. En cuanto disponga de la grabación, os muestro mis minutos de gloria en «Cuéntame» y otras series de la tele. Aunque, lo habitual —añade torciendo la boca— es que te llamen para hacer de cuñado en una cena familiar para forzar

una pelea con quien te contrata y así tener una excusa para poder dejar de hablar a su familia. Es una especie de agencia tipo *outlet*. Una vez tuve que dejarme pegar e insultar para acabar con una disputa familiar, pero también pueden llamarte para hacer algo de publicidad.

—Uf, no sé —comento hastiado—. No me apetece nada hacer el panoli por un puñado de euros.

—De puñado, nada, tío. Te dan una buena pasta. ¿Cómo creéis que puedo permitirme el pedazo de coche deportivo que tengo, tanta fiesta o las gilipolleces que me pido por Internet?

—Pues con tu trabajo de bioquímico.

—Eso es para los gastos y para tener algo ahorrado. Lo que gano en la agencia me lo pateo.

—Joder —suspiro mientras me froto la cara—, me parece tan penoso...

—Vamos, ánimo. Seguro que tu padre sólo alcanza a empresas de categoría, y no creo que se haya molestado en pensar que puedas pedir trabajo de cualquier otra cosa mucho más inferior.

—Eso es cierto, pero...

—Y piensa que a mí no para de llamarme mi primo y muchas veces he de negarme porque no tengo tiempo. Imagínate tú, que estás bastante más bueno que yo. ¿Tienes algunas fotos para presentarte?

—¿Fotos?

—Yo tengo un *book* —me explica pagado de sí mismo—. Lo utilizan de catálogo para los clientes. Pero no te preocupes, le diré a mi primo que te hagan uno.

—No vas a convencerme, Miguel. Seguro que puedo conseguir algo más digno que meterme en una agencia de actores fracasados...

* * *

Un extracto de mi cuenta bancaria ha bastado para convencerme. Y aquí estoy yo, dejándome mirar de arriba abajo por una tía que apoya sus gafas con impertinentes en la punta de su nariz, como si fuese un esclavo de la época colonial. Sólo le ha faltado mirarme los dientes.

—A ver, abre la boca, por favor.

Joder...

—Era broma —me dice la muy arpía—. Vienes recomendado y las fotos han quedado muy bien, muy profesionales, así que sólo quería comprobar si eras igual de guapo en persona.

Dios, no quiero ni acordarme del puto *book*. Me he cambiado catorce veces de ropa, me han peinado de seis maneras diferentes, he posado en traje de baño, con esmoquin, con vaqueros, sentado, tumbado y de pie.

Si he aguantado todo eso es porque no he cesado de repetirme: «O esto, o besarle los pies a mi padre y a la zorra de su mujer».

—Pues ya está —me indica la mujer de las gafas—. Ahora sólo queda esperar a que te llamemos.

—Supongo que será complicado —comento, casi deseando que me diga que sí, que no me van a llamar en la vida.

—No te creas —responde jovial—. No te puedes imaginar la de clientes que requieren este tipo de servicios, con gente *amateur*. Cuenta que, a pesar de lo bien pagado que está, sigue siendo una ganga si lo comparas con una agencia de modelos o actores profesionales. Te sorprenderías de la cantidad de famosos que empezaron así.

A punto estoy de decirle que no quiero ser famoso ni nada por el estilo, que esto sólo es para salir de la puta miseria, que yo lo que quiero es trabajar como ejecutivo, que es para lo que valgo, que la culpa la tiene el cabrón de mi progenitor, que se dejó engatusar por una arpía veinticinco años más joven que él...

Pero no le digo absolutamente nada de eso. Le doy la mano y me voy a casa, a ver en qué descubrimiento anda metido Carlos, o para pillar a Miguel en su cuarto viendo películas porno en el móvil...

CAPÍTULO 3

Sofía

—¿Cómo que has roto con tu novio? ¡¿Cómo que has roto con tu novio?!

—Por favor, Estela, deja de repetir lo mismo una y otra vez.

Dios, temo que a mi editora le dé algo. He intentado decírselo de una forma sutil, pero, al final, el resultado ha sido el mismo: acaba de enterarse de que Marcel no podrá ir a la presentación del libro. El amarillo canario de su blusa se refleja en su cara, que, cargada de rosado maquillaje, acaba creando una mezcla de color indefinido que convierte su semblante en el de un dibujo animado.

—¡Ya podrías haber esperado unos días! —me suelta—. ¡Al menos dejar pasar la presentación!

—¿Y el resto de firmas?

—¡Ya hubiésemos inventado una gastroenteritis u otra cualquier cosa! ¡Pero, al menos, hubiese estado en la primera toma de contacto con el público!

Se pasa la mano por la frente para apartarse el flequillo y se hace un desastre en el pelo. Incluso creo que se le está corriendo el maquillaje por los nervios y comienzan a caerle churretes azules por los párpados, negros bajo los ojos y fucsias en la comisura de la boca. Todo un espectáculo multicolor.

—¿Y qué querías? —exclamo—. ¿Que le hubiese perdonado haberse acostado con su secretaria durante semanas?

—¿Has probado a preguntarle si te haría el favor? Tal vez se sienta tan culpable que acceda.

—¡Por el amor de Dios, Estela! No voy a pedirle ningún favor a David. ¡No quiero volver a verlo!

—Vale, vale. No nos pongamos histéricas.

Omito decirle que la que ya lo está es ella.

—¿Tienes algún amigo de confianza que esté dispuesto a hacerse pasar por tu novio?

—No, Estela; para eso, no.

—¿Novios de amigas?

—No.

—Primos, vecinos...

—¡Joder, que no! Mira, lo mejor será que le digamos a la gente la verdad y se acabó.

—Por encima de mi cadáver —afirma toda melodramática—. Si es necesario, te lo fabrico. Déjame que piense unas cuantas opciones y más tarde seguro que habré dado con una solución.

Se deja caer en su silla y comienza a teclear en su ordenador.

—Está bien —suspiro—. Ya me dirás.

Ya me he hecho a la idea de que la presentación va a ser un fracaso... en cuanto el público compruebe que Marcel no está y tenga que explicarles que no existe, que es sólo producto de mi imaginación. Tal vez tenga que dejar de escribir novelas románticas y seguir con el misterio, o quizá deba usar pseudónimo porque la gente me haya vetado...

En fin, sólo me queda esperar a que mi editora tire la toalla como yo y decida que hay que enfrentarse a la realidad. Mientras tanto, voy a comer con Sandra y Noe, pues esta última no ha tenido mucho tiempo libre y todavía está exigiendo que le explique qué es lo que ha pasado. Vuelvo a vivir con ellas y, sí, puede parecer dar un paso atrás, pero no me importa. Independizarse es muy complicado en estos tiempos y, para encontrar una pareja decente con la que compartir gastos, todavía está la cosa peor. Soy prueba fehaciente de ello.

Hemos elegido un restaurante en el que se come bien a un precio asequible. Sandra y yo nos sentamos, pero Noe anda todavía dando vueltas alrededor de la mesa, hasta que encuentra un camarero y le pide que le cambie la silla, pues, al parecer, cojea. Siempre tiene que quejarse de algo.

Eso sí, ahora viste divina de la muerte. Su maquillaje siempre está perfecto y su melena castaña es una auténtica maravilla. Ahora mismo lleva un traje de falda y chaqueta de color negro perfectamente entallado, y calza unos taconazos con los que yo ya me habría hecho un par de esguinces.

—Noe, por favor, relájate —le pido—. Con sólo mirarte, nos estresas.

Nuestra amiga es jefa de ventas de una importante firma de ropa y apenas tiene tiempo de comer o dormir. Aún no sé cómo pudo convencerla Sandra de que viniera hoy a comer con nosotras.

Ah, sí, porque he de contarle lo de David; si no, ni de coña aparece.

Ya he hablado con Sandra del cambio que hemos observado en nuestra amiga. Mientras ejercía de simple comercial de ventas, era una chica alegre, optimista y divertida, pero desde que es una alta ejecutiva, su responsabilidad ha tomado las riendas de su vida y se ha convertido en una mujer demasiado seria y práctica, por no hablar de sus paranoias y sus obsesiones.

—He tenido que cancelar dos reuniones para estar aquí —nos cuenta mientras extiende la servilleta, cambia los cubiertos de sitio y se mira en un pequeño espejo—, así que más vale que vayamos por faena. —Coge la carta y empieza a decir en voz alta lo que vamos a pedir.

—Alto ahí, guapa —la reprende Sandra—. No pienso comer sin masticar porque tú tengas una reunión o tengas que presentarte ante el mismísimo Amancio Ortega. Deja que nosotras pidamos lo que nos apetezca y estate quietecita, por Dios. Disfruta de tus amigas de vez en cuando.

—Ya me gustaría, ya, pero me faltan horas.

—Si tan importante eres para esa gente, exígeles un mejor horario, fines de semana libres...

—No puedo; nadie es imprescindible, chicas. Hay unos cuantos buitres esperando cualquier paso en falso por mi parte para echarse sobre mí como si fuera carroña.

—Te entendemos, Noe —le digo—, pero es verdad que andas demasiado estresada. Hace siglos que no sales ni con nosotras ni con tíos, cuando antes de tu ascenso te ligabas a uno cada semana.

—Sí que sale con un tipo —señala Sandra—, pero sólo follan y luego se vuelve corriendo a casa, no sea que se enamore y la cague.

—¡Por favor, no voy a enamorarme de Hugo! —exclama mientras se sirve una copa de vino—. Como tú bien has dicho, sólo follamos, punto. Como un desahogo al estrés, más natural y sano que las pastillas.

—¿Puedo saber quién es Hugo? —pregunto—. Me tenéis marginada.

—Tía, te has pasado los últimos meses encerrada en tu casa para escribir

Marcel y yo o para estar con David. No hemos pasado mucho tiempo juntas, que digamos.

—No me lo menciones —gruño—. Qué tiempo más perdido el que compartí con ese cerdo, por Dios.

—Me ha dicho Sandra que lo pillaste con su secretaria en pleno morreo callejero.

—Llevaban juntos varias semanas —suspiro—. Así que, borrón y cuenta nueva. Se acabó mi historia con David. Y, ahora, ¿me vas a explicar quién es Hugo?

—Está bien —se rinde—. Lo conocí en una tediosa comida con unos clientes. Cuando estaba a punto de inventarme una excusa para largarme antes de morir de aburrimiento, me pasó una nota bajo la mesa que decía: «Si estás tan aburrida como yo, levántate dos minutos después de mí. Nos vemos en el jardín. Este bodrio no hay quien lo aguante».

—¡Me encanta ese tío! —le digo, feliz por ella—. ¿Y qué pasó después?

—Paseamos, hablamos y acabé en su casa pasando la noche.

—Qué romántico —suspira Sandra.

—¡Qué manía con el romanticismo! —bufa Noe—. Desde entonces, cuando uno de los dos siente un calentón, llama al otro. Eso es todo. Ni siquiera nos hemos hecho promesas de fidelidad, ni nos contamos nada de nuestras vidas. Prohibido hablar de trabajo y prohibidas las exigencias.

—Seguro que eres tú la que salta despavorida de su cama antes de que se despierte. Despéjame un par de dudas —reclama Sandra—. Lo de no prometer fidelidad, ¿salió de ti o de él?

—¿Qué importancia tiene eso?

—Contesta.

—De mí —murmura—. No quería que pensara que exigía exclusividad. Sólo es sexo.

—¿Quién ha prohibido hablar de trabajo o de vosotros mismos?

—Yo.

—¿Y quién ha prohibido las exigencias? No hace falta que contestes: tú.

—¿Y qué queréis decirme con eso?

—Que tal vez —intervengo—, Hugo quiere algo más, pero tú no le has dado opción.

—¡Chorradas! Él también tiene un puesto muy relevante y es un esclavo del teléfono. Si estuviésemos juntos, no coincidiríamos más que un par de horas a la semana y tendríamos que enviarnos wasaps para hablar.

—Pues es una pena —comento con una sonrisa mientras le lanzo una miradita a Sandra—. Si fueseis personas menos ajetreadas, quizá tendríais una bonita relación. ¿Cómo es Hugo?

—Un bombón —salta Sandra—. Altísimo, morenazo, ojos oscuros, caballeroso, amable, simpático...

—Vale ya, guapa —la corta Noe—. No has podido detectar eso en los cinco minutos que lo viste.

—Yo detecto muchas cosas en cinco minutos. Lástima que, eso precisamente, me suceda siempre a la hora de conocer a tíos —suspira con fuerza—, porque los que me han presentado últimamente han sido la mayoría de ellos unos cabrones y lo he sabido en la primera cita.

—No te agobies —le recomiendo—. Verás cómo cualquier día encuentras al chico que te merece. Si no, pues bienvenida al mundo de las «chicas solteras que hacen lo que les da la gana y no necesitan un tío».

—Tranquila, si no me agobio —replica Sandra, tan optimista y vital como siempre—, y mucho menos he tirado la toalla. Estoy convencida de que él está ahí, en alguna parte, esperándome, tan solo como yo.

Noe pone los ojos en blanco y yo he de morderme la lengua para no reír ni decir nada con lo que pueda meter la pata. Ya va bien que una de las tres siga creyendo en el amor. Y Sandra cree en el amor, en príncipes azules, en flechazos y en el «felices para siempre».

Apenas me da tiempo de empezar con el postre, cuando mi móvil suena desde el interior del bolso. Dejo que quien sea se canse, pero el aparato continúa con su musiquilla insistente. No podía fallar. Es Estela.

—Deja ahora mismo lo que estés haciendo y ven para mi despacho. ¡Ya!

—Joder —murmuro cuando ya me ha colgado—. A esta mujer sí que le hace falta un tío que la tranquilice. ¿Sabéis de algún tipo con monocromatismo?

—¿Qué es eso?

—Personas que sólo perciben los colores blanco, negro, gris y todas sus tonalidades.

Soltamos una estridente carcajada a ritmo de trío.

—¿Qué le pica a ésa ahora? —pregunta Sandra, aún con su helado.

—Y yo qué sé —contesto mientras me levanto y me cuelgo el bolso al hombro—. El tema de Marcel acabará por trastornarla. Más aún de lo que ya está.

—¿Marcel? —pregunta Noe—. ¿Qué Marcel?

—Será mejor que se lo expliques tú —le pido a Sandra.

Atravieso la calle, otra vez bajo un sol de justicia y a treinta y dos grados, y me dirijo al edificio de la editorial, para subir en el ascensor a la planta sexta, al despacho de la editora. Cuando entro, veo su cara de satisfacción. La misma que tendría si se hubiese zampado otra tarta de chocolate... No, es algo más. Tiene una expresión parecida a si hubiese acabado ella solita con las reservas de chocolate del planeta. Casi me da miedo.

—Siéntate, Sofía, que tengo inmejorables noticias para ti.

Y para ti, claro.

—Dime, Estela.

—Habemus Marcel.

Arqueo ambas cejas y espero a que me suelte la bomba.

—Explícate.

—Pues empecé haciendo lo más fácil, lo que seguro que has pensado tú como primera opción, lo que hubiese hecho cualquiera.

—Ilumíname.

—¡Pues buscar un actor!

—¿Un actor? ¡Por Dios, Estela! ¿Cómo se te ocurre llegar tan lejos? Obviando el problemón que se nos vendría encima si se descubriese, debe de ser algo demasiado caro de contratar.

—Efectivamente —comenta, cada vez más risueña, deseosa de soltar el notición por la boca—. Cuando me dijeron por cuánto nos podía salir la broma, casi me caigo de culo de la silla. Pero la chica que me atendió me dio un nombre bajo manga. Se trata de una agencia que ofrece algo parecido, pero más económico. ¡Vas a flipar cuando te diga lo barato que nos va a salir!

—¿Qué quieres decir con «algo parecido»?

—Bueno, que son actores aficionados, *amateurs*...

—Joder —murmuro—. ¿Y ésa te parece una idea tan genial? ¿Contratar a un tío que posiblemente la cague el primer día?

—Venga —me dice resuelta—, deja tu pesimismo para otro momento. Coge tu bolso, que vamos ahora mismo y echamos un vistazo. Total, ya te quedaste sin novio, ya no podemos perder nada más.

Qué maja es ella...

—¿Ahora? —le planteo, dejándome arrastrar por el huracán Estela.

—No, lo dejamos para la semana que viene, para que se nos eche encima la presentación. ¡Pues claro que vamos ahora!

La verdad, incluso yo estoy intrigada por lo que nos podamos encontrar en esa dichosa agencia. Tengo la esperanza de que todo sea un timo, un fraude, y nos tengamos que volver con el rabo entre las piernas.

Tras pagar un taxi, caminamos por un barrio del casco antiguo y paramos ante un edificio igual de vetusto. Lo único que delata que hay algún tipo de negocio en este lugar es un letrero minúsculo y cutre pegado con celo junto al timbre, donde se han limitado a escribir «Agencia New Talent».

—Qué mala espina me da esto, Estela.

—Deja de dar la vara. Seguro que es para que no se les vea mucho y pagar menos a Hacienda.

Subimos en un ascensor que se nota que se ha puesto hace poco, porque es bastante más moderno que el entorno, y al salir nos topamos con una puerta abierta que deja ver un interior agradablemente iluminado. Y ya me acabo de sorprender del todo cuando entramos y nos encontramos con un espacio decorado de forma muy moderna, todo en blanco y negro. Nos recibe una mujer que apoya sus gafas con impertinentes en la punta de su nariz y que me recuerda a un castor.

—¿Estela y Sofía? —pregunta ésta mientras nos da la mano—. No se lleven una mala impresión por la ubicación del lugar. Aquí únicamente disponemos de las oficinas, pero tenemos ya un nuevo local en pleno corazón de la ciudad, donde se encuentran los estudios de los fotógrafos, un gran repertorio de vestuario y un fabuloso equipo de maquillaje, todo lo preciso para una buena sesión de fotos de los candidatos. Pasen a mi despacho, por favor.

Accedemos a una estancia clara y luminosa, aunque con luz artificial, y nos sentamos frente a una mesa. Estela no ha dejado de dibujar su fucsia sonrisa y yo aún estoy a la expectativa.

—Creo recordar —prosigue la mujer mientras se sienta frente a nosotras—

que me dijo por teléfono que necesitaban a un hombre de cierta edad y características.

—Exacto —responde Estela—. Necesitamos a alguien que reúna determinadas condiciones físicas y que acepte ciertas pautas que llevar a cabo, puesto que lo requeriremos para varias ocasiones y...

La mujer con cara de castor no deja de mirarme por encima de las gafas. Creo que ha entendido que soy yo la interesada en el tema, pero que no acabo de verlo muy claro, con lo que decide interrumpir a mi editora.

—¿Qué tal, Estela, si dejamos que la chica le eche un vistazo a uno de los catálogos y que sea ella quien decida? No parece muy convencida.

—La verdad —intervengo—, tiene usted razón. No acabo de ver claro qué estoy haciendo aquí.

—Pues es muy sencillo —me ilumina ella—. Ustedes necesitan una persona y yo puedo conseguírsela, así de fácil. Puede usted pedirla de cualquier sexo, físico o edad, porque podría necesitar un novio para esa cena de Navidad en la que cada año le tocan las narices porque no lleva pareja; podría necesitar a una persona que se hiciese pasar por un cliente que le va a hacer un importante pedido y así animar a los clientes que dudaban; incluso, alguna vez, nos han pedido a una mujer y unos niños para un tipo que ha querido presentarse en algún evento con su supuesta familia para ofrecer un aire más convencional. Como verá, las circunstancias y motivaciones por las que usted o cualquiera puede requerir nuestros servicios pueden ser muy diversas.

—No lo había visto de ese modo —contesto, cada vez más interesada.

—Entonces, comencemos con el primer paso: la elección. Si no os importa, paso a tutearos. Aquí te he preparado un catálogo de fotografías de hombres con las características que nos exigió Estela, si a ti te parece bien, Sofía.

—Sí, claro...

—¡Estupendo! —exclama Estela—. Comencemos cuanto antes.

—Creo que tú y yo podríamos ir mientras tanto a tomar un café o un refresco —interviene sabiamente la mujer—. Considero que Sofía estará más tranquila si la dejamos sola.

—Tiene razón —le comento a mi editora, aunque me siento mal por hacerlo—. Por favor, Estela. Quiero asegurarme de que no me dejo influenciar por ti, de que voy a verlo claro por mí misma.

—Está bien —suspira—. Marcel es creación tuya, ¿quién mejor que tú para encontrarlo?, así que... adelante.

Por fin, me he quedado sola, sentada ante la mesa y ante el álbum que me ha entregado la mujer castor. Llevo ya dos minutos esperando, pensando si abrirlo o no, temerosa de lo que me pueda encontrar ahí dentro. No sé, me da la sensación de que voy a escoger a un hombre por catálogo, como cuando lo haces con un maquillaje o unos zapatos que pides por Internet, y, para ser sincera, me siento bastante extraña.

Bueno, será cuestión de echarle un par de ovarios y tirar para delante. Abro la carpeta y me aparece una especie de ficha donde especifica las características que han de tener los candidatos. A saber: entre veintiocho y treinta y cinco años, una altura mínima de un metro ochenta, complexión media, cabello castaño y ojos marrones.

Aparentemente, nada del otro mundo, pero yo estoy segura de que no cualquiera puede ser Marcel.

Comienzo y paso la primera página. Tomo conciencia de lo que hago cuando aparece la primera fotografía. Es de un chico de treinta años que posa con los brazos cruzados sobre el pecho, muy sonriente y seguro.

Pero no, no es Marcel. Siguiendo.

La segunda foto muestra a un tipo más serio, pero más atractivo. Su mirada es ardiente, aunque me parece demasiado dura. Marcel debe irradiar seguridad, pero también un punto de picardía.

Y así, voy pasando páginas y páginas, fichas y fichas. Con un codo apoyado en la mesa y la cabeza sobre la mano, hojeo cada una de las candidaturas a Marcel.

De pronto, dejo de pasar páginas. Mis manos se quedan quietas, como suspendidas en el aire. Mi vista se centra en la imagen que se me ofrece, que es la de un hombre joven, guapo; tal vez demasiado guapo. Su cabello es castaño y sus facciones ofrecen una expresión entre pícara y tímida, un poco forzada, como si no estuviese muy cómodo con la situación.

En las fotografías donde aparece vestido de esmoquin está espectacular, y en las que aparece en bañador... Joder, agradezco estar sola, porque creo que me he relamido los labios con ganas y me ha quedado una sonrisa de idiota en la cara...

En este momento no pienso en nada relacionado con seleccionar hombres

por catálogo, ni en la desesperación de Estela o el problema de no tener un novio para las presentaciones. En este instante, sólo puedo pensar que he encontrado a Marcel, que tengo ante mí la imagen real de la persona que yo misma he creado en mi mente.

Durante minutos me quedo mirando una de las fotografías, hasta deslizo mis dedos sobre ella, como si pudiese sentir bajo mi piel el tacto de aquellas facciones que en algún momento precisé con palabras en mi novela.

El rostro de Marcel es sencillamente hermoso. Al describirlo no parece haber ningún detalle por resaltar, pero, si decimos que tiene ojos y cabello castaño y complexión normal, no le haríamos justicia. Habría que profundizar, añadir que sus ojos son tan grandes y profundos que son capaces de acariciarte con un solo pestañeo; que su cabello, en cuanto es rozado por un rayo de sol, desprende toda la gama posible de dorados. En cuanto a su complexión, podríamos mencionar que no le hace falta tener más músculos o decorar su piel con tatuajes; que la visión de su cuerpo, delgado y fuerte, es de por sí suficiente como para que mi cerebro reciba unas señales demasiado... excitantes para mi gusto...

Con estas palabras lo describo en mi novela. Bueno, yo no, Sofía. Vale, yo también me llamo Sofía, pero no hablo yo, sino mi subconsciente. No, tampoco. No soy de esas que escriben sus deseos más ocultos. ¿O sí? Tal vez un poco. Pero muy poco...

—¿Ya estás? —oigo de repente la voz de Estela—. Nos preocupa el rato que llevas aquí encerrada.

Más bien debe de preocuparle que le diga que no ha habido forma humana de encontrar a Marcel. Soy capaz de decírselo para ver si le da un ataque.

Sí, eso voy a hacer, soltarle que se olvide de lo de Marcel, que nada de presentaciones ni firmas. Que no existe y punto.

—Pues verás, Estela...

Acabo de cometer el error de mirarla. Sus ojos pintados de azul me observan tan esperanzados que soy incapaz de ser tan cruel.

—¡Habemus Marcel! —sentencio feliz.

Menudo grito ha soltado, y menudo achuchón me acaba de pegar. Menos mal

que no me dará un beso con el que me tatúe en la mejilla la imperfecta silueta de sus labios fucsia.

Joder, si antes lo digo...

CAPÍTULO 4

Álvaro

—¿Qué haces, Álvaro? ¿Estás leyendo una novela?

—No creas que lo hago por gusto —replico desde mi cama—. Estoy trabajando para el maravilloso empleo que me buscasteis tú y tu primo el maquillador. En mala hora te hice caso...

—Pero ¿qué tenemos aquí? —me dice después de arrancármela de las manos—. ¿Una novela rosa?

—¡Trae eso! Joder, Miguel, parecemos un par de críos o un par de gilipollas.

—A ver... *Marcel y yo*, de Sofía Valverde. ¿Y qué tiene que ver esto con el trabajo en la agencia?

—¡Y yo qué cojones sé! Me llamó la directora esta misma mañana para comunicarme que ya tenía un trabajo para mí, pero que, antes de todo, tenía que leerme este libro. Dispongo de dos días, máximo, para hacerlo y después debo presentarme en una dirección del centro de la ciudad vestido con traje y preguntar por una tal Estela para recibir instrucciones.

—Qué misterioso todo —me dice Miguel mientras echa un vistazo a la contraportada del libro—. Vaya, la autora no está nada mal. Y, dime, ¿es de esas novelas rosas para marujas aburridas con escenas subditas de tono?

El salido de mi amigo comienza a hojear el ejemplar con mirada lujuriosa, como si pudiese descubrir en su interior alguna imagen de tías en pelotas.

—Pues... sí, es una historia romántica y tiene algunas escenas de sexo, pero me parecen descritas con bastante tacto. ¡Y suelta el libro y deja de babear! Por mucho sexo que contenga la novela, te aviso de que no tiene nada que ver con tus revistas porno.

—Vale, vale, toma. Por cierto, te lo dije. No han pasado más de dos días para que te hayan llamado de la agencia. ¿Todavía no sabes para qué puede ser?

—Ni idea —suspiro—. De momento, acabaré esta maldita lectura y mañana me presentaré donde me han dicho. Espero no arrepentirme de esto.

—Pues claro que no. Seguro que se trata de cualquier cosa sencillita, un cartel para un anuncio de colonia o algo así. Ya me contarás, tío.

Pues no sé, no acabo de estar muy tranquilo. La novela ha empezado pareciéndome un auténtico coñazo, pero, que no se entere nadie, me parece bastante bien escrita. Una historia bien hilada e interesante, que te incita a seguir leyendo, aunque considero que la protagonista femenina es una pija remilgada. Jamás podría comportarme como el tal Marcel, que tiene la paciencia de un santo y se pasa la vida intentando hacerla reír para ganarse su corazón. Para colmo, el resumen de la contraportada indica que es una obra autobiográfica. Menuda plasta debe de ser entonces la tal Sofía Valverde.

Al final, he terminado de leer el libro en tan sólo unas horas. Es lo que tiene estar en el paro y no tener otra cosa mejor que hacer.

Y aquí estoy, frente al elegante edificio de una de las editoriales más importantes del país, en la dirección que me facilitó la directora de la agencia. Estoy intrigadísimo y, mientras me ofrecen la acreditación y subo en uno de los ascensores, no dejo de elucubrar en qué puede consistir un trabajo de una agencia de actores fracasados para que me hagan presentarme en una gran empresa editora como ésta.

Nada más abrirse las puertas del ascensor, me topo con una mujer con un aspecto un tanto... cómo diría yo... peculiar. Intento disimular mientras le realizo un repaso visual de arriba abajo, y no puedo evitar alzar las cejas al máximo. Dios, esta tipa, o tiene un problema de visión, o, simplemente, le encantan todos los colores y pretende llevar algo de cada uno, porque no me cuadra que alguien pueda decidir que queda bien ponerse una falda verde, una chaqueta amarilla y pintarse los ojos en diversos tonos de azul.

—Hola —me saluda con una sonrisa fucsia; su pulso tampoco debe de ser muy firme, puesto que la línea que bordea sus labios me parece algo irregular, por no mencionar que casi todos sus dientes aparecen manchados del llamativo color—; eres Álvaro, ¿verdad?

—Y usted, Estela. Encantado. —Pretendo saludarla con un apretón de

manos, pero ella es más rápida y estampa su boca contra mi mejilla. Entre risas, saca un pañuelo de su bolsillo, que ya debe de tener preparado para emergencias, y me lo pasa sobre la cara. Al menos, le agradezco el detalle de no dejarme ir por ahí con el pegote.

—Pasa a mi despacho y siéntate —me indica. Espero con impaciencia a que me explique el porqué de su entusiasmo—. ¿Quieres un café?

—Gracias, señora.

—Señorita.

No hace falta que lo jures...

—En fin, señorita Estela, no estaría de más que me comentara en qué va a consistir mi trabajo.

—Por favor, Álvaro, háblame de tú, que me haces parecer más vieja.

—Como quieras. —Sonrío como puedo—. ¿Te importaría explicarme de qué va todo esto?

—Por supuesto —me dice mientras prepara un par de cafés en su moderna cafetera—. Te he hecho venir un poco antes de la hora acordada con Sofía para ponerte en antecedentes.

—¿Sofía?

—Sí, Sofía Valverde, la autora de la novela. Espero que la hayas leído y te hayas quedado con los detalles.

—Oh, sí, claro, la he leído —señalo, todavía esperando.

—Por cierto, en cuanto venga, la felicito. Ha hecho una buena elección contigo. Me pareces aún más guapo que Marcel.

—¿Marcel?

—Verás, Álvaro —comienza a explicar, mientras me ofrece un café en vaso de plástico y se sienta al otro lado de la mesa—, habrás leído en la contraportada de la novela que se trata de una historia basada en la vida real de la autora.

—Sí, eso tengo entendido —comento al recordar lo pesada que me ha parecido la protagonista.

—Pues, digamos que, para las próximas presentaciones de la novela en varias ciudades y eventos, ha sido requerida la presencia de Sofía y de Marcel, pero ha habido un contratiempo y el protagonista masculino no podrá aparecer.

—Y eso se traduce para mí en...

—Que tú serás Marcel y tendrás que acompañar a Sofía únicamente durante

unas cuantas semanas, mientras dure la promoción. Por supuesto, tendrás que hacerte pasar por su novio y ser muy convincente.

—¿Yo voy a ser Marcel? —exclamo todavía descolocado.

La verdad, es lo último que me habría esperado, hacerme pasar por el protagonista de una novela de amor.

—Por eso te hemos hecho leer la novela. Por cierto —dice, bajando la voz—, creo que Sofía está a punto de entrar. Vamos a ver qué tal resulta el primer encuentro.

La editora acierta y en pocos segundos alguien toca a la puerta y aparece la chica que sólo he visto en una pequeña fotografía que acompaña su biografía en la novela... que, sin duda, no le hace justicia, porque en persona me parece bastante mejor.

—¡Sofía, querida, mira quién está aquí!

—Buenos días —saluda la escritora, algo confusa—. No pensé que llegara tarde, lo siento.

—No es tarde, cariño —la consuela Estela—. Es sólo que me apetecía mantener primero una pequeña charla con nuestro querido Marcel.

—Eso no es en lo que habíamos quedado —dice ella, bastante molesta—. Creí haberte dejado claro que primero debíamos hablar a solas los dos.

—¡Pues claro! —exclama entusiasmada Estela mientras coge su bolso—. Aprovecho que tengo una reunión para dejaros a solas y que os pongáis de acuerdo en todos los detalles. ¡Chao!

Una vez solos, tras la marcha del huracán Estela, el silencio se apodera del despacho. La joven me mira con un rictus algo amargo en la boca, no sé si por lo que le haya podido molestar la decisión de su editora o porque yo no le parezco apropiado.

La miro durante el tiempo en el que ella parece debatirse entre saludarme o largarse pitando. No es una chica que sobresalga por su belleza, pero tiene algo que la hace especialmente bonita. Sus rasgos más destacados son su largo cabello rubio y sus ojos, de un exquisito color miel, pero el resto de sus facciones son bastante anodinas. No va muy maquillada y viste unos sencillos pantalones blancos y una blusa azul marino con lunares blancos. Y huele bien, muy bien. Me encanta que las féminas huelan bien.

De pronto, ella parece reparar en mí y me hace un repaso visual sin disimulo.

Su expresión sube un grado en desprecio y comienza a hablarme con evidente desdén. Ni siquiera se molesta en darme la mano o en ofrecerme cualquier tipo de saludo.

—Así que tú serás Marcel —dice, cruzando los brazos—. Espero que, a pesar de lo frívolo que te pueda parecer todo esto, te lo tomes en serio. Es muy importante para mí, así que será mejor que nos vayamos poniendo al día. En tu ficha, en la casilla de profesión, constas como desempleado.

—Exactamente.

—¿Y en qué trabajabas antes?

—En todo y en nada. Aquí y allá...

—Entiendo.

Así que no me equivocaba. Esta tía es tan altiva y remilgada como la protagonista de su novela. Me toca los cojones que me trate como si fuera tonto, como si, por no tener trabajo, fuese inferior a ella.

«Te vas a cagar, estrecha con cara de amargada.»

—¿Y qué es lo que entiendes, rubita?

Poco a poco me acerco a ella, que ha comenzado a caminar hacia atrás hasta topar con la mesa. Cuando ya no le queda más despacho para huir, coloco mis brazos a ambos lados de ella, apoyándome en la mesa. Nuestros rostros están cerca, muy cerca, y su cara de pánico sólo me da alas para tocarle aún más las narices.

—¿Acaso un tipo inculto como yo no te parece bien para hacerlo pasar por tu enamorado?

—Yo... no he dicho eso...

—¿Qué tal —le susurro, colocando mi boca junto a su oído— si comenzamos ahora mismo a ensayar para que la gente crea que eres realmente mi churri?

—Ya llegaremos a esa parte.

Sonrío con disimulo cuando la veo escabullirse bajo uno de mis brazos.

—Y siento mucho ser tan directa —me dice tras un carraspeo—, pero tendrás que aparentar ser un poquito más... más...

—¿Culto y fino? —le contesto con ironía—. No te preocupes, rubita, por algo soy actor. De saldo, pero actor al fin y al cabo. Seré capaz de hacerme pasar por tu novio y lo que haga falta. Seré el tío ese, cómo se llamaba...

Pongo cara de pardillo total...

—Marcel —contesta ella exasperada—. Joder, ¿te acabas de leer la novela y ya no te acuerdas ni del nombre del protagonista?

—Que sí, que sí, tranquila, rubita. Y, dime, ¿habrá magreo? Ya sabes, entre tú y yo.

Ahí ya acabo de ponerla de mala hostia. No sabía lo bien que me lo iba a pasar con esto.

—¡Oye, gilipollas! —la obligo a exclamar—. Pero ¿tú de qué vas? ¿Trabajas acaso en esto para ligar o qué? Porque, si sigues así de vulgar, más vale que cojas la puerta y te largues. ¡De descerebrados inútiles está el mundo lleno!

—Vale, vale, tranqui —le digo, después de aceptar que me he pasado tres pueblos—. No te cabrees, por favor. Te aseguro que esto se me dará bien, ya lo verás. Además, me hace muchísima falta la pasta. No tengo un mísero euro y cualquier día de éstos mi casero me echa de una patada. Si no me das el curro, acabaré en la puta calle.

Espero haberlo arreglado por la vía de la lástima.

—Está bien —suspira—. Te daré un voto de confianza, ya que yo misma te elegí de entre todas aquellas fotografías de la agencia y me pareciste lo más parecido posible al personaje. Al menos, físicamente, claro. —Vuelve a suspirar.

—¿De verdad? —le pregunto realmente interesado—. ¿Tanto me parezco a tu Marcel?

—En lo físico, sí, pero has de procurar parecerte también en lo demás. Recuerda que es un tipo divertido pero elegante, con carisma, encantador y, sobre todo, siempre intentando sorprender agradablemente a Sofía.

—Porque está enamorado de ella.

—Sí, por supuesto —contesta, algo aturullada.

—Yo de tías sé un rato largo, así que no creo que haya problema.

Joder, vaya cara acaba de poner.

—Mira, como te llames...

—¿Me echas la bronca porque no recuerdo el nombre de tu maromo y resulta que tú no te acuerdas del mío? Me llamo Álvaro, rubita.

—Pues recuerda esto, Álvaro —repite con cara de cabreo total—: Sí, yo te escogí porque te pareces a Marcel, y por eso, precisamente, te va a pagar mi editora. Pero lo hará con parte de las ganancias del libro, o sea que, al final, va a

ser con mi dinero. Así que... que no se te olvide: ¡yo voy a pagarte a cambio de un trabajo que espero que no cagues! Procura comportarte, porque, si echas por tierra mi presentación, te capó, capullo. ¿Te ha quedado claro?

—Clarísimo —respondo en tono de burla—, jefa. Y que te quede a ti claro que yo no voy cagándola por la vida, aunque no sea tan guay como la perfecta Sofía o el perfecto Marcel.

—Madre mía —suspira, dejándose caer sobre la mesa—. Vaya forma de empezar. Esto va a ser un puto desastre si tú y yo nos llevamos tan mal. Si no fuera por el poco tiempo que falta, me saldría más a cuenta que le hicieran la cirugía estética a cualquier otro tío.

—No te preocupes, haré un esfuerzo titánico por no meter la pata —le digo, cabreado de verdad.

Empieza a hincharme los huevos que se crea tan superior y perfecta. ¿Tendría que haberle contado la historia de mi vida para caerle mejor? Si eres de familia rica, ¿ya tienes más puntos? Pues que se coma una mierda. No me da la gana de contar nada. Además, empezó ella tratándome con desprecio por no tener trabajo. Que se joda.

Estela interrumpe nuestra *amigable* charla. Ni se ha molestado en tocar a la puerta, supongo que amparada en la certeza de que éste es su despacho.

—¿Qué tal, chicos? ¿Fluye la cosa? Espero que sí, porque están a punto de entrar un grupo de lectoras que participaron en varios sorteos de tu novela y la quieren firmada, así que éste es un buen momento para practicar.

—¡¿Qué?! —exclama Sofía—. ¿Ahora? ¡No nos ha dado tiempo de hablar nada!

—¿Y qué necesitáis hablar? —responde la editora con los brazos en jarras—. El chico se ha leído la novela, y tú misma lo escogiste de entre docenas de candidatos. ¿Qué más quieres?

—Tranquilízate, Sofía —le digo. A pesar de lo borde que me cae, me sabe bastante mal verla tan inquieta. Entiendo perfectamente lo que es el miedo a fracasar. Mi padre se encargó de ello—. Estela tiene razón. Éste es tan buen momento como cualquier otro para comprobar si todo este tinglado que habéis montado tiene éxito. Y yo apuesto a que sí.

Le dedico una sonrisa en espera de que se calme, aunque me parece verla aún más nerviosa.

—Está bien —suspira—. Pero, si sale mal, cojo un avión, me largo del país y ya os apañaréis.

—Después de que yo me haya tirado por esa ventana —digo señalando la misma, pues sé que nos encontramos en el piso doce—, antes de que tú decidas someterme a algún tipo de tortura china.

Por fin, la hago reír. Su rostro se transforma tanto que creo estar frente a otra mujer diferente. Pero es ella, Sofía, y me descoloca no saber cuál de ellas es la real, si la risueña o la insoportable.

—Ven aquí, anda —me indica para que me acerque. Lo hago y ella introduce sus dedos en mi pelo para cambiar ligeramente mi peinado.

Hostias, qué mal estoy. Sólo con sentir sus dedos en mi cuero cabelludo, su boca emanando su aliento tan cerca y su perfume penetrar por mi nariz, siento que me pongo duro como una piedra. Observo su cuerpo y no puedo evitar que me vengan imágenes en las que la agarro de la cintura, la pego a mi cuerpo y la beso en la boca mientras ella gime y comienza a quitarse la ropa...

Mierda, voy tan salido como Miguel.

Ella, no contenta con atormentarme de esa manera, retoca el nudo de mi corbata, recoloca el cuello de mi camisa y pasa su mano sobre la misma para intentar eliminar alguna imperceptible arruga. Cuando siento su mano caliente sobre mi pecho, acabo de ponerme cachondo del todo. Mi polla ha dado un salto tan grande que temo que vaya a aparecer por entre la cinturilla del pantalón y los dos nos la quedemos mirando como idiotas.

—¿Ése va a ser tu método para apaciguarme? —le digo, irritado conmigo mismo por mis pensamientos—. ¿Meterme mano a ver si así me tienes como un perrito faldero?

—Qué gilipollas que eres —murmura después de apartarme de ella de un empujón.

—Oye, que si era ésa tu intención, no voy a quejarme, pero espera, al menos, a que estemos en un lugar más privado.

—Que te den —susurra ella para que la editora no pueda percatarse de su hostilidad.

Bajamos a la planta inferior, a una de las salas de visita. En ella se encuentra un pequeño grupo de lectoras de variadas edades, lo que me lleva a pensar que la novela ha calado en un público, sobre todo, femenino, pero lo mismo en

jovencitas que en jubiladas.

Estela entra primero y hace la presentación de Sofía, que accede al interior después. Ésta se muestra amable, más de lo que hubiese imaginado, y, con un temor que no puede ocultar, acaba diciendo que tiene una grata sorpresa. Comenta a sus admiradoras que, casualmente, su novio Marcel se encuentra en la editorial.

Se oyen suspiros, exclamaciones, jadeos de sorpresa...

—¡Dios! ¡Marcel está aquí!

—¡Guapo!

Sonrío para mis adentros. Esto no va a resultar nada difícil para mí, puesto que mi papel lo interpreto mientras ella cree que soy yo. Por lo tanto, para hacer de Marcel, sólo tengo que ser yo mismo. Tal vez no sea exactamente como el tipo de la historia, pero creo que puedo parecerme bastante a él. Lo que no tengamos en común, lo paliaré con la seguridad que otorga estar obrando con sinceridad.

—Buenos días, chicas —las saludo amablemente—. Es un placer estar aquí y pasar juntos un rato. Desde que Sofía me habló del deseo de las lectoras por conocerme, no pude negarme a su petición de acompañarla en algunos de estos momentos de toma de contacto con vosotras.

Sofía parece haber aguantado la respiración cada segundo de mi discurso. Está algo pálida y, pensando no tanto en el papel, sino en reconfortarla, acerco mi mano a la suya y enlazo mis dedos con los suyos. Su piel está fría y comienzo a frotarla para que vaya entrando en calor y se tranquilice. Y creo que lo he conseguido, pues su cuerpo parece destensarse y su mano ya está más caliente. No sólo ha dejado que la reconforte, sino que ella misma me devuelve la presión con su mano. Apenas me mira, pero creo que está sonriendo, por fin.

—¿Queréis hacerle alguna pregunta a nuestro chico favorito? —propone Estela a las presentes.

—¡Sí! —Una de ellas levanta la mano—. ¿Vas a poder compaginar tu trabajo de ejecutivo con la promoción del libro?

Por supuesto, se refiere al trabajo de Marcel. A punto estoy de soltar un grito cuando siento las uñas de Sofía clavarse en la palma de mi mano. Joder, menuda arpía. Si no me ha hecho cinco heridas, como mínimo me ha dejado cinco marcas que permanecerán ahí tatuadas una eternidad.

Seguro que está cagada por lo que pueda responder, porque piensa que no tengo ni puta idea de lo que hace un ejecutivo.

—Como habréis podido leer en el libro —me dirijo a la concurrencia—, acabo dándole a cada cosa la importancia que merece... y Sofía es la primera de mi lista. A pesar del enorme trabajo que me da la compañía, entre llamadas, reuniones y contratos, ella es lo más esencial para mí. —Con delicadeza, paso un mechón de su rubio cabello por detrás de su oreja y acaricio su suave mejilla con el dorso de mis dedos. Como si le hubiese dado un calambre, da un respingo y me mira. Seguro que acaba de ser consciente de nuestro papel y me sonrío mientras inclina su cabeza para recibir más fácilmente mi roce.

Un suspiro colectivo inunda la sala. Creo que lo hemos hecho bien.

—¡Qué suerte has tenido, Sofía! —exclama una de las asistentes—. Tener como novio a alguien como Marcel, guapo, atento, cariñoso... Se nota que hay tanta química entre los dos...

—Sí, soy muy afortunada —responde ella—. Marcel es perfecto.

No parece tampoco mala actriz. Ha sonado bastante convincente para lo capullo que me comporté antes con ella.

Procuro, elegantemente, hacerme a un lado para que las preguntas se centren en ella y pasar a un segundo plano, aunque las miradas de amor y lujuria que me lanzan algunas casi me ponen nervioso. Sofía les dedica el libro a todas ellas y, cuando estamos a punto de despedirnos, una de las afortunadas exclama en medio del suave alboroto:

—Por favor, ¿podrías daros un beso? Nos haría tanta ilusión que fuera el broche final a este día tan perfecto...

Genial. Estela sigue sonriendo, aunque en el rostro de esta mujer megamaquillada me es imposible leer sinceridad o cuento. Sin embargo, Sofía vuelve a tensarse. Entiendo que lo que nos está ocurriendo pasa con creces de surrealista, pero tampoco creo que sea para tanto. Esta pobre chica debe de tener poca experiencia con hombres. No es que yo sea un experto en mujeres, pero, al menos, procuraré ser la parte activa de esta «relación».

—Por supuesto —contesto—. Nada me gusta más que besarla. Me pasaría la vida haciéndolo, Sofía —le susurro de forma que el público me oiga.

Hago que se gire hacia mí. Sus bonitos ojos parecen haberse agrandado y me dicen claramente que no me pase, que no haga ninguna estupidez o cumplirá su

promesa de castración. No entiende que besarla no me parece nada forzado, que, sorprendentemente, me apetece hacerlo... mientras no piense en lo estirada que es.

Coloco mis manos sobre sus mejillas y acerco mi rostro al suyo. Su respiración se acelera y su aliento tibio calienta mi boca. Me encanta ver cómo cierra los ojos esperando que la bese, cosa que hago, con toda la ternura que me surge en este instante. Una explosión de placer parece tener lugar en mi estómago y mi espalda cuando nuestros labios se tocan, cuando nuestros cuerpos se acercan un poco más. Abro ligeramente sus labios con los míos y deslizo mi lengua en el interior de su boca. No sé por qué he querido ir más allá, solo sé que me ha apetecido hacerlo.

Acabo de oír un gemido y no sé si lo ha emitido ella o yo, puesto que su lengua ha respondido a mis caricias y está lamiendo mis labios y mi lengua. No tengo ni idea del tiempo que seguimos con el beso, pero un carraspeo acaba por hacernos volver a la realidad, cosa que agradezco enormemente, ya que vuelvo a notarme empalmado y temo que alguien vaya a notarlo. La elegancia de Marcel acabaría por los suelos.

—Chicos —murmura Estela con una sonrisa satisfecha—, ya seguiréis a solas con lo vuestro.

—Qué romántico... —vuelven a suspirar las lectoras.

Nosotros apenas percibimos nada de todo lo que sucede a nuestro alrededor. Nos seguimos mirando, algo aturridos por lo que acaba de suceder. Un claro rubor cubre las mejillas de Sofía y su boca continúa abierta y húmeda, de lo más apetecible.

Mierda. ¿Tanto nos ha gustado?

Antes de que esto se me vaya de las manos, será mejor que vuelva a hacer que despierte, y, de paso, despierto yo también.

Me inclino hacia ella y coloco mi boca junto a su oído para poder susurrarle.

—Hacía tiempo que no me hacían tan bien la técnica del sacacorchos. Vaya morreo acabas de soltarme, rubita.

Creo que sale humo de su cabeza y rayos mortales de sus ojos que parecen atravesarme de lado a lado. Y, en medio de una carcajada, salgo de la sala y me encamino a la salida. Necesito que me dé el aire.

CAPÍTULO 5

Sofía

—¡Ha sido maravilloso! —exclama Estela cuando ya se han marchado mis admiradoras—. Espero que, cuando te lluevan las entrevistas y las ventas se disparen, recuerdes de quién fue la idea.

—Hacía tiempo que no pasaba tantos nervios, Estela. Si eso te ha parecido maravilloso a ti, a mí, no, la verdad.

—Vamos, Sofía, no me irás a negar que, para hacer sólo unos minutos que conocías a ese chico, habéis dado totalmente el pego como pareja. Nunca he oído tanto suspiro de emoción junto. Hasta yo he suspirado al ver cómo os mirabais. Y no te cuento con el beso, guapa. Uf, la temperatura ha subido varios grados en la sala. Me quito el sombrero ante vosotros.

La subida de temperatura sigue teniendo lugar en mi cuerpo...

—No sé, Estela. No acabo de estar tranquila con Álvaro. Él no parece tomarse las cosas muy en serio y yo ahora ya no deseo que esto fracase. Me gusta saber que los lectores están disfrutando con la novela, y si, como recompensa, se les concede poder conocer a Marcel, quiero que gocen de la experiencia. Me ha gustado mucho ver las caras de felicidad de esas mujeres cuando nos han visto juntos.

—¡Pues concédeselo! No te preocupes tanto, cariño. Te prometo que el chico ha estado de lo más correcto. Además, ahora ya es tarde para arrepentirte. No puedes acudir a la primera firma con otro y que alguna de estas lectoras se presente y lo eche todo por tierra.

—Lo sé —suspiro—, pero es que nunca pensé que la persona que se hiciese pasar por mi protagonista iba a desquiciarme o a caerme mal. Cómo puedo ser

tan tonta... Incluso yo he creído que tendría ante mí al verdadero Marcel, sin recordar que éste no existe, que sólo es un tipo que se le parece físicamente.

—Vamos, vamos, querida, necesitas un descanso. Será mejor que te vayas a casa y olvides la escritura todos estos días que se avecinan. Lee, mira la tele, haz el vago y sal con amigas para despejarte. La presentación será en unos días y te necesito relajada y con buena cara.

—Tienes razón. Voy a hacerte caso, Estela. Voy a ver si me relajo y seguiremos en contacto por teléfono. Mañana mismo te llamo.

Nos damos un par de besos y salgo del despacho para dirigirme, en primer lugar, a saludar a Sandra.

—Vaya careto me llevas —me saluda—. ¿Qué tal con tu elegido? ¿Se parece a Marcel o vas a tener que seguir buscando?

—Pues, en realidad —suelto mientras me dejo caer en una silla frente a su mesa—, ya no puedo escoger a otro. Han venido unas lectoras a que les firmase la novela y él ha estado presente.

—¡No jodas! —exclama con los ojos muy abiertos—. ¿Ya? ¿Qué tal? ¿Cómo ha ido? Joder, y me lo he perdido.

—Hemos querido que, al ser la primera vez y tras haber podido hablar a solas únicamente unos pocos minutos, no hubiera nadie de público aparte de las lectoras, por si la cagábamos.

—Por tu cara no puedo adivinar gran cosa —me señala con el ceño fruncido—. No pareces ni feliz ni cabreada.

—No ha ido mal —contesto, al fin—. El tal Álvaro me cae como el culo, pero debo admitir que su papel lo ha bordado.

—¿Álvaro es igual que Marcel? —plantea ella con mirada soñadora—. Humm, qué guapo debe de ser. ¿No podré conocerlo antes de la presentación de libro?

—Pues no sé. El muy capullo se ha largado y no hemos quedado en nada. Que le den. Cuánto menos lo vea, mejor. Me pone enferma.

—Vaya —se queja Sandra—, nunca pensé que Marcel, aunque fuese el falso, iba a caerte mal. Pero yo creo —añade, incorporándose de pronto— que deberíais veros antes de la firma. Necesitáis poneros de acuerdo, hablar de cualquier posible contingencia que pudiera presentarse. He leído en alguna ocasión que es lo que hacen los actores que van a trabajar juntos en una película,

conversar, conocerse... Luego todo fluye mejor entre ellos.

—Tal vez tengas razón —acepto mientras me levanto de la silla para irme—. Trataré de ponerme en contacto con él. —Le doy un beso a mi amiga y me despido de ella—. Hasta luego, Sandra.

Ya en el apartamento, me ducho, me pongo unos *shorts* y una camiseta y me tumbo en el sofá del salón. Necesito descansar y poner un poco de orden en mi cabeza, que sólo en unos días ha recibido tantos golpes que temo desquiciarme. Así, como si tratara de enumerar ciertos hechos apuntándolos en mi agenda, hago un repaso mental, que también suele ayudarme bastante.

Primero: descubrir que mi novio me engañaba ya fue un *shock* para mí, aunque no tan grande como averiguar a través de ello que no lo quería. Por eso, después de haber tomado tan sólo unos meses atrás la decisión de mudarme con él, he tenido que volver a hacer las maletas y vivir de nuevo con mis amigas.

Segundo: por si eso fuera poco, me pongo a buscar un tío por catálogo que haga de Marcel en la presentación del libro. Encuentro al tipo perfecto, pero resulta que, cuando lo conozco, me parece un gilipollas rematado. Guapo, pero gilipollas.

Y tercero: me siento un poco avergonzada al recordar el proceso desde que he entrado en el despacho de Estela y me lo he encontrado ahí, hablando con ella. En ese momento he sentido celos. ¡Sí, celos! Por verlo sonriente con ella; porque pensé que yo sería la primera en hablar con él; porque lo considero algo mío desde que lo vi en aquellas fotografías.

En cuanto me ha mirado, el corazón me ha latido más aprisa y mi estómago ha sido el receptor de toda clase de aleteos, pellizcos y burbujas efervescentes. Pero, claro, como hace poco debí pisar una mierda, nada puede salirme bien y, en cuanto el susodicho ha abierto la boca, la ha cagado.

Sí, vale, cuando me ha acorralado contra la mesa, mi temperatura corporal ha subido tanto que he pensado que me sobrevénía una fiebre repentina; cuando me ha sonreído antes de acceder a la reunión con las lectoras, casi me da una lipotimia; cuando se ha dirigido a mí delante de la gente y me ha acariciado el pelo y la mejilla, casi me derrito.

Y cuando me ha besado... Joder, ¿tan pobre es mi experiencia que, en cuanto un tío que sólo me atrae físicamente me besa, siento que voy a deshacerme en su boca como un sorbete de fresa?

¡Qué idiota, por favor! Con lo mal que me cae.

Pero ¿por qué me cae mal?, ¿porque no trabaja?, ¿porque da la impresión de no haber estudiado?

¿Tan superficial soy? ¿Tanto influyó en mí el consejo de mi madre?

Vaya cacao mental.

Creo que lo mejor será seguir la recomendación de mi amiga y quedar con él para tomar un café, charlar y conocernos. Me parece una buena idea para que toda esta locura ideada y perpetrada por mi editora pueda acabar un poquito mejor de lo que empezó.

El sonido de la llave en la cerradura me trae de vuelta a la realidad. Miro el reloj y compruebo que ya han pasado un par de horas desde que me eché en el sofá, así que debo de haberme quedado dormida pensando en Marcel. Mejor dicho, en Álvaro. En los dos. En ninguno...

Mejor dejar de forzarme, si no quiero acabar desquiciada.

—Hola, Sofía —me saluda Sandra nada más entrar. Se deja caer en el sofá junto a mí y emite un largo suspiro. Lleva una bolsa de patatas fritas que devora sin control—. Vaya mierda de día. Ninguna de las ideas parecía gustarle a la pesada de Estela. Hasta que hemos dado con los diseños adecuados, han pasado horas, y durante ese tiempo he pensado en varias maneras drásticas de hacerla callar.

—¿Alguna de ellas incluía el asesinato? —pregunto, al tiempo que introduzco mi mano en la bolsa y saco un buen puñado de patatas—. Porque, si quieres, tengo un buen repertorio en mente. Sin dejar huellas.

—Casi. Había considerado la idea de introducirla en una bañera y sacarle el maquillaje a fuerza de estropajo.

—También me parece suficientemente cruel.

Un rato de risas con mi amiga me viene genial, aunque nos pasemos el resto de la tarde comiendo porquerías y olvidemos una cena decente.

Riendo y masticando nos pilla Noe cuando llega. Sandra y yo flipamos al darnos cuenta de que son las doce de la noche, y que por eso Noe entra con cuidado, con los zapatos de tacón en la mano. Seguro que no esperaba encontrarnos tiradas en el sofá, rodeadas de migas y latas de Coca-Cola.

—¿Qué hacéis vosotras despiertas? ¿No se supone que habéis madrugado?

—Vaya manera de disimular e impedir que seas tú la que dé explicaciones —

suelta Sandra.

—¿Explicaciones? —suelta Noe justo al dejarse caer en uno de los sillones. Sus zapatos caen al suelo con un ruido sordo—. ¿A cuento de qué os debo yo explicación alguna?

—Joder, Noe —intervengo—, si llegas a medianoche, de puntillas y con pocas ganas de hablar, lo único que consigues es el efecto contrario. Así que... desembucha. Seguro que vienes de casa de Hugo.

—Me he dormido —gruñe—. Siempre tengo el máximo cuidado en no quedarme en su cama más tiempo del estrictamente necesario. Pero hoy es viernes y voy muy cansada.

—Ya —replica Sandra—. Di que eres humana, hija. O que cada día te encuentras más a gustito en su camita...

—Por nosotras no hay problema si decides pasar toda la noche allí —añado yo, luciendo una sonrisa traviesa.

—Mañana es sábado y podrías haberte quedado —vuelve a pinchar Sandra—. Seguro que Hugo te hubiese llevado el desayuno a la cama... y hubieseis vuelto a hacer el amor nada más despertar...

—¿Y vosotras por qué no os vais a la mierda? —refunfuña Noe—. O, mejor, ¿por qué no os buscáis un tío sólo para el sexo, como he hecho yo? Os lo recomiendo. Elimina el estrés, suaviza la mala leche y quita las ganas de incordiar a las amigas.

—Pues tu mala baba sigue intacta —ríe Sandra—. Voy a tener que hablar con Hugo para que te dé más caña.

—Me largo a la cama —bufa Noe mientras se levanta y deja el salón—, que os ponéis muy pesadas.

—¿Qué te apuestas —me pregunta Sandra— a que Hugo le ha vuelto a pedir que se quede y ella ha pasado de él? No sabes cómo le jode que el pobre chico le pida algo más que un polvo salvaje.

—¿Y por qué no lo deja? —planteo yo—. Si teme que él quiera algo más y a ella no le interesa...

Sandra se cerciora de que Noe ya se ha encerrado en su cuarto y se me acerca para susurrarme.

—Pues porque, por mucho que se haga la chula, Hugo le gusta, le gusta mucho. Lo disfraza de sexo antiestrés, pero a mí no me engaña. Está muerta de

miedo a enamorarse y eso es lo que le hace estar en continuo mal humor.

Pues es una pena, si los dos se gustan pero ninguno da el primer paso. Bueno, en este caso, Hugo, porque a Noe no se le ve intención ninguna ni de pensarlo. Seguro que él no le dice abiertamente que le interesa tener una relación porque ya verá la poca predisposición de mi amiga, y ella ha encontrado en ese tipo de relación una situación cómoda y fácil.

En fin, los dos son mayores ya para saber lo que buscan o lo que quieren. Además, las cosas, la mayoría de las veces, no son tan simples como decidir si alguien te gusta o no. Existen los trabajos, el deseo de independencia, el miedo a sufrir o simple cobardía.

Yo misma he descubierto por la vía más drástica que las relaciones de pareja no son tan sencillas como creía.

* * *

Por fin, es sábado. Lo sé, más que nada, porque la pesada de Sandra ya está pasando la aspiradora. Sí, debemos tener la casa limpia, por supuesto, pero lo de mi amiga empieza a ser obsesivo. Y eso que a mí, levantarme un día festivo a las nueve de la mañana, no me importa; es más, la hora es perfecta para aprovechar al máximo el día. Lo malo será cuando se despierte Noe y se cague en toda su familia.

Me dirijo a la cocina siguiendo la estela del olor a café. Sin apenas lavarme la cara, me siento en uno de los taburetes de los que disponemos frente a la encimera y espero a que Sandra me ofrezca una taza de café con leche mientras comienzo a prepararme una tostada. El tostador y el resto de ingredientes los tengo a mano, puesto que ella ya me ha oído levantarme y rápidamente se ha acercado para que desayunemos juntas.

—¡Buenos días! —saluda con énfasis. Menuda energía tiene de buena mañana—. Menos mal que tú te levantas a una hora decente. Desde que te fuiste a vivir con David, he desayunado sola cada maldito fin de semana, ya que Noe, o se va corriendo a trabajar con la hora pegada al culo, o se queda en la cama hasta las tantas.

—Buenos días, Sandra —le contesto mientras unto la tostada de mermelada—. Yo tampoco soy la alegría de la huerta hasta que no desayuno, pero ve

aprovechando mi relativo buen humor hasta que se despierte nuestra querida amiga.

—A nuestra querida amiga —comenta con retintín—, que se la pique un pollo, porque bastante aguanto que ella no haga el puto huevo en casa mientras yo me dedico los sábados a limpiar. Si no fuera por mí, viviríamos rodeadas de mierda.

—Ahora mismo te ayudo —la tranquilizo—. Entre las dos acabaremos enseguida. Termina con el aspirador mientras yo me pongo con la colada. Nos turnaremos para hacer el baño y pasar el plumero. Haré un calendario y lo colgaré en la nevera para no liarnos. ¿Te parece?

—Joder —gruñe mientras me suelta un abrazo—, ¡qué alegría tenerte aquí, hija mía!

Sólo diez minutos más tarde tenemos a Noe plantada en mitad del salón. Dios, qué hará en la cama durante la noche, pues menudas pintas lleva. Su largo pelo oscuro aparece totalmente enmarañado, dándole el aspecto tenebroso de la niña de *The ring*. Más aún si comprobamos que no se desmaquilló en condiciones y sus ojos rodeados de círculos negros dan más miedo todavía.

—¡Es que no voy a poder dormir ni un cochino día!

—Si todas hiciéramos lo mismo, ¿quién limpiaría? —replica Sandra.

—¡Pero mira que llegas a ser maruja, tía!

—¡Y lo bien que te viene a ti que yo sea tan maruja!

—Noe —intervengo—, haz el favor de tomarte un café bien negro y después te lavas esa cara. O mejor, date una ducha y así te espabilas.

—Joder, Sofía —me recrimina—. No sé cómo coño haces tú para estar siempre con esa apariencia tan limpia y perfecta. Mírate, estás fregando el baño y tienes cada pelo en su sitio, la cara limpia y fresca, y la ropa sin una mísera arruga. ¿Es que tú no sudas o es que es suficiente con apuntar en tu agenda «no despeinarme y controlar mis glándulas sudoríparas»?

—Pues claro que sudo —le digo mientras la acompaño a la cocina—. ¡Qué manía tenéis con decirme que siempre voy perfecta!

—Eso es verdad. —Sandra ríe—. No sé cómo te lo montas para parecer siempre que acabas de ducharte. Por cierto, chicas, ¿qué planes tenéis para hoy?

—Yo, dormir —gruñe Noe.

—¿Y Hugo? —le pregunto.

—A Hugo que le den. Ya empieza a agobiarme. Anoche no tuvo otra ocurrencia que sugerir que pasáramos hoy el día juntos. No lo mandé a la mierda de milagro.

—Hostia, qué pedazo de cabrón —suelta Sandra con ironía—. Mira que pedirte esa barbaridad...

Noe, con el café en la mano, la ignora totalmente mientras se mete en el baño para ducharse y suelta un portazo.

—Yo voy a intentar averiguar el número de Marcel... ups, de Álvaro, que ya no sé ni qué digo. Llamaré a la agencia a ver si me lo facilitan.

—¿Al final vas a hacerme caso y a intentar hablar con él para que fluya más la cosa?

—Sí, me parece una buena idea. Hablaremos como dos adultos y nos entenderemos a la perfección. Sólo nos hace falta conocernos un poco mejor.

Primero, busco la agencia en Internet, puesto que Estela se encargó de todo y no poseo ningún dato, pero no pienso llamarla para preguntarle. Prefiero hacer esto por mi cuenta, pues ya tendré tiempo de aguantar sus órdenes.

Logro dar con la Agencia New Talent y hablar con la mujer de las gafas, que acabo de averiguar que se llama Montse. Aunque algo reticente, finalmente me proporciona los datos personales del tal Álvaro. Después de guardar el número en el móvil y pulsarlo una docena de veces, termina contestando una hora después.

Ya ha vuelto a ponerme histérica, y eso que todavía ni siquiera hemos hablado.

—¿Sí? —responde al otro lado de la línea.

—¡Se te dijo que estuvieras localizable! —le grito—. ¿Dónde coño te metes?

—¿Quién eres?

Joder...

—Soy Sofía, la que te está pagando el único trabajo que tienes en estos momentos, capullo.

—Oh, perdona, rubita, pero no tenía muy claro si te había gustado mi interpretación y estaba en una entrevista de trabajo. Pensaba que ibas a despedirme, porque te vi pasándolo muy mal cuando nos besamos, como si te hubieses quedado sin aire o algo así.

Este tío es imbécil... ¿Tenía que recordarme el puñetero beso? A ver si se

cree que las tías nos vamos desmayando a sus pies, que tampoco es para tanto...

—Escucha, Álvaro: quería hacerte una proposición. Para que nos conozcamos mejor...

—Si te refieres a intimar, habría que hablarlo, rubita. Si he de vender mi cuerpo, la tarifa sube considerablemente. Aunque podríamos hacer una excepción si tanto te apetece, claro.

—Tú...

Estoy tan rabiosa que no me salen las palabras. Si lo tuviera delante, lo hubiese lanzado por la ventana y hubiera disfrutado al verlo tirado en medio de la acera.

—¿Tú haces un esfuerzo por cabrearme o te sale de forma natural?

Gilipollas...

—Eso tú, rubita, que siempre estás a la defensiva. El que se pica, ajos come.

—A ver, Álvaro, si no le resulta demasiado complicado de entender a tu limitada inteligencia, ¿podrías hacer el favor de dejarme terminar?

Como a los niños pequeños, por Dios.

«Hablaremos como dos adultos y nos entenderemos a la perfección.»

¿Qué mujer tonta dijo eso?

—Por supuesto, termina —acepta como si fuese él el agraviado.

—Quería pedirte que nos viésemos para charlar y poner algunas cosas en claro, aunque empiezo a arrepentirme de mi propia idea. Me da la impresión de que tú y yo no nos pondremos de acuerdo en la vida.

—Vamos, vamos —me tranquiliza—, no te pongas así. Me parece una buena idea que nos veamos y tomemos algo. Las lectoras de tu libro podrían detectar en algún encuentro que falta confianza entre nosotros dos y les parecería raro. Estaría bien ser amigos.

No me lo puedo creer. Ha sonado la mar de sensato, el chico.

Hemos quedado para esta misma tarde en un bar. Se lo explico todo a mis amigas durante el almuerzo y ambas parecen estar de acuerdo con la idea. ¡Qué raro!

—Es una idea genial, Sofía —comenta Noe mientras mastica con pereza. Se acaba de levantar y todavía lleva la melena revolucionada y los ojos hinchados—. Sal con ese tipo y trata de pillarle el tranquillo para que no la cague. Al fin y al cabo, sólo tendrás que aguantarlo durante unas pocas firmas del libro y

después no lo volverás a ver en la vida.

Noe se arregla tanto cada día para ir a trabajar que los fines de semana que pasa en casa es capaz de tirarse sábado y domingo en pijama y zapatillas y sin peinarse.

—En realidad fue idea mía —interviene Sandra.

Nuestra amiga nos ha preparado para comer una succulenta ensalada y pechuga de pollo con salsa a la pimienta. Como dice Noe, está hecha una perfecta maruja, pues en su tiempo libre le encanta cocinar, planchar y tener la casa limpia, lo que la hace un auténtico partidazo, pues en su trabajo en la editorial es la mejor, que vaya par de ovarios hay que tener para aguantar a Estela cada santo día. Además, es muy mona, de suaves facciones y una piel sin una sola imperfección. Su cabello castaño claro y las curvas de su cuerpo hacen que los tíos se giren a su paso, pero no ha tenido suerte con los hombres. Ella espera encontrar a su príncipe azul, no sabemos si por estar constantemente rodeada de novelas románticas en su trabajo, pero todavía no ha dado con el chico que busque lo mismo que ella: compromiso y no sólo un revolcón.

—Ya me imagino que fue idea tuya —dice Noe, que la mira con una sonrisa.

Están todo el día como el perro y el gato, pero tengo claro que se quieren un montón. Estuvimos juntas en el instituto, no dejamos de mantener el contacto durante la universidad y volvimos a unirnos para vivir juntas al acabar la carrera. Creo que nuestro secreto reside en ser tan diferentes que nos complementamos unas a otras.

Eso y que todas estábamos deseando largarnos de casa. Noe, por tener un padre coronel del ejército que la quería tener en un puño; Sandra, porque en su casa eran ciento y la madre y no tenía sitio ni para guardar sus bragas, y yo, porque aguantar a mi madre debería declararse deporte de riesgo. Los primeros años porque, supuestamente, estaba sola criándome a mí; los siguientes, porque sus parejas resultaron grandes fiascos, y los últimos tiempos porque sigue sola y no consigue encontrar un novio de los que ella llama «de calidad».

A media tarde, me arreglo un poco para la cita con Marcel. No sé qué me pasa que no consigo habituarme al nombre de Álvaro, tal vez sea por mi deseo de que se convierta en él a fuerza de repetir su nombre.

Me pongo un sencillo vestido estampado, unas sandalias de tacón, me dejo el pelo suelto y me maquillo suavemente, que todavía hace calor. Me echo unas

gotas de perfume, pillo el bolso y ya estoy lista.

—Joder, Sofía —me dice Sandra—. Con cualquier cosa estás monísima.

Las dos están tiradas en el sofá, dispuestas a pasar la tarde del sábado tragándose las horribles películas de la tele.

—¿No pensáis salir? —les pregunto—. Yo no sé lo que voy a tardar, aunque calculo que un par de horas como mínimo.

—Te esperaremos —contesta Noe—. Esta noche saldremos las tres a tomar una copa a algún lugar animado, que hace siglos que no lo hacemos.

—Normal —replica Sandra—, si Sofía acaba de volver y tú sueles repartir tu vida entre el trabajo y tirarte a Hugo.

—Está bien, chicas —intervengo con los ojos en blanco—. Pasaré la tarde intentando conocer mejor a mi supuesto novio y, cuando regrese, os quiero arregladas y a punto para salir. Necesito una noche de chicas más que el comer.

Decido ir caminando hasta el bar donde hemos quedado, pues la puntualidad es algo innato en mí y tengo tiempo de sobra. Al llegar al lugar acordado, entro, hago un barrido con la mirada y, como no podía ser de otra forma, compruebo que mi cita no ha llegado.

Miro el reloj: ya pasan quince minutos de la hora y el tío sin presentarse. Me siento al final de la barra, me pido una limonada y me da tiempo de acabármela antes de mirar de reojo hacia la puerta y descubrirlo allí. Media hora tarde.

Giro el taburete para poder mirarlo de frente y... ¡mierda! ¿Por qué me tiene que pasar esto con él, nada más verlo? Es una sensación plácida a la vez que desconcertante, como un peso que me encoge el estómago, me lo presiona y me lo manda al fondo del vientre, mientras que un casi agradable burbujeo me sube por el esófago y se expande antes de llegar a la garganta, con lo que tengo que colocar mis manos en mi abdomen y presionar con fuerza para intentar recolocar todo en su sitio.

Sí, vale, es guapo, pero no es sólo por eso. Tiene que ser porque para mí es Marcel, el chico que yo he creado y del que me enamoré mientras escribía su historia de amor conmigo.

Conmigo, no, con Sofía, la otra Sofía, la de la novela, la inventada.

Joder, qué lío.

Tratando todavía de asimilar tantas sensaciones, sin esperarlo para nada, me quedo totalmente de piedra cuando se acerca, me rodea la cintura con el brazo y

me da un beso en los labios. ¡Dios! Mis piernas parecen haber desaparecido y mis manos se hunden en mi barriga cada vez más fuerte, hasta que mis dedos se vuelven rígidos. Sus labios y su lengua lamen mis labios de una forma tan suave y lenta que por poco no me abrazo a su cuello y me lo como aquí mismo.

Por suerte, se separa de mí, me mira con sus pícaros ojos castaños y me lanza una sonrisa tan engreída que tengo que contener una tonelada de mala leche para no romperle el vaso en la cabeza.

—Hola, rubita.

—¿Qué coño te crees que haces?

—Tenemos que simular que somos novios, ¿no? Imagina que algún conocido nos ve y se percata de que tu amado Marcel y tú os saludáis como dos extraños.

—No digas chorradas. No tenemos que hacer de novios todo el tiempo, únicamente cuando haya lectores o personas relacionadas con el libro o la editorial.

—De acuerdo, como tú digas, rubita.

—Como vuelvas a llamarme «rubita», juro que levanto la rodilla y te los convierto en tortilla. ¡Me llamo Sofía!

—Está bien, Sofi.

—¡Sofi no, Sofía!

Y vuelve a sonreírme. ¡Qué paciencia, por Dios!

—Vale, Sofía. ¿Ya estás más contenta, o tengo que hacer el pino aquí en medio para alegrarte el día?

—Vayamos mejor a una mesa —gruño al bajar del taburete—. Estaremos más cómodos.

Me obedece y nos sentamos uno frente al otro. Me vuelvo a pedir una limonada y él pide una cerveza.

—Por cierto —me dice con el ceño fruncido—, desde que he llegado he visto cómo te presionabas con las manos la cintura todo el tiempo. ¿Te ocurre algo? ¿Tienes mal el estómago?

—Pues...

Joder, ya me vale.

CAPÍTULO 6

Álvaro

—¡Gases! —me contesta algo aturullada—. Son gases.

—¿Gases? Entonces, ¿qué haces bebiendo limonada? Para ingerir gas mejor pídete una cerveza, que es más sana.

—No me sienta bien el alcohol.

Hostias, menuda pedante está hecha esta tía, que no le sienta bien el gas, ni un poco de cerveza... Sólo con mirarla da miedo hasta tocarla, tan perfecta que su ropa está impecable, su cabello, brillante y perfecto, y su cutis, radiante. Debe de haberse pasado la vida protegida por sus papás, sin hacer nada. Sé que yo vengo de familia adinerada, pero nunca me han gustado las chicas que van por la vida como si el resto pudiese contagiarles una enfermedad mortal con sólo rozarlas.

Eso sí, cuando le meto la lengua en la boca, bien que se deja. Menuda insatisfecha.

—Vamos, Sofía, ¿qué puede pasarte por beber una simple cerveza? Su graduación es mínima.

—Ése es mi problema —contesta con su mal humor crónico—, y el tuyo es tu falta de reloj. ¿Acaso no te parece una falta de respeto llegar media hora tarde?

—Me ha surgido un imprevisto.

—¡Claro! Más importante que tu trabajo, por lo que veo.

—¿Tienes que pasarte la vida recordándome que me pagas? Eso también me parece una falta de respeto.

Joder con la rubia insatisfecha. Ya me está cabreando. Sé perfectamente que

he llegado tarde, pero por un buen motivo. Mi amigo Carlos ha vuelto a tener una de sus crisis de alergia y, como Miguel estaba trabajando, lo he acompañado al hospital y he estado con él hasta que le han dado el alta. Pero a esta pesada no pienso contarle nada, que siga creyendo que soy un impresentable.

De momento, con mi última afirmación parezco haberla descolocado.

—Está bien —suspira—. Creo que, cuando estamos juntos, sacamos lo peor de nosotros mismos. De ahí que haya concertado esta cita, para conocernos un poco mejor y que no nos pasemos la vida pinchándonos. Háblame un poco de ti, si no te importa.

—Vale, hagamos una tregua. Me llamo Álvaro y llevo más de seis meses en el paro. Por eso me he apuntado a este trabajo tan extraño.

—Álvaro, ¿qué más?

—Álvaro a secas.

No pienso arriesgarme a confesarle mi apellido y que pueda reconocerlo por mi padre, que sale de vez en cuando en alguna revista con su mujercita.

—¿Cómo que «a secas»? Ni que te apellidaras Capone.

—¿Puedo mantener mi intimidad? —le digo como excusa—. Nadie sabe que me he apuntado a esta mierda de agencia para poder pagar el alquiler.

—¿Hacer de Marcel es tu primer encargo?

—Sí. Un amigo me habló de la agencia, pero siempre pensé que me llamarían para hacer de figurante o de extra en alguna película cutre.

—Entonces, ¿no eres actor?

—Sólo durante mi época universitaria, en una compañía *amateur*.

—¡Pues ya nos podrían haber avisado que no íbamos a tratar con un profesional! —exclama histérica—. Ya le dije a Estela que la agencia debía de ser un timo.

—A ver si te esperabas que Johnny Deep se presentase en la editorial, no te jode.

—¿Tienes que ser tan... vulgar?

—¿Y tú tan mojigata?

—¡No soy mojigata! Tengo educación.

—¡Y yo!

Así nos pasaremos la tarde como no me baje del burro y me comporte de una manera más caballerosa. Reconozco que he sido yo el que, desde el primer

momento, se ha comportado como un capullo y no entiendo por qué, pues no suelo ser así con las mujeres. No acabo de comprender del todo a Sofía, ni sus motivos por haber llegado a tener que contactar con una agencia para contratar a un tío que se haga pasar por su novio, por mucho que su motivo oficial sean las ventas de su libro. Ella no parece frívola, aunque me desarme su aspecto frágil, pero supongo que su menosprecio al suponerme un mero desempleado me irritó demasiado.

En fin, haremos un pequeño esfuerzo.

—Está bien —suspiro—. Lo siento, perdona. Trataré de comportarme y estar a tu nivel.

—Hasta tu disculpa suena mal.

—¿Seguimos o no?

—Explica algo más, al menos. ¿Por qué tanto tiempo en el paro?

—Por cuestiones personales.

—¿Vives con alguien?

—Sí.

Qué poco me está gustando este interrogatorio. Comprendo que es una buena idea coger confianza y conocernos, pero no había pensado que algunas preguntas no iba a poder contestarlas. En todo caso, sólo puedo darle respuestas ambiguas.

—A este paso no voy a conocerte mucho, que digamos —se queja.

—Escucha, Sofía —por primera vez, me pongo serio con ella—: No es preciso que nos demos los datos y nos hagamos un test de personalidad. Bastará con decirte que necesito el dinero por una mala racha que estoy pasando y por ello voy a hacer bien este trabajo, o lo que sea. Haré lo que me digáis y cuando digáis. ¿Te pareció bien la actuación del otro día? ¿Fui un Marcel aceptable?

—Sí —contesta con una media sonrisa.

Y qué bonita es cuando sonrío. Apenas la he visto hacerlo y me da por pensar en este momento cómo sería verla reír a carcajadas. Reír despreocupada, relajada.

Reír conmigo.

—¿Por qué me elegiste a mí?

—Me pareció que poseías las características físicas exactas que plasmo de él en el libro. Eres la imagen que creé de Marcel en mi imaginación.

—Pero ¿no era una historia real?

De repente, se sonroja. Vaya, la he pillado en la mentirijilla.

Sencillamente, adorable. Parece más humana y todo.

—No, pero, por favor, ni una palabra a Estela de que te lo he dicho, que me mata —me suplica—. Ella es la que ha montado toda esta película sobre la historia autobiográfica y sobre Marcel... y todavía no entiendo cómo me he dejado convencer.

—Ella me dijo que me contrataba porque tu novio no podía acompañarte, o algo así. Siempre pensé que el tal Marcel se habría largado.

—Bueno —dice algo meditabunda—, en realidad había un novio que se llamaba David, y sí se largó, pero con otra.

—Vaya, lo siento.

—Sí, es un palo.

Sus bonitos ojos color miel se han opacado. Y, no sé por qué, me ha jodido reparar en que quizá todavía está enamorada de su exnovio, que sufre por su traición y su engaño y que sigue pensando en él.

—¿Cuándo tenemos la presentación? —pregunto para cambiar de tema.

—El miércoles, en la librería Universo.

—Vaya —emito un silbido—, es un local muy emblemático. ¿Estás nerviosa?

—Estoy histérica. —Vuelve a sonreír.

¿Desde cuándo una sonrisa me provoca erecciones?

—No te preocupes —le digo, colocando mi mano sobre la suya—. No tienes más que hablar de tu libro y seguro que lo harás bien. En cuanto a mi papel, sólo espero que confíes un poquito más en mí.

Tiene la mano extremadamente suave, como si rozara la piel de un succulento melocotón. Sonríe ligeramente otra vez y, de nuevo, sus mejillas se cubren de un tenue rubor rosado.

—¿Amigos? —le pregunto. Abro mi mano y espero que ella me la estreche.

—Amigos —responde con un delicado apretón.

Nos despedimos de una manera tan cordial que ni yo mismo me lo creo.

CAPÍTULO 7

Sofía

No sabía la falta que me podía hacer una noche de fiesta hasta que me he visto con mis amigas bebiendo, riendo y bailando. A pesar de no beber alcohol, disfruto igualmente y procuro desatarme al ritmo de la música de Morat y su *Cómo te atreves*, dando saltos sin parar sobre la pista.

En cuanto he llegado a casa, mis amigas, obedientes para lo que quieren, me estaban esperando casi en la puerta para salir por ahí, por lo que, sin cambiarme de ropa, nos hemos subido de cabeza a un taxi y nos hemos presentado en esta discoteca de verano. Es un lugar ideal, con buena música y buen ambiente, y con diversas terrazas al aire libre donde tomar uno de sus muchos cócteles.

Cuando la canción que tanto nos gusta ha acabado, aprovechamos para acercarnos a la barra a pedir unas bebidas. Ellas optan por un par de mojitos y yo pienso qué refresco quiero mientras ambas se dirigen a coger sitio. Ya estoy sola a punto de acompañarlas cuando miro mi vaso y me parece de lo más triste. Es un auténtico coñazo que no pueda beber ni siquiera un poco porque no paro de decir tonterías que más tarde no recuerdo. Pero esta noche me gustaría disfrutar un poco más y, tal vez, sólo un poquito de alcohol entre tanta bebida no vaya a afectarme mucho.

—Por favor —me dirijo de nuevo al camarero—, ¿podría añadir a mi naranjada un chorrito de vodka? Sólo un poco, por favor.

—Claro —me dice con una sonrisa, mientras destapa la botella y hace rebosar el vaso.

A punto estoy de decirle que se le ha ido la mano, pero me quedo sólo con la intención cuando lo veo guardar la botella, acercarme el vaso y girarse hacia otro

cliente después de lanzarme un guiño.

Doy un sorbo. Está bueno y no sabe fuerte. Seguro que parece mucha cantidad pero la mayoría del volumen lo ocupan los cubitos de hielo.

Me acerco a mis amigas, que no han encontrado sitio donde sentarse y beben de pie junto a una columna que simula ser una palmera. Ya hay un corrillo de tipos a su alrededor que intentan ligar de una forma un tanto patética, pero que parece hacerlas reír.

—Vaya, si faltaba la rubia —exclama uno de ellos al verme llegar—. ¡Las tenemos de todos los colores!

Noe pone los ojos en blanco y Sandra se mete dos dedos en la boca para fingir una arcada, lo que, junto a los sorbos que le voy dando a la bebida, hacen que comience a reír a carcajadas. Mis risas les dan alas y se nos apalancan un buen rato, pero Noe es la primera en sacárselos de encima.

—A ver, chicos, la compañía es grata, pero pasamos de tíos esta noche. Ya podéis ir a dar la lata a otro lado.

—¡Serás tú la que pasa de tíos! —grito. No sé si estoy cabreada o me estoy riendo. No tengo ni idea de lo que está pasando—. ¡Tú tienes a tu Hugo, pero nosotras no tenemos a nadie! ¡Deja que se queden!

—¡Ni hablar! —gruñe Noe mientras, con ayuda de Sandra, me agarra del brazo y me apartan del grupo de admiradores.

—¿Qué coño estás bebiendo? —me pregunta Sandra. Intenta arrebatarme el vaso, pero, antes de correr el riesgo de que lo consiga, me lo llevo a la boca e ingiero de un trago su contenido hasta el final—. ¡Joder, Sofía, huele a alcohol!

—¿Y qué? —suelto. La cabeza me da vueltas y mi visión se torna desenfocada, por no contar la flojera de las piernas y las ganas de reír—. ¡Sólo es un poco, no va a pasarme nada!

—Madre mía —murmura—. Demasiado tiempo sin beber. Miedo me da lo que puedas hacer o decir esta noche.

—Podría ser divertido —ríe Noe—. Podríamos aprovechar y hacerle algunas preguntas indiscretas.

—Buena idea... —Sandra me lanza una mirada que me recuerda a la de un vampiro antes de clavarte sus colmillos en la yugular—. Todavía no nos ha contado cómo le ha ido su cita con Álvaro, alias Marcel. ¿Qué tal, Sofía? ¿Habéis practicado cómo ser unos perfectos novios enamorados?

—No mucho, la verdad —contesto, sin saber qué digo—. Aparte del morreo que me ha dado al entrar en el bar, sólo discutimos.

—¿Morreo? —interviene Noe—. Qué interesante. ¿Te ha gustado?

—¡Mucho! —contesto con una carcajada que las baña de saliva—. El tipo, además de estar como un queso, besa de cine. No os quiero ni contar cómo debe de follar.

Me parto de la risa conmigo misma al oírme decir algo tan inusual en mí. Mis amigas se sujetan la cintura del ataque que les acaba de dar.

—¡Me meo! —exclama Sandra.

—¡Ya te gustaría a ti, ya! —grita Noe—. ¡Que David llevaba demasiado tiempo teniéndote a dos velas!

Vaya tres locas que parecemos, riendo. Y qué bien que me está sentando. Bendito vodka.

De pronto, observamos cómo Noe transforma su rostro de un modo radical. Su risa ha cesado de golpe y se ha puesto pálida. Nos preocupa y le preguntamos qué le ocurre.

—Hugo está aquí —susurra—. Joder, se está acercando, mierda...

—¿Hugo? —pregunto entre mis vapores etílicos—. ¿Dónde?

Tras un brusco giro a mi derecha que casi me desestabiliza, veo aparecer ante nosotras a un tío que está para comérselo: moreno, altísimo y elegante. Sus ojos negros parecen exigir devorarte entera y su boca está hecha para devorarlo a él. Viste pantalón negro y camisa blanca, perfecto para anunciar el mejor perfume de hombre en la campaña de Navidad.

—Buenas noches —nos saluda—. ¿Qué tal, Noelia?

—Hola, Hugo —le corresponde—. Creo que ya conoces a Sandra. Ella es Sofía —me señala—. Ha vuelto a vivir con nosotras.

—Hola, Sandra —le dice antes de darle un beso en la mejilla.

¡Dios, yo quiero otro!

—Encantado, Sofía.

Con el corazón acelerado, noto sus perfectos labios posarse en mi mejilla. Su aliento está tan caliente que quema, y huele tan maravillosamente bien que a punto estoy de corresponderle con un mordisco.

Creo que las consecuencias del vodka en mi sangre acaban de alcanzar su punto más álgido.

—Vaya con Hugo —suelto. Supongo que en voz alta y clara, porque menuda cara han puesto mis amigas—. Describirte como un tío bueno es quedarse bastante corta. Yo puntualizaría y diría que eres totalmente comestible. Enterito. De arriba abajo. No me dejaba yo ni las uñas.

—Gracias... supongo —responde encantador.

—Sofía, deberíamos irnos —me señala Sandra.

Yo la ignoro.

—No me extraña nada que Noe haya decidido utilizarte para el sexo —continúo—. Eres ciento por ciento utilizable y reutilizable. Aunque Sandra y yo creemos que te quiere para mucho más que eso, sólo que se las da de tía moderna, independiente y todo eso que ni ella misma se cree.

—¡Sofía, basta ya! —protesta Noe—. ¡Has bebido y no sabes lo que dices!

—No —replico con una sonrisa sibilina—, lo que pasa es que digo lo que no me atrevo a decir cuando estoy sobria, ése es el problema. Pero las dos vemos la cara que traes cuando vienes de tirarte a Hugo, de insatisfecha, como si te quedaras siempre con ganas de algo más.

—Por favor, Sandra, llévatela de aquí —le ruega—. Hugo, perdónala. No la dejamos beber nunca, pero nos hemos despistado y mira la que ha montado. No quiero ni imaginar la vergüenza que pasará cuando le contemos lo sucedido.

La pobre intenta que su amante no note las ganas que tiene de matarme.

—No importa —acepta él.

—Nosotras nos vamos. Hasta la vista —se despide Sandra mientras tira de mí.

A punto estoy de zafarme de ella, pero me convence cuando se coloca un dedo sobre los labios para que no hable, pues su intención es que nos quedemos tras el grueso tronco de una palmera del decorado y espiemos un poco a la pareja.

Comienza a darme el bajón, pero logro entender perfectamente la conversación que inicia el macizo de Hugo.

—¿No me dijiste que no podías salir porque necesitabas dormir?

—¿Me estás diciendo lo que puedo o no puedo hacer?

—No, sólo te pido un poco de sinceridad. Dime que no te apetece salir conmigo, que prefieres estar con tus amigas, tan fácil como eso.

—¿Desde cuándo es obligatorio entre nosotros dar tantas explicaciones?

—¿De qué tienes miedo, Noelia? No te pido más tiempo del que tú quieras darme, ni te exijo ningún grado de compromiso, pero me gustaría ser algo más que un polvo tres veces por semana.

—Pues eso es lo que hay. Siempre lo hemos dejado claro, Hugo, y lo sabes. Sandra bufa y yo flipo.

—Pero ¿cómo puede ser esta Noe tan idiota? —murmura Sandra—. El pobre Hugo no puede ponérselo más fácil, pero ella nada, no cede un ápice.

—No quiere una relación —atino a decir—. Ni compromiso.

—Porque está cagada —suspira Sandra—. Está acostumbrada, desde adolescente, a cambiar de novio como de pañuelo, a salir con chicos como diversión, a no enamorarse, a no sufrir. Y la primera vez que sospecha que eso va a ocurrir, se monta una barrera que la mantenga alejada de él, al menos emocionalmente hablando, porque a acostarse con él no renuncia, la muy perra.

—Calla, calla —le pido—, a ver qué le contesta él.

Y continuamos con nuestro espionaje.

—¿Te estás acostando con otro?

—¿Y tú con otra?

—No.

—Pues muy bien. Haz lo que quieras.

—Así no llegaremos a ninguna parte, Noelia.

El pobre Hugo se pasa una mano por el pelo, coloca la otra en el bolsillo de su pantalón y mira hacia el suelo con resignación, toda una pose de modelo de anuncio. Hay que tener mucha fuerza de voluntad para no lanzarse a su cuello y consolarlo a fuerza de besos...

—¿Quieres dejarlo? —pregunta Noe. Menuda seguridad aparenta.

—No —suspira él—, no quiero dejarlo, sea lo que sea que tengamos. ¿Y tú? ¿Quieres dejarlo tú?

Noe lo mira a los ojos. Incluso desde aquí podemos ver el temblor de sus labios, como si no se atreviera a responder.

—Yo tampoco —susurra.

O eso creemos, porque se lo hemos tenido que leer en los labios. De todas maneras, es la respuesta obvia, pues el próximo movimiento de la pareja es mirarse muy fija e intensamente. Hugo le aparta con delicadeza un mechón de pelo y comienza a bajar la cabeza, aunque, antes de llegar a su destino, Noe

acorta el camino y enlaza sus brazos en el cuello de él para acercar su boca y encontrar la de su amante. Su beso comienza siendo suave, incluso desde aquí oímos los chasquidos de sus labios, pero está claro que este par sienten una fuerte atracción, pues en sólo unos segundos el beso se torna profundo, exigente. Él la empuja hasta una pared y se coloca sobre ella, para apretarse contra su cuerpo y poder enredar las manos en su largo cabello y profundizar un beso que no tienen intención de acabar nunca. Las manos de Noe se pasean por la espalda de Hugo para atraerlo hacia ella; un movimiento con el que parece decidir no dejarlo escapar.

—Guau —murmura Sandra—. Pedazo de beso, tía. ¿Cuándo encontraré yo al hombre que me bese de esa manera...?

—Pero tú buscas más un novio que un amante —le recuerdo, todavía dentro de mi bruma—. Un hombre que te quiera.

—Pero ¿no lo ves? —me dice Sandra con sonrisa soñadora—. Hugo se ha enamorado de Noe, está claro. Y ella de él. Habrá que esperar para ver qué final tiene esta atípica historia de amor que empezó con un revolcón la misma noche que se conocieron.

—Deberíamos irnos —le digo en medio de un bostezo—. Sabes que mi próximo paso será dormirme o vomitar.

—Joder, Sofía, es verdad. Vámonos a casa.

Todavía en el taxi, agoto mi último resquicio de la valentía y la locura que me otorga la ingesta de alcohol y, sin parar de reír, cojo el móvil y busco el número de Marcel. De Álvaro. Bueno, de... quien sea. Sin que Sandra lo advierta en un principio, escribo un mensaje en el WhatsApp, aunque sé que mis dedos pueden hacer cualquier cosa en este momento.

—¿Qué haces? —pregunta por fin Sandra—. ¿A quién escribes?

—A nadie.

Por fortuna, vomito en la calle nada más bajar del taxi y me ahorro tener que pagar la limpieza de la tapicería al pobre taxista. Una vez arriba, Sandra se limita a quitarme los zapatos y a dejar que me caiga de bruces contra mi cama.

CAPÍTULO 8

Álvaro

Joder, ¿eso ha sido el sonido del WhatsApp?

Abro un ojo, cojo el móvil y miro la hora. Las cinco de la mañana. A punto estoy de tirarlo sobre la mesita de nuevo, pero, ya que lo tengo en la mano, siento la curiosidad de saber quién puede haberme enviado un mensaje a estas horas. Deslizo el dedo sobre la pantalla —que casi me deja ciego— y mi interés gana unos cuantos enteros cuando leo el nombre de la persona que lo envía: Sofía.

Hola, guapo, guapísimo. Me gustaría que volviésemos a repetir el beso. Todavía no te he cogido bien el tranquillo y debemos aparentar que somos una pareja enamorada. ¿Te iría bien ahora mismo o lo dejamos para mañana? Yo estoy dispuesta a practicar una vez más. O dos. O veinte. Me encanta cómo besas... (5:04)

Emoticonos de besos, guiños y corazones.

No tengo ni idea de si esto es una broma, si no lo ha escrito ella o es que ha cogido un virus que le afecta a las neuronas, pero no me importa. Decido contestarle, pues es lo que toca, ¿no?

Cuando quieras, guapa. Estaría dispuesto a quedar ahora mismo, pero, si te parece, llámame y quedamos en algo más concreto. (5:07)

Lo releo, lo envío y sonrío mientras vuelvo a cerrar los ojos para seguir durmiendo.

Y vaya sueños tengo...

CAPÍTULO 9

Sofía

Estoy despierta, pero no puedo abrir los ojos. Mi cabeza es como un cuenco vacío donde rebota hasta el sonido de una mota de polvo al caer. Me baten las sienes y siento un enorme agujero en el estómago. Mi boca está reseca y no puedo tragar ni la saliva.

No falla, estoy de resaca con sólo tomar una copa. No voy a escarmentar en la vida.

Como puedo, me arrastro hasta el baño y me meto en la ducha. Suelto la mayor de las maldiciones cuando el agua cae sobre mi cabeza, pues más que agua me parecen piedras que rebotan en mi cráneo. Sin embargo, noto mi cuerpo algo más vivo y reconfortado una vez que me seco, me pongo crema hidratante y me lavo los dientes.

Con un poco más de vigor, entro en la cocina, donde ya está Sandra preparando la cafetera. Esta vez no se ha levantado temprano, ni ha limpiado, ni nada. Tiene una cara aún peor que la mía, pues ni se ha duchado todavía y continúa en pijama. Miro el reloj de pared: las doce.

—Hoy nada de leche —le digo—. Café bien negro, por favor.

—Marchando —contesta con voz pastosa. Nos sentamos en dos taburetes y nos dedicamos a girar la cucharilla en la taza mientras no dejamos de bostezar.

—Luego soy yo la que no sabe beber —comento—. Pues tu careto refleja perfectamente el montón de mojitos que ingeriste.

—Al menos yo únicamente tengo resaca al día siguiente y no en el mismo momento de beber.

—Ay, Dios —suspiro y cierro los ojos—. Ya dije unas cuantas tonterías que

no recuerdo, ¿verdad?

—¿Unas cuantas tonterías?

Y me suelta una carcajada que deben de haber oído nuestros vecinos y los de los bloques colindantes.

—Mejor que no te enteres jamás de lo que le dijiste a Hugo.

—¿A Hugo?

Mierda. Recuerdo a Hugo. Muy guapo y elegante. Recuerdo verlo besarse con Noe. Lo veo sonreírme. Pero, por más que fuerzo mi memoria, no recuerdo nada más. Si acaso, retazos de su cara de asombro mientras le digo algo...

—Cuéntamelo ahora mismo —le exijo a mi amiga— o no te hablaré en la vida.

—Si te vas a morir de la vergüenza...

—¡Ya!

—Vale, te lo resumiré: le soltaste toda una sarta de piropos, desde que te lo comerías enterito hasta poner los ojos en blanco cuando te dio un beso. Después le largaste que Noe volvía a casa insatisfecha cada vez que venía de acostarse con él. ¿Sigo?

—Ay, madre mía —me lamento, mientras dejo caer mi cabeza sobre la encimera y mi pelo se esparce alrededor—. Quiero suicidarme ahora mismo.

—No te preocupes, Noe te matará antes y te ahorrará el trabajo.

—Jamás volveré a probar una gota de alcohol, joder. ¿Cómo puedo ser tan inconsciente?

—No te castigues, Sofía. En realidad, tomaste sólo una copa, pero no sé qué ocurre en tu organismo que parece que te hayas bebido la cuba entera y cualquiera diría que eres una borracha total.

—Qué pensaría Hugo de mí...

Nos interrumpe el sonido de la llave en la puerta. Sandra y yo nos miramos confundidas, pues creíamos que Noe dormía plácidamente en su habitación. Pero no, no estaba. Nuestra amiga aparece ante nosotros con la ropa de la noche anterior, tan arrugada que parece recién sacada de un contenedor; el cabello, tan despeinado como un nido de pájaros y el maquillaje de los ojos, como el de una cantante gótica.

Menuda nochecita debe de haber pasado. Intento no formar en mi mente las imágenes que se me cuelan de Hugo empotrando a Noe en cada rincón de su

casa, pero me resulta bastante difícil. Me avergüenzo de mí misma, pero no puedo hacer nada. Afortunadamente, todavía no es posible leer la mente...

—Noe —la saluda Sandra, aguantándose la risa—, esto se te está yendo de las manos. Ya no te quedas dormida en la cama de Hugo hasta las doce de la noche, sino de la mañana siguiente.

—No digas ni una palabra más, por favor —gruñe nuestra amiga—. A la primera que se cachondee, le atizo un puñetazo. ¿Queda café para mí?

—Ahora mismo te sirvo una taza —murmura Sandra, que me da un codazo—, aunque creo que tú estás para irte a la cama a dormir, después de una noche movidita.

—Cállate, Sandra —exclama rabiosa mientras se acerca a la barra a por la taza—. Y tú y yo —añade señalándome a mí—, ya hablaremos. La próxima vez que te apetezca beber y hacer el ridículo, procura que no haya nadie en cien kilómetros a la redonda. Por lo menos, que no esté yo.

—Lo siento, Noe —me excuso—. Y pídele disculpas de mi parte a Hugo. Aunque, ya sabes, me limito a decir lo que pienso. —Le guiño un ojo y sonrío, lo que la cabrea un par de puntos más.

—Sólo sueltas tonterías —gruñe.

—Decirle a Hugo lo bueno que está sólo es una verdad que no me atrevería a decir sobria. Pues lo mismo con lo demás. Vosotros dos os gustáis, Noe.

—Joder, no empieces...

—Tiene razón —interviene Sandra—. Vienes de pasar toda la noche con él, y eso sólo puede ser porque estás deshaciendo cada vez más esa barrera que tú misma creaste para defenderte de él y de tus propios sentimientos...

—¡Basta! —grita furiosa—. ¿Qué os creéis, que, porque vosotras tengáis la cabeza llena de fantasías románticas, todas las mujeres pensamos igual? —Suspira y deja caer los hombros—. Lo siento, chicas, perdonadme. A pesar de haber pasado una agradable noche de sexo, estoy cansada y de muy mal humor. Nos vemos en la comida.

Nos da un beso a cada una y desaparece por la puerta del pasillo.

—Pobre Noe —susurra Sandra—. En fin, ¿algún plan para hoy?

—No —comento mientras alcanzo mi bolso y miro mi agenda y el móvil—, que yo sepa. He convenido con Estela que haré un alto en la escritura mientras dure la promoción, aunque no dejo de apuntar ideas que ya se me están

ocurriendo para la próxima historia de...

Frunzo el ceño cuando observo que tengo varios mensajes de WhatsApp, entre ellos, uno de Álvaro a las cinco de la mañana. Qué extraño y qué mal presentimiento. Abro su chat, lo leo, y a punto estoy de caerme del taburete y romperme la cabeza contra las baldosas del suelo. Aunque seguro que sería una muerte demasiado piadosa como castigo a mi estupidez.

—Dios... —murmuro—. Dios mío, Dios mío, Dios mío. Ahora sí que me suicido, joder.

—¿Qué ocurre? —me pregunta Sandra, preocupada. Le alargo mi móvil y dejo que lea lo que mi mente urdió en plena madrugada de vapores etílicos asesinos—. ¡Madre mía! —suelta en medio de una carcajada—. ¡Lo tuyo de anoche no tiene nombre ni final!

Más risas. Pero a mí, ni puta gracia.

—Deja de reír, tía, yo me muero. ¿Te imaginas cuando haya leído mi mensaje? Debe de haber creído que me he vuelto loca de remate.

—Seguro que ha creído que era una broma. Mira su respuesta.

—Tal vez —respondo intranquila—, pero me dijo que vivía con alguien y, si su pareja lee esos mensajitos, pensará cosas que no son. A ver cómo le explico yo ahora a esa chica que el alcohol me produce alucinaciones.

—Llámallo y deshaz este entuerto.

—Bien pensado, pero por teléfono las cosas no se entienden igual. Tengo su dirección, así que creo que voy a ir a su casa y aclararlo todo de forma que no haya malentendidos. Imagina que se cabrea con su novia y ésta le prohíbe seguir con el trabajo en la agencia.

—¿No ha firmado un contrato?

—Sí, pero no me fío. ¿Me acompañas?

—Joder, Sofía, precisamente hoy tengo que acabar un encargo muy importante de la histórica de Estela. Si no lo entrego mañana por la mañana, me cortará en pedacitos y se los echará a las gallinas.

—No te preocupes —acepto, aunque me chafa bastante tener que ir sola—. El trabajo es lo primero, y lo que yo voy a hacer ahora es parte de mi trabajo.

En un momento, me he puesto unos vaqueros y un *top*, me he calzado unas deportivas y me he recogido el pelo en una coleta con la aprobación de Sandra. Las tres tenemos un gusto bastante similar, aunque Noe haya dejado de vestir

informal desde su ascenso y sólo se ponga trajes de chaqueta y taconazos.

La dirección de Álvaro se encuentra únicamente a cuatro o cinco paradas de metro, así que decido tomar ese transporte, ya que un domingo a mediodía va bastante más despejado que cualquier día laborable. Encuentro con facilidad la calle y el número, que pertenecen a un antiguo bloque de pisos situado en un barrio bastante apartado del centro. El portal permanece abierto, así que me planto ante la puerta del rellano y toco al timbre. Sólo unos segundos más tarde, me abre la puerta un chico joven, con gafas de pasta, cabello ondulado y un semblante serio con retazos de timidez, bastante adorable.

—¿Sí? —pregunta al verme. Su asombro es casi palpable.

—Hola, soy Sofía. ¿Está Álvaro? —inquiero—. Es urgente que hable con él.

—Sí, claro —titubea—. Pasa.

Entro en un salón, algo pequeño pero bastante ordenado. La decoración es muy peculiar, toda ella basada en figuras de células, fórmulas químicas o la tabla periódica. Los libros del mueble, una calavera y varios fósiles enmarcados complementan la ornamentación.

—¿Quieres tomar algo? —me plantea el chico con aire intelectual, que parece bastante incómodo con mi presencia.

—No, gracias —le contesto.

—Pues, entonces —vacila tímido—, puedes sentarte y esperar a Álvaro. No creo que tarde. Hace un rato que entró en el baño. Yo... tengo trabajo. Hasta luego.

Y desaparece tras la puerta de una habitación.

Por supuesto, permanezco de pie mientras echo un vistazo a tanto libro de física, química y matemáticas. Las estanterías del salón parecen formar parte de alguna biblioteca científica y no puedo evitar arrugar la nariz. Soy demasiado de letras y tantas fórmulas, números y elementos químicos me marean.

—No puede ser... —oigo la voz de un chico detrás de mí—. Todos mis sueños se han hecho realidad y una mujer se ha teletransportado al salón de mi casa. Y además está buena, lo que me lleva a realizar una última comprobación para ver si es de carne y hueso o un simple holograma muy real. Diría que hasta huele a perfume. Muy conseguida. Llegamos a la era en la que todo es posible.

Pero ¿de dónde ha salido el loco este de la colina?

Se me acerca, pone una mano sobre mi brazo, aprieta, y con la otra me toca

el pelo.

—¿Qué haces? —le digo, apartándome.

—Vaya —comenta algo decepcionado—, si no hablara sería totalmente perfecta.

—¿Perdona? —suelto más cabreada que confusa.

—Da igual. Yo soy Miguel —se presenta, acercando su boca a mi mejilla—. ¿Y tú? A no ser que todavía me quede un mínimo de esperanza y hayas sido enviada para satisfacer todos mis deseos más ocultos.

—Joder —le espeto tras apartarlo de mí—, sólo estoy esperando a Álvaro. Soy Sofía Valverde.

—¡La escritora! —exclama contento—. Perdona, no te había reconocido —se disculpa, alargando la mano—. Eres mucho más guapa en persona. Encantado... si es que aún quieres tocarme.

En un principio me ha parecido un pirado, un salido y un gilipollas. Unos minutos después, me sigue pareciendo lo mismo, pero no puedo evitar experimentar un ramalazo de simpatía hacia él, como si tanta fachada del típico tío lascivo que te asquea sólo escondiera a un buen chico con el único fallo de no comerse un rosco. No es muy alto, viste un tanto anticuado y ríe todo el tiempo, pero, al volver a mirarlo, lo encuentro relativamente mono. Su piel es bastante blanca y su cabello, entre rubio y cobrizo, pero lo más destacable es su bonita sonrisa y sus rasgados ojos verdesos.

—Hola, Miguel. —Le doy la mano y paso del beso, porque su mirada lujuriosa todavía no lo ha abandonado.

—¿No te ha recibido nadie? —me pregunta.

—Sí —le digo—, un chico muy amable con gafas.

—Oh, Carlos —responde con otra de sus sonrisillas—. No te hagas ilusiones con él... a no ser que escondas un pene entre esas estupendas piernas.

—Ése me ha parecido un comentario de mal gusto —le recrimino.

—Lo digo porque —se acerca a mí hasta pegarse, levanta ambas cejas y hasta pone morritos en una pose entre divertida y patética—, si lo que buscas es a un tipo muy macho que haga de tu novio, yo soy tu hombre, nena.

—Dios —contesto mientras levanto las manos—, no sé quién es peor, si tu compañero Álvaro o tú. ¿Qué coméis, que os hace ser tan insufribles?

—Yo he trabajado muchas más veces de actor que Álvaro —me explica, aún

en plan interesante—. He trabajado en «Cuéntame». Si quieres puedo pasarte el fragmento donde salgo al fondo de una calle. Gano mucho cuando estoy tras una cámara...

«No me extraña que hayas quedado bien, si ya sueles vestir con ropa de los años ochenta.»

—No, gracias —rechazo su oferta con los ojos en blanco—. Si hicieras el favor de avisar a Álvaro, te lo agradecería. Tengo prisa.

—Voy ahora mismo, preciosa —me susurra.

¿Eso que me ha lanzado ha sido un beso?

Todavía alucinada en medio del salón, oigo abrirse una puerta y Álvaro aparece a continuación. Se dirige a mí pensando que es su amigo el que está allí.

—¿Quién ha llamado a la puerta...? ¡Sofía! ¿Qué haces aquí?

Madre mía de mi vida y de mi corazón. En sólo un instante, todo un caos tiene lugar en mi mente y en mi cuerpo: el corazón se me para, mi garganta se seca, me quedo sin voz y las bragas se mojan y se me caen, por no hablar de aquella sensación extraña que ocurre dentro de mi estómago, un compendio de burbujas y patadas que me obliga a volver a presionarme con fuerza el vientre. Mi boca se abre tanto que a punto estoy de meter mi puño dentro, que creo que cabe. Trago saliva y carraspeo un par de veces antes de hablar con voz rasposa.

Y es que Álvaro, a todas luces, acaba de ducharse. Va descalzo y lleva sólo una toalla sujeta alrededor de las caderas. Una minitoalla, habría que puntualizar, pues deja a la vista la totalidad de sus piernas y su magnífico torso. Su cabello está mojado y todavía le caen algunas gotas sobre el pecho, que está cubierto de oscuro vello. Mis ojos no pueden evitar seguir la línea oscura que desciende del ombligo y se pierde bajo la toalla. Hago un esfuerzo por no cerrar los ojos, pues hasta creo sentir la aspereza de ese vello en mi lengua mientras imagino que se la paso desde el tórax hasta el bulto que se adivina bajo la prenda.

Y yo comienzo, como una demente, a darme puñetazos en el estómago que me provocan más de un gemido.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Hola, Álvaro —trato de decir lo más digna posible—. Estos malditos gases, que no me dejan vivir.

—Gases —repite.

¿Por qué será que me parece intuirle una sonrisilla levemente irónica?

—¿Ocurre algo con la presentación del libro?

—No, yo... quería hablar contigo.

—¿Sobre qué? —inquire divertido cruzando los brazos—. Debe de ser muy importante para presentarte en mi casa de improviso.

—¿No podrías vestirme antes de hablar? —le pregunto. Mis manos aún se clavan con fuerza en mi estómago, tratando de aplacar el malestar que me ataca últimamente y que parece estar relacionado con la visión de este hombre. Parece ser, por lo que acabo de comprobar, que es inversamente proporcional a la ropa que lleve puesta—. No me parece nada apropiado que te pasees así por casa mientras tienes visita.

—Eso depende de la visita —replica pícaro mientras se va acercando a mí.

—Yo... —digo, algo nerviosa por su cercanía—, no es necesario que te pongas ahora en plan Marcel. Deja el cuento y ahorra fuerzas para la presentación del lunes.

Él sigue sonriendo con malicia, y yo ya no sé ni lo que digo. Pierdo el hilo ante la visión de su pecho desnudo que se cierne sobre mí. Mi mente vuelve a atosigarme y me muestra una imagen de mí misma abriendo la boca y sacando la lengua para deslizarla por esos remolinos de vello que tiene alrededor de sus pezones. Siento su aliento sobre mi pelo y mi respiración cada vez se acelera más, cuando su olor a gel de baño y loción de afeitar satura mis fosas nasales y anestesia mi cerebro.

—¿Tan buen actor crees que soy? —me susurra—. ¿Crees que mi deseo por ti es fingido?

Sigue acercando su boca a mi oído. Con su pelo roza el mío y su aliento tibio calienta mi mejilla y mi cuello. Todo el vello de mi piel se eriza y cierro los ojos cuando siento el leve roce de sus labios sobre mi mandíbula, acercándose cada vez más a mi boca. Mi lengua casi siente el sabor que recuerda de él y a punto estoy de lanzar un gemido antes de que él suelte una de las suyas.

—¿Sigue en pie tu petición para la práctica de besos? Yo ahora mismo estoy a punto, muy a punto. Te cerciorarás si miras hacia abajo.

Por suerte, reacciono a tiempo al oír su voz arrogante y me lo quito de encima de un empujón.

—Ya tardabas demasiado en hacer referencia al temita. Hazme el favor de vestirme de una vez.

—A sus órdenes, jefa —responde entre risas con el saludo militar.

Desaparece por la puerta del pasillo de nuevo y, en sólo unos minutos, aparece por fin vestido decentemente. Lleva unos vaqueros y una camiseta blanca de manga corta que se ajustan a su cuerpo y le sientan de fábula.

Así no hay manera. Me vuelve a burbujear el estómago de forma alarmante y me doy un par de puñetazos por la rabia de que su presencia me altere de esta manera.

—Esos gases te dan mucho la tabarra, ¿no?

Gilipollas...

Me invita a sentarme en el sofá y él lo hace a mi lado. Joder, no entiendo que me ponga tan nerviosa su cercanía.

—¿Y bien?

—Tenemos que hablar sobre el dichoso mensajito que te envié anoche.

—Oh, eso —dice con fingido disimulo—. Después de ver tu reacción, acabo de llegar a la conclusión de que fue alguna broma de tus amigas o algo parecido.

—Pues no, nadie me gastó una broma —reconozco, mortificada—. Lo escribí yo misma.

—¿En serio? —demanda todo interesado.

—Deja que me explique, por favor. Anoche salí con mis amigas y bebí una copa. Una sola, pero ya te comenté que el alcohol no me sienta bien, me hace decir y hacer cosas que no quiero y...

—¿Eso significa que una sola copa es capaz de hacer que te desnudes y bailes sobre una mesa?

—No, idiota. Quiero decir que un poco de alcohol puede conseguir que suelte unas cuantas tonterías, no que me detengan por escándalo público. Y una de mis tonterías de anoche fue enviarte el wasap.

—¿Y por qué ese apremio en decírmelo en persona?

—Me explicaste que vivías con alguien y pensé que podías tener problemas.

—Pues ya lo has visto, vivo con un par de amigos, nada de novia —me aclara con una mueca.

—Tranquilo, te entiendo. —Sonrío—. Yo vivo con dos amigas.

—Pues tus amigas deberían cuidar de que no bebieras, si luego lo pasas tan mal.

—Ya lo hacen, pero, cuando se descuidan, aprovechan y se divierten a mi

costa, escuchando las verdades que suelto por la boca.

—¿Quieres decir que bebida dices o haces lo que no te atreves a hacer sobria?

—Yo no he dicho eso —me envaró.

—Pues es lo que me ha parecido —replica con una sonrisa malévola—. Sobre todo, después de recordar tu mensaje, donde me suplicabas que volviera a besarte.

—¿Por qué tienes que hacerme sentir incómoda? —le recrimino—. ¡El lunes ya es la presentación del libro y se supone que tú y yo nos amamos apasionadamente, así que deja de ponerme en evidencia!

—Vale, vale, está bien. Pasaré por alto que, en realidad, anoche deseabas besarme.

—De verdad, no te aguanto.

Me levanto del sofá con la intención de irme, pero él me imita con rapidez y me sujeta del brazo para que me dé la vuelta y lo tenga de frente.

—¿Por qué tienes que disimular siempre lo que piensas o aparentar lo que no sientes? —me pide exasperado—. Sólo si te dejases llevar un poco más, podrías sonreír más y ser más feliz. Se te ve como encorsetada, Sofía, y creo que, en realidad, tú eres una chica bastante más divertida y cariñosa de lo que tú misma te crees.

—¿Ahora resultas ser un psicólogo en paro? ¿Te crees que, por vivir sin trabajar como tú, se es más feliz? —le espeto con desprecio... con demasiado desprecio. No me ha dado tiempo a arrepentirme o echarme atrás.

—¿Por qué haces eso? —me recrimina al soltarme de golpe—. Menospreciar a la gente, a mí... Yo no estoy siempre diciéndote que me pareces una estirada, altiva y esnob; una reprimida que necesita apuntar cada paso y tenerlo todo bajo control. No me extraña que hayas escrito esa mierda de novela. Seguro que ha sido lo más cercano a tener una experiencia sexual satisfactoria en toda tu vida.

Joder, qué patada acabo de sentir en mi pecho. No recuerdo cuándo fue la última vez que alguien me hirió tanto. Tengo que hacer un esfuerzo para no llorar, pero de rabia e impotencia.

Sin decir nada, me dirijo a la puerta de entrada y comienzo a correr para bajar la escalera todo lo deprisa que puedo. No estoy de humor como para esperar el ascensor, y mucho menos a él.

—¡Sofía! ¡Espera! —oigo a Álvaro, que ha echado a correr detrás de mí.

Yo únicamente me decido a guiar mis pies hacia la salida. Una vez en el portal, logra alcanzarme.

—Por favor, Sofía, lo siento. Perdona... No entiendo qué me pasa contigo. Nunca me había ocurrido con ninguna otra chica. No sé por qué me cabreo tan rápidamente. Te has presentado en mi casa para evitar que pudiera tener problemas y yo te lo pago así...

—Escúchame, Álvaro. —Me dirijo a él con la dignidad que me queda, alzando la barbilla, que creo que me tiembla—. El contrato que firmaste con Estela estipula la cantidad de dinero que recibirías por este trabajo. Mañana mismo te pagaré una parte y el resto se te entregará más adelante con los beneficios de las ventas del libro. Acabarás cobrando todo lo que se te prometió, pero ya no será necesario que hagas nada. Te eximo de cualquier responsabilidad.

—¿Me despides? No estarás hablando en serio...

—Según tú, yo no bromeo nunca, así que sí, hablo en serio.

—¡Pero la presentación es pasado mañana!

—Ése es mi problema. Además, te he dicho que te pagaré. Creo que el negocio te ha salido redondo. —A duras penas, consigo que la voz no me tiemble antes de despedirme—. Que tengas suerte en la vida, Álvaro.

Apenas oigo cómo me sigue llamando. Yo sólo me dedico a caminar por la acera, casi sin notar el calor del mediodía, la gente a mi alrededor, el sonido de los coches o las luces de los semáforos...

El muy gilipollas... lo odio. Tengo que parpadear varias veces para eludir la humedad que me cubre la retina y me impide ver por dónde voy mientras accedo al vagón del metro. Afortunadamente, llego a casa en unos pocos minutos y me lanzo sobre la cama sin pararme a saludar a nadie. Golpeo la almohada con rabia al sentir el escozor de las lágrimas bajo mis párpados. Ese tío es lo peor que me he echado a la cara. Ahora mismo me siento como una mierda y todo por su culpa.

Me doy la vuelta para colocarme boca arriba y acerco mi mano hasta mi bolso para coger el teléfono. Mis dedos se deslizan sin pensarlo sobre los contactos y aparece el número de mi madre. No todas las madres ejercen igual su función —y menos, la mía—, pero ¿por qué será que siempre que nos sentimos

mal necesitamos hablar con ellas?

No he conversado con mi madre desde antes de lo de David y, a pesar de que no espero consuelo alguno por su parte, suele tranquilizarme escuchar su voz, que me retrotrae a mi infancia y, como entonces, me hago ilusiones de que ésta será la vez en que mi madre se comportará como tal.

Sueños vanos.

—¡Sofía, qué sorpresa! —me contesta ella al otro lado de la línea—. ¿Qué tal va todo?

—Lo he dejado con David, mamá.

—¡¿Qué?! Pero ¿por qué has hecho eso? ¡David era perfecto! ¡Para mí quisiera yo una versión con veinte años más!

—Me engañaba con su secretaria.

—Oh, vaya —murmura. Al menos, se queda sin argumentos para seguir ensalzando las virtudes de mi exnovio—. Menudo cabrón; tan serio que parecía, tan educado.

—Al parecer —continúo—, el manual de educación de David no incluía la fidelidad ni el respeto.

—Pues estamos las dos igual —me dice con un suspiro—, compuestas y sin novio, pues acabo de enviar a la mierda al tipo con el que estaba saliendo. El muy gilipollas pretendía tener en mi casa pensión completa. ¡Lo que me faltaba! ¡Media vida buscando al que me dé una buena vida y me topo con un vividor con demasiada labia! ¡Qué harta estoy de esos tipos! En fin, vamos a tener que salir las dos en busca de novio.

—Por el momento no quiero ni oír hablar de novios, mamá.

—Es normal que digas eso ahora, Sofía, pero los tíos no están ciegos y tú eres preciosa, hija mía: lista, guapa, educada, encantadora...

Todo un minuto paso escuchando mis supuestas virtudes de boca de mi madre.

—No como yo, que ya lo tengo más difícil a mi edad...

Y, como es normal, lo que viene a continuación es esperar que yo la alabe a ella, que le diga que está muy bien para su edad y blablablá. Y ahí voy yo, a comportarme como buena hija. Aunque lo de comportarse como una buena madre se quedará en el intento.

—No digas eso, mamá. Estás guapísima.

—Gracias, cariño, pero deberías saber que —continúa—, aunque tú no los busques, ellos irán a ti como las abejas a la miel. Y procura recordar lo que te he dicho siempre: escoge bien, hija, nada de muertos de hambre sin estudios, de tipos que sólo puedan aspirar a hacer una jornada de doce horas en una fábrica por cuatro duros y os tengáis que pasar la vida únicamente tratando de pagar la hipoteca y de llegar a fin de mes. Nada mejor que la falta de dinero para acabar con todo romanticismo.

¿Cómo no voy a recordarlo, si me lo grabó a fuego en el cerebro en cuanto entré en la pubertad?

—Mira mi vecina Isabel, la del tercero —insiste—, separada ya por los problemas económicos, por casarse con un albañil que lleva siglos en paro. Sin embargo, ahí tienes a Carmen, la hija de la estirada del ático, que se casó con el director de un hotel y les va genial. La trata como a una reina, van de vacaciones a todas partes y hasta me restregó su madre el otro día que tiene mujer de la limpieza en casa. A punto estuve de mandarla a la mierda y decirle que mi hija vale mil veces más que la suya. La pobre es tan tonta que hay que echarle de comer aparte y...

Dejo que siga con su diatriba por respeto filial hasta que colgamos la llamada. No me apetece comentarle ahora que todos sus consejos, a mí, no me han servido para nada, si acaso para llevarme un buen chasco con un novio que ella misma consideraba perfecto para su hija. Por no decirle que también puedo ser feliz sola, sin ningún hombre a mi lado, que eso a mi madre no parece entrarle en la cabeza.

Sin poder evitarlo, Álvaro me viene a la mente. Lo he menospreciado y lo he tratado como no se merece; al menos, no le he dado la oportunidad de darse a conocer. Sólo porque viva a salto de mata, no significa que no sea buen tío, y él lo parece de verdad.

Debo reconocer que, entre los prejuicios inculcados por mi madre y la poca formalidad que parecía desprender, no he sido justa con él, siempre a la defensiva ante sus tontos comentarios.

Sonrío al recordar alguno de ellos. Porque eso era lo que conseguía al soltarme todas aquellas tonterías: hacerme reír. Aunque yo lo disfrazara de hostilidad hacia él.

Ahora, ya no hay remedio. Lo he estropeado todo, con él, con Estela, con la

editorial, con mi propio trabajo...

—¡Sofía! —me sorprende la voz de Sandra—. ¿Qué te ocurre? Has entrado como una bala y no has dicho ni media.

—No me pasa nada —contesto al incorporarme—. No quiero entretenerte si tienes tanto trabajo...

—No pensarás que voy a dejarte sola, viéndote tan triste. —Se acomoda en mi cama y se tumba junto a mí.

Me mira de una forma tan dulce, de verdadera amiga, que ya no puedo evitar emocionarme.

—Por favor —insiste—, dime qué te sucede.

—Nada, Sandra. Que la he cagado.

CAPÍTULO 10

Álvaro

Tumbado sobre la cama, con ambas manos bajo la nuca, llevo más de una hora mirando el techo. Después de una noche en blanco, he intentado echarme un rato la siesta después de comer a ver si así mejoraba mi dolor de cabeza por la falta de sueño, pero lo único que consigo al intentar dormir es volver a ver los ojos llorosos de Sofía.

Ayer, a primera hora de la mañana, miré la cuenta bancaria y, tal y como ella dijo, había recibido el ingreso con la primera cantidad de dinero que yo debía cobrar en concepto de aparecer en la presentación y en el resto de firmas del libro. Una buena cantidad de pasta que no me sabe igual que si hubiese realizado el trabajo.

Lo que le dije fue demasiado fuerte, más si mis palabras llevan implícita una realidad que le molesta demasiado. Está acostumbrada a una vida muy organizada, a no aparentar debilidades, a disimular sus sentimientos, y seguro que el hecho de que yo la obligue a demostrarlos no la ayuda mucho. Será por todo ello que, en cuanto ingiere una mínima cantidad del alcohol, su cerebro reacciona y la vuelve más desinhibida, más sincera, como si de esa manera su propia mente la ayudara a disfrutar un poco más de la vida... a hacerla más feliz.

Me viene a la memoria el tipo cuyo papel iba a interpretar: el tal Marcel. Sonríe al recordar cómo su personaje se pasa media novela intentando divertir a la protagonista femenina, no por tratar de enamorarla, o gustarle o hacerse el gracioso, sino porque desea hacerla reír y verla feliz.

Como si un resorte me hubiese incorporado en la cama, me levanto de un salto y salgo de mi habitación. Con la adrenalina comenzando a bullir en mi

organismo, no pienso en nada más que en mi objetivo, y entro en la habitación de Miguel sin llamar, algo de lo que me arrepentiré mientras viva.

—¡Joder, cabronazo! —le grito. Abro y cierro la puerta en un intervalo de un segundo. Mis retinas no pueden soportarlo más, y menos mi memoria.

No sé cuándo desaparecerá de mi mente la imagen de Miguel con los vaqueros abiertos, los calzoncillos bajados y su tranca tiesa entre sus manos, mientras la tablet, apoyada sobre la colcha, emite tenues jadeos provenientes de una película porno.

Tal vez no lo olvide jamás.

—¡Hostias, Álvaro! —grita él un minuto después, ya fuera de su habitación mientras se abrocha el pantalón—. ¿Cuántas veces he dicho que llaméis antes de entrar?

—Si es que siempre estás igual, puto salido.

—¡No puedo dejar toda esa tensión ahí dentro! —se justifica—. Hay que dejarla salir de vez en cuando, o puede volverse cancerígena.

—Joder, Miguel, deja de decir chorradas, que eres un científico. Búscate una tía de una maldita vez. Por cierto —gruño con el ceño fruncido al recordar una imagen que he visto durante un brevísimo intervalo de tiempo—, tengo una terrible sospecha...

Efectivamente. Entro en su dormitorio y, junto a la tablet, está la novela de Sofía mostrando la contraportada con su fotografía.

—¿Qué coño es esto? —le pregunto con el libro en la mano.

—¡Deja de invadir mi intimidad! —Intenta arrebátarmelo de las manos, pero no lo permito—. Joder, Álvaro, que la conocí el sábado y me pareció preciosa. Y verla aquí, en casa, tan cerca... Qué quieres que te diga, si en la realidad no lo consigo, tendré que hacerlo con mi imaginación. Aunque... si me echases una mano con ella para que fuese real...

—Mira, Miguel —le explico algo más calmado; ya son muchos años de amistad y no debería asombrarme nada viniendo de él—, por mí, puedes cascártela pensando en quien te dé la gana, pero olvida tener nada con ella. No es en absoluto tu tipo.

—Y el tuyo, ¿sí? —me dice con una sonrisilla.

—Es por ella por lo que te necesito —gruño para dar por zanjado el tema—. Préstame tu coche.

—Ni hablar. Mi Porsche 911 Carrera no lo toca nadie, por mucho que me lo comprara de ocasión.

—Va, tío, debo llegar lo más pronto posible a la presentación del libro. En transporte público no lo haré ni de coña y sabes perfectamente que me vi obligado a vender mi BMW para poder sobrevivir.

—Explícame ese cambio repentino —me pide cruzando los brazos—. Dijiste que Sofía te había pagado, pero que ya no tendrías que hacer el mamarracho como Marcel. Me da la impresión de que te pillé en un momento de cabreo.

—¡No tengo tiempo de contártelo ahora!

—Pues entonces, por el camino, mientras conduzco.

—¡Está bien! —contesto exasperado—. ¡Prepárate mientras yo me ducho y me cambio!

Después de salir de la ducha, localizo un traje y una camisa y me los pongo, pero sin corbata, tal como me indicó Sofía que debía aparecer, elegante pero con un toque canalla, algo que también me ofrece el pelo despeinado estratégicamente con un poco de gomina, como también me especificó ella.

—Y, dime —me pregunta Miguel ya al volante—, ¿por qué has decidido aparecer a última hora?

—Me siento culpable. Todas las presentaciones, firmas y ventas de su libro pueden irse al garete si se descubre que Marcel no existe. No puedo hacerle eso.

—¿Te gusta?

Joder, me está sonsacando la información descaradamente.

—¡Sí, me gusta! —reconozco exasperado.

—Ya lo sabía —responde el maldito—. Sólo quería oírtelo decir.

—Pero no puede haber nada entre nosotros —le explico—. Nos acabaríamos matando.

—Pues haz como ese tipo, el de la novela, el tal Marcel. Intenta ganártela.

—No me lo puedo creer —suelto alucinado—. ¿Te has leído la novela?

—Sí, bueno —contesta indiferente—. Me interesaba saber qué pasa por la mente de una chica con respecto al sexo y las relaciones...

—Debí imaginármelo. —Elevo la vista al techo.

Miguel para junto a la acera de la dirección del local de la presentación, una gran librería donde se realizan la mayoría de acontecimientos de este tipo. Me bajo antes de que pare del todo y él se va en busca de aparcamiento.

Entro a través de la puerta acristalada, que se abre automáticamente, y trato de localizar la sala donde puede estar teniendo lugar el evento. Le pregunto a un guardia de seguridad y me indica la puerta, no sin antes mirarme de arriba abajo, tal vez perplejo porque yo pueda ser un fan de Sofía. A punto estoy de decirle que también hay hombres que leen novelas románticas, sólo que ninguno de ellos lo reconoce.

Me acerco a la puerta que me acaban de indicar y me asomo con disimulo por entre una rendija. Me asombra y a la vez me enorgullece la cantidad de público que ha asistido para conocerla. Aunque, todo hay que decirlo, también venían a conocerme a mí. Bueno, a Marcel.

Observo a los asistentes de frente, mientras que, en una mesa sobre una tarima situada a mi derecha, aparece Sofía. Junto a ella hay una chica que desconozco y a continuación está Estela. Por la cara de esta última, puedo deducir que todavía no ha sido informada por Sofía de la drástica decisión tomada hace tan sólo un día, pues la sonrisa que dibujan sus labios fucsia sobre su cara es gigantesca. Levanto ambas cejas, como siempre me ocurre al verla, cuando contemplo su blusa amarillo limón y un fular azul. Joder, parece una bandera.

En cambio, Sofía está triste. Sonríe, sí, pero con una sonrisa apagada que no le llega a los ojos. Se la ve tensa. No deja de hojear su libro, de morder el bolígrafo y de llevarse un rubio mechón de cabello detrás de la oreja mientras contesta las preguntas que le plantean las lectoras.

Tras su última intervención, el público aplaude y es el turno de Estela, que hace un gesto para pedir silencio.

—Atención, por favor. En unos minutos, todas aquellas personas que hayan adquirido el libro y lo quieran firmado por Sofía, podrán hacer cola aquí mismo y esperar su turno, que ella se lo dedicará muy amablemente. Pero antes, todas las mujeres aquí presentes sabemos que nos aguarda otra sorpresa. —Se mira el reloj y frunce el ceño con disimulo—, aunque parece que la puntualidad no es lo suyo. —Risas—. Marcel, el novio de Sofía Valverde en la novela y en la vida real, pasará a saludarnos un instante. No os preocupéis, no tardará. Ya sabemos que es un hombre muy ocupado y su gran empresa apenas le deja tiempo, pero por Sofía seguro que hace el esfuerzo, sobre todo después de haberlo prometido —dice con retintín.

Estela se gira ahora hacia Sofía. Le hace un gesto interrogante, preguntando seguramente con esa mueca: «¿Dónde coño se ha metido este tío?».

Sofía se pone en pie. Está pálida. La chica que tiene al lado la reconforta con la mano. Seguro que está al tanto de lo que pasa. Carraspea y se prepara para hablarle a la concurrencia, dispuesta a dar la cara.

—¿A qué esperas? —oigo a Miguel detrás de mí—. ¡Ha llegado tu momento! ¡No irás a dejarla sola ahora!

Por supuesto que no.

Con toda naturalidad, porque sé que el papel de un ejecutivo estresado se me da a la perfección, atravieso la puerta y accedo a la sala. Sofía, todavía con la boca abierta para hablar, observa cómo el público femenino la interrumpe con suspiros, vítores y aplausos.

—¡Es él! —gritan algunas—. ¡Es Marcel! ¡Ha venido!

—¡Qué guapo es, por Dios! —vociferan otras—. ¡Qué suerte tiene Sofía!

Estela me mira, reprendiéndome con la mirada, pero le sonrío, le guiño un ojo y me responde con una de sus estridentes sonrisas. Ya la tengo ganada. Ahora, me toca el turno con Sofía.

Está asombrada, pero no dice nada. Me limito a acercarme, a colocarme frente a ella y a acunarle el rostro entre mis manos. La sala ha quedado en silencio. Inclino mi cabeza para encontrar su boca con la mía y la beso, dulcemente. Sus labios saben ligeramente secos, pero los humedezco con mis labios y mi lengua. Después, cuando hemos separado nuestras bocas, apoyo mi frente en la suya, mientras nos llega una algarabía de aplausos y gritos. Los dos reímos. Me encuentro tan a gusto en este instante, a pesar de la falta de intimidad, que no dudo en abrazarla por la cintura. Ella me rodea la espalda con sus brazos, acerca su boca a mi oído y, pese a la subida de decibelios de los silbidos, consigo oír lo que me dice.

—Gracias, Álvaro.

CAPÍTULO 11

Sofía

Dios mío, Estela está superfeliz, hablándole al público, ignorante de la realidad porque todavía no he sido capaz de contarle mi pelea con Álvaro. Tanto ella como el resto de personal esperan que Marcel aparezca de un momento a otro, lo que hace que me sienta un completo fraude. Mi corazón late deprisa y siento mi temperatura corporal cada vez más baja, con lo que un sudor frío brota de cada poro de mi piel y provoca que empiece a temblar. Un ataque de pánico en toda regla, pero que debo obviar si no quiero parecer una rata cobarde.

Así que, justo ahora que mi editora acaba de hacer su intervención, ha llegado el momento de levantarme y explicarlo todo. No sé si Estela acabará conmigo o mi carrera literaria se irá directamente por el desagüe, pero no puedo seguir haciéndome la tonta.

Me incorporo y, antes de emitir el primer sonido, las caras de alegría de las asistentes, mezcladas con sus gritos, me obligan a callarme. Desvío la vista a mi izquierda y ahí está él, Álvaro.

O más bien, Marcel, porque aparece exactamente como en una escena del libro, con un traje gris y una camisa celeste con un par de botones desabrochados. Su cabello está ligeramente despeinado y se ha dejado la barba de un par de días.

Y ese caminar lento, esa sonrisa engreída... Dios, a veces dudo dónde está la frontera entre la realidad y la ficción, si este hombre tan atractivo existe de verdad o simplemente forma parte de mi imaginación calenturienta.

Se me acerca y me besa, así, tal cual, como si realmente fuese el amor de mi vida. Sus labios saben a gloria y su lengua se pasea impunemente por toda mi

boca, devolviéndole la humedad que los nervios habían secado. Después, se separa y me mira. Me hace gracia la cantidad de aplausos que se oyen a nuestro alrededor, de silbidos y de suspiros, y no puedo evitar reír a la vez que él. Para terminar de derretirme, me abraza, y en sus brazos me siento tan bien...

Aprovecho para darle las gracias. No me equivoqué cuando llegué a la conclusión de que era un buen tipo.

—No es necesario que me des las gracias, Sofía —me susurra, todavía dentro de nuestro abrazo—. Perdona por cómo me comporté el otro día. No voy a dejar que me pagues mientras tú te enfrentas a la gente y pierdes tu credibilidad como escritora. Estaré contigo hasta el final.

¿Puede alguien pasar de repente del estado sólido al líquido? A mí me acaba de ocurrir. Derretida como un helado al sol.

Durante un instante, frunzo el ceño mentalmente. Álvaro siempre me pareció bastante vulgar hablando y, sin embargo, cada vez que interpreta su personaje, se convierte en el hombre más elegante y correcto del mundo.

Debe de haberse preparado bien el papel. O se traga a Marcel cada vez que tiene que comportarse como él.

A partir de ese momento, todo está pasando muy rápido y me siento como si no fuera yo la protagonista. Docenas de personas están desfilando ante mí para que les dedique el libro, diciéndome ilusionadas su nombre, emocionadas por poder conocer a su escritora favorita. Esto es un sueño, lo más bonito que me ha sucedido nunca y, porque tal vez no vuelva a pasarme, pienso aprovechar y paladear cada instante que se me ha regalado.

—¿Cuál es tu nombre, por favor? —le pregunto a la próxima persona que me coloca la novela sobre la mesa. Llevo tanto rato viendo circular gente ante mí, que apenas levanto la cabeza para no dejar de firmar.

—Elena Valverde, la madre de la criatura.

Entonces sí levanto la vista. No me esperaba a mi madre para nada esta tarde, pues nunca le pareció nada práctica mi decisión de dedicarme a escribir y jamás ha leído ninguno de mis libros, ni se ha interesado por ellos. Según ella, pasarme horas y horas encerrada en casa no me brindará muchas oportunidades de conocer a hombres, cosa que me sería mucho más fácil trabajando en cualquier oficina. Pero, a pesar de su parte de razón, lo que creo es que le molestó demasiado saber que yo había heredado la pasión de mi padre, puesto que lo

único que me ha contado de él es que, en aquella época, se pasaba el día aporreando su máquina de escribir.

No sé si me alegro de que esté aquí, aunque entiendo que suene fatal. Es mi madre, pero la nuestra no es una relación normal. La miro y pienso, como siempre, que con su aspecto y su vestimenta podría pasar por una mujer bastante más joven de los cincuenta años que tiene, pero su afán por parecer aún más joven consigue el efecto contrario: una falda demasiado corta, una camiseta demasiado ajustada o un pelo demasiado rojo y el cargado maquillaje delatan su lucha continua contra el tiempo.

A pesar de todo, está sonriente, incluso podría parecer una madre orgullosa, pero no lo creo. No creo que lo haya estado nunca. Lo primero que hace es inclinarse hacia mí sin pararse a leer la dedicatoria que le he escrito en su ejemplar, y me hace la pregunta más obvia.

—¿Marcel? ¿Novio? Aclárame eso, cariño, si, según tú, lo habías dejado con David. Y, por lo que puedo recordar, el bombón que te ha besado no es el tipo serio que conocí.

Mierda. Ahora resulta que mi propia madre es un cabo suelto.

Me he visto obligada a pedir un descanso, coger un momento a mi madre y llevármela a una pequeña sala que hay al fondo para contarle a grandes rasgos quién es Álvaro y el porqué de su presencia, no vaya a seguir haciendo comentarios que lo echen todo por tierra. En un principio ha fruncido el ceño, no demasiado convencida, pero creo que los engranajes de su cerebro han empezado a rodar a una velocidad imparable y ha llegado a la conclusión de que, a más éxito por mi parte, más posibilidades de encontrar un novio más que aceptable.

—Y cuidado con ese Álvaro —me reprende—, que ya he visto que es muy guapo, y no veas el beso que te ha dado, el típico hombre que sólo te sirve para echar un polvo, me los conozco bien. Pero no te puedes permitir tener en cuenta a un tipo que debe hacer de actor mediocre para poder pagar las facturas. Tú aspiras a algo más, que para eso has estudiado.

Santa paciencia...

Tras unos minutos más con ella, aguantando sus inservibles consejos, continúo firmando hasta que el ambiente se relaja. Busco a Álvaro con la mirada, pero continúa rodeado de mujeres. Parece que es el tío más encantador

cuando se lo propone.

—Recógete la baba —me dice Sandra, que ha estado conmigo todo el tiempo. Noe ya nos dijo que no podría venir, pero ya tiene su ejemplar en casa dedicado por mí.

—¿Cómo dices? —le digo para disimular.

—Tengo que reconocer que es tan guapo como dijiste —me comenta con una sonrisa—. Aunque ese amigo suyo tampoco está nada mal. Podrías presentármelo.

—¿Miguel? —inquiero con asombro—. Bueno, sí, es mono, pero bastante capullo. Creo que se ha intentado ligar a cada una de las chicas de esta sala. Incluida yo misma el otro día en su casa.

—Pero no se ha comido ni una rosca. ¿No te parece de lo más adorable?

—Estás confundiendo términos, Sandra. Patético no es lo mismo que adorable.

—Va, me has dicho que lo conociste en su casa. Preséntamelo.

—Lo conocí, sí —murmuro—, vaya si lo conocí. Es un salido y un frustrado que el día que lo acepte una mujer la devorará, literalmente.

—Vamos, no será para tanto —replica totalmente embobada—. Creo que esta vez mi intuición no va a fallarme, Sofía.

Aprovecho la petición de mi amiga para acercarme a Álvaro y arrancarlo de las garras lujuriosas de sus admiradoras.

—Por favor —digo en voz bien alta mientras lo atrapo del brazo—, ¿podrían devolverme a mi novio ya?

Álvaro levanta las cejas y me sonrío. Me quedo sin respiración, aunque, al menos, creo que poco a poco van desapareciendo esos ataques de presión en mi estómago. O es que ya me he convertido en una experta en disimular mi deseo por él.

Sí, vale, lo reconozco, lo deseo. Lo habré sentido pocas veces tan fuerte y de forma tan repentina, pero puedo reconocer con facilidad esa emoción.

—¿Cuándo nos vamos de aquí? —me pregunta apretando los dientes—. Me duele la mandíbula de sonreír, por no mencionar que nunca me habían sobado tanto.

—Tranquilo —respondo con una sonrisa—. Pronto nos iremos. Pero antes, a mi amiga Sandra le gustaría que le presentaras a tu amigo Miguel.

—¿Estás segura? No pareció gustarte mucho el otro día. Lo dejaste con el corazón roto —suelta de forma teatral.

—Pero es Sandra quien lo pide y, al fin y al cabo, son dos personas que están solas porque no encuentran lo que buscan. Por probar...

Álvaro llama a su amigo y yo llamo a Sandra para presentarlos, y alucino por completo cuando veo cómo se miran. Parecen haberse quedado prendados el uno del otro y, la verdad, no sé qué opinar. Como buena amiga, quiero lo mejor para Sandra y no me hace gracia pensar en un novio salido que, según Álvaro, se mata a pajas continuamente. Pero también es verdad que el pobre Miguel se ha puesto muy nervioso al tener tan cerca a una chica tan guapa que se ha interesado por él.

—¡Es monísimo! —me comenta Sandra un momento que hemos entrado en el servicio—. Es tímido y adorable. ¡Me encanta! Un poco bajito, pero se me olvida cuando me mira como si fuese la única mujer del planeta.

Minutos después, es Miguel quien se me acerca a comentar la jugada.

—Dios, Sofía, dime que no veo visiones y que esa pedazo de mujer es tan guapa como yo la veo. ¿De verdad se ha interesado por mí? —Sonríe tristemente—. Yo me he fijado en ella nada más verla a tu lado en la tarima, pero no me he atrevido a acercarme.

—¿En serio? —pregunto—. Te he visto acercarte a cada una de las chicas de esta sala, no me digas que con ella precisamente...

—Porque he sentido algo distinto con ella —me interrumpe—. Hacía mucho tiempo que no me apetecía más hablar y conocer a una chica que meterle mano. Bueno, eso también —confiesa nervioso—, pues es muy guapa, pero no como tú piensas, quiero decir que...

Pobrecillo. Al final va a resultar verdaderamente adorable.

Álvaro vuelve a acercarse a mí. Está igual que yo, hasta el gorro de estar aquí, pero, de pronto, ambos sentimos un brazo sobre uno de nuestros hombros.

Genial, es Estela.

—¡Chicos! —exclama al lado de nuestras orejas; creo que he notado su saliva en mi conducto auditivo—. ¡Esto no ha acabado! ¿Sabíais que hay preparada una fiesta en un hotel cercano?

—¿Fiesta? —articulamos al unísono Álvaro y yo.

—¡Pues claro! La editorial ha montado un refrigerio para celebrar nuestros

éxitos. Aparte de ti, habrá unas cuantas compañeras más, además de prensa y los lectores que deseen acceder. ¡No os lo podéis perder!

—¡Sí, porfa, Sofía! —Sandra aparece de la nada y me ruega poniendo morritos—. Todavía es temprano y podríamos pasarlo bien. Nunca vamos a fiestas. Vaaaaa...

No puedo evitar bufar por la nariz. Mi amiga tiene ganas de pasar una velada con Miguel y la fiestecita le parece una buena excusa; Estela me sonrío, mostrando sus dientes manchados de carmín; Miguel está entusiasmado con la idea, y Álvaro, simplemente, se encoge de hombros.

—Está bien —respondo a tanta súplica. Mi amiga da un grito y me abraza, para, a continuación, engancharse al brazo de Miguel.

* * *

Tengo que reconocer que el sitio está muy bien. Es una sala muy elegante, enorme, con decoración clásica, donde han colocado algunas mesas con aperitivos y pequeños bocadillos. Pueden pedirse bebidas en una de las dos barras dispuestas al fondo, o se pueden coger directamente de las bandejas que algunos de los camareros van repartiendo entre la concurrencia.

Mi amiga tiene razón, nunca vamos a fiestas, y menos de este tipo, en un lugar con tanta clase. Noe viene de una familia más acomodada, pero Sandra y yo provenimos de familias humildes y los despliegues de lujo siempre nos llaman la atención, como las inmensas lámparas de araña, el brillante suelo, las columnas con espejos o los camareros con pajarita.

Hablando de camareros, me relamo los labios de lo secos que los tengo. Me apetece muchísimo beber algo y, cuando veo todas esas copas burbujeantes y escarchadas, repletas de cava, cócteles y vino...

Miro a uno y otro lado. No veo a Sandra y Estela ha acaparado a Álvaro. Tengo que aguantarme la risa al contemplarlo con esa cara de resignación, bufando hasta hacer volar su propio flequillo.

No hay moros en la costa. Decidida y con disimulo, espero a que se acerque un camarero hasta mi zona, le hago un gesto, levanto la mano...

—¡Sofía!

¡Mierda, Sandra! Bajo la mano de nuevo a toda velocidad y la coloco sobre

mi cabeza para simular que me estoy rascando.

—¿Qué pasa?

—Miguel y yo nos vamos a dar una vuelta —me comunica toda entusiasmada—. Veo que tú ya tienes quien te acompañe luego a casa —me guiña un ojo—, así que, como ya hemos bebido y comido hasta reventar, pues voy a probar su coche.

—¿Probar? —digo levantando una ceja.

—Se refiere a dar un paseo nocturno por la ciudad —aclara Miguel—. Te lo prometo.

—No tienes que prometerme nada —replico—, Sandra ya es mayorcita. Pero es mi amiga, y más te vale tratarla bien.

—Por supuesto. —El chico me da un beso en la mejilla y me guiña un ojo—. Hasta pronto, Sofía.

—Hasta luego —se despide Sandra también con un beso. Luego, se aproxima toda interesante a mi oído y me susurra—: ¡Tiene un Porsche! ¿A que es perfecto?

Al menos, mientras los veo salir, me parece que hacen una bonita pareja.

Pero yo sigo muerta de sed. Inspiro profundamente, espiro, y vuelvo a mirar a mi alrededor. Ahora no veo a Álvaro, con lo que el momento es el ideal. Vuelvo a hacer una seña a un camarero, se aproxima, levanto la mano y, ¡por fin!, tengo una deliciosa y fresca copa entre mis dedos. Cómo me apetece este trago...

—Suelta eso ahora mismo.

Una voz calmada pero autoritaria aparece sobre mi hombro derecho, al mismo tiempo que una mano arranca mi copa de mi agarre y vuelve a depositarla en una de las mesas.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

Me giro con brusquedad hacia Álvaro. No entiendo esa pose de preocupación hacia mí.

—Me dijiste que el alcohol te sienta mal. Tú misma me contaste lo del otro día, aquel en el que decidiste enviarme un mensaje suplicándome un beso.

—¿Suplicando?! —grito alucinada—. No te me hagas el importante. ¡Y tú no eres quién para decirme lo que debo o no debo hacer!

—Ya lo sé, Sofía —suspira—, no soy nadie, pero creo que debo velar por ti

para que no te pase nada.

Estoy muy enfadada. Más que enfadada, rabiosa. Sólo quiero un sorbo de cóctel de cava, sentir el frío y las burbujas en mi lengua... ¡Y no hay manera!

—Qué bien quedas ahora diciendo que cuidas de mí, cuando hace menos de dos días me soltaste hasta veneno por la boca.

—Te he pedido perdón...

—¡No quiero tu petición de perdón! No has dejado de ser un grano en el culo desde que te conocí. ¡Déjame tranquila!

—Disimula un poco —me dice al ver mi cara color grana—. Si la gente nos mira y nos ve enfadados, comenzará a sospechar.

¡Siempre igual! ¡Siempre con la mierda del qué dirán los lectores o Estela!
¡Hasta el moño estoy ya de este teatro!

Sin que él pueda sospecharlo, me dirijo con rapidez a una de las barras, agarro una de las copas que está llenando el camarero para otra persona y me la llevo a los labios para beberme todo su contenido de un trago. La suelto después con fuerza y me giro hacia Álvaro, que me mira asombrado pero sonriente.

—Está claro que no eres mujer de aceptar consejos.

—Y menos de tu parte.

—Tranquila. —Vuelve a suspirar—. Me limitaré a esperar a que hagas alguna tontería y te llevaré a casa.

—¡No voy a hacer ninguna tontería!

El caso es que ya empiezo a notar los primeros síntomas. Mis piernas comienzan a flaquear, me siento un poco mareada, un leve cosquilleo en la nuca... Lo bueno es que todo aparece acompañado de una pizca de euforia. Siento ganas de reír, de reír mucho, como si de repente todo lo que me rodea fuese pura felicidad. Seguro que esta vez no es como las anteriores. El whisky y el vodka son alcoholes destilados, y no fermentados como el cava. Tal vez por eso, éste no me siente tan mal del todo. Una explicación tan buena como otra cualquiera.

En primer lugar, nunca me he sentido tan contenta nada más beber una copa. Estoy tan feliz... En segundo lugar, tampoco había sentido antes lo que siento al mirar a un hombre, al mirar a Álvaro. Él está observándome, con una mueca divertida y los brazos cruzados sobre el pecho. Yo también lo miro. O, más bien, le hago un recorrido visual de arriba abajo. Joder, qué bueno que está. Le hacía

un traje de saliva ahora mismo. Me lo comía a besos y a lametones. No puedo dejar de imaginármelo desnudo desde que lo vi en su casa recién salido de la ducha. Total, sólo me falta echarle un buen vistazo a su polla, que, por el bulto que se apreciaba bajo la toalla, tiene que ser de tamaño considerable...

Ya me ha dado la risita tonta. Lo extraño es que la euforia comienza a transformarse en otra cosa. Cómo diría yo... en algo caliente y espeso que empieza a bajarme por la garganta y hace un alto en mis pechos. Mis pezones hormiguean y se ponen tensos bajo la tela, mientras lo que sea que me caldea sigue su recorrido hacia abajo, por mi estómago y mi vientre.

Es tan cálido... Doy un respingo cuando esa tibieza se instala entre mis piernas. Tengo que juntarlas para que el fuerte cosquilleo que brota de mi sexo no me haga gemir.

—¿Te ocurre algo, Sofía? —me pregunta Álvaro con preocupación.

¡Hostias, me ha colocado una mano en el brazo y sólo con eso me ha puesto a mil!

—Nada que tú no puedas arreglar. —No tengo muy claro si le he dicho eso.

—¿Cómo dices?

—Que quiero que me beses ahora mismo, que me metas la lengua tan al fondo que hagas que me atragante. Y quiero follar contigo, Álvaro.

CAPÍTULO 12

Álvaro

No sé qué pretende esta mujer; seguro que únicamente llevarme la contraria. Ahora sólo me toca esperar a ver qué tontería acaba haciendo esta vez. De momento, le ha dado por reír. No es un síntoma del todo preocupante, pero no puedo perderla de vista si no quiero que esa euforia repentina acabe en algún tipo de locura, como ponerse a cantar sobre una de las mesas.

Ahora las risitas han cambiado. No deja de mirarme. Sus pupilas se han dilatado y no deja de relamerse los labios. Dios, si no fuera Sofía, pensaría que se ha puesto cachonda al mirarme.

—¿Te ocurre algo, Sofía? —le pregunto. La piel que toco de su brazo está muy caliente.

—Nada que tú no puedas arreglar.

No sé cómo interpretar eso.

—¿Cómo dices?

—Que quiero que me beses ahora mismo, que me metas la lengua tan al fondo que hagas que me atragante. Y quiero follar contigo, Álvaro.

¡Joder! ¡El que se va a atragantar soy yo!

—Vamos, Sofía, será mejor que te acompañe a casa y nadie te vea en este estado.

—Humm, sí, a casa —murmura con expresión babeante—. Vayamos a tu casa y follemos. —Se cuelga de mi cuello, acerca su boca a mi oreja y me da un lametón en todo el pabellón auditivo que provoca que mi polla escape disparada de su encierro y clame como loca por salir. Madre mía, menudo bulto acaba de formarse. A ver si con la chaqueta puedo disimular...

—Vale, cariño —intento conformarla—, lo que tú digas.

—Pero antes bésame.

—Ahora mismo, preciosa. En cuanto hayamos salido de aquí. Deja que llame a un taxi.

Hago lo que puedo por darle la razón y que no me monte un pollo aquí en medio. Intento ir empujándola hacia la salida con disimulo, mirando a mi alrededor, lanzando algunas sonrisas todavía a quien me las reclama. Saco el móvil del bolsillo, comienzo a buscar el número y, nada más encontrarlo y pedir el taxi, una fuerza descomunal me arrastra hacia un pasillo y me estampa contra una pared bajo un tramo de escalera donde nadie puede vernos.

—No te hagas el loco, Álvaro, y bésame.

—Por favor, Sofía, estás borracha. Mañana no recordarás nada, te llevarás un disgusto cuando te lo cuente y...

Sin dejarme acabar, se lanza sobre mi cuello, donde enlaza sus brazos, y busca mi boca con la suya para comenzar a besarme con furia contenida.

Que conste que yo lo he intentado. He procurado convencerla, he llamado al taxi con la intención de acompañarla a su casa para que duerma la mona y no tenga que avergonzarse. Pero me rindo. Ha ganado ella, cuyo cuerpo delgado y suave se acaba de pegar al mío y noto desde sus pechos duros clavarse en mis costillas hasta el vértice de entre sus piernas acunando mi erección, que se pone cada vez más prieta. Sus manos se han enredado en mi pelo y tiran de él con fuerza, con determinación, mientras introduce su lengua en mi boca y lame y succiona mi lengua, mis labios, mis dientes... hasta el cielo de mi boca está lamiendo.

Y, ¡Dios!, cómo me está poniendo. Ya no puedo contenerme y enredo también mis manos en su pelo al tiempo que respondo con mi propia lengua a cada envite de la suya. Avanzo con mis caderas hacia delante y me clavo en ella, que acaba de soltar un gemido dentro de mi boca que por poco no me hace estallar aquí mismo.

—Para, para, Sofía —le suplico. He tenido que sujetar su rostro con fuerza para que no me siga besando. Su expresión es la viva imagen del deseo. Tiene los labios hinchados por la fuerza del beso y su mirada parece perdida. Sus ojos color miel se muestran más brillantes que nunca.

Jamás he demostrado más fuerza de voluntad.

—¿Por qué? —me pregunta—. Yo te deseo y tú me deseas.

—Más que nada, Sofía, pero ahora mismo no eres tú. No puedo hacerte esto.

—Vaya... —suspira—. Es una mierda, pero te entiendo. Llévame a casa, por favor.

Frunzo ligeramente el ceño ante tan repentina capitulación.

Aun así, creo que van a tener que erigir un monumento en mi honor. Me separo de ella y la cojo de la mano para llevarla a la puerta, donde ya nos espera el taxi. Nos montamos en el vehículo y parece conformarse, pues su expresión es seria y contenida.

Pura fachada, como yo pensaba, porque, sin cambiar el semblante y sin aviso alguno, desliza su mano hasta mi entrepierna, mirando al frente con expresión de buena chica.

¡Joder! Doy un respingo cuando aprieta con fuerza sobre mi bragueta. Demonios, menudo mordisco he tenido que darme en la lengua para no soltar un grito de placer.

—Llévame a tu casa —me susurra, antes de comerme la oreja—, que en la mía están mis amigas.

—Y en mi casa están mis amigos —le digo como excusa—. No podemos...

Su mano cambia la estrategia del apretón por el agarre directo de mi miembro sobre la tela para comenzar a deslizarla arriba y abajo, arriba y abajo... Dios, hace demasiado tiempo que no tengo sexo, esta mujer me gusta mucho, ella está dispuesta...

Voy a correrme en un taxi como esto siga así...

—Deseo tanto sentirte dentro de mí —vuelve a susurrarme—, sentir tu polla bien adentro, en mi boca...

Se acabó. No soy ningún santo. Ella puede estar borracha, pero yo no.

—Por favor —le digo al taxista con voz rasposa—, cambio de planes. Dé la vuelta y llévenos de nuevo al hotel.

El conductor obedece y en pocos minutos volvemos al punto de partida. Le pago, ayudo a Sofía a salir del coche y entramos por la puerta principal, desde donde puedo comprobar que la gente de la fiesta ya ha ido desapareciendo, por suerte.

Es un hotel caro, que ya conozco de haber reservado sus salas de reuniones para hacer algunos tratos con clientes de la empresa, parece que haga siglos ya.

Para poder pasar una noche aquí voy a tener que recurrir al dinero que la propia Sofía me ha pagado, pero ahora mismo no puedo ni pensar. Al menos, no con la cabeza que debería.

Reservo una habitación para una sola noche —que menuda clavada de precio. Cómo se nota que tiempo atrás me importaban un carajo los precios de las cosas—, y, como una exhalación, subimos al ascensor. Va ocupado por varias personas, por lo que Sofía se limita a pegarse a mí y a morderse los labios para contener su risa, que desde que se bebió la dichosa copa no ha dejado de emitir.

Aprovecho este instante para enfriar un poco mis ideas y mi cuerpo. No me hace demasiada ilusión acostarme con una mujer que mañana, posiblemente, no recuerde nada, que se ha ofrecido a mí, pero que no tengo muy clara la proveniencia de ese impulso lujurioso. Por lo que veo, la bebida produce extraños y variados influjos en ella con resultados muy diferentes, y tengo que reconocer que me preocupa que sea el alcohol el que funciona por ella. Aunque, ¿y si, únicamente, la bebida lo que hace es sacar a flote sus deseos más ocultos, su otro yo menos reprimido, su personalidad más espontánea? Estoy casi seguro de que ella me desea, pero, aun así, no acaba de convencerme la situación.

Nada más abrirse las puertas del ascensor, es ella la que toma mi mano y tira hacia la habitación que hemos reservado. Apenas logro atinar a pasar la tarjeta por el lector mientras ella enlaza sus brazos en mi cintura y mordisquea mi oreja y mi nuca.

—Espera, por favor, Sofía —le pido al acceder al interior.

Nunca me había fijado en los detalles que ofrece una buena habitación de hotel. Mi nueva condición de persona no adinerada me hace ser más consciente de las diferencias entre ricos y los que no lo son. Ahora mismo, mi falta de dinero me hace fruncir el ceño un instante al pensar en el derroche de cosas inútiles en una estancia tan elegante para pasar una sola noche.

¿Son necesarias todas esas flores, frutas frescas, botellas de bebidas en la nevera o cojines sobre la cama? Todo para justificar la pasta que he pagado.

—Deberíamos hablar, Sofía —le suplico una vez más—. Te lo repito por última vez: has bebido, no eres tú...

Interrumpo mi diatriba en cuanto Sofía se saca la blusa con enorme facilidad y, con un golpe de cadera, hace lo mismo con la falda, quedando en ropa interior y tacones.

Dios de mi vida, quién iba a pensar que esta mujer metódica y seria pudiera vestir semejantes prendas. Siempre se las imaginé monas, pero más prácticas, y no un conjunto de sujetador transparente y tanga, ambos negros y confeccionados apenas con un palmo de tela...

—¿Por qué no dejas de hablar de una puñetera vez?

Acaba de acercarse a mí. Me saca la americana por los hombros, desabrocha los botones de mi camisa para enviarla por el mismo camino y lanza su boca contra mi pecho y mi cuello para dejarme un reguero de lametones y saliva que acaban de destrozar todo pensamiento racional que pudiera albergar mi ya escasa cordura de esta noche.

¡A la mierda! ¡Se acabó! Hace demasiado tiempo que no echo un puto polvo y una mujer preciosa acaba de tirarse sobre mí. Harto de ser la parte pasiva de la noche, voy a por su boca y me doy un festín de lengua, al tiempo que la tomo de la cintura, la elevo sobre mí y doy un par de pasos para sujetarla contra la pared. Enlaza sus piernas en mis caderas y comienza una sesión de frotamiento de sexo contra sexo que la hace jadear como nunca creí que esta mujer sería capaz. Yo, loco ya de deseo, la sigo sujetando contra la pared y bajo la cabeza para buscar sus pechos, que lamo por encima de la tela. Por suerte, ella, aún lúcida para ciertas cosas, se desabrocha el sujetador y lo tira por encima de mi cabeza, dejando sus pechos a la altura de mi boca. Yo, por supuesto, acepto encantado la invitación y los devoro, pasando mi lengua y mis dientes sobre cada duro pezón, mientras oigo la melodía de gemidos que salen de su boca. Más que melodía, concierto de rock, pues el volumen es demasiado elevado para lo que yo estoy acostumbrado a escuchar.

Creo que estoy perdiendo la cordura mientras ella golpea mi polla con su pelvis y mi cara con sus tetas. Como ya me he repetido varias veces esta noche, ya no recuerdo cuándo fue la última vez que follé con una chica —quitando la casi mamada frustrada de la mujer del metro—, y mucho menos hay cabida en mi memoria para encontrar el recuerdo de un polvo que yo deseara tanto y en el que la chica me correspondiera con semejante ímpetu.

Mis encuentros sexuales siempre han sido con mujeres finas de mi círculo, de la clase que apenas emite un gemido más alto que otro. O con ciertas amigas, de esas que te encuentras de vez en cuando y echas un polvo que se puede catalogar de divertido, donde juegas, ríes, follas... todo en un *pack*.

Pero como hoy, no, nunca. Siento que, si no poseo ahora mismo a Sofía, moriré de deseo insatisfecho.

—Fóllame, Álvaro, por favor —me suplica entre fuertes jadeos—. Fóllame, fóllame...

Sólo con oírla acabaré trastornado.

Como puedo, echo una mano hacia atrás y busco mi cartera en el bolsillo trasero de mi pantalón. Por suerte, mi escaso raciocinio acaba de recordarme el tema de la protección, y sé que suelo llevar algún preservativo en mi cartera. Logro sacarlo con la dificultad añadida de estar en pie con Sofía a horcajadas sobre mis caderas suplicándome que la penetre.

—¡Sí! —exclamo con euforia mientras mantengo en alto el sobre plateado—. ¡Tenemos condón!

—Yo te ayudo a ponértelo —dice después de arrancármelo de las manos.

Sin esperar esta agilidad por parte de Sofía, observo cómo se baja de mis caderas cual *casteller* experimentada, para poder estar de pie frente a mí y comenzar a forcejear con mis pantalones. Desabrocha mi cinturón y me baja la cremallera en tiempo récord, antes de bajarme los calzoncillos hasta los tobillos y extraer mi polla dura y dispuesta, tanto que me duele.

Lo que no esperaba era que ella, preservativo en mano, se quedara parada unos instantes para, a continuación, dejarse caer de rodillas frente a mí.

—Qué maravilla —susurra al tiempo que coge mi miembro con una mano y lo acaricia con timidez—. Qué suave la tienes. Quiero probarla. —Acto seguido, saca su húmeda e irresistible lengua para deslizarla sobre mi glande.

—¡No! —grito a la vez que la aparto—. Me correría en un segundo, Sofía.

Dios, ¿es que no imagina lo que me provoca verla arrodillada ante mí, sólo con un tanga y con mi pene en su boca?

Con cuidado, pero con determinación, la agarro de los brazos para que se levante. Me deshago de la ropa que me queda puesta y arrastro a Sofía hasta la cama, donde cae de espaldas en medio de una fuerte carcajada.

—¡Menuda pinta tenías con los pantalones en los tobillos!

—Gracias —le respondo con una mueca, más que nada por las pocas ganas que tengo de reír. Estoy tan dolorido que mi glande ha pasado de su color normal al púrpura más violáceo. Trepo por la cama y me arrodillo frente a Sofía.

—No te enfades —me consuela—, sólo es una broma. Eres el hombre más

guapo que he conocido en mi vida. Sueño contigo cada noche. Me gustas. Me encantas.

—Y tú a mí, Sofía —le digo, mirándola.

Está echada sobre la colcha blanca, con su magnífica melena dorada alrededor de su cabeza. Su rostro me desconcierta, pues es el suyo, el que conozco y que a la vez no reconozco, al verla tan desinhibida, tan radiante... Sólo su tanga cubre una mínima parte de su cuerpo, pero lo retiro con rapidez para poder verla totalmente desnuda. Y su visión me hace tragar saliva una y otra vez.

—Eres preciosa, Sofía. —Soy incapaz de callar ante semejante imagen. Como tampoco soy capaz de parar el movimiento de mi mano, que se instala sobre su sexo y lo acaricia, lo abre...

Ella, en respuesta, se arquea sobre el colchón y gime, mostrándome la totalidad de sus pliegues abiertos y húmedos. Coloco mis manos sobre sus rodillas, abro al máximo sus piernas y me arrodillo ante ella para bajar mi cabeza y pasar la lengua sobre su sexo, lo que parece volverla loca por el grito que pega.

—Álvaro... —gime.

Por lo menos no piensa en Marcel. Acaba de darme un subidón al oír mi nombre de su boca y continúo lamiendo la humedad de su sexo hasta que decido parar para no terminar tan pronto.

Me coloco el preservativo, me apoyo sobre los antebrazos y, al mirarla de nuevo, vuelve a incordiarne un segundo de lucidez. Voy a follar con una chica a la que la bebida convierte en otra, y me jode bastante ese pensamiento. Pero antes de poder darme un consejo inoportuno a mí mismo, ella ya ha enlazado sus piernas alrededor de mi espalda y ha conseguido que mi miembro roce su sexo. Y así ya no hay manera de pensar, claro. Sólo puedo concentrarme ya en pasar mi glande por toda su húmeda abertura, en colocarlo sobre su clítoris y presionar. En apenas un segundo, me deslizo dentro de su cuerpo, hasta el fondo.

—¡Álvaro! —grita, al tiempo que eleva las caderas para tenerme más adentro.

—¡Sofía! —Yo también he gritado. No lo he podido evitar en cuanto me he sentido rodeado por sus cálidas paredes vaginales... y no digamos cuando hemos empezado a movernos y sus pezones han comenzado a rozar mi pecho.

Pero esta mujer todavía no ha acabado de sorprenderme. Sólo un instante

después, hace un movimiento brusco para que rodemos y pueda colocarse ella encima, a horcajadas.

—Déjame follarte así —gime—. Me gusta más. Hace siglos que no follo y menos en esta postura. Quiero que seas mi fantasía.

—Lo que tú digas —respondo con otro gemido.

Omito decir que a mí también me encanta, que no tiene ni idea de lo que está consiguiendo cabalgándome de esa forma. Cuando observo sus pechos bambolear ante mí, los agarro y los pellizco, con el satisfactorio resultado de percibir un nuevo gemido salir de su boca.

—Más fuerte, más fuerte —me pide.

En respuesta a semejante súplica, coloco mis manos sobre sus glúteos para ayudarla a moverse y, de paso, darme el gusto de tocárselos. Al mismo tiempo, busco sus pezones con la boca y se los chupo con fuerza, como ella ha pedido.

Sofía grita, cabalga más fuerte; yo embisto hacia arriba, haciendo chocar mis testículos en su culo; la parte baja de mi espalda se tensa cuando siento las convulsiones vaginales de su orgasmo... y entonces me dejo ir yo también, con uno de esos orgasmos históricos, de los que se tienen después de mucho tiempo. Si a eso le añadimos que no lo esperaba, y menos con la estirada y deseable Sofía...

Ella emite un último gemido y se derrumba sobre mi pecho. Nuestras respiraciones suenan a locomotora y sudamos tanto que nos quedamos pegados, pero, poco a poco, nos vamos tranquilizando y el aire acondicionando nos va refrescando. Aparto su rubia melena de su rostro y contemplo sus ojos cerrados y su boca curvada en una sonrisa de satisfacción. Me ha rodeado la cintura con sus brazos y apoya la cabeza sobre mi pecho, ¿se puede pedir más después de un polvo?

Mis ojos también comienzan a cerrarse. Seguro que mi boca dibuja la misma sonrisa de satisfacción que la de Sofía. El sueño comienza a llamarme y dejo que mi mente y mi cuerpo descansen mientras abrazo el suave cuerpo que me cubre.

CAPÍTULO 13

Sofía

Dios, este malestar que siento es más que un dolor de cabeza o una resaca. Resulta una sensación extraña, pues, al mismo tiempo que me duele todo el cuerpo y mi estómago amenaza con rebelarse, experimento una inexplicable satisfacción, como si algo cálido me envolviera, tanto de forma física como mental.

Un momento... algo ¿físico?

Abro un ojo, con el esfuerzo que supone despegar mis pestañas del engrudo en el que se ha convertido la mezcla entre rímel, *eyeliner* y legañas matutinas, y después el otro, con parecido empeño. Frunzo el ceño, algo que también me supone demasiado trabajo. Debo de estar todavía dormida, porque lo único que atino a ver es piel.

Piel, sí, y debiera aclarar que piel masculina, pues contemplo en perspectiva una tetilla y un remolino de vello, el mismo que siento bajo mi mejilla.

Ay, madre; ay, madre...

Me quedo quieta. Vuelvo a cerrar los ojos y los vuelvo a abrir, para cerciorarme de estar realmente despierta. Y sí, lo estoy, lo siento y lo presiento, pero vuelvo a ver el mismo pezón masculino.

Ay, Dios, ¡que estoy en la cama con un tío!

Levanto despacio la cabeza, lo que supone un nuevo aviso de mi estómago, que apenas logro controlar. Para colmo, lo que observo a mi alrededor me es totalmente desconocido. Al menos, si no estoy en mi casa, no tendré que dar explicaciones a mis amigas.

Mejor no hacerme ilusiones. Si he pasado la noche fuera de casa, Sandra y

Noe esperarán esas mismas explicaciones.

Mi próximo movimiento es abrir los brazos para separarme del torso masculino que me ha servido de colchón. Joder, todavía estoy alucinando. Lo último que recuerdo es haber bebido una copa de cóctel de cava, de lo bien que me sentó hasta que volvió a pasar lo mismo de siempre: que casi todo rastro de recuerdo desaparece de mi memoria. Sólo recuerdo estar en una fiesta con Álvaro...

«Por favor, por favor —suplico mentalmente al pensar en esa horrible posibilidad—, que el tipo que está en la cama sea un desconocido. Por favor..»

Con todo el cuidado del mundo, muy lentamente, mientras mi corazón amenaza con apostarse en mi garganta, logro desenmarañarme del cálido y fuerte cuerpo. En cuanto logro poner los pies en el suelo y reconozco a la persona que está en la cama, decido que esta vez el suicidio me parece la opción más válida, la más digna y la menos dolorosa.

—Joder —susurro, al tiempo que me llevo las manos a la cabeza—, joder, joder, esto no me puede estar pasando. ¡Es Álvaro, por el amor de Dios! ¡Qué coño he hecho! ¡Es Álvaro!

Comienzo a caminar arriba y abajo, mordiéndome una uña, dándole vueltas a la cabeza para encontrar la mejor solución. Sólo un instante me permito mirar hacia la cama. La verdad, menuda imagen contemplo. Está enredado entre las sábanas, durmiendo y como su madre lo trajo al mundo. Permanece tumbado bocarriba, con una mano sobre la almohada y la otra sobre su abdomen, como si todavía estuviera rodeándome. Su rostro relajado es todavía más hermoso, como todo él. Le hago un repaso visual y contemplo su ancho pecho, sus largas y velludas piernas y, cómo no, su miembro, que parece estar en un estado de semierección matutina.

Madre mía, ¿y yo he follado con este hombre? Trago saliva de forma compulsiva cuando me vienen retazos de imágenes, como flashes, donde nos veo besándonos, o lo veo a él desnudo sobre mí, o yo sobre él...

No sé qué me jode y me mortifica más, si enterarme de que he echado un polvo con Álvaro o no lograr recordar los detalles...

—Buenos días, Sofía.

¡Mierda! ¡Debería haberme largado pitando de aquí, y no quedarme embobada mirándolo! Además, ¡todavía estoy completamente desnuda!

Extiendo una mano hacia la cama y tiro de la sábana para envolverme en ella y cubrir mi cuerpo.

—No sé para qué te molestas —me dice con la sonrisa más engreída—. He visto y besado cada parte de tu cuerpo.

¡Y me lo dice tan fresco!, todo él relajado, con las manos detrás de la cabeza, las piernas abiertas y su miembro comenzando a despertar...

—¡Oh, cállate! —le grito. Justo después, tiro de la colcha y cubro con ella su cuerpo hasta la cintura. Cualquiera se concentra con semejante visión—. Mira, Álvaro, no tengo ni idea de lo que pasó aquí anoche, pero ten por seguro que no era yo. ¡Fue el alcohol!

—Me lo imagino —replica emitiendo una mueca—. Pero fuiste tan insistente...

—¡No quiero ni oír una palabra, y menos los detalles!

Frenética, comienzo a buscar mi ropa. Mi asombro es mayúsculo cuando encuentro cada prenda en una punta de la habitación. Localizo un zapato sobre la mesita y el otro, minutos después, bajo la cama.

—Sí, cariño —vuelve a agujionearme—, anoche estuviste muy activa.

—Déjame en paz. Me largo de aquí.

—¿Ya te vas? —me pregunta, incorporándose en la cama—. El desayuno entra en el precio, así que podríamos comer un poco antes de...

—¡Tú eres gilipollas! —le espeto, sin poder contenerme—. ¿Desayunar? Mis amigas deben de estar preocupadas, pues tengo veinticinco llamadas perdidas. Quedé con Estela a las diez de la mañana para hablar de la próxima firma, que será en Madrid, pero, observando la cantidad de sol que entra por la ventana, casi debe de ser esa hora ya. ¿Y pretendes que me quede aquí más tiempo contigo? ¿No te das cuenta de la locura que hice ayer, de la que me arrepentiré mientras viva?

—No te lo tomes así. —Para terminar de darle una patada a mi raciocinio, Álvaro se levanta de la cama, busca desnudo sus calzoncillos y, ofreciéndome la mejor vista de su culo, se los coloca antes de acercarse a mí. No importa si está desnudo del todo o en ropa interior, pues, de igual manera, se convierte en una imagen de anuncio que me turba completamente—. Anoche, Sofía, simplemente, hicimos el amor. Tú lo deseabas y yo también. Punto. Creo que ya somos adultos.

—¡Deja de decir gilipollices! —suelto furiosa.

—Sencillamente, hicimos algo que tú y yo deseábamos y no hay que hacer un drama de ello. Me gustaría que supieras que intenté detenerte todo lo que pude, pero no dejabas de besarme y provocarme...

—¡Claro! —lo interrumpo—. Y en vez de meterme en un taxi y enviarme a casa, decidiste complacerme. Qué buen tío eres.

—No soy de piedra —suelta el imbécil con una sonrisa. Encima, pasa la yema de sus dedos sobre mi mejilla, lo que me produce un escalofrío. De rabia, por supuesto—. No pude resistirme a hacer el amor contigo. Y puedo decirte que hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto.

—¡Deja de decir eso! —le recrimino, muerta de la vergüenza—. ¡Como si fuésemos una pareja! ¡Ni siquiera me gustas! ¡Eres el tío más insoportable, engreído e inútil del mundo! Así que deja ya de decir «hacer el amor» y de mirarme como si te gustara de verdad, que no te pega una mierda.

—Si lo prefieres —cambia su tono de voz desenfadado a otro lleno de furia—, podría decirte que anoche te echaste sobre mí como una gata en celo, que te restregaste y me suplicaste que follara contigo, que follas de fábula y que en la cama dejas de actuar como la reprimida que aparentas ser para convertirte en una diosa del sexo. Cuánta represión debes de arrastrar.

—Vete a la mierda —le contesto. Siento bullir mi sangre y a punto estoy de darle una bofetada, pero no quiero hacer este momento todavía más teatral.

Ya con mi ropa en las manos, me encierro en el baño dando un portazo. Tiro todas mis cosas con rabia sobre la tapa del inodoro y me apoyo en el mármol que rodea el lavamanos. Inspiro con fuerza y, todavía con el exceso de aire en mis pulmones, levanto la vista y me contemplo en el espejo. Joder, menuda pinta llevo. ¡Y me burlaba de Noe cuando llegaba a casa con los ojos como un panda! Claro, porque venía de hacer lo mismo que yo: revolcarse toda la noche con un tío.

Mierda, no quiero ni pensarlo. Necesito una ducha con urgencia, pero no pienso quedarme ni un minuto más aquí. Me coloco mis prendas, los zapatos y me peino con los dedos para recogerme el pelo en una coleta, pues, por suerte, llevo una goma en el bolso. Suspiro de felicidad cuando también encuentro unas gafas de sol.

Y, de esa guisa, accedo al dormitorio, sin parar a mirar o a decirle una

palabra a Álvaro. Él es quien se acerca a mí y me agarra del brazo para que pare.

—Sofía, espera un instante. Por lo que veo, acabo de cagarla otra vez contigo, lo siento. Me has hecho sentir un cabrón cuando lo único que intenté todo el tiempo fue apartarte y...

—¿Y qué esperabas?! —le grito con desdén—, ¿que te diera las gracias por complacerme? ¡No seas inmaduro, Álvaro! ¡Sabías perfectamente que al día siguiente me ibas a encontrar cabreada!

—Pensé que te lo tomarías un poco más a risa, o como algo natural que ha surgido. Suponía que te sentirías avergonzada, pero que admitirías que entre nosotros existe una fuerte atracción que te limitas a expresar cuando la bebida te desinhibe.

—Ése es tu mayor problema, Álvaro Sin Apellido, que no te tomas nada en serio. Para ti todo es divertido, una fiesta. Qué razón tiene mi madre —le suelto colérica—, cuando me dice que los tipos como tú no merecen la pena. No piensas en trabajar, ni en tu futuro. Vives al día, tal vez esperando un golpe de suerte que no llegará jamás, porque los fracasados como tú se conforman con muy poco.

Durante unos segundos, nadie habla. De nuevo, me da la sensación de que me he pasado de la raya, sobre todo al ver la cara de Álvaro, con una expresión dolida que me acaba conmoviendo.

—¿Has terminado? —pregunta finalmente.

—Lo siento, yo...

—Tranquila —me dice mientras se da la vuelta en busca del baño—, no pasa nada. Y no te preocupes, que estaré en la próxima firma de Madrid. Ya no hará falta que haga una aparición estelar a última hora. En cuanto sepas los detalles del viaje, me los comunicas y quedamos. Al menos, intentaré ser responsable contigo, con Estela y con el contrato que firmé. Después, seguiré adelante en mi fracasada vida.

Y, sin más, se encierra en el baño y oigo el ruido del agua de la ducha.

* * *

Ya no merece la pena que me estrese ni corra esperando ganar un tiempo que es imposible recuperar. Así que, después de enviar un par de wasaps a Sandra y a

Noe para que no se preocupen, y de mandarle otro a Estela —que no ha podido disimular su disgusto ni en un mensaje, a base de emoticonos airados—, me he organizado un día en mi agenda en el que sólo aparezco yo. En primer lugar, me he dado un baño relajante, pues una ducha no me parecía suficiente para arrastrar todo lo que me ha ocurrido durante las últimas horas. Además, ¿cuándo tiene una tiempo de llenarse la bañera de agua y espuma y meterse dentro? Aparte de parecerme antiecológico por el gasto excesivo de agua, creo que es algo que se practica, sobre todo, en las películas, porque la gente normal no tiene tiempo para ello —ni dinero, pues si las familias de varios miembros se dieran muchos baños, acabarían por arruinarse debido a la factura del agua—. Así que, como excepción que posiblemente no repita en siglos, he encendido unas cuantas velas aromáticas y me he preparado el móvil sobre la repisa del espejo, desde donde suenan bajito todas las canciones del disco de Morat «Sobre el amor y sus efectos secundarios», que me relajan cuando no puedo dormir o me incentivan cuando quiero escribir. Me he llenado la bañera, he echado un montón de potingues de baño —todos de Noe, pero no le pienso decir ni media— y me he sumergido en el agua mientras emitía un hondo suspiro de placer.

Procuro mantener la mente en blanco, porque, como me dé por pensar, me pondré nerviosa y habré desperdiciado el recibo del agua, el paquete de velas del chino y el montón de cosméticos de Noe. Por eso, mejor tararear las canciones y destensar los músculos...

Seguro que me he dormido y he acabado arrugada como una pasa, porque acabo de abrir los ojos totalmente desorientada. Salgo del agua, me envuelvo en mi albornoz y me preparo un café con leche y un bocadillo de jamón y queso. Sin pensarlo, me dirijo a mi habitación y me siento en mi butaca, frente al portátil. Dejo mi comida improvisada sobre el escritorio y, sin darme cuenta, mis dedos comienzan a teclear.

No sé si habrá sido el sueño reparador o el baño vigorizante, pero no he dejado de ver flashes en mi cabeza con imágenes de anoche con Álvaro. Creo que ése es el motivo de que mis dedos hayan tomado carrerilla y tecleen sin parar. Por diminutos instantes, contemplo el rostro de Álvaro mirándome, con una sonrisa tan pecaminosa que me altera la sangre, aunque no tanto como recordar la piel y el vello de su torso visto de cerca porque le estoy besando ahí.

De nuevo, las palabras en la pantalla del ordenador fluyen sin parar. Me

surge de forma espontánea una historia romántica en la que la chica protagonista desperdicia gran parte de su vida suspirando por un hombre perfecto, pero imposible, mientras no repara en otro que siempre está cerca de ella y al que cree inferior.

Perdida totalmente la noción del tiempo, oigo la puerta de la entrada y el sonido de las llaves junto a voces de conversación y unos pasos que se dirigen a mí. Hace mucho tiempo que Sandra y Noe no coinciden a la hora de llegar a casa.

—¡Aquí está la chica perdida! —exclama la primera al tiempo que se echa sobre mí, me abraza y me da un sonoro beso en la mejilla—. Sabemos que eres mayorcita, pero vivimos juntas, Sofía, y no sólo para repartir gastos. Deberías haber enviado algún mensaje por lo menos.

—Tiene razón —secunda Noe, que también me da un beso y... un tirón de pelo en plan regañina—, aunque te perdonaremos en cuanto nos expliques dónde coño te metiste anoche.

—Pues...

¿Por dónde empiezo a explicarles?

—Si te sirve de algo —comienza Sandra—, nos hacemos una idea, pues Miguel me ha dicho que Álvaro tampoco pasó la noche en casa, aunque no acabamos de creer que haya podido pasar lo que a priori parece. —Sin disimulo, mira a Noe como si ya hubiesen hablado del tema.

—Pues creedlo —suspiro, sin intentar tapar la verdad ni edulcorarla—. Anoche pasé la noche con Álvaro. Y, sí, me acosté con él.

—¡*Jo-der!* —exclama Sandra en medio de una carcajada—. Se nota que te gusta, pero no imaginaba que, después de lo de David, te tirarías a otro tan pronto. Además, no es tu estilo. Sólo te acuestas con un tío cuando llevas bastante tiempo saliendo con él.

—¡Y sigue siendo así! ¡Lo que ocurrió fue que bebí una de copa de cóctel de cava! No actué yo —suspiro—, sino la bebida.

—Déjate de monsergas, Sofía —interviene Noe—. Te lo dije, David te hacía pasar demasiada hambre y beber sólo es tu excusa para conseguir lo que deseas. En este caso, a Álvaro.

—Lo único que sé —digo mientras me recuesto en mi silla— es que al despertar esta mañana quería morirme.

—No seas tan melodramática —prosigue Noe—. ¿Por qué no haces como yo?

—¿A qué te refieres?

—Pues que ni tú ni yo queremos una relación, ¿no es cierto? Entonces, móntatelo tan bien como yo, que tengo a Hugo únicamente para el sexo. Yo hago mi vida y él la suya, sólo echamos un polvo cuando nos apetece.

—No sé si yo sirvo para eso —comento con el cejo fruncido.

—Recomendado ciento por ciento —insiste—. Seguro que Álvaro es el típico tío que está buenísimo pero que sólo te gusta para pasar un buen rato porque su personalidad no te atrae y mucho menos te sirve para pensar en un futuro con él. Así que... hazme caso. Durante la promoción de tu novela, en la que estarás sufriendo de nervios, estrés y ganas de matar a Estela, aprovecha y date un homenaje alguna que otra noche con ese bombón. Después, cuando todo acabe, vuelves a tu vida y él a la suya y santas pascuas.

¿Será posible que me lo esté planteando?

—Y ahora —anuncia Noe mientras se dirige a la puerta—, me voy a la ducha, pues voy a seguir mi propio consejo y voy a llamar ahora mismo a Hugo. Me apetece muchísimo una buena sesión de sexo. ¡Hasta luego, chicas!

Sandra aparta mi taza y mi plato vacíos y se sienta sobre mi escritorio. Cruza los brazos y se me queda mirando en actitud filosófica.

—No es mala idea, porque, aunque no acabo de ver en ti la actitud prosaica de Noe, no te iría nada mal pasarlo bien después del chasco de David. Tienes tu vida demasiado planificada en tu agenda.

—Ya veremos. —Mejor cambiaré a un tema que me incomode menos—. Y tú, Sandra, ¿qué tal con Miguel?

—Pues... genial, Sofía —contesta con ademán soñador, después de dirigirse a mi cama para caer de espaldas sobre ella—. Hacía tiempo que no me topaba con un tío que tuviese una conversación inteligente, con el que pudiese hablar sin estar pendiente de que sólo sepa mirarme las tetas.

—¿Estamos hablando del mismo Miguel? —le pregunto sorprendida. Porque, cuando lo vi por primera vez, hizo precisamente eso, mirarme el escote todo el tiempo.

—Sé que puede parecer un tipo un tanto peculiar —lo defiende—, pero es simpático, amable y generoso. Hoy ha tenido un detalle precioso conmigo: me

ha invitado a visitarlo al laboratorio donde trabaja a la hora de comer y me tenía preparada la comida en la cafetería de la universidad, cocinada por él mismo esta misma mañana.

—¿De verdad? —le digo, levantando una ceja.

—Y lo guapo que estaba con la bata blanca...

Nos interrumpe el timbre de la puerta. Noe aún está en la ducha y Sandra decide que éste es el mejor momento para llamar por teléfono a Miguel y encerrarse en su cuarto. Me ha tocado.

Cuando abro la puerta principal, no puedo quedarme más flipada. Hugo ocupa todo el vano y me sonrío, con una sonrisa de esas que consiguen desintegrar toda la ropa interior que llevas puesta.

Pero tengo la negra con este hombre: o me ve borracha o en albornoz.

—Hola, Sofía —me saluda, con la voz más sensual que he oído en mi vida—. ¿Está Noelia?

—Eh... sí, claro, pasa —titubeo. Lo hago entrar en el salón y echa un disimulado vistazo a su alrededor. Si es que tiene clase para todo.

—Tenéis un piso muy bonito.

—Gracias —le contesto.

La verdad, entre las tres hemos conseguido darle un aspecto diferente a nuestro apartamento y las visitas suelen apreciarlo. A mí me gusta mucho el color blanco; a Noe, los detalles vanguardistas, y a Sandra, los colores. Resultado: paredes y muebles blancos, adornos en negro y el toque del color de los sofás rojos o los edredones de las camas en tonos morados.

—Yo... —vuelvo a titubear—... quisiera pedirte disculpas por mi comportamiento de la otra noche. La bebida me sienta como un tiro y no digo más que tonterías.

—No te preocupes —me lanza de nuevo una sonrisa capaz de hacer suspirar a una monja—. Noelia me lo explicó, así que, por mi parte, está olvidado. Y si tú también lo has olvidado, podemos presentarnos de nuevo. Yo soy Hugo. —Extiende su mano hacia mí.

—Encantada —le correspondo con un apretón—. Yo soy Sofía.

—Un placer.

Joder, ya vuelven a invadirme las imágenes de este hombre empotrando a Noe contra la mesa de su salón. No sé qué es peor, la abstinencia sexual que

arrastro o haber tenido una supuesta noche de sexo estupenda y no acordarme de nada. O de casi nada.

—¿Qué haces tú aquí?

La voz encrespada de Noe provoca que nos giremos hacia ella. Por suerte, mi amiga ya ha pasado por el taller de chapa y pintura y está guapísima.

—Hola, Noelia —la saluda Hugo de forma galante—. He pensado que podría venir a buscarte a tu casa, si no te parece mal.

—Sí —contesta airada—, me parece mal. Te dije que no vinieras a mi piso, que nos veríamos siempre en el tuyo o en un hotel.

—Pero me has llamado justo en un momento en el que pasaba por aquí y...

—No vuelvas a hacerlo —lo interrumpe, al tiempo que coge el bolso y abre la puerta—. ¿Nos vamos?

—Claro —le responde él con expresión seria—. Hasta otra, Sofía —se despide.

No entiendo qué le ocurre a mi amiga. Una cosa es utilizar a los tíos para el sexo igual que hacen ellos con nosotras, pero tampoco es necesario tratarlos como a un pene con piernas. Y menos si él es un tipo como Hugo, la elegancia y la educación personificadas.

Pero, en fin, allá ellos. Noe es Noe y su ligue eventual tendrá que aceptarla o mandarla al cuerno.

* * *

Después de dejar pasar uno de los días más extraños de mi vida, ya no puedo escaparme de hacerle una visita a Estela en su despacho. Me recibe con cara de pocos amigos, con un tono de piel verdoso que no sé si es debido a la inquina que ha acumulado hacia mí durante las últimas horas o por el reflejo de su blusa verde verdolaga y su pantalón rojo.

—Corramos un tupido velo —me dice—, pero no entiendo tu comportamiento, Sofía. Jamás te has marchado sin avisar y jamás has faltado a una reunión. Ni tan sólo te has permitido llegar nunca tarde. ¿Es por el problema con tu novio?

—¿Qué novio?

—¿Qué novio va a ser? David, con el que has roto.

Joder, entre el novio que tenía, el que finjo tener y el que se supone que tengo, me hago un lío...

—Ah, ése... Tal vez sea por eso.

Estela vuelve a mirarme, frunciendo sus labios rosas en un mohín de disgusto. Sé que ni remotamente es David el responsable de mis últimos actos, pero sí indirectamente por haberme obligado a cambiar tanto mi calculado modo de vida, después de comprobar que tanto control a mí no me ha servido para controlar nada, y menos a él. De repente, todo se vuelve confuso y me replanteo demasiadas cosas, como, por ejemplo, el tema de las relaciones.

¿Tener un novio en el que confiar sólo es una quimera en la mente de Sandra? ¿Sería más práctico el sistema de Noe?

—¡Despierta, Sofía! —me sobresalta Estela—. Mira, aquí tengo ya los billetes del AVE preparados. Irán dos compañeras tuyas en representación del sello digital, y tú, junto a la escritora Jane Campbell, como imagen del formato papel. Os acompañaremos Sandra, de diseño, Ana, de marketing, y yo. Y Álvaro, por supuesto. Toma —prosigue, entregándome tres billetes—, hazte cargo de dárselos a Sandra y a Álvaro. Recuerda que el tren sale a las nueve en punto de la mañana, así que más vale que vuelvas a tus hábitos de puntualidad.

—Por supuesto —acepto—. Esto es muy importante para mí y por nada del mundo faltaría. Pero ¿la firma no es el sábado por la tarde? ¿Por qué tenemos billetes para el viernes por la mañana?

—Los hemos comprado con muy poco margen de tiempo —suspira—, y sólo quedaban para ese día, pero he pensado que aprovecharemos para hacer un poco de turismo por la capital y despejarnos un poco en medio de tanto lío. Serán dos noches de hotel y la cosa se encarecerá un poco, pero, ¡qué coño!, que pague la editorial, que bastante hago yo por ella.

—Me parece bien. —Sonrío—. Será mejor que me vaya a preparar la maleta y a avisar a Álvaro. Hasta el viernes a las nueve, Estela.

Al salir del majestuoso edificio, atravieso el jardín de la entrada, sorteando a los grupos de personas que están tomando un café o fumando, y me detengo cuando observo a una pareja acaramelada en una esquina. Sonrío. Se trata de Sandra y Miguel, que, tras el amparo de una exuberante palmera, se besan entre arrumacos y risas. Intento pasar de largo, pero mi amiga me ve enseguida y me hace señas para que me acerque.

—Hola, Sandra. —Le doy un par de besos y hago lo mismo con su acompañante—. Hola, Miguel.

—¿Qué tal, Sofía?

Sí, no cabe duda de que es un chico peculiar, un poco bajito, pelirrojo y con unos antecedentes sentimentales un tanto extraños, pero no deja de caerme bien. Sandra está feliz, aunque sólo estén empezando, y ya se los ve muy compenetrados. Igual de empalagosos los dos, todo hay que decirlo. No hay más que verlos o escuchar a mi amiga hablar con él por teléfono. Si Noe y yo estamos cerca y la oímos decir dos veces seguidas «ay, mi cielín», desaparecemos ipso facto de su radio de acción antes de que nos den arcadas.

—Ya tengo los billetes. —Hago entrega de uno de ellos a Sandra y, con ese simple acto, consigo que los dos hagan pucheros.

—¿De verdad que no puedes venir conmigo? —le lloriquea ella.

—Ya te he dicho que tengo trabajo, cariño, pero prometo resarcirte. Cuando acabe el proyecto en el que ando involucrado, pediremos unos días en nuestros respectivos trabajos y nos iremos a donde tú quieras.

—No me importa el lugar, si podemos irnos los dos juntos.

Carraspeo después de elevar los ojos al cielo.

—Luego nos vemos, Sandra.

Me despido, antes de que me dé una subida de azúcar. Aunque todavía queda un día de margen, tengo algunas cosas que preparar y he de avisar a Álvaro. Saco mi agenda del bolso y cojo el lápiz para empezar a hacerme la lista. Quizá pueda parecer algo clásico apuntar todavía las cosas en este tipo de agenda, pero a las personas que pasamos muchas horas frente al ordenador nos acaba seduciendo la idea de volver a utilizar el socorrido lápiz y papel. Rápido, sencillo y eficaz. Agenda de espiral en la mano izquierda, lápiz afilado en la derecha.

Punto uno: llamar a Álvaro.

Punto dos: preparar la maleta.

Punto tres: dejar de pensar en tener sexo con Álvaro-Marcel...

CAPÍTULO 14

Álvaro

Supongo que, para dos días que voy a estar en Madrid, me basta y me sobra con un traje, una corbata, un par de camisas, algo más cómodo y ropa interior. Cierro la maleta y emito un suspiro cuando recuerdo los días en que tenía a alguien que me la preparaba cada vez que tenía que salir de viaje.

En fin, al menos ahora dispongo de algo de dinero, después del pago que recibí en mi cuenta por el trabajo de hacer de Marcel.

Joder, es pensar en cualquier cosa relacionada con Sofía y ponerme duro como una piedra. Lo malo es que luego recuerdo su mala hostia y las palabras hirientes que me dedicó y entonces se me vuelve a caer.

Bueno, no del todo... ¿Será verdad aquello que dicen de que los polos opuestos se atraen?

Mejor aparcar el tema. Mañana hay que ser puntual, así que será mejor que esta tarde me relaje y comparta el plan friki de mis amigos, o sea, ver una de las diversas películas de *X-men*, de esas de las que ya has perdido la cuenta de cuántas veces te la has tragado, e hincharme a palomitas.

—En esta peli —comenta Miguel, con la boca llena y las manos hincadas en el bol—, Lobeznno pierde bastante.

—Yo no lo creo —responde Carlos, al tiempo que se recoloca las gafas sobre el puente de la nariz—. Si acaso, Tormenta parece haber perdido algo de su majestuosidad.

—Halle Berry no ha perdido nada —ironiza Miguel—. Esa mujer es sexo puro.

—Siempre estás con lo mismo —protesta Carlos—. No sé ni para qué

comento nada. ¿No se supone que ya tienes novia y deberías estar menos salido?

—Sandra y yo todavía estamos empezando. Y veamos la película de una vez, que ahora viene lo interesante.

Joder, joder. Pongo los ojos en blanco. Vaya dos.

Junto a mi pierna, siento la vibración del móvil y emito un disimulado suspiro de alivio por tener una excusa para levantarme. Frunzo el ceño al máximo cuando veo en la pantalla el nombre del contacto.

—¿Roberto?

—Qué tal, Álvaro.

Por su tono, deduzco que no me ha llamado para saludarme. Roberto es la única persona de la empresa familiar con la que mantengo el contacto. Es responsable de ventas y siempre fue mi amigo, pero acordamos que, desde que mi padre decidiera echarme, sería mejor para él que no nos vieran juntos para evitar seguir mi misma suerte. Nos limitamos a hablar por teléfono sólo de tarde en tarde, pero, aun así, me parece una forma de seguir perteneciendo a ese mundo, a mi mundo, del que mi padre me arrancó por culpa de... ella.

—Dime, ¿ocurre algo en la compañía? —le pregunto—. ¿Alguna nueva excentricidad del viejo?

—Tu padre está en el hospital —me informa—. Le ha dado un infarto, Álvaro.

Por un instante, me imagino a mi padre, el culpable de todas mis desgracias, estirado sobre una blanca mortaja, inmóvil y sin vida. No puedo evitar que un hondo pesar se instale en mi estómago, aunque mi mente apenas reacciona.

—Él... está...

—Está estable —me tranquiliza—. Es lo único que sé. Su mujer ha prohibido que nadie vaya a verlo con la excusa de que puedan perturbarlo.

—Por supuesto —suelto furioso—. Con ella cerca, ¿para qué quiere mi padre ningún enemigo más? En fin, gracias, Roberto, por la llamada.

Cuelgo después de que mi amigo me dé el nombre del hospital donde se encuentra ingresado y nos despedamos. No me había dado cuenta de que mis compañeros han parado la película al ver la palidez que ha cubierto mi rostro.

—¿Qué sucede? —pregunta Miguel.

—Es mi padre —contesto mientras me cambio de ropa y me arreglo el pelo sin mirarme apenas—. Le ha dado un infarto.

—¡Hostia!, lo siento, tío —exclama Carlos.

—¿Quieres que te acerque con mi coche? —vuelve a preguntar Miguel.

—No, gracias, tío. Me acercaré en taxi.

Una vez atravieso las puertas acristaladas del centro hospitalario, me acerco a recepción y me intereso por el paradero de Jaime Cardona. Parece ser que acaban de pasarlo a planta y me permiten visitarlo sólo unos minutos.

Una vez que accedo a la quinta planta, como me han indicado, mi «buena» suerte vuelve a acompañarme, pues me topo en el pasillo con la mujer a la que había jurado no volver a ver en mi vida.

Con Míriam, la esposa de mi padre. Mi antigua amante.

Cuando la tengo frente a mí, esbozo una mueca de desagrado sin disimulo alguno, al observar esos ojos rasgados y oscuros llenos de malicia, o sus labios gruesos, rellenos de secretos y mentiras. Sigue llevando el pelo largo y castaño, y su horrible lunar continúa junto a la comisura de su boca.

Cuántas veces besé ese lunar que ahora tanto me asquea, lo mismo que esos labios que un día fueron los culpables de que mi propio padre me repudiara y mi vida se convirtiera en el fracaso que es ahora.

—¿Qué haces aquí, Álvaro?

—Vengo a ver a mi padre —le contesto todo lo seco que puedo—, y procura no entrometerte, como ya eres experta en hacer.

—Tu padre necesita tranquilidad, y tu visita no es buena idea.

Maldita zorra...

—Por favor —replico hastiado—, deja a un lado el papel de mujer preocupada por su marido. Ya llevas demasiado tiempo aguantándolo y comienzas a ver que la juventud se te escapa de las manos. ¿Cuánto has rezado para que llegase este momento?

—Me aburres, Álvaro. —Resopla—. Te lo estoy diciendo por tu bien y por el suyo. Tu presencia lo puede alterar, y tú no querrás volver a presenciar otro rechazo de tu padre. Si desapareces de aquí, todos saldremos ganando.

—No me da la puta gana de irme.

—¿Cómo dices? —plantea asombrada.

—Lo que has oído. Voy a ver a mi padre digas tú lo que digas, porque no eres nadie, Míriam, nadie. Al menos, nadie que valga la pena.

Ella me mira y sonrío, con esa hipocresía que siempre la acompaña.

—No sabía que todavía arrastraras tanto rencor hacia mí, Álvaro... Que lo que pasó entre nosotros te hubiera marcado tanto.

Joder, me río por no estrangularla. ¿Marcarme? ¿Ella?

Si acaso, para recordarme cada puto día de mi vida que no se puede ir de confiado por el mundo; que la persona que menos te esperas, aquella en la que crees poder confiar, te la juega.

—Jamás sentí nada por ti, Míriam, métetelo en la cabeza.

—¿Por eso comenzamos a hablar de boda tú y yo?, ¿porque tú no sentías nada?

Me suelta esas palabras como si se sintiera la dueña del universo, con una expresión tan insoportable que me veo obligado a contener la respiración para no hacer o decir algo demasiado desagradable.

—Aparta de mi camino. —La hago a un lado y me voy directamente a la habitación.

Al entrar me llevo una impresión que no me esperaba, pues me encuentro a mi padre peleando con dos enfermeras que apenas pueden con él. No para de gruñir porque seguro que no soporta que haya algún ámbito de su vida que él no pueda dirigir.

—Os he dicho que dejéis de meterme mierda por esos tubos. Ya estoy harto de que me tratéis como a un viejo enfermo.

—Está usted enfermo, señor Cardona —le recuerda una de las enfermeras—, así que déjenos hacer nuestro trabajo.

—¡Estoy perfectamente! ¡Lo único que necesito es irme a mi casa! ¡Y más vale que me hagáis caso, que para eso os pago a todas vosotras!

—Deja que hagan su trabajo —intervengo—. No puedes controlarlo todo, papá, y menos tu corazón y tus arterias.

—¿Qué haces aquí?

Suponía que no me iba a dar un abrazo, pero esa mirada de desprecio... Debe de ser que siempre espero que llegue el día en que abra los ojos y se dé cuenta de que su hijo no es su enemigo. Pero ese día aún está por llegar.

—He venido a verte. Me han dicho que has tenido un infarto.

—No ha llegado a ser un infarto —gruñe—. Todavía puedo seguir adelante, así que no es preciso que hagas como que te preocupas por mí. Buitres a mi alrededor esperando mi muerte tengo de sobra.

—Yo no espero tu muerte —sentencio indignado.

—Claro que sí, no finjas. Sobre todo desde que te desheredé y te viste obligado a vivir a salto de mata.

—Si me has desheredado, ¿para qué voy a esperar tu muerte? Ya no me servirás para nada.

—Pero seguro que, comportándote ahora como un buen hijo, crearás que volveré a incluirte en mi testamento.

—No espero que me conviertas en tu principal heredero —afirmo tajante—. Me conformaría con tener un puto puesto de trabajo, en cualquier empresa, tuya o no. ¿Acaso no te preocupa ni un ápice que tu hijo no tenga ni para comer o que viva de la caridad de sus amigos? Si no deseas que mi sueldo salga de tu bolsillo, deja al menos de interferir cada vez que encuentro quien me dé un empleo.

—Si quieres —contesta, impertérrito—, hacemos memoria y recordamos lo que hiciste para que yo actuara así.

—¡La culpable de todo fue tu mujer! —le grito—. ¿Cuándo te darás cuenta?

—Por favor, señor Cardona —se dirige a mí una de las enfermeras—, no puede alterar a su padre. Si no se controla, tendrá que marcharse.

—Lo sabía —interviene Míriam, que entra en este momento en la habitación—. Sabía que no debías estar aquí.

—No te preocupes, cariño. Nada que no pueda controlar.

Observo asqueado cómo mi padre y su mujer enlazan sus manos y se miran con adoración. Joder, qué bien se lo monta la muy zorra.

—Los hijos sólo aparecen cuando huelen la carroña —continúa mi padre—. Pero, en esta ocasión, de poco le va a servir.

Se miran, cómplices. Ella baja los párpados en un movimiento tan calculado que me asquea. Después, mi padre coloca la mano sobre su vientre en una actitud de lo más amorosa.

Hostias, no puede ser...

—Sí, Álvaro, es lo que piensas —dice él satisfecho—. Míriam y yo esperamos un hijo, que será mi principal heredero, y a quien espero educar mejor.

—¿A tu edad todavía puedes concebir? —le pregunto a ella, mordaz—, ¿o has tenido que recurrir a alguna técnica de fecundación? Qué irónico —continúo con mi sarcasmo— que mi padre invierta su dinero en dejarte embarazada,

cuando tú utilizas el embarazo, precisamente, para apropiarte de su fortuna.

—Tu padre y yo nos casamos en régimen de separación de bienes —explica ella, elevando su barbilla.

—Separación de bienes... —suelto con desprecio—, claro, después de hacerte la dueña de unas cuantas propiedades.

—Y mi hijo ha sido concebido de forma natural.

—No tienes que dar ninguna explicación, Míriam —la defiende él—. Sólo son celos.

—Pero con un hijo cambia la cosa, ¿no es cierto? —sigo pinchando—. Aunque, que yo sepa, que haya sido concebido de forma natural no significa que sea hijo de tu marido.

De repente, todo sucede en un instante: Míriam me da una bofetada, mi padre se arranca la vía del suero para lanzarse contra mí y una de las enfermeras llama a seguridad. En pocos segundos aparece un tipo con complexión de gorila que me coge como si fuera un muñeco de trapo y me arrastra a la salida, donde, de un empujón, me tira y me hace caer de espaldas sobre el asfalto.

No tengo muy claro si me he quedado unos instantes sin respiración, o es la sensación de impotencia la que me ha obligado a permanecer varios minutos en el suelo... o tal vez han sido horas. Soy consciente del movimiento de la calle, de la gente, las ambulancias, los coches y la luz del sol que me ciega. Frunzo el ceño mientras me incorporo y me miro el reloj.

¡Mierda! Faltan quince minutos para las nueve, la hora en la que tenía que estar en la estación con Sofía.

Hago una mueca al levantarme. Mi vida es un desastre y va a peor.

CAPÍTULO 15

Sofía

Repaso una vez más mi lista para comprobar que no me dejo nada. Abro mi agenda y releo en voz baja todo lo que tengo apuntado.

—Oh, vamos, Sofía —me recrimina Sandra—, no es preciso que repases nada más. Sólo van a ser un par de días y vamos a estar en Madrid. Si se te olvida algo, no tendrás más que comprarlo.

—Sabes que no lo puedo remediar. Hasta que no me abandona esa sensación de que te falta algo, no me quedo tranquila.

—¿No has tenido bastante con arrastrarme tan temprano a la estación?

—Me gusta llegar puntual a los sitios.

—Di mejor que te gusta controlarlo todo, Sofía; hasta el tiempo.

—No te quejes. —Sonrío—. Si fuera por ti, vendríamos corriendo y no nos habría dado tiempo a sentarnos sosegadamente a desayunar en la estación.

En este momento van llegando los demás. De un par de coches han bajado Estela, Ana y el resto de las escritoras que participarán en la feria literaria. Nos saludamos mientras toman asiento y se piden lo mismo que nosotras, un café con leche y un cruasán.

Todas nos mordemos la lengua y aguantamos la risa mientras miramos de reojo a nuestra editora. Lleva un veraniego pantalón ancho y una blusa. Hasta ahí sería todo normal, si no fuera porque las dos prendas son estampadas. El pantalón contiene grandes flores rojas, y la blusa, pequeñas mariquitas del mismo color. Dan ganas de coger cada uno de los insectos y colocarlos sobre las flores del pantalón para dejar la blusa lisa y blanca, como tendría que haber sido.

—¿Estáis todas listas? —nos pregunta, mientras trata de limpiarse la boca sin

quitarse el carmín rosa—. ¿Tenéis los billetes a punto?

Asentimos y nos levantamos de la mesa.

—¿Y Álvaro? —me pregunta directamente a mí.

—Debe de estar al llegar —le respondo—. Ya sabes que es experto en apariciones de última hora.

Lo cierto es que ya empiezo a mosquearme. Le he enviado varios mensajes y le he llamado otras tantas veces, con el mismo resultado negativo. Tal vez se lo ha pensado mejor, después de lo que le dije, y va a dejarme plantada, aunque no acabo de creerlo tan capullo.

Por fin, recibo un wasap que hace que respire más tranquila.

Estoy de camino a Sants. Llego enseguida. (8:50)

—Ya podéis ir pasando el control de las maletas —les comento al resto—. Álvaro ya está al caer. Lo esperaré aquí, en el pasillo.

Me quedo en medio de la estación, observando nerviosa a toda la gente que va y viene, fijándome en las caras de cada hombre alto que pasa por mi lado. No le quito ojo a la pantalla luminosa que refleja la hora de salida hacia Madrid-Atocha, y que es dentro de cinco minutos. Observo cómo todo mi grupo pasa su equipaje por la cinta de control, arrastrando después sus bonitas y coloridas maletas a juego con el neceser a través del pasillo que las llevará al control de billetes. Todas mis compañeras lo van pasando, pero yo no paro de mirar el reloj. Álvaro se habrá molestado en enviar un mensajito, pero no aparece por ninguna parte. Alguien ha comentado si no es posible que ya haya subido al tren, pero les he dicho que no puede ser, porque yo tengo su billete. Vuelvo a intentar llamarlo, pero me salta el contestador.

A través de la mampara de cristal que me separa de los viajeros, veo a Estela gritar y gesticular para hacerme saber que debo irme con ellas.

—No podemos esperar más —afirma Estela, tan nerviosa y enojada como yo mientras señala su reloj—. Será mejor que te vengas con nosotras y ya vendrá él detrás. Recuérdame que lo castre lentamente por los nervios que me está causando.

—No puedo hacer eso, Estela —replico—. Yo tengo su billete. —Y se lo muestro alzando la mano.

—¡Pues que compre otro!

—¡Recuerda que no quedaban más! —exclamo—. ¡Si nos vamos, no tendrá cómo ir!

—¡Si tú no subes ahora mismo a este tren, será mucho peor! —grita Estela exasperada—. Aun sin Marcel se puede hacer la presentación, pero sin ti...

—Ya me apañaré, Estela. —Se lo suelto muy convencida, pero por dentro siento que la sangre empieza a bullirme, por la frustración y el enorme cabreo que va cuajando en mi interior.

—¡Por Dios, Sofía! —me chilla Sandra también—. ¡Tienes que venirte ya o me doy media vuelta y me quedo contigo!

—No, Sandra —la tranquilizo—. Vete con todas y sube al tren, no te preocupes. Si Álvaro no aparece, buscaré un autobús, aunque llegue más tarde. Y si aparece... pues trataré de encontrar la forma más dolorosa del mundo de matar a alguien y lo probaré con él.

—Joder, Sofía...

—Nos vemos en Madrid. —Me despido de mi amiga con un beso al aire antes de que desaparezca por el hueco de las escaleras mecánicas.

Sólo unos minutos después, los suficientes como para saber que el tren ya se ha marchado, durante los cuales me he quedado plantada en medio de la entrada, viendo sin ver a la gente de mi alrededor, observo una figura masculina que se acerca a una velocidad descomunal. Cómo no, es Álvaro, que llega tarde, otra vez. Cuando aterriza sobre mí por la inercia de la velocidad que trae, apenas puede hablar del esfuerzo. Su cabello está alborotado y ha de apoyarse en ambas rodillas para poder coger aliento.

—He... he llegado tarde, ¿verdad?

Antes de contestar, me doy cuenta de que mi maleta ha desaparecido. Con la confusión, alguien ha debido de subirla al tren.

Y yo no sé si reír o llorar.

¿Puede algo salir peor?

—Tú... —es lo primero que me sale por la boca. Clavo mi dedo índice en sus costillas hasta sentir el hueso bajo mi uña—. Sólo tenías que venir a la estación... Sólo tenías que estar aquí a las nueve... Sólo teníamos que haber subido a un puto tren... ¡¿Tan difícil te resultaba hacerlo, coño?!

—Lo siento.

—¿Lo sientes? ¡Lo sientes! —grito una y otra vez—. ¡Sabías lo importante que este viaje era para mí! ¿Cómo puedes ser tan irresponsable?

—Te he dicho que lo siento.

—¡Deja de repetir eso! ¡No te aguanto más!

La voz se me quiebra. Siento una rabia tan atroz que los dedos de las manos se me agarrotan y la mayoría de los músculos de mi cuerpo permanecen rígidos. Nadie sabe el esfuerzo titánico que estoy haciendo por no liarme a patadas y puñetazos con el hombre que tengo delante.

—Perdóname, Sofía. No llores, por favor. —Me toma de los hombros y me abraza, el muy capullo.

—¡Lloro de rabia, gilipollas! —chillo, después de empujarlo—. ¡Que lo sientas no soluciona nada!

—Tienes razón —reconoce mientras frunce ligeramente el ceño y parece ponerse a pensar, aunque ya no sé si este hombre tiene esa capacidad—. ¡Creo que tengo una idea!

Sin darme tiempo a reaccionar, me coge del brazo y tira de mí hasta casi hacerme caer. Me hace correr agarrada a su mano, a través de la multitud que a estas horas inunda la estación. Tengo que esquivar a tanta gente a la que acabo empujando que me veo obligada a pedir disculpas dos docenas de veces.

—¿Adónde vamos? —le grito después de subir a un vagón del metro.

—Me explicaste que la firma es mañana, ¿no? —me pregunta.

¿Por qué tiene que sonreír tanto después del desastre que ha provocado?

—Sí, pero...

—Eso significa que disponemos de todas las horas de hoy viernes para llegar.

—¿Y?

—¡Iremos en coche!

—¡No tengo coche, Álvaro! ¡Y creo recordar que tú tampoco!

Se limita a sonreír otra vez. Y a cabrearme más, si eso es posible.

Corremos de nuevo cogidos de la mano. Llegamos al edificio donde vive y entramos en la vivienda. Sólo está Carlos, que trabaja en medio del salón con un ordenador y una enorme pizarra, sujeta a un caballete, que está llena de fórmulas de física.

—¿Dónde vais tan deprisa? —nos pregunta sin levantar la vista—. ¿Tú no

tenías que estar en un tren camino a Madrid?

—Cambio de transporte, pero no de planes —comenta Álvaro, al tiempo que, a toda velocidad, toma una pequeña maleta y abre un cajón para coger las llaves de un coche.

—¿Piensas ir a Madrid en el Porsche de Miguel? —inquire el chico de cabello rizado y gafas.

—Si tú no abres la boca —le contesta Álvaro—, no se dará cuenta hasta que pasen varias horas.

—Yo no he visto nada —dice su amigo—. En realidad, no he desviado la vista un solo segundo de la pantalla. Sólo he oído el tintineo de las llaves y por eso lo he deducido.

—Buen chico —sentencia Álvaro antes de volver a cogerme de la mano y descender la escalera que baja al parking.

—Miguel te va a matar. O nos va a matar. —Cruzo los brazos mientras Álvaro mete su maleta en el pequeño maletero. Después, abre la puerta del copiloto para que me suba.

—¿Tienes alguna idea mejor?

—La verdad es que no... ¡Joder, Álvaro! —exclamo mientras arranca y salimos del garaje—. No tengo maleta. Deberíamos pasar por mi casa...

—No hay tiempo —me interrumpe—. Si necesitas algo, por el camino podemos comprarlo, y tendrás tus cosas en cuanto lleguemos a Madrid. Ya verás, en unas pocas horas estaremos allí.

No acaban de convencerme mucho sus argumentos, pero, en fin, habrá que reconocerle al chico el interés.

Tardamos un buen rato en dejar la ciudad y tomar la autopista dirección Zaragoza. Durante el recorrido no hablamos casi nada, pues él parece estar sumido en la conducción y en sus pensamientos, mientras que yo todavía ando asimilando el caos de esta mañana, en la que ha vuelto a pasarme de todo. Aunque de momento parece haberse solucionado el tema del transporte, todavía nos quedan un buen montón de horas por delante de camino y aún está por ver cómo las vamos a sobrellevar.

Saco mi agenda del bolso, la abro y comienzo a tachar con el bolígrafo todas las horas que había marcado. No vamos a seguir el plan trazado y estoy muy enfadada, pero no tengo más remedio que adaptarme a la nueva situación si no

quiero seguir mis instintos y abrir la puerta del conductor para darle una patada a Álvaro y ver con regocijo cómo cae y rueda sobre el asfalto.

Inspiro con fuerza unas cuantas veces y me relajo un poco.

Después de enviar un mensaje de tranquilidad a Sandra, observo el monótono paisaje a través de la ventanilla, pero de reojo miro también a Álvaro, sentado sobre el asiento de cuero. Ahora que las horas me han ido apaciguando, vuelvo a tener que admitir lo guapísimo que es. Tiene una mano apoyada sobre el volante y la otra en el cambio de marchas; sus largas piernas permanecen abiertas, y la cabeza, ligeramente inclinada. Todavía lleva el pelo alborotado y la aspereza de sus mejillas delata su falta de afeitado.

Un compendio de burbujas comienzan a formarse en mi estómago, que van aumentando y casi parece que vayan explotando una a una, dejándome el rastro de esas explosiones a lo largo de todo el esófago. Mis manos, como siempre, vuelven a posarse sobre mi vientre para intentar paliar la presión que se me forma y que soy incapaz de parar.

—¿Gases de nuevo, Sofía? —me pregunta en un tono gracioso que me cabrea como sólo él es capaz de hacer.

—Deben de ser los nervios que me has hecho pasar esta mañana, idiota.

—Vamos a ver si nos relajamos con un poco de música.

Conecta la radio del coche y una emisora comienza a emitir los acordes de una animada canción. Por cierto, un tema que me conozco demasiado bien, pues, desde que salió, todo el mundo se empeña en hacerme la gracia.

—Vaya —comenta Álvaro—, menuda casualidad. Ya podemos decir que tú y yo tenemos nuestra canción.

—En todo caso, mi canción —le respondo—, por el título. Y no creas que has descubierto América. Ya estoy acostumbrada a las bromitas de la gente cada vez que suena *Sofía*.

—Sí, se titula *Sofía*, pero quien la interpreta se llama Álvaro. ¿Te das cuenta? Álvaro y Sofía. Dime si no está claro que tenemos nuestra canción.

—¡Qué tontería! —replico con los ojos en blanco—. Tú y yo no tenemos canción.

—Ya verás como —sigue insistiendo—, cada vez que la escuches, te acordarás de mí y pensarás: «Un día iba yo en un Porsche con Álvaro camino a Madrid y sonaba nuestra canción».

—Deja de decir chorradas.

Pero no puedo evitar la sonrisa, primero, y la risa, después. No acabo de tener muy claro cómo es posible que alguien pueda sacarte de quicio al mismo tiempo que te hace reír. Y eso que hay muy poca gente que me haga reír a mí... aunque tampoco hay mucha gente que me saque tanto de quicio como Álvaro.

Empiezo a agobiarme un poco en el coche y comienzan a darme ganas de ir al baño, cuando observamos toda una cacofonía de luces de freno y de avería que se acumulan frente a nosotros. Todos los vehículos van aminorando la marcha, incluidos nosotros, que acabamos parando como todos los demás.

—Genial —murmuro—. Un atasco.

—Ojalá sólo fuera un atasco —suspira Álvaro—. Fíjate en las señales luminosas: «Obras en 7 km». De cuatro carriles que llevábamos, estamos pasando a uno.

—¿Obras en la autopista?! —exclamo con voz chillona—. Pero ¿no tenían otro momento para hacerlo?

—Mejor ahora que en agosto.

—Joder, ¿cuánto tiempo nos vamos a pasar aquí?

Álvaro para el motor y se baja del Porsche. Camina por el arcén de la autopista y lo veo preguntar a algunos otros conductores hasta que vuelve con una mueca de disgusto.

—Parece ser que la cosa puede ir para muy largo, horas —comenta mientras cierra la puerta del vehículo—. Se han juntado las obras de la autopista con un tráiler que ha sufrido la pérdida de su carga y están tratando de solucionarlo, pero nos pueden dar aquí las uvas.

—Madre mía —bufo—. Y ahora, ¿qué?

—Pues, si no tienes algún amigo que te venga a buscar en helicóptero, a esperar.

—¡Mierda, hace rato que me hago pis! ¡Y todavía no hemos pasado de Zaragoza, por el amor de Dios! ¡No llegaremos hasta mañana!

—Lo sé, Sofía, pero no se puede hacer nada.

—¡Oh, claro que no! —me quejo con furia—. ¡Ahora ya no puedes llegar a tu hora y montarnos en el tren, del cual ya teníamos billete desde hacía días! ¡Ya no podemos estar de camino como todos los demás! ¡Porque has vuelto a cagarla, como siempre!

—Cabrearte conmigo tampoco soluciona nada.

Cuando se pone en esa actitud pasota, como si se le congelara la sangre, no lo soporto, de verdad.

—¡Pero es que tengo que cabrearme contigo, Álvaro! —vuelvo a gritarle—. ¡Si no hubiese sido por ti, ya estaríamos llegando! ¿Qué te pasó anoche? ¿Te corriste una juerga? ¿Ligaste? ¿Te olvidaste de mí mientras echabas un polvo con alguna petarda que conociste junto a tu amigo el salido?

—Cállate, Sofía.

—¡No pienso callarme! ¡Bastante transigente he sido contigo!

—¡Joder!

Como si una fuerza extraña lo poseyera, Álvaro arranca el coche, gira el volante con determinación y hace que nos coloquemos en el arcén en medio de una nube de polvo y el chirrido de las anchas ruedas de las que dispone el coche deportivo.

—¡Por aquí no se puede circular! —chillo.

Sin hacerme ni caso, continúa en línea recta mientras el resto de conductores nos pita hasta dejarnos sordos. Tras unos minutos a base de claxon y gritos, se desvía por una salida que señala hacia un par de pueblos cuyos nombres no he oído en mi vida.

—¡Eso que has hecho ha sido muy temerario! —continúo vociferando.

—¡Ya lo sé! —contesta mientras frena en una rotonda y se hace a un lado—. ¡Pero era esto o seguir aguantándote!

—Vale, vale —digo para relajar un poco el ambiente cargado y tenso—; ya que estamos aquí, consultemos las opciones. ¿Tienes idea de dónde estamos?

—No, pero tenemos GPS.

Pero, claro, como no podía ser de otra manera, las obras de la autopista y estar en el culo del mundo no parece ayudar mucho a la tía de la voz monocorde del GPS.

«Continúe por la rotonda a la izquierda y efectúe un cambio de sentido...»

¡Qué plasta, por favor!

Abro la guantera del coche y, entre unas cuantas carpetas y diversas cajas de preservativos de todos los sabores del calentorro de Miguel, encuentro un mapa perfectamente doblado.

—Mira —le digo a Álvaro mientras vuelve a ponerse en marcha y circula

por donde parece decirle el instinto—, volveremos a las antiguas formas de orientación. De pequeña hice muchas veces de perfecto copiloto junto a mi madre con un mapa en la mano. A ver, voy a buscar alguno de estos pueblos...

La autopista ya va quedando atrás y poco a poco nos estamos adentrando en carreteras comarcales, y después en locales que se hacen cada vez más estrechas. Al llegar a un cruce, tras una ardua discusión, optamos por desviarnos a la derecha, por donde dichas carreteras se estrechan hasta límites insospechados, están llenas de baches y carecen de líneas blancas o arcén. La vista son campos y más campos, llanuras por donde se te pierde la vista. Empiezo a enojarme cuando, con el paso de las horas, no veo una casa, una persona, ni siquiera un puto árbol.

—Joder —gruño—, ni tan sólo aparecen los nombres de estos pueblos en el mapa, nada de nada. Felicidades, Álvaro. De nuevo, has tenido la mejor de las ideas.

—Vamos, Sofía, seguro que algo estamos avanzando. Haz el favor de buscar bien. Hace poco hemos pasado una indicación que ponía algo así como Villa algo de no sé qué.

—Perfecto. ¿Tal vez Villarrebuza de Arriba? ¿O Villacapullo de Abajo?

—Anda, pero si tienes gracia y todo.

—¡No tengo ganas de chistes, hostias! —exclamo—. ¡Estamos cada vez más lejos del camino que deberíamos tomar y, para colmo, creo que nos hemos perdido! ¡Qué poca gracia tiene esto!

Y Álvaro, como si con él no fuera la cosa. Continúa conduciendo, aunque cada vez más despacio debido a la estrechez de la calzada. El paisaje se torna más agreste por segundos y yo ya necesito ir al baño con mucha mucha urgencia.

De pronto, el asfalto de la carretera se acaba y comienza a ser de tierra seca y polvorienta. Álvaro frena, mete primera y comienza a sortear baches como si de una pista de *cars* se tratara.

Por supuesto, sólo pasan cinco minutos antes de que el salpicadero se ilumine con una multitud de luces rojas y ámbar, al tiempo que comienza a brotar humo del capó. Álvaro para el motor y echa el freno de mano mientras lanza un suspiro de resignación.

—Se acabó. Hasta aquí hemos llegado.

—¿Qué quieres decir con «se acabó»? —pregunto llena de pánico.

—Pues eso, que se acabó continuar. No voy a cargarme el coche de mi amigo por conducir por este camino de cabras.

—¿Y por qué no has dado antes la vuelta, si puede saberse?

—¿Y volver al atasco?

—¡Al menos el coche estaría bien! ¡Podríamos haber parado en un área de servicio y mear, por lo menos!

—Pues yo no voy a dejar de hacerlo, aunque no tenga a mano un baño completo o de mármol travertino para señoritas exigentes. —Lo veo salir del vehículo, estirar los brazos y comenzar a caminar.

—¿Adónde vas? —le grito mientras veo cómo se aleja.

—¡A mear!

Y sin más, veo cómo se coloca de espaldas a mí, a unos pocos metros, y forcejea con su pantalón antes de ver salir el chorro entre sus piernas.

—Joder —mascullo—. Puta suerte la de los tíos.

Después, vuelve con una insoportable sonrisa y abre el maletero, de dónde saca una botella de agua. Se lava las manos y después echa un trago.

Y todavía me quedo embobada viendo cómo mueve su nuez de Adán, siguiendo con la vista una gota de agua que viaja a través de su pecho, por el interior de su camisa...

—¿Quieres? —me pregunta después de un último trago.

—No, puedo aguantar sin beber todavía. Lo que no puedo aguantar es otra cosa.

—¿Te estás meando? Pues haz como yo. Aléjate un poco y hazlo.

—Qué gracioso —digo con los brazos en jarras—. Resulta que yo no tengo un pene con el que mear de pie.

—Pues agáchate, como todas las tías.

—Ya, eso haría... ¡si hubiera un jodido matorral con el que taparme!

—No voy a mirar, tranquila.

—No me lo creo.

—A ver —me explica con expresión casi seria—, ¿cómo te lo digo? No me atrae para nada la idea de verte meando. Así que, anda, ve y haz lo que tengas que hacer mientras llamo a la grúa del seguro para que pueda llevarnos al coche y a nosotros.

—¿Y crees que podrás explicarle al del seguro dónde nos encontramos?

—Me las apañaré. Y, ahora, vete. —Coge el móvil y empieza a teclear el número que aparece en los papeles del seguro del Porsche. Parece que es creíble lo de que no va a mirar.

En fin, la necesidad apremia, y yo tengo una necesidad apremiante. Comienzo a caminar por entre la hierba seca mientras me alejo del vehículo y de Álvaro. No dejo de mirar de reojo y lo veo enfrascado con el teléfono, así que continúo. Me tuerzo el pie un par de veces por culpa de los hoyos del suelo, y tengo que espantar varias moscas, un par de abejas y un saltamontes, pero respiro hondo, que no soy de campo pero tampoco soy una floja. Por fin, la curvatura del terreno ha propiciado que de Álvaro sólo vea la cabeza y, si me agacho, seguro que no me ve nada. Aparto unos cuantos matojos secos y empiezo a parecer un perro dando vueltas sobre mí misma mientras busco el sitio idóneo. Mierda, hace mucho tiempo que no tengo que hacer pis en medio de un campo, pero recuerdo perfectamente que te manchas la ropa y los zapatos y no tengo recambio de nada.

Decidida, me quito mis *shorts* vaqueros y las bragas y lo dejo todo sobre una piedra. Después, deslizo las tiras de mis sandalias por mis talones para sacármelas también y las aparto a un lado. Por fin, y aunque el suelo quema las plantas de mis pies y siento toda clase de cosquillas de dudosa procedencia en mi trasero, puedo terminar lo que llevo tantas horas aguantando.

Por suerte, siempre llevo en el bolso pañuelos y toallitas húmedas, con las que complemento mi higiene. Satisfecha, cojo mis bragas dispuesta a vestirme, pero doy un aullido cuando contemplo toda una marabunta de hormigas trepando por la tela.

—¡Joder, qué asco!

Las sacudo con fuerza, lo mismo que los vaqueros, para cerciorarme de que no queda ni una, pues el pensamiento de que pueda corretearme una hormiga por ahí...

—¿Qué sucede, Sofía? —oigo gritar a Álvaro, que ha venido corriendo.

Y en este instante, el tiempo se ha detenido. Estoy paralizada. Álvaro está de pie, frente a mí, mientras yo, con sólo un *top* blanco sobre mi cuerpo, estoy desnuda de cintura para abajo y con las bragas en la mano tratando de sacudirlas.

—¿Qué coño haces aquí?! —chillo por fin.

—Yo... has gritado. —El tío está con toda la boca abierta mientras no deja de

mirar embelesado hacia mis piernas. Más bien, entre mis piernas.

—¡Pero no tenías que venir!

A trompicones, y sin importarme ya las hormigas, me coloco las bragas con rapidez supersónica, lo mismo que los *shorts*. Por último, me apoyo en un pie para colocarme una sandalia y después la otra.

—¿Y cómo querías que lo supiera?! —me contesta—. ¿Acaso se grita para otra cosa que no sea pedir ayuda?

—¡Pues claro! ¡Sólo era por unas hormigas!

—Hormigas... —repite, alucinado—. Joder... —Y se aleja de nuevo hacia el coche mientras yo lo sigo.

—¿Has hablado con los del seguro? —le pregunto, apoyándome a su lado en el maletero del coche. Mejor olvidar la escena anterior o me moriré de la vergüenza el resto de mi vida.

—Sí. Parece ser que hay un pueblo bastante cerca que tiene taller y grúa, aunque no han sabido decirme lo que tardarán en venir.

—No importa —suspiro—. Con saber que nos van a sacar de aquí en algún momento, ya tengo bastante.

Álvaro vuelve a dar un trago de agua y me ofrece de nuevo la botella. Esta vez sí que la acepto, aunque el hambre comienza a acompañar a la sed y un ruido nada agradable surge de mi estómago.

—Lo siento —se disculpa con una mueca—. Llevas muchas horas sin comer.

—Podré sobrevivir —le respondo.

Tras unos minutos de completo silencio, Álvaro suspira, se gira hacia mí y me mira. Parece algo dubitativo. Se pasa la mano por su áspera barbilla y después por entre el pelo.

—Anoche, muy tarde, me avisaron de que mi padre estaba en el hospital porque le había dado un infarto. Fui a verlo y, aunque al final no era algo tan grave, se me pasaron las horas sin darme cuenta. Lo siento mucho, Sofía.

Me quedo sin saber qué decir, aunque lo primero que me surge no es nada agradable.

—¿Tú eres idiota? ¿Y me lo dices ahora?

—No había tiempo...

—¡Maldita sea, Álvaro! ¡He quedado como una histérica insoportable y mala persona! ¡Si me lo hubieses contado, no nos habríamos pasado el camino

discutiendo, ni yo habría estado tan rabiosa todo el rato!

—No sé... —titubea mientras mira hacia el cielo azul desprovisto de nubes. El sol despliega sus rayos con fuerza y lo obliga a ponerse la mano sobre la frente—. La relación que mantengo con mi padre no es muy buena y supongo que son momentos en los que no sabes si tus sentimientos son contradictorios...

—Tranquilo, te entiendo —le digo con sinceridad—. Tengo una madre que me hace pensar exactamente eso. ¿Tus padres están divorciados?

—No. Mi madre murió hace diez años. Mi padre se ha vuelto a casar.

—Vaya, lo siento mucho. ¿Por eso no te llevas bien con él, por haberse vuelto a casar?

—No, no es por eso. Entiendo que las personas mitiguen su pena con el tiempo y puedan conocer a alguien con quien compartir su vida. El problema es la persona a la que eligió mi progenitor.

—¿Te llevas mal con tu madrastra?

Álvaro sonríe sin ganas. Vuelve a mirarme y esta vez lo hace de una forma que no había hecho hasta ahora, con sinceridad, con confianza. Es como si de repente no existieran todas las discusiones que hemos mantenido, como si ésta fuese la primera conversación seria que mantuviésemos. En realidad, así es. Nunca hemos hablado muy en serio y reconozco que me gustaría hacerlo más a menudo, conocerlo y saber más cosas de él.

El sonido de un motor nos hace desviar la vista hacia la maltrecha carretera. No me ha contestado y me he dado cuenta perfectamente de ello, pero comprendo cuando alguien no quiere dar explicaciones. A mí me pasa lo mismo. Ciertos problemas familiares se han de guardar en casa.

—¡No puedo creerlo! ¡La grúa nos ha encontrado!

—Te lo dije. —Me guiña un ojo y hace que se me acelere el corazón—. Al final no he resultado tan inútil.

Bufo y pongo los brazos en jarras, aunque sonrío.

—Cómo te gusta hacerme sentir mal.

Él se acerca sonriente. Aproxima su boca a mi oído. Su caliente aliento me obliga a cerrar los ojos mientras trato de que no me tiemblen las piernas.

—Lo que me gusta —me susurra— es saber que te has depilado ahí abajo.

¡A la mierda el momento perfecto!

CAPÍTULO 16

Álvaro

No ha sido tarea fácil enganchar a la grúa el Porsche de mi amigo, máxime cuando no he parado de darle instrucciones a gritos al pobre hombre para que no le hiciera ni el más mínimo rasguño. Una vez dentro del destartado vehículo, aunque no sea un ejemplo de comodidad debido al calor sofocante y a la música hortera a todo volumen, Sofía y yo hemos dado un suspiro de alivio, al saber que pronto podremos estar en cualquier hotel o lugar semejante donde darnos una ducha y comer algo.

Aprovecho para mirarla, ya que va montada casi encima de mí. Le sonrío de manera traviesa y me responde con un mohín de disgusto en los labios, aunque distingo perfectamente un brillo risueño en sus ojos.

No entiendo qué me sucede con ella, que, al igual que el tipo de su novela, algo me empuja irremediamente a hacerla reír, a hacerla feliz. Claro que la mayoría de las veces acabamos discutiendo.

También es verdad que yo soy el principal culpable de que esas veces ella se enfade. No lo puedo remediar y es algo que me turba y me deja totalmente perplejo. No he sido nunca el alma de la fiesta y mucho menos he ligado a base de contarles chistes a las chicas, pero algo tiene ésta que me impele a hacerlo, a chingarla para que se moleste, para luego discutir, pedirle disculpas y contemplar su sonrisa de resignación en plan «qué capullo eres».

Debe de haberme poseído el espíritu de Marcel.

Un nuevo chirrido de la vetusta grúa y el salto al que nos obliga un bache hacen que nos volvamos a mirar con expresión resignada. Lo bueno —o lo malo, en mi caso— es que esos botes obligan a su trasero a golpear mi entrepierna y

que yo tenga que sujetarla por las caderas para que no acabe tirada en el suelo de la grúa, donde se quedaría irremediadamente pegada o perdida entre los restos de bolsas, latas y envoltorios arcaicos de bocadillos.

La suavidad de su piel me hace recordar una noche todavía nítida en mi mente... imágenes que se entremezclan con la visión de esta misma mañana, cuando la he visto únicamente con un *top* sobre su cuerpo...

—Hemos llegado —anuncia el conductor. Nos mira por encima de sus gafas de sol mientras no deja de masticar un trozo de regaliz. No tengo muy claro si su olor me asquea o tengo que agradecerle que haga de ambientador dentro del reducido habitáculo que debe llevar años sin limpiar.

Los tres bajamos de la grúa frente a un taller mecánico, o algo que se le parece. Cuando contemplo mi entorno, acepto con resignación que lo próximo va a ser alguna exclamación de queja por parte de Sofía.

Tres, dos, uno...

—Pero... ¿qué lugar es éste? —murmura en voz alta.

—Parece un pueblo —le contesto, intentando normalizar la situación.

—¡Esto no llega ni a aldea, por Dios! ¡Son cuatro casas perdidas!

—Cuatro casas y un taller —le digo, a sabiendas de que me voy a ganar otra de sus furiosas miradas.

—«Si te hace falta algo, ya lo comprarás por el camino», me dijiste. Pues, la verdad —comenta sardónica—, no tengo muy claro si elegir el centro comercial o la *boutique* de la esquina.

—No todo en esta vida son tiendas y centros comerciales, chica de ciudad.

—¡No me irás a decir que tú eres de campo, porque no tienes pinta tampoco de saber distinguir una azada de un microondas!

—Perdonen ustedes —nos interrumpe el mecánico—, si no les importa, necesito los papeles del vehículo mientras hago unas llamadas.

—Por supuesto.

Dejo que Sofía vaya canalizando su mala leche mientras saco de la guantera mi cartera y los documentos del coche. Por suerte, Miguel cuida su Porsche como un tesoro y lo tiene todo perfectamente a mano y en regla. Hago una mueca al pensar en mi amigo y en la hostia que me espera de su parte en cuanto me vea.

Insto a Sofía a que me siga y accedemos a un local a través de una puerta

decorada con unos anuncios tan descoloridos que ya ni se sabe qué anunciaban. El interior parece algo más atemporal, con algunos coches, piezas y herramientas, donde un par de chavales están tirados en el suelo, vestidos con monos de trabajo grasientos. El toque actual lo proporciona el pequeño despacho del tipo de la grúa, donde se pueden ver encima de la mesa, aparte de papeles y facturas desparramadas, un teléfono, un ordenador y una impresora. Algo es algo.

—Siéntense mientras hago el papeleo —dice el hombre mientras toma mi carpeta y comienza a teclear en el ordenador—. Hemos tenido suerte. Su coche podrá ser enviado mañana mismo a reparar.

—¿Enviado? —inquiero—. ¿Qué quiere decir con «enviado»? ¿Adónde?

—Supongo que se ha dado usted cuenta de que conduce un Porsche 911 Carrera —me aclara el tipo con toda la parsimonia del mundo. Qué poco estrés hay en este sitio.

—¡No me diga!

—¿Y usted cree que aquí vamos a encontrar recambios para su coche? —Vuelve a mirarme mientras mastica su trozo de regaliz. Ahora lleva las gafas de sol sobre la cabeza, enredadas entre su alborotada cabellera oscura.

El caso es que resulta que el tipo lleva razón. Estamos en un lugar innombrable e inaccesible, en un taller donde están arreglando una Vespa y un Dos caballos, con un mecánico que, por suerte, conduce también una grúa y que viste con camiseta de tirantes y pantalón corto de deporte.

¿Piezas de recambio originales para un Porsche? Va a ser que no.

—¿Qué quiere que le diga? —me justifico—. No entiendo nada de mecánica. Pensé que sería un manguito o alguna pieza estándar que lleven todos los coches.

—A ver, que yo me entere. —Ya tardaba mucho en intervenir mi agradable compañera—. ¿Estáis diciendo que nos quedamos sin coche?

—No se preocupe —le aclara el pobre hombre—. Tienen contratado un buen seguro y mañana vendrán a buscarlo para llevarlo a un taller oficial.

—¡¡Mañana!! —grita desquiciada Sofía—. ¡Mañana tengo que estar en Madrid!

—Tiene razón —lanzo un suspiro al mecánico—, tenemos prisa. ¿No hay algún modo de transporte para llegar a la capital desde aquí?

—Sí, pero tardarían demasiado. Por el contrario, les puedo ofrecer un coche

de sustitución si rellenamos unos cuantos datos.

—¿Un coche de sustitución?! —suelta Sofía—. ¡Ya podía haberlo dicho antes!

—Pues hecho. Me va dando sus datos personales —me indica a mí—, y pasada la medianoche tendrán su coche.

—¡Pasada la medianoche!!

Joder, este tío nos va dando las noticias con cuentagotas, para que no nos dé el soponcio de golpe.

—A ver —intervengo—, recapitulemos. Vayamos concretando para ser prácticos. Mañana se llevarán el coche a la ciudad para arreglarlo, pero nosotros necesitamos estar mañana en Madrid y tenemos que continuar la marcha, por lo que nos ofrece un coche, pero éste no estará disponible hasta pasada medianoche. ¿Y por qué, si puede saberse?

—Porque ahora lo tiene el alcalde. Está haciendo unos recados aquí y allá...

—¿El alcalde?! —chilla Sofía—. ¡Menudo morro!

—Entiéndame, señorita —explica el tipo con paciencia, que bastante hay que tener para sobrellevar a esta mujer—, nadie suele reclamarlo, por lo que lo utiliza la gente del pueblo cuando surge la necesidad.

—¡Hay que joderse!

—No te agobies, Sofía —le pido—. Habrá que mantener la cabeza fría. Si te parece, mientras aparece el alcalde con el vehículo, buscamos un lugar donde comer, ducharnos y descansar un rato. En cuanto haya dormido un poco, proseguiremos la marcha, sea la hora que sea, y te prometo que mañana al mediodía como muy tarde estaremos en Madrid.

—No prometas una mierda —refunfuña mientras se pone en pie de un salto—, que ya te dije que se te da fatal. Lo único que puedo hacer es hacerte caso, claro. ¡Qué remedio! Sólo tendré que esperar unas cuantas horas más para matarte y entonces será cuando me quede tranquila.

—Perfecto. —Hago una mueca; es lo mínimo que esperaba escuchar—. ¿Tienen ustedes algún alojamiento por aquí?

—Bueno... —Menudo pánico nos acaba de entrar a los dos. Lo que faltaba para redondear el día es que nos digan que tenemos que compartir establo con caballos o algo por el estilo—. No tenemos hospedaje desde que la señora María cerró el hostel, pero su hija lleva ahora el bar del pueblo en la planta baja y

conserva algunas habitaciones cerradas en el piso superior. Hablaré con ella.

—Gracias —suspiro. Sofía ni siquiera le agradece nada al hombre, presa todavía de la ofuscación.

* * *

Acabamos de localizar a Pilar, la hija de la señora María, y su pequeño bar. Es cierto que aún conserva el antiguo hostel en el piso de arriba, aunque cerrado y en desuso. Sofía está seria, apenas dice nada y parece desanimada, pero creo que ha entendido que ya no merece la pena quejarse y que todas estas personas están haciendo lo posible por solucionarnos la papeleta.

—Siento no tener nada mejor que ofrecerles que esta habitación —se disculpa la mujer—, pero el resto de ellas ya no tienen ni colchón en la cama. Aquí, al menos, disponen de dos camas individuales y un par de sillas donde dejar la ropa. Al final del pasillo está el baño, donde podrán darse una ducha. Voy a poner en marcha la caldera para que disfruten de agua caliente e iré en busca de unas toallas. Pueden bajar cuando quieran a comer algo y, si lo desean, pueden darme la ropa que llevan para lavársela. La tenderé en el cuarto de la caldera y se les secará enseguida.

—Oh, no, gracias, de verdad...

Sofía ha recapacitado y, al final, acaba sabiéndole mal la entrega de la mujer.

—Sofía —la interrumpo—, yo tengo maleta y ropa de recambio, pero tú no. Deja que Pilar te la lave y te sentirás más cómoda. No te preocupes, que le pagaremos.

A este paso le voy a dar un meneo a la tarjeta...

Le guiño un ojo a la servicial mujer y agacha la vista, azorada. Voy a tener que explotar más esta técnica, pues parece que me va bastante bien con las féminas... excepto con Sofía, claro, pues creo que la cabreo más de la cuenta.

Aunque, como ya le dije, sigo percibiendo la atracción y la tensión sexual que existe entre nosotros. Aparte de otra tensión diferente, la del «yo te pincho y tú me pinchas más».

¡Qué contradicción de mujer!

Cuando Pilar se marcha, hacemos una visita al baño. Hasta a mí me dan ganas de llorar o salir corriendo, pero disimulo con entereza delante de Sofía.

—¿Qué te parece? —le digo con todo el ánimo del que soy capaz—. Decoración totalmente retro.

Pasmados estamos todavía ante la vetusta ducha con la amarillenta cortina de baño, cortesía de Hitchcock de su película *Psicosis*. El inodoro no tiene tapa de ninguna clase y el lavabo está totalmente cubierto por una capa ocre debido al óxido, que parece hacer juego con algunos tramos de la pared y del suelo.

—No voy a volver a protestar —dice tras un exagerado suspiro—. Bastante van a hacer la pobre mujer y el mecánico como para que yo me ande quejando como una pija acostumbrada al lujo.

—Un poco repipi sí que eres.

—¡No soy repipi! ¡Únicamente me gusta tener un poco más de control sobre mi vida!

—Vamos, Sofía, ten un poco de espíritu aventurero. Un día te acordarás de todo esto y te partirás de risa...

—¡Y una mierda! ¡Y si tú tienes ganas de aventuras, procura planearlas solito la próxima vez!

—Está bien —suspiro—, dejemos el tema. Ve duchándote y yo bajaré al bar para pedir que nos preparen algo de comer. ¿Te las apañarás tú solita o quieres que me quede a ayudarte por si se te aparece Norman Bates tras la cortina?

—Largo de aquí —me bufa—. En estos momentos prefiero la presencia de cualquiera a la tuya, por muy psicópata que sea. Y si se me aparece Norman, pagaré él por tus pifias y le daré una buena patada en el culo.

Y yo me lo creo...

CAPÍTULO 17

Sofía

El idiota de Álvaro debe de creer que mi mala hostia se debe a una cama incómoda o un baño anticuado... y nada más lejos de la realidad. El principal motivo de mi rabia es pensar en la pérdida de tiempo que me ha supuesto preparar este viaje, la maleta o los horarios. Tenerlo todo planificado y controlado me da seguridad, hace que me sienta tranquila. No soporto vivir al día, a salto de mata o sin tener ni idea de lo que me puede deparar el minuto siguiente, no lo tolero, y ahora mismo me siento inquieta y me pone nerviosa. Estela debe de estar histérica, por mucho que le haya enviado varios mensajes para tranquilizarla, lo mismo que a Sandra, y he evitado coger el teléfono cuando me han llamado para que no noten mi mal humor.

Perfecto. Mi futuro está en juego y, para colmo, miento a mi editora y a mi amiga.

Aprovecho para coger la agenda de mi bolso y echarle un vistazo. Dios, no sé si reír o echarme a llorar, al verlo todo tan planificado.

Según mis notas iniciales, a pesar de haber corregido los horarios mientras íbamos en el coche, ya habríamos bajado del tren y colocado nuestras cosas en la habitación del hotel. Nos habríamos refrescado en un baño decente y tomado una buena comida en un restaurante cerca de Cibeles. En este mismo instante, según mi punto número diez del día, estaríamos echando la siesta.

Genial. Mejor cerrar la agenda o acabaré por deprimirme. O por cometer un *alvaricidio*.

Pilar ya me ha subido unas toallas y un sencillo vestido estampado para que pueda cambiarme. No me ha proporcionado ropa interior, pero he decidido no

decir ni pío.

Me ducho con tranquilidad en el baño que ya nos mostrara al final del pasillo, incluso me permito un instante de risa cuando recuerdo la referencia de Álvaro al psicópata de la película de Hitchcock. Aunque, por mucho que me ría, aprovecho para asomarme tras la cortina de la ducha y cerciorarme de que estoy sola.

Bufo por hacer semejante tontería. Tengo que reconocerle que tiene unas salidas muy buenas, a pesar de que me esfuerce constantemente por no reír delante de él.

Después de secarme, me desenredo el pelo, me visto, le dejo mi ropa a la mujer sobre una silla del pasillo, como me ha indicado, y voy de nuevo en busca de la habitación para sentarme un rato en la cama. Tuerzo la boca al oír el agudo chirrido del somier.

Como a Sandra no le he querido contar nada y necesito desahogarme con alguien, decido llamar a Noe y explicárselo todo. Unos minutos hablando con ella me hacen sentir menos frustrada.

—Joder, Sofía —me dice tras escuchar mi historia—, menudo panorama. Espero que todo vaya bien y puedas estar en la firma a la hora acordada. Te mereces estar ahí después de tanto trabajo.

—Gracias, Noe, yo también lo espero.

—¿Y dices que tienes que pasar la noche con tu Marcel particular?

—Sí; descansaremos un rato y emprenderemos el camino en cuanto el dichoso alcalde aparezca con el coche. Seguro que tiene un ligue en algún otro pueblo y utiliza el vehículo del taller para pasar inadvertido.

—Eso deberías hacer tú, aprovechar y disfrutar un poco.

—¿Qué quieres decir?

Le hago esa pregunta aunque no tengo muy claro por qué, pues la respuesta me la conozco perfectamente.

—Sofía, hija, despierta. Tú y tu novio literario os gustáis. Ya os habéis acostado y reconoces que la cosa estuvo genial, por lo poco que recuerdas. Pues sigue mi consejo y continúa haciéndolo. Él es un tío bueno y el sexo te irá perfecto para desahogarte de tantos sobresaltos. Tú, que estás acostumbrada a una vida monótona y aburrida, debes de estar que te subes por las paredes. —Ríe a carcajadas—. ¡Hazme caso!

—No sé... —murmuro.

Yo misma alucino mientras me lo pienso, pero, oye, no me parece algo tan descabellado. Se trataría sólo de sexo, de echar un polvo sin repercusiones. O varios. Álvaro está de toma pan y moja, y me pone, y parece claro que yo a él también.

Decidida, bajo la escalera enmohecida que lleva al bar. Me detengo un instante en el vano de la puerta y lo observo. Está sentado en un taburete, comiendo en la barra un plato que contiene patatas fritas con algo más. De vez en cuando da un sorbo a su jarra de cerveza y ríe las gracias de Pilar y del que parece el marido, un hombretón de prominente barriga y una voz ronca que retumba en las paredes del local.

Y yo vuelvo a dar cabida en mi estómago a todas las burbujas que se van instalando y subiendo por mi esófago, como una aspirina efervescente en un vaso de agua. En realidad, creo que siempre están ahí mientras Álvaro está cerca, incluso cuando pienso en él, sólo que nuestros constantes desencuentros las atenúan un poco y me olvido de ello mientras tanto. O tal vez esas discusiones formen parte de un mecanismo de defensa de mi propia mente, que no puede permitirse pensar más tiempo en Álvaro para poder seguir cuerda.

Lo que no entiendo es que me deje impresionar tanto por un físico; espectacular, sí, pero sólo es eso, una imagen bella de hombre. Soy una persona demasiado práctica, que medita los pros y los contras de todo, y una relación con Álvaro tendría una proporción de uno a veinte; un pro frente a veinte contras. Aunque esa idea, precisamente, sea la respuesta a tanto misterio: es ideal para tener una relación como la que mantienen Noe y Hugo. Si sólo me atrae físicamente, es lo mejor para tener únicamente sexo y después despedirnos como si nada.

¿Seré capaz de hacerlo?

De momento, una brisilla se ha colado por la puerta y ha subido por debajo de mi vestido para recordarme que no llevo bragas. Me veo obligada a juntar las piernas para paliar la tibieza que se está instalando en mi bajo vientre al pensar en volver a hacer el amor con Álvaro.

Si me atreviera a proponérselo sin beber alcohol...

Me hace un gesto con la mano para que me acerque. Le hago caso y me siento a su lado en la barra, mientras me acerca otro plato de lo más apetecible,

con patatas fritas recién hechas, pollo empanado, pimientos verdes y un huevo frito. Nada que ver con mi dieta habitual, pero, en estos momentos, me parece el manjar más apetitoso que he probado en mi vida.

—Veo que he elegido bien el menú —me dice al verme mojar pan en la yema del huevo y masticar a toda velocidad.

—Está delicioso —reconozco sin dejar de comer—. Me muero de hambre.

—Para beber te he pedido una Coca-Cola. —Me acerca el vaso y yo me tenso ligeramente. Dudo de si decirle que una jarra de cerveza me sería de gran ayuda en estos instantes para lo que tengo en mente, pero opto por darle un trago al refresco.

—Gracias —suelto, sin embargo.

—Vuelvo a pedirte disculpas, Sofía. Siento mucho que todo se haya complicado tanto por mi culpa. No voy a prometerte nada —me dedica una sonrisa torcida que casi hace que me atragante—, pero haré todo lo posible por llevarte a Madrid a tiempo. —Se levanta del taburete y suspira—. Voy a ducharme. Hasta luego.

Y, sin más, me deja frente al plato y se marcha.

Acabo de comer mientras intento decidir mi próximo paso, como si deshojara mentalmente una margarita.

«Le digo que quiero sexo... no se lo digo...»

Cuando el hombre retira mi plato y mi vaso y me pregunta si deseo algo más, titubeo unos instantes. Voy a decirle que no, pero vuelvo a pensar en mi decisión y me da miedo no atreverme sin el empujoncito que me falta.

—Sí... bueno... —le respondo, por fin—, ¿qué bebidas tienen ustedes con alcohol para tomar un chupito rápido?

—Pues lo que quiera: coñac, anís, whisky, licor de avellana...

—El licor ese de avellana suena bien —comento, intentando mantener la compostura y que no se me note forzada—. Póngame uno de esos.

El tipo me sirve un pequeño vaso y me lo acerca. Yo lo cojo y me lo llevo a los labios para bebérmelo de un trago.

¡Joder, que se me quema la tráquea!

—Póngame otro —le pido con voz casi inaudible. Me está costando una vida no ponerme a toser como una sifilítica.

El hombre obedece mientras levanta una ceja, pero no dice nada. Me lo tomo

nuevamente de golpe, suelto el vaso sobre la barra y le doy las gracias antes de girarme y salir por la puerta en busca de la escalera.

Mientras subo los peldaños, comienzo a notar el temblor de mis piernas. Todo mi cuerpo parece flotar, como si fuera desapareciendo la gravedad conforme voy ascendiendo.

Una vez en el dormitorio, compruebo que Álvaro aún no ha regresado de la ducha. Todavía parezco pensar con normalidad, aunque una agradable placidez comienza a invadirme, al tiempo que siento ganas de reír... y de algo más.

—Ah, ya estás aquí —comenta Álvaro cuando entra en la habitación—. ¿Qué cama prefieres para echarnos un rato?

Yo estoy parada en medio de la estancia. Mi sangre ya venía caliente, pero acaba de alcanzar el punto de ebullición nada más ver la imagen de Álvaro recién salido de la ducha. Su cabello está mojado y el vello de su pecho aún brilla. Esta vez lleva una toalla más grande, pero se la ha vuelto a sujetar alrededor de las caderas, dejando a la vista todo su plano vientre y el negro remolino que precede a lo que más me apetece ver en este momento.

—No quiero dormir ahora —le digo en medio de una carcajada—. Quiero follar contigo.

No tengo muy claro si he dicho eso...

—¿Sofía? —Se acerca a mí e inspira junto a mi boca—. ¡Hueles a alcohol!

—Lo sé. —Encojo los hombros y vuelvo a reír.

—¿Qué significa esto, Sofía? —me pregunta serio, demasiado serio. ¡No quiero que esté serio!—. ¿Acaso has de beber para poder estar conmigo? ¿Sólo borracha me soportas?

—Chist. —Le coloco un dedo sobre los labios—. No, Álvaro. Bebo para poder hacer lo que deseo y no me atrevo a pedirte.

—Joder, Sofía... —Coloca sus manos en mis mejillas y apoya su frente en la mía—. No sé qué pensar de esto...

—Pues no pienses —le susurro—. Yo tampoco pienso.

Comienza a darme la risa floja. Me siento tan feliz...

—Me encanta verte reír —me dice.

—¡Tengo ganas de reír! —exclamo. Después, apago un momento mi risa y me limito a mirarlo—. Tengo ganas de reír, tengo ganas de besarte y tengo ganas de ti, Álvaro Sin Apellido.

Tras emitir un gemido, se lanza contra mi boca y comienza a besarme. Su lengua se enreda con la mía y mi cuerpo reacciona, volviéndose caliente, muy caliente, blando, maleable...

Y yo me siento en la gloria.

CAPÍTULO 18

Álvaro

Ahora mismo, mi mente comienza a bloquearse debido a la saturación de imágenes, palabras, recuerdos, dudas... pero decido abrir la puertecilla que existe en las mentes de todos para estos casos, por donde pueden salir tantas preocupaciones con viento fresco, pues Sofía me besa cada vez con más ímpetu y ya sólo puedo pensar en su boca, en cómo se adapta a la mía o en los gemidos que emite mientras rodea mi espalda con sus brazos y me acaricia los hombros, el cuello y el pelo, dejando una estela de placentero calor sobre mi piel. Mis manos vuelan hasta la falda de su vestido y acaricio sus muslos para atraerla más hacia mi cuerpo. Voy ascendiendo y suelto el jadeo más intenso que recuerdo cuando descubro su desnudez bajo la tela.

—Dios, Sofía —gimo—, no llevas bragas.

Mis manos se clavan en la carne de sus glúteos con fuerza, los acaricia, los pellizca. Su piel está muy suave y fresca, y me pasaría media vida tocando esa irresistible parte de su anatomía.

—Lo sé —responde con una enorme sonrisa.

Está tan cerca que su aliento penetra mi boca y yo sólo deseo bebérmelo. Ella, sin embargo, se separa ligeramente de mí y levanta los brazos. Entiendo su mensaje y agarro el bajo del vestido para sacárselo por la cabeza y dejarla desnuda por completo. Antes de que pueda deleitarme en su visión, ella tira de la toalla y procede del mismo modo conmigo. Sin darme tiempo a nada más, se lanza contra mí y se cuelga de mi cuello, afianzándose con sus piernas alrededor de mi cintura, enganchándose cual hiedra trepadora alrededor de mi cuerpo. Volvemos a besarnos con premura, con besos rápidos a la vez que profundos,

haciendo chocar labios, dientes y lenguas. La fuerza de nuestro deseo provoca que me tambalee de un lado a otro de la habitación con Sofía en brazos, golpeando contra cada una de las paredes, hasta que, desequilibrados por el ansia que nos invade, acabamos cayendo sobre una de las desvencijadas camas.

Sofía suelta una sonora carcajada ante el estruendo que hemos provocado.

—¡Nos vamos a cargar la cama! —Continúa riendo, enganchada todavía a mí.

—Atravesaremos el suelo y apareceremos en medio del bar —río yo también—, y dejaremos con la boca abierta a la mitad del pueblo, o sea, a los cuatro gatos que están tomando la cerveza.

Sofía ríe, y ríe... y no puedo dejar de mirarla. Dejo de reír y ella se percata de mi cambio, con lo que decide parar su risa también y mirarme tan intensamente que siento su mirada color miel atravesarme de lado a lado. Con una pose de lo más sensual, estira sus brazos por encima de su cabeza, se sujeta a los barrotes de la vieja cama y arquea su cuerpo para ofrecérmelo, haciendo levantar sus pechos hasta la altura de mi boca.

—Hazme el amor, Álvaro. Y no te detengas.

Coloco mis manos sobre las suyas alrededor de los barrotes y comienzo a besarla profundamente en la boca mientras ella vuelve a arquearse y clava su sexo en mi duro miembro. Abandono su boca para bajar hasta sus pechos y darle un festín con sus pezones, pequeños y suaves, provocando que ella gimiera cada vez más fuerte. Decido seguir bajando y coloco mis manos en sus caderas para que detenga su sensual movimiento y me permita admirar su sexo depilado.

Sofía me mira desde más arriba. Respira con rapidez mientras me observa tan cerca del centro de su placer. Sin dejar de mirarla yo también, coloco sus piernas sobre cada uno de mis hombros para abrirla completamente y tener a mi disposición esa porción de piel lisa, suave y depilada que ya me excitara al verla en medio de aquel apartado campo. Hundo mi cabeza entre sus piernas y recorro con mi lengua toda la longitud de su sexo, sus labios húmedos y su clítoris, el cual muerdo ligeramente, provocando un grito de Sofía y un tirón de sus manos que hacen temblar la desvencijada cama. Sujeto con más fuerza sus caderas, cuyo vaivén hace golpear su pelvis contra mi cara una y otra vez. Cuando consigo que pare, busco la entrada a su vagina y le hago el amor con la lengua, mientras mi dedo pulgar presiona su clítoris con fuerza. En pocos segundos, la

habitación se llena de los gritos de Sofía, de los agudos chirridos del somier y de mis propios gemidos, pues sentir su orgasmo en mi propia lengua es lo más intenso y sexual que he experimentado en mi vida.

—Dios, Álvaro... —jadea como si acabase de correr los cien metros lisos—. Ahora, fóllame, por favor.

—Lo haría con sumo placer —río moviendo la cabeza. Si Sofía fuera consciente de lo que dice...—, pero ya no me quedan preservativos. Quién iba a pensar que...

—Busca en mi bolso —me dice traviesa—. He cogido unos cuantos de la guantera del coche. Creo que hay alguno con sabor a fresa o a menta.

Suelto una carcajada. Dios, esta mujer me gusta mucho, pero lo ideal sería que mezclara su seriedad, que la hace tan sexy cuando abre su agenda y la hojea interesada, con una pizca de las ganas de vivir que sólo me demuestra cuando ha bebido.

Aún entre risas, pillo su bolso, que está colgado de una esquina del cabezal de la cama, y localizo una caja de preservativos. Tuerzo ligeramente el gesto al recordar que son del salido de Miguel, que los ha comprado de sabores y texturas extravagantes.

—Trae, yo te lo pondré. —Se incorpora en la cama al tiempo que me hace ponerme de rodillas frente a ella.

Realiza su tarea con gran interés, mordiéndose el labio inferior muy aplicada. ¡Dios, qué visión tan erótica!

—Ya está —anuncia, satisfecha. A continuación, aprovechando mi postura de rodillas sobre el incómodo colchón, se baja de la cama y se agacha frente a mí, irradiando la expresión más pícara y sensual que he visto jamás—. Y ahora, voy a ver si es cierto eso de los sabores. Nunca he probado uno de éstos.

Aguanto la respiración. Sofía acerca su rostro a mi entrepierna y coloca su lengua sobre mi polla, que ella acaba de enfundar con un preservativo que huele a algo parecido al chicle. Suelto un gemido ronco cuando pasa la lengua desde la base hacia la punta, una y otra vez, como si saboreara un helado de chocolate.

—Humm —susurra—, no es que tenga mucho sabor, pero mezclado con el tuyo propio me encanta.

—Joder, Sofía —gimo de nuevo, al tiempo que afianzo su cabello con mi mano y guío su boca para llevarla a los puntos que me vuelven loco, hasta que

ella se introduce mi polla en su boca por completo—, qué bueno...

—No tengo mucha práctica —me dice con una mueca después de hacerme ver el cielo—. Mi exnovio decía que era algo antihigiénico, por lo que nada de sexo oral. Y me apetece tanto hacértelo a ti...

Encoge los hombros y acentúa su mueca de resignación, con lo que me provoca una fuerte carcajada. Su imagen, tan sensual e inocente a la vez, acaba de desatar en mí una emoción demasiado parecida a la ternura.

—Anda, ven aquí, preciosa. —La tomo de los brazos y la subo a la cama para que se arrodille frente a mí. Enredo una mano en su pelo y la atraigo hacia mi cuerpo—. ¿Dónde diantres estás cuando se te pasa la borrachera?

—No lo sé —suelta, de nuevo encogiendo sus hombros de manera infantil—. Aunque creo que debo de estar escondida por ahí dentro, en algún rinconcito.

—Pues, ¿sabes una cosa? —le digo, sonriente—, voy a dedicar los próximos días a buscarte.

Ella me mira. Sonríe, pero su mirada es intensa y envolvente. Se acerca y levanta una mano para pasármela por mi barbilla sin afeitar.

—Me encantará que me encuentres, Álvaro —murmura—. Y ahora, bésame y hazme el amor.

A punto estoy de decirle que la otra vez fue ella quien me lo hizo a mí, pero ya no puedo pensar en nada más cuando se cuelga de mi cuello y coloca su boca sobre la mía para besarme con extrema dulzura, saboreando y lamiendo mis labios y mi lengua. Poco a poco, la pasión que nos suele invadir acaba por encendernos y el beso se torna cada vez más intenso y profundo y terminamos cayendo sobre la cama de nuevo, donde continuamos besándonos, tocando cada parte de nuestros cuerpos. Me sorprendo al ver a Sofía desprendiéndose de mi abrazo, pero entiendo su mensaje a la primera cuando se da la vuelta y se sujeta a los barrotes de la cama, esta vez de rodillas, ofreciéndome su succulento trasero.

—Fóllame así, Álvaro. Es otra de mis fantasías.

—Y yo estoy dispuesto a que se cumplan —afirmo.

Me deleito primero en pasar mi lengua por sus glúteos, la longitud de su espalda y su nuca, pero su culo se mueve con insistencia, buscando el contacto con mi polla, que ya clama por hacer estallar el condón con olor a chicle pasado. Así que, antes de que eso ocurra, busco la entrada a su cuerpo con el glande y, de un certero empujón, me introduzco en su vagina escuchando el eco de nuestro

largo gemido.

—Oh, Dios, Álvaro —gime—. No pares, por favor. ¡Y fóllame fuerte!

Estoy casi mareado de placer y mi cuerpo obedece su orden por instinto. Comienzo a mover las caderas a una velocidad imposible mientras clavo las manos en sus glúteos para embestirla con fuerza una y otra vez. Dios, temo que la vieja cama se rompa cuando los fuertes golpes comienzan a resonar en la habitación: el cabezal contra la pared, la cabeza de Sofía contra los barrotes, el colchón contra el somier, la cama contra el suelo, mis testículos en su trasero, los gritos... Es una auténtica locura y me siento más vivo que nunca. No recuerdo un placer semejante y no querría que acabase si no fuese porque la recompensa acaba siendo perfecta: un maravilloso y estremecedor orgasmo que nos sacude a los dos. Todavía entre jadeos y convulsiones, caemos sobre la cama y, cómo no, ésta acaba rompiéndose y cayendo en un fuerte estrépito sobre el suelo, entre los golpes de hierros y fragmentos que se esparcen por toda la habitación.

Envueltos todavía en la bruma del placer —y entre muelles y tornillos—, comenzamos a reírnos a carcajadas, revolcándonos desnudos sobre el estropicio.

—¡Como suba Pilar y su marido a ver qué ha pasado, me moriré de vergüenza! —grita Sofía entre risas.

—¿Crees que nos harán pagar la cama? —Y volvemos a reír.

No sube nadie. Tal vez se imaginan el origen del escándalo y se han limitado a reír como nosotros. No nos movemos y nos quedamos tal cual, sobre el colchón que ha quedado en el suelo, con Sofía bajo mi cuerpo y yo abrazado a su espalda. Le doy un beso en el pelo y apoyo mi cara sobre su hombro, donde me quedo dormido después de escuchar su pausada respiración.

* * *

—¿Sofía? Sofía, despierta.

—Humm...

Son las cuatro de la madrugada. Por suerte, anoche me acordé de ponerme la alarma del móvil, a pesar de tener otras cosas mucho más agradables en las que pensar. Ya he podido hablar con el mecánico y con los dueños del bar, gracias a que aquí todo el mundo se levanta antes del alba, y todo parece estar solucionado, sobre todo el tema del coche, pues nuestro conductor de grúa

particular ha realizado todo el papeleo diligentemente y le ha dado un repaso para tenerlo a punto.

Pilar y su marido... pues si oyeron algo anoche se han hecho completamente los suecos y han vuelto a ser de lo más amables. Él me ha ofrecido una bolsa con un par de bocadillos y unas bebidas para el camino y ella me tenía preparada la ropa limpia y seca de Sofía. Después de pagarles y darles las gracias, estoy realizando el siguiente paso, que es despertar a Sofía y esperar a ver de qué humor se levanta. De momento, se ha dado la vuelta y se despereza como una gatita, estirando su cuerpo desnudo sobre el colchón en el que hemos dormido. Y yo, al contemplar semejante visión, he de tragarme un nudo de saliva, pues mi cuerpo reacciona a la imagen y al calor que irradia su piel.

—Tengo sueño —murmura.

Para colmo, estira los brazos y rodea mi cuello, obligándome a echarme a su lado. Su aliento calienta mi mejilla y le correspondo abrazándola también. Dios, está tan cálida, tan suave, tan apetecible, que le haría de nuevo el amor ahora mismo y nos pasaríamos la mañana en un incómodo colchón tirado en el suelo que me ha dejado las vértebras bailoteando por toda la columna.

Será mejor moverse.

—Vamos, cariño —le digo, separándome de ella—, tenemos que irnos. Nos vamos a Madrid, ¿recuerdas? A la presentación de tu libro.

Todavía se frota contra mí unos segundos, pero parece reaccionar ante el estímulo de mis palabras y de pronto la noto tensarse. Se da la vuelta, abre sólo uno de sus ojos y me mira.

—Joder —murmura al tiempo que se pasa las manos por la cara. Debe de haber adivinado de pronto lo que ha pasado.

—Creo que es buena hora para irnos. —Me levanto y me separo de ella para no incomodarla más.

—Sí, claro. —Se incorpora en la cama y se lleva las manos a las sienes—. Uf, qué dolor de cabeza. Será mejor que me dé una ducha rápida; estaré enseguida.

—No te preocupes —le digo—, no hay prisa, tómate el tiempo que quieras. Yo iré guardando mi maleta en el coche y algo de comer que nos han preparado.

Omito hacer referencia a su dolor de cabeza o a lo que lo ha provocado. Y mucho menos hago cualquier alusión a la intimidad compartida.

Sólo quince minutos después, nos montamos en el coche y comenzamos nuestra ruta. Esta vez llevo el GPS actualizado y un montón de indicaciones que me han dado apuntadas en una hoja de papel. En ocasiones, resulta más práctico cualquier método tradicional.

Sofía, tras ponerse el cinturón, se ha dejado caer en el asiento y ha girado la cabeza hacia la ventanilla, a pesar de la poca luz todavía reinante en el cielo. Apenas hablamos nada que no sea algo de las indicaciones que debemos seguir. Paramos un par de veces para utilizar un baño y estirar las piernas y, justo al mediodía, entramos en Madrid.

CAPÍTULO 19

Sofía

—¡Sofía, por fin! ¡Me habías preocupado muchísimo!

El grito y el abrazo de mi amiga me reconfortan más que cualquier cosa. Achucho un buen rato a Sandra para volver a tener sensación de realidad, de orden, de que todo está en su sitio y no en situaciones inverosímiles, como las del último día vivido, desde que dejé escapar aquel tren sin tener muy claro todavía el motivo.

Tras ducharme y ponerme uno de los vestidos que llevaba en mi maleta — por fin—, nos reunimos todos para comer en un restaurante de comida rápida pero relativamente elegante y que no conocía. Pasamos un buen rato, pues yo les explico a todos a grandes rasgos la odisea vivida en el camino y se parten de la risa. Estela y Sandra me ponen a mí al día de su visita turística a la capital, ya que el día anterior estuvieron dando un paseo por la plaza de Oriente y por la noche tomaron unas copas en un emblemático local de la zona. Esta mañana ya han estado en las firmas de varias de mis compañeras desde primera hora de la mañana y a mí me tocará, afortunadamente, a última hora de la tarde.

Álvaro no está. Ha achacado su ausencia a tener que atender un montón de mensajes, correos y llamadas de su gran e importante empresa, como si fuese de verdad un ejecutivo, como si en realidad fuera Marcel, representando su papel al dedillo.

Estela disimula de manera inmejorable, pues, cuando él se ha excusado, no ha hecho el más mínimo comentario, ni siquiera me ha mirado, cumpliendo perfectamente con nuestro acuerdo de no hablarlo con nadie para evitar cualquier filtración. Sin embargo, Sandra me ha dado un codazo y una patada en

la espinilla por debajo de la mesa, la cual le he devuelto y ha soltado un gemido que todo el mundo ha oído.

—Sandra no se encuentra bien —aprovecho para decir—. Nos vamos un poco fuera a que le dé el aire.

Una vez en la calle, me dejo caer contra la pared de un portal y emito un fuerte suspiro.

—Siento lo de la patada —le digo a mi amiga—, pero, ya que empezamos esta absurda movida, hay que seguir hasta el final.

—¿Seguir hasta el final significa acostarte otra vez con Marcel para meteros aún más en el papel de pareja de novios enamorada?

—¿Y cómo sabes tú eso? —le pregunto.

—Hablé con Noe y me comentó sobre las dudas que parecían acompañarte cuando la llamaste. Ella dio por hecho que te acostarías con él y yo también. Por cierto, gracias por confiar en mí.

—Lo siento, Sandra —me lamento—, pero no quería angustiaros a las dos. Preferí esperar a verte para que Estela no pillara ningún asomo de preocupación en ti. Por cierto —añado con el ceño fruncido—, ¿por qué mencionas el nombre del personaje? Me acuesto con Álvaro, no con Marcel.

—Perdona que comience a dudarlo. —Pone los brazos en jarras en una pose de lo más beligerante—. Creo que Álvaro es tu fantasía hecha realidad, tu Marcel de carne y hueso, y, siento ser la que lo planteo, pero deberías comenzar a separarlos.

¿Tendrá razón mi amiga? No acabo de creerlo, pero...

—¿Te emborrachaste otra vez para tirártelo?

—Sí —murmuro.

—Ahí lo tienes —sentencia triunfante—. No lo aguantas estando lúcida, pero, cuando pierdes el norte con la bebida, te atrae sexualmente y te lo trincas sólo como desahogo a la frustración sexual que te acompaña desde que empezaste a salir con David. ¿Cómo te diriges a él cuando estáis metidos en faena?

—No lo sé... Nunca hemos hablado del tema.

—Podrías preguntarle.

—Claro —suelto con ironía—. Algo así como «Perdona un momento, ¿podrías decirme cómo te llamo mientras estamos follando? Resulta que siempre

estoy borracha y no me acuerdo».

—Mejor que no le preguntes. —Sandra ríe ante mi comentario—. Pero seguro que lo llamas Marcel, lo que corroboraría todavía más mi teoría. Y ya es hora de que comiences a bajar de tu nube de personajes literarios, Sofía. Si decides tener una relación, aunque sea como la de Noe y Hugo, que sea con alguien que te gusta por ser él y no por parecerse a uno de tus protagonistas.

—Quizá tengas razón, Sandra, pero yo también tengo mis dudas. Álvaro no es como yo pensaba.

—¿Te gusta? —me plantea con la misma expresión que tendría si acabaran de comunicarle que ha ganado la lotería—. ¡Eso lo cambiaría todo!

—Tampoco he dicho eso. —Trato de aplacar su euforia—. Puede que el mayor problema de todo esto sea que yo no sirva para mantener este tipo de relación, no soy como Noe. Ella es capaz de separar al tío de su pene, y yo no.

—Mira que si te enamoras de Álvaro... —suelta Sandra con una pícaro sonrisilla—. Te pasas la vida discutiendo con él y siempre se ha dicho que «los que se pelean, se desean»...

—¡No voy a enamorarme de Álvaro! —exclamo indignada.

—Otra como Noe —bufa con los ojos en blanco—. Vaya dos doña «no me enamoro porque eso es para tontas», una porque va de independiente y la otra porque quiere controlar en su agenda hasta su corazón. Tal vez yo sea una romántica, pero tratar de negarse continuamente que el amor existe y te puede atrapar tampoco lo encuentro muy sano. Escucha lo que te digo, Sofía: más vale que no os equivoquéis ninguna de las dos, porque, si no, lo vais a pasar muy mal... pero que muy mal.

* * *

Ya de vuelta en el hotel, descanso un rato en la cama y me levanto después para ducharme y arreglarme, pues la firma de libros es dentro de un par de horas. Y digo que he descansado, que no dormido, porque después de hablar con mi amiga no paro de darle vueltas a la cabeza. Siempre intento tenerlo todo tan meditado y calculado que soy una experta, pero esta vez es diferente. Con Álvaro no se puede pensar en nada razonable, porque él no es razonable, ni siquiera hemos mantenido una conversación de más de un minuto. Ni tan sólo sé

de él algo de su vida, su pasado o sus gustos, y todo eso es algo imprescindible para mí, conocer a las personas. O, por lo menos, lo era.

Y ahora me descoloca considerar que me pueda gustar tanto una persona a la que apenas conozco.

Salgo de la ducha envuelta en el albornoz y me topo de bruces con el destinatario de mis últimos pensamientos. A punto estoy de preguntarle qué coño hace en mi habitación, pero acabo de recordar que, para mantener la farsa, nos reservaron la misma.

Lleva unos sencillos pantalones vaqueros y una camisa de cuadros, y trae impregnado consigo el olor al viento y al sol de la calle. Su pelo alborotado delata, además, las veces que haya podido pasarse la mano en un intento por dominarlo, y sus mejillas sin afeitar acaban de otorgarle ese atractivo al que yo no he podido resistirme desde que lo vi sonreír en unas fotografías.

Yo llevo el pelo mojado y apenas me he molestado en apretar el nudo del cinturón del albornoz, con lo que soy consciente de la visión de gran parte de mis pechos. Él ha bajado su vista precisamente ahí, consiguiendo que sienta que su mirada quema mi piel. Las piernas me flojean y todo mi cuerpo parece que flote. Ya no es necesario que me lleve las manos al vientre para tratar de aplacar el revoloteo que siempre me inunda. Creo que lo hacía porque esa sensación me resultaba extraña y ahora me parece algo cálido y maravilloso que no quiero que desaparezca.

—Veo que tú ya has pasado por la ducha —me dice después del silencio que nos ha envuelto—. Ahora me toca a mí. Será mejor que te vayas arreglando ya. La firma tendrá lugar en una hora y media.

—¿Dónde has estado? —le pregunto. Más que nada porque me ha parecido un reencuentro bastante frío.

Él me mira y me sonrío, torciendo su boca en ese gesto arrogante y travieso a la vez y que ya comienzo a conocer bien. Creo que él mismo se debate entre contestarme «Y a ti qué coño te importa» o darme una respuesta razonable.

Decide lo segundo mientras abre el armario donde ya ha colocado toda su ropa y saca una camisa y un traje cubierto por una funda transparente.

—He ido a dar un paseo.

Tampoco es que se haya herniado por darme esa respuesta.

Desaparece tras la puerta del baño y yo me siento frente al espejo de la

cómoda, donde he dispuesto todo lo necesario para arreglarme. Me cepillo el pelo, que en pocos minutos se seca, y comienzo a maquillarme de forma ligera pero que se note, para que mi rostro adquiriera ese toque de luz que parece faltarme. Debería estar exultante, como en la primera firma en Barcelona de *Marcel y yo*, pero no lo estoy y no entiendo muy bien por qué.

Ya estoy lista y sólo me falta vestirme. Álvaro aparece por la puerta del baño y, por mucho que yo ahora presuma de estar acostumbrada a su presencia, vuelvo a tener que tragar convulsivamente una enorme bola que se me hace en la garganta y a sentir la ingravidez bajo mis pies.

Él ha vuelto a hacerme caso y aparece tal y como yo lo describo en una de las escenas de la novela, con un traje oscuro y una camisa blanca, sin corbata. Su cabello es prácticamente idéntico a mi descripción, castaño oscuro y peinado de una forma muy particular, como descuidado. Las manos en los bolsillos y una sonrisa algo canalla mientras se deja caer en el marco de la puerta complementan una imagen hermosa y perfecta. Un impecable Marcel. No pude haber elegido mejor.

—¿Soy un Marcel aceptable? —me pregunta de forma traviesa, levantando sus cejas.

—Veo que te leíste realmente el libro y recuerdas los detalles.

—Era parte del trabajo, ¿no? Ya te dije que sería capaz de hacerlo bien. No siempre acabo cagándola.

Al recordarme que le estoy pagando por ello y que por eso lo hace, acaba con toda la magia del momento y termina cabreándome, como siempre.

—Sólo has cumplido decentemente, hasta ahora, la parte del físico y las presentaciones, nada más. Porque, con la personalidad de Marcel, no has dado ni una. No eres amable, no eres puntual, no cumples con tu palabra y no trabajas en nada ni remotamente parecido a él.

—Estoy de acuerdo —afirma con una mueca algo triste que se me clava en el pecho y me hace sentir fatal—. Por lo que parece, no tengo ni puta idea de lo que es ser un alto ejecutivo. Aunque creo que doy el pego, ¿no te parece?

No contesto y me doy la vuelta para dirigirme al baño y comenzar a vestirme. Me ha dado la sensación de que se ha reído de mí y no me ha gustado un pelo. Tengo la incómoda impresión de que con Álvaro algo se me escapa y no sé qué es. Me enfurece y me pone muy nerviosa pensar en no dominar la

situación.

Me he preparado como atuendo un vestido de color rojo y unas sandalias negras. El primero es sencillo, con escote barco, muy discreto, aunque ajustado a mi cuerpo hasta las rodillas. Últimamente me veo demasiado delgada y donde más se nota es en mi cara, cada vez más alargada, así que decido recogerme el pelo en una coleta alta. De esta manera me resaltan más los ojos, la parte más bonita de mi rostro, y le doy a la vez un toque informal a mi conjunto. Unas gotas de perfume en cuello, codos y muñecas, y ya estoy lista.

Cuando salgo del baño contemplo la habitación vacía. Álvaro se ha marchado y no hemos quedado en nada. No hemos pactado cuándo hará su aparición, ni qué tiene que decir o cómo ha de actuar. Sabe perfectamente que detesto esta incertidumbre, pero nada, parece que lo haga adrede, para molestarme, como si decidiera castigarme cada día un poco, aunque aún no entiendo por qué.

Salgo de la habitación y lo primero que hago es encontrarme con Sandra. Ella comparte alojamiento con otras compañeras y decidimos adelantarnos hasta el lugar donde se llevará a cabo la firma. Cogemos un taxi y nos presentamos en el parque del Retiro, donde la editorial tiene su stand entre los muchos que hay montados para el evento. Es temprano, así que decidimos visitar antes a algunos escritores a los que me hace especial ilusión conocer. Casi ninguno me ha reconocido a mí, pero eso tampoco me quita el sueño. He llegado a donde he llegado y posiblemente aún consiga llegar algo más lejos, todavía no lo sé, pero sí sé que cada escalón que subo es un regalo que no me esperaba, con lo que soy feliz por todo ello.

Digo que casi ninguno me ha reconocido porque sí lo ha hecho uno de los autores. Se trata de Diego Silva, un escritor que, con sus obras, sobre todo con la serie de la inspectora Echegaray, se ha encaramado a lo más alto de la novela de misterio y suspense de nuestro país. Sandra y yo no hemos podido alucinar más, pues siempre le comenté que Diego me había servido de inspiración para mis propios libros de misterio. Me encanta cómo describe las situaciones más desesperadas o la intriga que produce con un hecho inesperado.

—Tú eres Sofía Valverde, la escritora —me saluda ante la perplejidad de Sandra y la mía.

—Sí, pero no entiendo... ¿Cómo es posible que sepa siquiera que existo? —

le pregunto aún flipada, con su novela en mis manos esperando a ser dedicada—. Apenas he publicado nada relevante...

—Oh, tus novelas de misterio son bastante buenas —me comenta antes de dedicarme y firmar el ejemplar—. Con cierto aire novato y cosas por aprender, pero muy aceptables. Sé que has escrito una novela romántica —continúa—, que no he tenido el gusto de leer, pero yo te aconsejaría que continuases por la vía del misterio. Creo que puedes llegar lejos.

—La romántica vende más y da más pasta —le digo con una mueca.

—¿Estás segura de que es eso lo que quieres?

La pregunta me deja sin respuesta. Es la primera persona que convierte en palabras un pensamiento que ronda en mi cabeza pero que siempre ha permanecido algo escondido. Yo misma me he planteado muchas veces si continuar con lo que verdaderamente me gusta, que es escribir novelas de misterio, como las que he leído toda mi vida y que me han ayudado a evadirme de mi entorno, o seguir por una vía más comercial.

—Tranquila —añade el escritor con una sonrisa—, no te agobies. Puedes escribir las dos cosas. Pero insisto: sigue tu instinto.

—Gracias por el consejo —le digo aún sorprendida porque un autor consagrado como él se dedique a darme consejos a mí. Al mismo tiempo, cojo de sus manos la novela firmada.

—De nada. Por cierto, creo que tienes tu propia firma de ejemplares en un rato. Te deseo mucha suerte, Sofía.

—Gracias, otra vez... —me despido, aturullada porque los componentes de la cola comienzan a quejarse.

Tras esta extraña conversación, Sandra y yo intentamos salir del estand entre los empujones de la gente, que se agolpa como si fuera a acabarse el mundo. El agobio que me provoca el gentío me obliga a cerrar los ojos y pararme un instante, pues siento que el corazón se me acelera y comienzo a sudar como nunca antes. Mi respiración se vuelve entrecortada y me falta el aire. Abro los ojos, miro a mi alrededor y, de pronto, la gente y el bullicio han desaparecido. Todo aquel espacio vacío gira y gira en torno a mí y me veo de repente en mi casa cuando era pequeña. En una de ellas. Es de noche y mi madre vuelve a sacarme de la cama, otra vez...

* * *

—¿Qué ocurre, mamá? ¿Tenemos que marcharnos otra vez?

—Chist. Sí, cariño. No hables y ponte la chaqueta y el gorro de lana, que en la calle a estas horas hace frío.

—¿Nos vamos ahora que él no está? No me gusta mucho mi nuevo papá.

—A mí tampoco. Y, ahora, coge tus cosas y vámonos.

Y, con mi pequeña maleta a cuestas por enésima vez, volvemos a dejar una casa, un hogar, para ir en busca del siguiente...

* * *

—¿Te ocurre algo, Sofía? Estás pálida.

Me llega de pronto la voz de Sandra y sus brazos alrededor de mi cintura, intentando ayudarme a salir de este lugar, que ha vuelto a llenarse de gente y de voces dispares.

—Sí, sí, estoy bien; tranquila.

Me encuentro algo mejor, aunque desconcertada porque en este preciso instante mi mente haya decidido viajar hasta aquel momento de mi pasado.

Sandra y yo continuamos un rato dando vueltas por la feria, pero decidimos dirigirnos a nuestro propio stand antes de que Estela comience a pensar que nos hemos perdido y le dé un ataque.

Me hago una idea clara de la importancia de la editorial donde trabajamos cuando contemplo lo que han montado para la firma. Es una carpa enorme y cerrada, custodiada por un vigilante vestido de traje que va dejando entrar a la gente con cuidado de no exceder el aforo. Sandra y yo nos colgamos del cuello nuestro pase y se lo mostramos al vigilante, que nos señala hacia dónde debemos ir para llegar de forma más directa a la mesa de los escritores.

A Estela ya la hemos distinguido desde la puerta, pues, a pesar de haber elegido esta vez un bonito vestido color rosa pastel, lo ha complementado con un fular color naranja butano que se ha colocado alrededor de los hombros.

—Joder —masculla Sandra—. Me dan ganas de quitarle ese feo pañuelo y tirarlo al contenedor de desechos irre recuperables.

—Yo lo utilizaría primero para borrarle esa horrible sombra azul de los

párpados —comento también entre dientes.

—¡Hola, chicas! —nos saluda—. Id tomando asiento, que los pobres lectores hace rato que esperan.

Y es verdad. Hay un montón de personas ante nuestra mesa. La mayoría de ellas son mujeres y sostienen casi todas ellas un ejemplar de *Marcel y yo* en sus manos o en sus regazos, mientras charlan entre sí para matar el tiempo que deben aguardar. Hasta este instante había creído que se trataba de la gente que aún esperaba la firma de mi compañera, Jane, la escritora más famosa de España y la que más tiempo lleva en el mundo de la novela romántica. Se ha ganado a pulso a un público fiel y entregado con sus novelas de la Regencia, aunque de vez en cuando nos sorprende con alguna contemporánea igual de buena que las históricas.

Pero no, ella está terminando ya su sesión de firmas al otro lado de la carpa. Permanece de pie mientras algunas lectoras se hacen fotografías con ella y la saludan entusiasmadas. Así que está claro que todas esas personas que hay frente a nosotras quieren verme. Tal vez no haya tantas admiradoras como las que arrastra Jane, pero, para mí, que jamás me esperé esto, ya es una enorme multitud.

—Madre mía, Sofía —me susurra Sandra mientras nos acomodamos en la mesa junto a Estela—. ¡Qué montón de gente!

—Quizá sea porque esperan conocer a Marcel —digo con una mueca al recordar que ése podría ser el motivo.

—Claro que no —contesta mi amiga—. Puede que la presencia de Marcel sea un aliciente más para las lectoras, pero no creo que hubiesen dejado de venir si sólo te esperasen a ti. Por cierto —susurra, mirando de reojo a Estela—, ¿dónde está tu supuesto novio macizorro?

Y como si nuestra editora dispusiese de antena incorporada, se gira hacia nosotras y me hace la temida pregunta.

—¿Dónde está Marcel?

Entiendo que es mejor no decir su nombre real.

—Andará por aquí —le respondo sin tener ni idea de su paradero—. Ya sabes que crea más expectación cuando aparece de repente.

—Eso espero —nos dice seria.

Un zumbido vibra dentro de mi bolso. Miro mi móvil y hay un mensaje de

Álvaro, con el que me tranquiliza diciendo que aguarda entre bambalinas. Sonrío y emito un suspiro de alivio.

Por fin, da comienzo mi presentación. Para que puedan oírme hasta las filas del final, me colocan un micrófono delante que me pone de los nervios, aunque, en cuanto comienzo a hablar sobre la novela y a responder a las preguntas de las lectoras, me voy calmando y me encuentro en mi salsa, pues, como ha dicho Sandra, en primer lugar vienen a conocerme a mí. De todos modos, antes de que alguna pregunte por mi novio y eche por tierra mi recién estrenada seguridad, yo misma decido presentarlo, pues acabo de verlo detrás de una cortina. Me guiña un ojo y me sonrío, con lo que me ofrece una dosis extra de tranquilidad.

—Antes de que os dedique el libro —interpelo a la concurrencia—, ¿os gustaría conocer a Marcel?

—¡Sí! —responden a coro.

—¡Por favor!

—¡¿De verdad está aquí?!

Sin necesidad de que conteste, todas gritan ante la entrada del supuesto Marcel, como si hiciera su aparición en el escenario su cantante favorito. Al igual que en las anteriores ocasiones en las que ha ejercido como mi novio, Álvaro cumple su papel a la perfección. Se acerca a la mesa luciendo la mejor de sus sonrisas, se inclina primero para darle un beso en la mejilla a Estela —que creo que se derrite a pesar de lo que sabe—, después hace lo mismo con Sandra y, a continuación, se acerca a mí, me dispara una media sonrisa, que hace que mis bragas acaben en los tobillos, y me toma una mano para llevársela a los labios sin dejar de mirarme.

Al menos, cuarenta bragas más deben de haber caído al suelo.

Y yo, como una tonta que ha olvidado que todo es puro teatro, me quedo embelesada admirando sus grandes y llamativos ojos, ahogada en ellos por un interminable momento. Por si fuera poco, me coge de la cintura para ponerme en pie y darme un beso de aquellos que te dejan sin aliento.

La multitud silba y aplaude justo antes de que Estela se levante y lance unas palabras al respetable.

—¿Qué os parece si, después de haber resuelto algunas dudas sobre la novela con vuestras preguntas a Sofía, le preguntáis también a Marcel sobre su relación con nuestra escritora favorita?

Decido sentarme de nuevo, algo tensa ante la propuesta de Estela. Álvaro me tranquiliza sentado a mi lado, presionando con fuerza mi mano con la suya al amparo de la mesa.

Las chicas comienzan una tanda de cuestiones, entre pícaras e inofensivas, que Álvaro contesta con una sencillez y un saber estar que me siguen impresionando. Hasta yo me quedo embobada cuando, sin dejar de mirarme a mí con expresión amorosa, decide ir comentando detalles de nuestra supuesta relación que se especifican en la novela o, para mi total asombro, habla sobre su trabajo de ejecutivo en una gran compañía, comentando tranquilamente cómo es su día a día.

Poco a poco me he sosegado del todo. Estoy sonriente y feliz, lo mismo que Estela, aunque Sandra no para de fruncir el ceño. Ya le preguntaré después qué demonios le ocurre.

Pero está claro que mi vida no ha sido hecha para la tranquilidad. Por mucho que me esfuerzo en planificar y controlar, en pensarlo todo primero, en tener una perfecta agenda donde no dejo de apuntar hasta el más mínimo detalle... sin esperarlo, ¡zas!, de nuevo vuelve a ponerse patas arriba. Y lo digo por la pregunta que acaba de plantearle una de las lectoras a Álvaro. Joder, ¿cómo no lo pensé antes? ¿Cómo no pude haber atado ese puñetero cabo suelto?

¿Qué me está pasando?

—Hola, Marcel, encantada de conocerte —comienza la susodicha—. Según lo que cuenta Sofía de ti en la novela, tu nombre se debe a tus antecedentes franceses. Incluso sueltas alguna que otra expresión en ese idioma en la historia que a las lectoras nos derrite. ¿Podrías decir algo en francés para escuchar en persona cómo suenas de sensual? *Parles-tu français, Marcel?*^[1]

En estos momentos, dudo entre salir corriendo, insultar a esa chica o subirme sobre la mesa y desnudarme para desviar la atención. Ya no es tensión lo que siento, sino un inminente paro cardíaco.

Miro de reojo a Álvaro, que parece sonreír. Dios, ¿cómo se atreve a sonreír si esto puede acabar en el mayor de los desastres?

CAPÍTULO 20

Álvaro

—*Parles-tu français, Marcel?*

Si no fuera porque Estela, Sandra y Sofía tienen una cara que parece que se acaben de tragar una caja de chinchetas, me daría el gustazo de poner cara de pardillo y contestar que no tengo ni puta idea de lo que dice esta lectora. Pero no voy a joder de esa forma a Sofía, y no sólo porque me pague, como ella no para de recordarme, sino porque no he dejado de sentirme orgulloso toda la tarde de ella y porque creo que no se lo merece.

Joder, pero tengo que esforzarme mucho para no reírme ahora mismo a carcajadas. Sofía me mira con una cara de pánico que serviría para ilustrar un *thriller* de Stephen King.

En fin, que mi preparación en los mejores colegios y tener dos carreras me sirva para algo... aunque sea para hacer de novio inventado por la mente reprimida de una escritora igual de reprimida.

—*Oui, mademoiselle. Je suis enchanté d'être là.*[2]—Me giro para mirar de frente a Sofía y la cojo de las manos para ofrecerle unas palabras—. *Merci, Sofía, par le temps vécu ensemble.*[3] —Y termino con un dulce beso en sus labios.

¡Cómo le ha cambiado la cara!

Mientras nos rodean los aplausos y los suspiros, Sofía me mira como si acabase de matar un dragón por ella, con una expresión de total adoración por mí que consigue que algo muy hondo se me remueva por dentro. Debe de ser que estoy tan acostumbrado a sus continuas muestras de desprecio que, verla suspirando por mí —y sin haber bebido—, me hace pensar y me ofrece la

esperanza de que haya llegado el día en que alguien se interese en mí sin saber mi apellido o mi procedencia.

Y sólo he necesitado unas palabras en francés...

También es verdad que su rostro ha vuelto a cambiar y me mira con el ceño muy fruncido, aunque parece olvidarlo en cuanto la gente ha comenzado a hacer cola para que le dedique el libro y, muy sonriente, los atiende a todos ellos. Pero, en cuanto cesan las firmas, nos despedimos y comenzamos a caminar hacia la salida, Sofía me agarra con fuerza de un brazo y me arrastra hacia el exterior, a un rincón amparado por la oscuridad ya de la noche.

—¿Puedes explicarme lo que acaba de pasar ahí dentro? —me exige.

—¿Que eres una crack de la escritura y por eso acabas de gastar toda la tinta de un bolígrafo estampando tu rúbrica?

—Antes de eso, capullo.

—¿Te refieres a los besos o a la carita que se te ha puesto después de recibirlos?

—No empieces con tus chorradas, Álvaro. Empiezo a darme cuenta de que tanto chistecito no guarda otro propósito que desviar la atención de los demás. De mí, en este caso.

—¿Y para qué iba a querer yo desviar la atención de nadie?

—Pues, por ejemplo, para que no pueda preguntarte cómo coño sabes hablar francés.

—Ah, eso —respondo desinteresado—. Sólo son unas frases que aprendí viendo películas.

—Tu acento era perfecto —insiste—. ¿Se puede saber de dónde has salido? ¿Por qué estás aquí, conmigo, haciéndote pasar por un personaje de ficción? ¿Quién eres, Álvaro Sin Apellido?

Seguro que nunca jamás estaré tan contento por la repentina aparición de Estela.

—¡Chicos! —exclama, envuelta en un trozo de tela de abominable color naranja—. Mañana por la mañana debemos marcharnos a primera hora, pero aún es temprano y, después de cenar en el hotel, podremos tomar algo allí mismo, todos juntos. ¡Os espero!

Esta vez sí que accedo a ir. En la cena, me coloco entre Sofía y Sandra, y Estela se sienta frente a mí. Creo que han decidido crear una barrera a mi

alrededor para evitar que nadie me haga preguntas indiscretas. Aunque yo creo que la que más interés tiene en preguntarme es Sofía, que no para de mirarme de reojo y está más seria que de costumbre. Incluso Sandra parece aguantar las ganas de saber más sobre mí y me mira como si pudiese descubrir mi secreto en cualquier momento.

Sobrevivo a la cena y seguimos a los demás hasta el bar del hotel, donde comienzan a pedirse mojitos, chupitos y combinados extravagantes. Veo a Sofía tensa y la hago a un lado, más allá del bullicio de la barra.

—¿Quieres que nos vayamos de aquí? —le pregunto.

—No, no, estoy bien. Me pediré un combinado sin alcohol y ya está.

—¿Estás segura?

—Te he dicho que sí —responde envarada.

En solidaridad con ella, los dos pedimos lo mismo, dos mojitos sin alcohol. Incluso Sandra nos acompaña y decide pedirse otro más.

—¿Qué tal, parejita? —nos dice—. Si no os importa, vengo a haceros compañía.

—¿A qué viene eso, Sandra? —le contesta su amiga en un nivel máximo de indignación—. ¡Y no nos llames «parejita», por el amor de Dios!

—Vale, vale, tranquila. Por cierto, *Marcel* —se dirige a mí, recalcando el nombre—, qué bien hablas francés, ¿no? ¿Dónde lo has aprendido?

Alguien vuelve a salvarme de tener que contestar, aunque esta vez sea de una forma mucho más brusca que la anterior, pues una fuerza inesperada me aferra la chaqueta y me tira de bruces contra el suelo.

—¡Miguel! —grita Sandra—. ¡Has venido!

—Sí, he venido —contesta mi amigo mirándome con inquina—. ¿En qué cojones estabas pensando, eh? ¿Cómo se te ocurre cogerme el coche sin permiso y viajar a Madrid?

—¿Co... cómo has venido? —le pregunto aún aturdido por el golpe.

—¡En el puente aéreo! ¡Pero no has contestado a mi pregunta!

—Lo siento, Miguel —le respondo, a sabiendas de que este momento llegaría. Me incorporo antes de que la gente se extrañe de verme en el suelo aguantando una bronca de un tipo bajito y pelirrojo.

—¿Lo sientes? —grita—. ¡Te metiste por un puto atajo con un Porsche! Pero ¿qué coño te has chutado en vena para hacer algo así?

—¡Basta, Miguel! —lo tranquiliza Sandra, aunque no me esperaba que una chica de aspecto tan dulce se impusiera de esta manera—. ¡Eres su amigo y los amigos están para hacerse favores! ¡Él te necesitaba! ¡No te pongas así por una mierda de coche!

Menuda cara se le ha quedado a Miguel. Creo que se debate entre darle la razón a su «dulce» chica o mandarnos a todos a la mierda.

—Yo también lo siento, Miguel —interviene Sofía—. Asumo mi parte de culpa. Álvaro sólo lo hizo para que no faltara a mi firma del libro.

—La culpa es sólo mía —acabo diciendo—. Si no hubiéramos perdido ese tren...

—¡Fuiste a ver a tu padre al hospital! —me defiende Sofía—. Cualquiera habría hecho lo mismo.

—¡Vale, vale, dejad de hablar de culpas! —exclama Miguel—. Aquí no hay culpables de nada. Mi coche ya está en el taller y sólo necesita una bomba de agua nueva. Lo siento, Álvaro, me puse muy nervioso y sólo pensaba en darte una paliza.

—¡Éste es mi niño! —Sandra lo abraza y le da un beso en los labios—. Eres un buen amigo y seguro que nunca le habrías pegado.

—Tienes razón, cariño, sólo es un coche.

Vuelta a los besitos y las carantoñas. Bendita Sandra. Nunca creí que mi amigo, por buen tío que sea, se lo iba a tomar tan bien. Creo que yo mismo me habría cabreado tanto que le habría dado, al menos, un buen puñetazo.

—Gracias, Miguel —termino diciendo—. Yo no habría sido tan condescendiente.

Nos estrechamos la mano y nos damos un abrazo. Si algo tengo que agradecerle a la vida de miseria a la que me empujó mi padre es tener tan buenos amigos. Mientras viví en la opulencia, la palabra «amigo» era algo demasiado abstracto, por no decir que no te fías ni de tu puta sombra, pues, más que amistad, tu entorno sólo intenta hacerte la pelota en el mejor de los casos.

Y las mujeres sólo desean sonsacarte el dinero, en el mejor de los casos.

El ambiente del lugar cada vez es más animado. Al fondo del bar hay dispuesta una pequeña pista, donde un *disc-jockey* va pinchando los éxitos del momento. Los cuatro decidimos integrarnos en el grupo de compañeros de la editorial y bailamos un buen rato. Y creo que ha sido la mejor de las ideas, pues

todos necesitamos despejarnos un poco de lo que nos está pasando.

De todos modos, bailar nunca ha sido lo mío, así que, después de estar una hora haciendo el payaso junto a Miguel, provocando las risas de Sandra y Sofía, decido salirme del grupo de bailarines y acercarme al bar. Ahora que Sofía parece totalmente entregada al baile y a sus amigos, voy a aprovechar para tomarme una cerveza.

Me siento al final de la barra, desde donde puedo observar la pista para no ser sorprendido por Sofía mientras bebo.

¿Será verdad que me preocupo por ella?

El camarero me sirve una copa de cerveza bien fría y, mientras doy el primer trago a la espumosa bebida, oigo una voz femenina que me saluda con entusiasmo.

—¡Eh! ¡Tú eres Álvaro! —exclama—. Joder, el mundo es un pañuelo.

Lo primero que hago es mirar a mi alrededor, para cerciorarme de que nadie haya oído el nombre con el que la chica se ha dirigido a mí. Sí, soy un estúpido por estar constantemente pensando en que nada pueda perjudicar a Sofía y todo el rollo que se han montado en torno al libro, pero no lo puedo evitar. Es como si Marcel se me estuviera tragando poco a poco.

Miro a la mujer. Me suena... ¡Claro! ¡Es la chica de la entrevista y del metro! La de la casi mamada en presencia del novio... Me alegro de verla, aunque siga sintiendo bastante incomodidad en su presencia.

—¡Hola, guapísima! —Me sorprende que se me eche encima y me dé un abrazo, pero no me importa corresponderle. Sigue oliendo de maravilla y se limita a darme un fugaz beso en los labios.

—Tú sí que sigues guapísimo —contesta colgada de mi cuello—. Qué alegría encontrarte aquí.

—¿Qué tal estás, eh...? —Por más que hurgo en mi memoria, no logro acordarme del nombre.

—Tranquilo —me dice sonriente mientras se sienta sobre mí—, no voy a esperar que recuerdes mi nombre después de nuestro efímero encuentro. Me llamo Laura.

—¡Eso, Laura! —trato de arreglarlo—. ¿Y qué te trae por la capital?

—Pues, ya ves —suspira—. Lo he dejado con mi novio y he decidido tomarme unos días para mí. Madrid ha sido mi primera parada.

—Vaya, lo siento. —Disimulo y evito decirle lo que me pareció su novio.

—Tranquilo, no pasa nada. Sólo era un capullo que follaba de pena. Siento que, con su aparición, tú y yo no llegáramos a nada.

Esta vez ya no me pilla de improviso. Lo que me dice, la forma en la que lo dice, sus manos paseándose por mi cuerpo... Está claro lo que viene a continuación.

—Tengo una habitación reservada en este hotel —me susurra en el oído después de lamerme el pabellón auditivo—. ¿Qué te parece si acabamos la faena que empezamos, tú y yo solos, sin interrupciones?

No puedo evitar mirar hacia la pista, y tampoco dejo de sentirme mal por Sofía. No la localizo, pero la presencia de Laura me incomoda cada vez más.

—Verás, guapa...

Sí me pilla de improviso el morreo que me acaba de soltar. Me ha metido la lengua tan adentro que creo que me ha obstaculizado el paso del aire a través de la tráquea. Como puedo, logro zafarme de ella para conseguir una pizca de oxígeno y poder hablar, aunque me haya dejado la lengua completamente seca.

—Lo siento, Laura. Estoy con alguien.

CAPÍTULO 21

Sofía

Uf, ya no puedo bailar más. Sandra, Miguel y Álvaro han desaparecido de mi radio de visión y creo que ha llegado el momento de hacer descansar mis piernas, a las que el poco descanso del último día les está pasando factura.

Y de la última noche.

Todavía no me he atrevido a comentar con ninguna de mis amigas, y menos con Álvaro, que recuerdo prácticamente cada momento que viví anoche. No sé si tuvo algo que ver el tipo de bebida, la cantidad o que haya llegado el momento en que mi organismo comienza a acostumbrarse, pero, a pesar de que durante el proceso algo se volvió a apoderar de mí y me hizo actuar de una forma descontrolada, nada más despertarme supe que esta vez era diferente. Lo recordaba todo... o casi todo.

Sólo de pensar que esta noche voy a tener que volver a compartir habitación con Álvaro, el estómago se me encoge y el corazón se me acelera.

Por fin, he conseguido esquivar al barullo de gente que todavía baila en la pista. Cuando lo dejo atrás, hago un escáner visual por toda la sala, pero no veo a ninguna de las personas que busco. Entiendo que mi amiga y su novio hayan desaparecido tras su reencuentro, pero no es normal que Álvaro se largue sin decirme nada. Vuelvo a repasar uno por uno los hombres que hay sentados a la barra y...

Joder, claro que no lo localizaba. Buscaba a un hombre solo, no a uno que estuviera acompañado. Álvaro está sentado en uno de los taburetes del final de la barra, pero con una chica colocada sobre sus piernas y colgada de su cuello, enredada como un pulpo. Se miran y ríen cómplices, lo que denota una gran

confianza. Bueno, yo no llamaría simplemente «confianza» al repaso que le hace la chica, que le está metiendo mano por todas partes.

Siento que un rayo de indignación recorre mi cuerpo. Es una auténtica gilipollez, lo sé, porque no puedo pretender que un adonis como ése no se vea asaltado por mujeres a cada paso, pero no sabía que podía molestarme tanto verlo con otra.

Joder, el magreo ha pasado a mayores y la tía se ha lanzado a comerle la oreja, primero, y la lengua, después. Sin ser consciente de lo que hago, mis pies comienzan a moverse en su dirección. Estoy que muerdo. Si alguien se pusiera en mi camino ahora mismo, sería capaz de darle un puñetazo y mandarlo a la otra punta del hotel.

Freno un segundo de golpe. Un momento... Esto que estoy sintiendo son celos, emoción que yo apenas había experimentado antes en mi vida. Hago que mi mente produzca algún *flashback*, donde poder encontrar imágenes del día que encontré a David con la pelirroja y poder comparar la sensación sufrida en cada momento.

Pero nada que ver. Aquel día sólo sentí rabia, ni siquiera pena u odio. Ahora mismo me envuelve una mezcla de sentimientos mucho más dolorosos, aunque sigan acompañados de furia y ganas de matar a alguien.

No me paro un segundo más a analizar algo tan absurdo. Sigo avanzando y me planto ante la parejita. Parece que se han tomado la molestia de hacer un alto en su morreo y Álvaro le dice algo. Deben de estar quedando para echar un polvo.

Siento como si brotasen del suelo pequeñas llamas de fuego que van creciendo y me van envolviendo, hasta que se apoderan de mi cuerpo y comienzan a salir de mi boca y mis ojos.

—Álvaro... —El corazón me late tan fuerte en el pecho que me cuesta trabajo hablar—... si te apetece tirarte a ésta, sólo te pido que disimules. Si alguien te viera, podría sospechar, y más te vale que no sea Estela.

—¿Es ésta tu chica? —pregunta la experta comedora de lenguas, que ha tenido la decencia de descolgarse de él, aunque me jode que me mire de arriba abajo y exhiba una mueca de superioridad.

—¡No soy su chica! —exclamo ante la rabia y la impotencia que me sigue provocando verlos juntos.

—No, no es mi chica —suspira Álvaro—. Pero, de todos modos, creo que será mejor que te marches, Laura.

La tipa acerca su boca al oído de Álvaro y le susurra algo. Le da un beso en la mejilla, sonrío y se marcha, no sin antes dedicarme una mirada de desdén.

—¿Se puede saber en qué coño estás pensando? —le recrimino una vez solos—. ¿No puedes esperar a volver y tienes que andar ligando esta noche, precisamente?

—No estaba ligando —me dice algo hastiado—. Conocí a esa chica en Barcelona y nos estábamos saludando ante la casualidad de habernos encontrado aquí.

—Vamos, Álvaro, que no nació ayer. Un poco más y se lleva tu lengua enganchada entre los dientes. Y lo último que te ha soltado seguro que ha sido su número de habitación.

—Sí, has acertado. —Se levanta del taburete y se acerca a mí—. Resulta que hay mujeres que me desean, a las que les gusto y les apetece follar conmigo. Y me lo dicen a la cara, sin tapujos y sin necesidad de emborracharse primero.

—Pues, entonces, ¿a qué esperas? Vete con ella y títatela.

Estamos parados uno frente al otro. Yo lo miro como si me debatiese entre pegarlo y abrazarlo, entre darle una patada en los huevos o besarlo y pedirle que se quede conmigo. Pero no me atrevo a hacer ninguna de esas cosas, por supuesto, y me duele observar un leve matiz de lástima en su mirada.

—Dime una cosa, Sofía —me pregunta—. ¿Te has puesto así de borde porque has sentido celos al verme con otra o porque pueda joderte el numerito de Marcel?

—¿Celos? —suelto con voz chillona—. Voy a contarte una cosa, guapo de cara. Cuando sorprendí con otra a mi perfecto novio, al que quería y con el que vivía hacía meses, no sentí nada, ¿entiendes?, nada... Así que imagina qué puedo haber sentido al pillarte a ti, que no eres nada mío, con esa fulana. ¡Pues claro que sólo es por nuestro contrato! ¿No recuerdas que es lo único que nos une? ¡Estás aquí únicamente porque te elegí de un catálogo de tíos!

¿Cómo es posible que haya soltado semejante sarta de trolas? ¡Y sin haber bebido una sola gota de alcohol!

Álvaro vuelve a mirarme. Esta vez su expresión es mucho más seria. Yo diría que hasta parece dolido. No me extraña.

—Entonces, no te preocupes, Sofía Valverde. La integridad de nuestro montaje está a salvo, porque no voy a follar con Laura ni con nadie. Es más, para no acabar de joderte la noche, voy a largarme de aquí y dejarte tranquila.

Se da media vuelta y veo su espalda mezclarse entre la multitud en dirección a la salida.

—¡Eh! —le grito mientras lo persigo—. ¡Aún no he terminado! ¡No puedes dejarme con la palabra en la boca!

Atravieso las puertas de cristal de la entrada y salgo a la oscuridad de la noche. Siento que un golpe de frío cubre mis hombros desnudos, pero yo sólo pienso en seguir a Álvaro, que continúa caminando por la acera hacia abajo. Acelero mis pasos, haciendo resonar mis tacones en el silencio nocturno, hasta que logro llegar a su altura. Lo agarro con fuerza de la chaqueta y lo obligo a detenerse y a darse la vuelta.

—¡Para de una vez!

—¿Qué coño quieres, Sofía? —murmura furioso—. ¿No tienes bastante con tu éxito del día? ¿No tienes bastante con que te hayan comprado tu libro, que Estela esté contenta y el mundo se haya tragado mi representación de Marcel? Además, ¡ya estás en tu ambiente! Ya no tendrás que dormir hoy en una cama vieja, ducharte en un baño que da miedo o comer patatas fritas con huevo. Ya tienes el lujo a tu alcance, fiesta, tiendas, servicio de habitaciones. Que te aproveche.

Intenta hacer un amago de volver a marcharse, pero lo sujeto por la manga de la chaqueta y hago que pare.

—¿De qué coño estás hablando? ¿Crees que es al lujo y a los hoteles de cinco estrellas a lo que estoy acostumbrada?

—No te hagas la humilde ahora, Sofía. Se ve al kilómetro que eres una niña de papá.

Joder...

—¡De papá! —grito—. ¿De papá? ¿Te refieres al que no conozco? ¿Ese que no tengo ni puta idea de por qué desapareció del mapa porque ni mi madre me ha explicado nada?

—Mierda —suspira mientras desliza la mano entre su pelo—. Creo que he vuelto a cagarla contigo.

Algo tibio cubre mis ojos y se desliza por mis mejillas. ¿Cuánto tiempo hace

que no lloro? Ni siquiera de pequeña lloraba, a pesar de mis muchos motivos para hacerlo.

—Mi madre me crio sola, Álvaro —comienzo a relatar. No entiendo qué me empuja a contar esa parte de mi vida que procuro mantener oculta—. Mientras ella trabajaba de noche, yo dormía sola en casa, y, durante el día, iba al colegio mientras ella dormía. Estudié gracias a las becas. —Ahora ya he tomado carrerilla—. Estuve trabajando hasta hace poco en el departamento de recursos humanos de una empresa con un contrato basura, hasta que me quedé sin trabajo y dediqué mi tiempo a escribir, pero apenas puedo vivir de ello. ¡No entiendo qué te ha llevado a pensar que puedo ser una niña pija!

—Yo... no sé —balbucea totalmente perdido ante mi exposición—, supongo que tu aspecto refinado, tus modales, tu forma tradicional de ver las cosas o tu seriedad para ser tan joven. Tu obsesión por controlarlo todo, como si estuvieses acostumbrada a tener a la gente bajo tu mando...

Mi boca se tuerce en una leve sonrisa que parece más una triste mueca. ¿Tradicional? ¿Sería? Sí, claro que sí, pero por unos motivos que ahora no me apetece explicar. Si acaso, puedo ofrecerle una mínima aclaración que pueda mitigar un poco la perplejidad que demuestra.

—Cuando era pequeña —prosigo—, me veía obligada a cambiar constantemente de casa y de lugar. No había forma de establecerse, ni de hacer muchos amigos o de planear nada ni con un día de antelación, porque en cualquier momento mi madre volvería a decirme que teníamos que marcharnos. Por eso deseo tenerlo todo tan planificado. Por eso me desagradan las sorpresas o lo inesperado. Me gustan las rutinas, las agendas y saber qué va a pasar en cualquier instante.

—¿Por qué teníais que marcharos tan a menudo?

Me atrevo a mirarlo a los ojos, pero mi boca permanece cerrada.

—No importa, lo siento. —Sin esperarlo, me encuentro de pronto abrazada por Álvaro, con la cara hundida en su camisa, en su pecho, y con sus brazos envolviendo mi cuerpo. Hunde su boca en mi pelo y percibo sus suaves besos en la cabeza y en la frente mientras aumenta la presión de su abrazo.

—No era mi intención darte pena —le digo mientras intento separarme de él—. Ni siquiera entiendo que te haya explicado todas esas cosas. No somos amigos ni novios ni nada, lo único que nos une es...

—Lo sé —me interrumpe—, un contrato. Ah, y que me elegiste de un catálogo repleto de tíos buenos. Hiciste que me subiera el ego unos cuantos puntos, cariño. —Soy capaz de deducir que está sonriendo sin mirarlo a la cara—. Nunca me has dicho cómo eran los otros. ¿No se parecían a Marcel o estaban menos buenos que yo?

Y, de nuevo, vuelve a hacerme reír. Y río, con una risa que me calienta por dentro y que me recuerda lo bien que me hace sentir cuando estoy a su lado y trata de que los momentos difíciles se hagan fáciles para mí.

Como Marcel hace con Sofía.

—Cómo me gusta verte reír —me dice al tiempo que toma un mechón de mi pelo que se ha escapado de la coleta y lo coloca detrás de mi oreja.

¿Cómo puede un gesto tan nimio producirme escalofríos por todo el cuerpo?

—¿Aunque sea de ti?

—Sobre todo si es de mí.

Está siendo un momento extraño. A pesar de habernos conocido de una manera tan inusual y estrambótica, lo siento más cerca de lo que he sentido a nadie en mucho tiempo. Y experimento un tremendo deseo de conocerlo y de que entre nosotros exista la confianza que otorga algo más íntimo que una relación comercial como la que nos hemos montado.

Y empiezan a atosigarme un montón de dudas, sobre lo que siento, sobre mis reacciones... Dudo de que Álvaro sólo me atraiga físicamente, dudo de que mi hostilidad hacia él sea real. Dudo de si no será cierta aquella idea que tuve días atrás, cuando pensé si tanta animosidad hacia él no es sino una forma instintiva de protegerme ante algo desconocido para mí. Aunque sigo sin poder estar segura de nada.

Porque nunca he estado enamorada de nadie, exceptuando de mis propios personajes literarios.

—Me alegra que hayas confiado en mí para haberme contado esa parte de tu vida.

Me da la impresión de que no se siente muy cómodo al decirme esas palabras.

—Pero —añade mientras pasa fugazmente sus dedos por mi barbilla—, si te parece, esta noche no quiero que pases la incomodidad de compartir habitación conmigo. Vete a descansar y nos vemos mañana.

—¿Y dónde vas a dormir tú?

—El hotel dispone de varias salas con sofás bastante cómodos. —Sonríe.

—Pasa la noche conmigo, Álvaro.

Creo que lo acabo de dejar descolocado.

—Sofía —me dice tras un suspiro—, tal vez tú no recuerdes lo que ha pasado en dos ocasiones entre nosotros, pero yo sí. Me sería bastante difícil compartir habitación contigo sin que ocurriera nada. Te deseo, Sofía, y creo que te lo dejé claro desde el principio.

—Yo también te deseo, Álvaro. Y creo que también se me ha notado desde el principio. —Intento sonreír para hacer el momento algo más natural y que no perciba lo poco acostumbrada que estoy a pedirle sexo a un tío—. Es más, por si no te habías dado cuenta, nunca había sentido tanto deseo por nadie, y el sexo en mi vida ha sido algo muy secundario. Fue al conocerte a ti cuando empecé a notar una extraña sensación que al principio no supe ni identificar. Imagina lo versada que estaba en el tema.

—¿Te refieres a cuando te daban gases? —suelta pícaro.

—¡Te juro que las primeras veces no sabía qué me pasaba! —exclamo entre risas—. Luego me di cuenta de que sucedía sólo cuando tú estabas cerca. Debía de ser la falta de costumbre.

Reímos los dos con ganas. Después, vamos bajando la intensidad de las risas y aumentando la de las miradas.

—Bésame, Álvaro.

—A ver —dice con el ceño fruncido—, haz el favor de echarme el aliento ahora mismo.

—No he bebido ni una sola gota de alcohol. —Alzo la mano como si estuviera delante de un jurado y una Biblia. Luego, me acerco a él y coloco esa misma mano sobre su áspera mejilla.

¡Qué atractivo está cuando deja de afeitarse unos días! En realidad, recién afeitado también lo está. No me cansaría nunca de mirarlo de ninguna de las dos formas.

—Porque resulta —susurro—, que ya no me hace falta emborracharme para pedirte un beso.

—Es... yo —titubea, alejándose de mí—, no sé qué decir, Sofía. Todo este tiempo no he tenido claro si yo te gustaba o no. Ni si te gustaba como Álvaro o

como Marcel.

Al ver que desvió la vista hacia el suelo, abre mucho los ojos y me hace la pregunta del millón.

—Contéstame a eso, Sofía, ¿te gusto yo o ves en mí a Marcel, un hombre ideal creado por ti misma?

—No lo sé.

Podría haber intentado quedar bien, pero no me ha salido de dentro mentirle a Álvaro. Porque ésa es la verdad: sigo dudando de si me gusta él o el hombre que creo ver en él.

—Al menos eres sincera.

Suspira y aprovecho para acercarme de nuevo a él. Aferro con mis manos las solapas de su chaqueta y lo atraigo hacia mí. Me pongo de puntillas y acerco mi boca a la suya, muy lentamente, esperando que se retire si mi respuesta no lo ha complacido.

Pero no me rechaza. Acepta mi boca y comienza a lamer mis labios con los suyos, muy despacio, consiguiendo que cada una de mis células comience a arder; que cada terminación nerviosa salte como una chispa. Y cuando introduce su lengua y la enreda con la mía, mi cuerpo se vuelve líquido, más bien gaseoso, porque me parece estar volando...

—Sofía —susurra mientras sus manos se colocan en mis caderas para pegarme a él—, he hecho el amor contigo dos veces y tengo la impresión de que es la primera vez que te beso.

—Lo sé, es extraño —le digo—. Me ocurre lo mismo.

—¿De verdad no te acuerdas de nada?

¡Mierda, me ha pillado de improviso! Creo que ya siento el calor instalarse en mis mejillas.

—¡Sí lo recuerdas! —exclama entre eufórico e indignado—. ¡Maldita bruja!

—¡Todo no! ¡De verdad! ¡Sólo pequeños flashes!

Pego un grito cuando me coge en brazos y comienza a caminar hacia el hotel. La oscuridad de la noche y nuestras propias risas nos envuelven.

—Y yo teniendo el máximo cuidado en no asustarte... ¡Ja! ¡Supongo que recordarás lo poco delicada que eras! ¡Que me exigías que te follara!

—¡No digas eso, por favor!

No puedo parar de reír. Me sujeto a su cuello y trato de esconder mi cara en

el hueco de su hombro mientras atravesamos la recepción. Por suerte no parece haber casi nadie, aunque, no sé si por culpa del karma, la ley de Murphy o mi suerte de mierda, coincidimos con varias personas en el ascensor.

—Buenas noches —saluda el muy capullo a los ocupantes del ascensor que, amablemente y algo perplejos, le responden.

—Te mato —le susurro. Aunque tengo que morderme la lengua para no soltar una carcajada aquí en medio.

Cuando estamos frente a la puerta, me suelta en el suelo tan de golpe que a malas penas me tengo en pie. Saca a toda velocidad la tarjeta del bolsillo del pantalón, la pasa por el lector y tira de mí hacia el interior en cuanto se abre la puerta. Después de cerrarla de una patada, se abalanza sobre mí y comienza a besarme con premura, con desesperación, como si fuese a acabarse el mundo.

Y yo, flotando... por mucho que recuerde algún retazo de nuestros encuentros, nada que ver con lo que estoy sintiendo ahora mismo. Aquello fue como ver una película, pero ahora sus caricias me queman y su sabor estalla dentro de mi boca y me hace ver hasta luces de colores.

Pero no son besos lentos como los de antes; resultan algo bruscos, apresurados. Incluso sus manos se pasean por mi cuerpo tocando y pellizcando cada parte que descubren a su paso. Deja un instante mi boca para llevar la suya hasta mi oído y lanzarme un gemido ronco y desesperado.

—Dime que así no te gusta, que prefieres que vaya con cuidado.

—Ni hablar —respondo. La vergüenza que pudiese sentir se ha evaporado en cuanto Álvaro ha comenzado a besarme y a tocarme. Necesito corresponderle, besarlo y acariciarlo también. Nunca me había sentido así de excitada; al menos, sin haber bebido.

Para dar más énfasis a mis palabras, soy yo la que comienza a tirar de su ropa. Mis manos parecen torpes e inexpertas, pero logro deshacerme de su chaqueta y su camisa. Él, mucho más versado que yo en el arte de quitar la ropa estando de pie y en un mínimo de tiempo, me empuja contra la pared, aferra el escote de mi vestido rojo y pega un tirón hacia abajo, dejándome ante él únicamente con el tanga. Mis pezones se disparan y mi sexo casi desnudo palpita, pero apenas me da tiempo a pensar cuando Álvaro se precipita sobre mis pechos y comienza a chuparlos y morderlos. Lanzo un largo gemido al verme asaltada por el placer que recorre mi cuerpo. ¡Dios, cuánto me alegro de estar

lúcida esta vez! ¡Qué pena no haber vivido esto antes de esta manera tan real!

Me siento tan viva...

Como puedo, intento que mis manos encuentren la abertura de su pantalón. Trasteo con la hebilla del cinturón, pero no puedo concentrarme en nada si él continúa lamiendo mis pezones; me ha bajado las bragas y me pasa los dedos por entre mis pliegues íntimos, húmedos e hinchados por el deseo. Mis piernas se doblan y temo derretirme, pero él me agarra por la cintura, me eleva en el aire y me coloca sobre la cómoda después de apartar de un manotazo mis utensilios de maquillaje y aseo. Se sienta frente a mí y coloca cada uno de mis pies sobre los apoyabrazos de la butaca.

Me siento demasiado abierta y expuesta y trato de cerrar las piernas.

—¿No me digas que ahora sientes vergüenza?

—Un poco —logro balbucir a pesar de mi respiración acelerada—. Recuerda que las otras veces había bebido y el alcohol me daba unas alas que no tengo.

—¿Y has decidido esta noche echar a volar?

—Sí, pero contigo.

Sus ojos brillan con regocijo antes de empezar una tanda de besos suaves y húmedos que comienzan en la zona interna de mis muslos y van subiendo hasta el lugar que más los necesita. Aunque veo que se toma su tiempo y en un principio he querido exigirle que no me haga sufrir, luego he comprendido que la excitación que produce la emoción de la espera también forma parte del placer del sexo.

Acabo de darme cuenta de lo poco que he disfrutado con los hombres, que también ese aspecto de la vida he querido tenerlo controlado y, por ello, sólo buscaba parejas tanto o más frías que yo.

Desciendo la mirada y contemplo a Álvaro. Ha acercado su lengua a mi sexo y la ha deslizado de abajo arriba, completamente, desde la vagina hasta el clítoris, produciéndome un placer tan estremecedor que emito un grito al aire.

¡Con lo silenciosa que era yo!

Pero he decidido no sentir más vergüenza. Estoy harta de vivir a medias y me dejo ir. Aferro el pelo de Álvaro con las dos manos y continúo gimiendo de placer. Apalanco con fuerza los pies en los brazos de la butaca y dejo caer de golpe la espalda sobre el espejo de la pared cuando me sobreviene el orgasmo, tan intenso como no recuerdo haberlo sentido nunca.

Todavía entre convulsiones, contemplo a Álvaro ponerse en pie y acercarse a mi boca para darme un beso, húmedo, lento y erótico, que sabe a mí.

Sí, lo que siempre me había parecido lo más antihigiénico del mundo y una auténtica guarrada. Pero acabo de descubrir que la cosa no depende de lo que hagas, sino de con quién lo hagas.

—Veo que se te ha acabado la vergüenza... —dice Álvaro mientras desabrocha su pantalón y se lo quita junto a los calzoncillos, quedando desnudo frente a mí. Con naturalidad, me coge en brazos de nuevo y me lleva hasta la cama, donde me deposita con cuidado. Después, abre mi bolso y rebusca en su interior hasta dar con los preservativos de sabores de Miguel.

¡Menos mal que no los tiré al final!

—... aunque aún no te he oído exigirme que te folle, o alguna postura que parece formar parte de tus fantasías sexuales. —Con tranquilidad, extrae el condón del envoltorio y se lo coloca. Hasta mí llega un leve olor a fresa mustia.

—Oh, por favor —le suplico, tapándome el rostro con las manos—, deja de decir eso...

—Me pediste estar encima de mí —continúa pinchando—, o ponerte a cuatro patas. —Contemplo cómo se arrodilla en la cama y se acerca hasta mí.

—¡Cállate de una vez! —Entre risas e indignación, alargo la pierna y le doy una patada en el hombro—. ¡Sólo quieres abochornarme!

—No, Sofía. —Coge mis tobillos entre sus manos y tira de mí, hasta que mi trasero topa con sus piernas—. Sólo querías vivir tus propias fantasías tras el velo que te proporcionaba el alcohol. Y me alegro de que quisieras vivirlas conmigo. Por cierto —añade volviendo a un tono más desenfadado—, ¿qué te apetece hacer esta noche? ¿Otra postura nueva? ¿Otro lugar que no sea una cama?

Por primera vez en mi vida, un hombre me dice cosas que ni yo me admito a mí misma y que acepto que son verdad. Para colmo, un hombre que no he conocido de una forma «normal» ha conseguido penetrar en una parte de mí que nadie ha llegado siquiera a intuir.

Demasiado para mí, no puedo evitar que los ojos se me vuelvan a empañar por las lágrimas que nunca antes sintieron tantas ganas de brotar. Me emociona estar con alguien con quien creo que me une mucho más de lo que podamos imaginar ninguno de los dos.

—No —susurro—, me gusta aquí, en la cama. Y me gusta así, que podamos mirarnos.

—Eh... —me dice alarmado mientras enjuga una de mis lágrimas con la yema de un dedo—, ¿por qué lloras? ¿Te han molestado todas las tonterías que te he soltado? Lo siento si he dicho alguna gilipollez. Nunca he sido el gracioso y pretendo serlo a estas alturas, joder...

—A mí me haces gracia —le digo riendo, olvidándome de las lágrimas—, aunque ahora mismo me apetece más otra cosa que escuchar tus chistes malos.

—Porque ahora ya te atreves a pedirme que te bese sin emborracharte.

Reímos un solo segundo antes de que Álvaro coloque completamente su cuerpo sobre el mío. ¡Dios, qué maravillosa sensación! Me besa con pasión pero con calma al tiempo que abre mis piernas con las suyas y me penetra hasta el fondo, consiguiendo que un hondo suspiro salga de mi garganta, al sentirme tan llena y completa. El placer vuelve a hacer acto de presencia en lo más hondo de mí y decidimos dejar la suavidad para dar paso a la pasión y las prisas por llegar al final. Álvaro se apoya en sus antebrazos, toma mi rostro entre sus manos y, sin dejar de mirarme, acelera el ritmo de sus caderas al máximo, entrando y saliendo de mi cuerpo y provocando nuestros gemidos de placer. Mis piernas lo aferran con fuerza por la cintura y mis brazos por su cuello, tan pegados que nuestras pieles resbalan y chocan con cada envite.

Un nuevo orgasmo vuelve a asaltarme al mismo tiempo que a él, todavía más intenso que el anterior, y me obliga a agarrarme a su cuerpo con más fuerza, como si la intensidad del placer me hubiera abocado a un abismo por donde no dejo de caer y caer. Antes incluso de que acabe, Álvaro baja la cabeza y me besa, con lo que el placer parece alargarse e intensificarse todavía más y más...

Tras la tormenta de pasión, no hablamos más. Él se acomoda en la cama de forma que yo pueda apoyar la cabeza en su pecho y rodear su cintura con mi brazo. Coloca sus manos en mi espalda y dibuja en mi piel estelas de suavidad con sus dedos que me hacen cerrar los ojos y dormirme totalmente feliz y satisfecha.

CAPÍTULO 22

Álvaro

Miro la hora en mi móvil, que he logrado encontrar entre mis ropas, alargando la mano hacia el suelo desde la cama. Todavía son las cuatro de la mañana y apenas he logrado conciliar el sueño. Sofía duerme plácidamente, todavía con su cabeza apoyada en mi pecho y la mano en mi estómago. Su cabello rubio cubre todo mi torso y complementa una imagen entre erótica y tierna.

Emito un suspiro. No dejo de pensar en todo lo acontecido esta noche, desde que se plantó ante mí y Laura para lanzar rayos de furia por sus ojos, que no tenían otra causa que los celos —ahora lo sé—, hasta sus confesiones sobre su infancia y los motivos que la llevaron a ser tan metódica en su vida, debido a que, por algún motivo que aún desconozco, su madre la llevaba de acá para allá como un paquete postal.

No dejo de sentirme un cabronazo y un fraude. Le restregué por la cara su esnobismo y resulté estar tan equivocado que debería haberme dado de cabeza contra un muro por imbécil. Y aquí estoy yo, tan tranquilo, haciéndole creer que soy un pobre diablo, sin contarle una sola verdad de mi vida. No se trata de que deba explicarle hasta el último detalle, pero no estaría mal ponerla al día, compartiendo algunos hechos que desconoce, a la chica con la que pretendo tener algo más que una relación ficticia.

En mi defensa diré que no me lo esperaba. ¿Quién iba a imaginar que entre Sofía y yo podía acabar habiendo algo, si sólo peleábamos? Yo la he cagado un montón de veces, ella me ha mirado como a un gusano inútil otras tantas y nos hemos puesto a discutir. Yo he vuelto a cagarla, ella ha vuelto a insultarme y a discutir de nuevo.

Sin embargo, le he acabado gustando, yo, Álvaro Sin Apellido, sin saber mi procedencia, sin importarle que no tenga dónde caerme muerto. No he tenido que mostrarle mi BMW, ni llevarla a restaurantes caros o darle una vuelta en barco como hacía antes con las chicas para conseguir un polvo. Simplemente, nos gustamos, nos atraemos, a pesar de las trabas que nos hemos ido poniendo el uno al otro, tal vez huyendo de nuestros propios sentimientos inesperados.

Pero una cosa era dejarme arrastrar por la atracción sexual que sentíamos y no rechazar sus muestras de deseo cuando el alcohol la desinhibía, y otra muy diferente ha sido lo de esta noche. Hacer el amor, sin borrachera de por medio, ha sido algo totalmente distinto.

Porque ha venido a corroborar lo que ya había sospechado: que me gusta. O algo más que eso...

Suspiro de nuevo. No puedo estar pensando en relación alguna si mi existencia sigue siendo el desastre que es. Con treinta y dos años, no tengo trabajo, no tengo casa, no tengo dinero y no puedo ofrecerle una vida normal, ni a ella ni a nadie. Y necesito recuperar mi vida y mi dignidad.

Con cuidado de no despertarla, aparto a Sofía de mí y pongo su cabeza sobre la almohada para poder incorporarme. Me siento en el filo de la cama y me froto el rostro con las manos una y otra vez.

—¿Álvaro? ¿Qué sucede? ¿Estás despierto?

—Duerme, cariño —le digo—. Todavía es pronto.

—Llevo rato percibiendo cómo te remueves.

Siento cómo se incorpora detrás de mí y rodea mis hombros con sus brazos. Todo el vello se me pone de punta al notar el roce de su pelo por toda mi espalda y sus manos en mi piel. Para colmo, se coloca totalmente sobre mí y comienza a esparcir pequeños besos por mi columna que por poco derriten cada una de mis vértebras.

Cierro los ojos, invadido por el placer y la paz de sus caricias. Está tibia y suave y sólo pienso en dejarme caer en la cama, abrazarla y volverle a hacer el amor.

—Ya que estamos despiertos —murmura en mi oído—, podríamos hablar.

—¿Hablar? —digo divertido—. No es eso lo que yo tenía en mente. —Me giro hacia ella, la estrecho entre mis brazos y comienzo a besarla profundamente mientras caemos los dos sobre la almohada.

—Yo tampoco, pero espera un momento. —Sonríe, apartándome ligeramente. Yo estoy tumbado y ella apoya su barbilla en mi pecho mientras enreda sus dedos en mi vello—. Me gustaría que charlásemos, Álvaro. Supongo que, cuando volvamos a casa, seguiremos viéndonos, ¿no? Me refiero, aparte del tema de la novela y todo eso. ¿Qué te parece? —Ríe feliz—. ¡Después de hacernos pasar por pareja, que lo seamos de verdad!

Me tenso de repente y sé que ella lo ha notado.

—¿Qué te ocurre, Álvaro?

—Primero tengo que solucionar unas cuantas cosas en mi vida. Ni siquiera tengo trabajo.

—Perdóname si algunas veces me he pasado con ese tema. —Me da un suave beso a la altura de la tetilla—. Ya verás cómo encuentras algo. Puedo ayudarte, conozco a gente y...

—No se trata sólo de eso. —La aparto de mí y vuelvo a sentarme en el filo de la cama—. Creo que ahora mismo en mi vida no hay cabida para una relación. Tengo demasiado por resolver.

Dios, menudo cabronazo soy por soltarle eso... pero no se me ocurre otra manera de decirle que deseo más que nada comenzar algo con ella cuando normalice mi situación. Llevo meses en los que no he hecho otra cosa que compadecerme de mí mismo y de mi mala suerte o despotricar contra mi padre y la furcia de su mujer, y eso se ha acabado. Hay que hacer más y pensar menos.

—Bueno... —titubea ella, que ya no se atreve a tocarme—, no se trataría al principio de una relación como tal. Podríamos vernos de vez en cuando, charlar, conocernos...

—Y follar —le suelto con descaro.

—Sí... claro. También. —Sonríe, pero frunce el ceño.

—Aunque fuera una relación basada en el sexo, Sofía, seguiría siendo una relación. Y ahora necesito espacio para mí.

—No sabía que podía resultar un estorbo para que pudieses buscar trabajo o arreglar tu vida —replica envarada.

Vale, por ahí he de encarrilar el tema. Nada de poner pegas, pues ella siempre encuentra solución. Mejor comportarme como un hijo de puta y que me mande a la mierda antes que ver de nuevo sus grandes ojos color miel implorarme sin palabras o me derrumbaré y se lo confesaré todo. Y no es

momento ni lugar. Todo a su debido tiempo.

—Ayer mismo —le digo—, me confesaste que no sabías si te gustaba yo o el personaje que represento.

—Lo sé, y puede que aún albergue una pequeña duda, pero no lo creo...

—¿Sabías que cuando follábamos estando tú borracha me llamabas Marcel todo el tiempo?

—Yo... joder. —Se lleva los dedos a las sienes—. Lo siento, Álvaro, de verdad...

Cierra los ojos, mortificada. Mierda, me merezco que me cuelguen de los huevos.

—Y eso sólo puede significar que no te gusta Álvaro, Sofía, sino Marcel. Y yo no soy Marcel.

—Pero... pensé que lo habías entendido, que pensabas, al igual que yo, que podríamos intentarlo. Reconoce que esta noche ha sido diferente, no sólo porque no hubiera bebido, sino porque hemos sido nosotros mismos...

—Mira, Sofía —la interrumpo—, de momento seguiremos con nuestras vidas, tú por tu lado y yo por el mío. Creo que habrá alguna ocasión más en la que debamos vernos por el tema del contrato. No te preocupes, haré de Marcel hasta que os haga falta.

—No es necesario.

Mucho ha tardado en cabrearse. Joder, lo entiendo. Acabo de soltarle que no me interesa ni para echar un polvo de vez en cuando.

Se levanta de la cama y se coloca una camiseta mientras me da la espalda.

—No me importará hacerlo —insisto—. Es más, es mi obligación. Me habéis pagado.

Aprovecho para levantarme también y comenzar a vestirme, pues estoy viendo el cariz que está tomando la cosa y me veo ya mismo fuera de la habitación.

—¡Y yo te digo que no es necesario!

—¿Y qué vas a hacer? ¿Buscarte otro Marcel? —le suelto en tono de burla mientras termino de abrocharme la camisa.

Vamos, puedes ser más cabrón aún.

—¿Crees que puedes encontrar a otro que aguante tus gilipolleces y las de Estela?, ¿que vaya detrás de ti como un perrito faldero?, ¿que soporte tus

broncas, tu mala leche y tu puta agenda de color rosa? Te lo repito, Sofía, yo no soy Marcel.

—¡No! ¡Me refiero a que no voy a necesitar a ningún tío para salir adelante con mi carrera! Si a la gente le parece bien verme sólo a mí y que Marcel no vuelva a aparecer, pues bien. Pero, si no, pues que les den. ¡Y que te den a ti también, capullo!

Ésa es mi chica. No esperaba menos de ti.

—¿Y qué les vas a decir cuando pregunten por mí?

Se me acerca hasta casi rozarme. Sus ojos aterciopelados centellean y tiene las uñas clavadas en las palmas de las manos.

—Que te ha dado una diarrea aguda. ¡O que te has muerto!

—Muy original.

—Pero ¿por qué estamos peleando de esta forma otra vez? —pregunta exasperada—. ¿Se puede saber qué pasa contigo?

—A mí no me pasa nada. Será a ti, que confundes la realidad con tus propias fantasías.

—¿Seguro? —Su tono sigue siendo de rabia, pero ahora me mira como si de pronto me hubiese pillado con la mano en el pastel—. Cuando te conocí me pareciste el típico guapo tonto, al que las pocas neuronas existentes en su cerebro han preferido dejar paso a una cara bonita. Después, sorprendes a todo el mundo, comportándote como un puto ejecutivo, con modales exquisitos y que, para colmo, ¡sabe francés! Te acuestas conmigo, estando tanto borracha como sobria, porque se supone que te gusto, pero resulta que no quieres que salgamos juntos porque no tienes trabajo... ¡Algo que no te había importado hasta ahora para follar conmigo! ¿Y por qué no me has dicho tu apellido todavía? ¿Qué ocultas, Álvaro?

Olvidaba lo lista que es.

—Lo único que acabas de hacer es enumerar todo lo que he tenido que hacer durante este tiempo, porque no he sido más que un actor, ¿recuerdas? Tenía que parecer un tipo elegante y fingirme enamorado de ti. Fingir, Sofía. Y creo que he hecho bastante bien mi trabajo.

Ahora echa un paso atrás y su semblante se tuerce. La conozco ya y sé que está haciendo un esfuerzo titánico por no romperse.

¡Habla ya, mándame a la mierda, antes de que me abalance sobre ti y te

coma a besos!

—Lárgate de aquí, Álvaro. Ahora.

—¡Son las cinco de la mañana!

—Me importa una puta mierda.

Como poseída por una fuerza maligna, coge la maleta que yo ya me había preparado, se dirige a la puerta, la abre y tira con fuerza la maleta al pasillo, haciendo que choque contra la pared en un ruido sordo.

—¡Y procura buscarte un transporte de vuelta que no sea el mismo tren donde voy a volver yo!

—Tranquila —replico en actitud pasota—. Me iré con Miguel. Pero espero que me pagues todo lo que me debes. Quiero ver el dinero estipulado en mi cuenta nada más llegar a Barcelona. —Salgo de la habitación y recojo la maleta de la otra punta del pasillo al tiempo que cierra la puerta. Da un portazo que hace temblar toda la planta del hotel.

Ahora mismo tengo un nudo en el estómago que, si no domino, creo que me hará vomitar.

—Lo siento, Sofía —murmuro—. En cuanto recupere mi vida, iré a recuperarte a ti.

CAPÍTULO 23

Sofía

Estoy llorando. ¡Estoy llorando, joder!

Me deshago de las lágrimas a manotazos, pero mis pies siguen clavados en el suelo, imposibilitando la más leve intención de moverme. Vuelvo a pasarme el dorso de mis manos por los ojos y las mejillas, una y otra vez, hasta que noto la piel seca.

Lo mío no tiene nombre. Si salgo con tíos tan serios y fríos como yo, la cosa me sale mal. Si decido darle una patada a mi agenda y a toda una vida de contención para lanzarme a vivir y sentir con un tipo que me gusta de verdad, que me hace reír y por el que me muero de deseo nada más rozarme, pues peor.

¡A la mierda los tíos!

Pero, coño, cuánto duele.

Alguien está picando en la puerta. Yo continúo con la cabeza llena de ideas asesinas, pues pienso en las mil maneras de hacer desaparecer a todos los tíos del planeta, sobre todo a los guapos que te enamoran nada más mirarte. Pero los golpes se hacen cada vez más insistentes y reacciono cuando oigo los gritos de mi amiga.

—¡Sofía! ¿Estás ahí? ¡Abre la puerta, por favor!

Como movida por un engranaje oxidado, consigo desplazarme y abrir la puerta. Sandra entra como una exhalación y, antes de cerrar, aparece Miguel detrás de ella, que, por cierto, está totalmente empapado. Todavía le chorrean las gotas de agua por el pelo y la ropa.

—¡No dejes que entre! —grita ella—. ¡Que se vaya a la mierda y se aleje de mí!

—Sofía, por favor —me suplica él—, no cierres la puerta, deja que le explique a Sandra...

—¡No hay nada que explicar! —vuelve a gritar la susodicha—. ¡He dicho que te largues!

La discusión de la que soy espectadora involuntaria me hace despertar y olvidarme de mis propios problemas.

—A ver, chicos, no me convertáis en el mensajero. —Dejo que entre Miguel y cierro la puerta—. ¿Se puede saber qué os ocurre? Y dejad ya de gritar o nos acabarán echando. —Omito comentarles que acabo de tener mi propia discusión, con gritos, portazos y lanzamiento de maleta incluido.

—¡Este cerdo, que resulta que se va topando por todas partes con tías a las que se ha follado!

—Sólo han sido dos, Sandra —se defiende el acusado—, y ya las has visto, feas y gordas a rabiar.

—¡Encima que te las tiras, las insultas!

—Te lo digo para que veas a lo único que aspiraba, Sandra, por favor.

—Ah, y dice que sólo han sido dos —exclama ella dirigiéndose a mí—, ¡pero omite aclarar que fueron las dos a la vez! ¡El muy asqueroso es un experto en tríos y orgías!

—Por Dios, Sandra —continúa él—, estaba borracho, fue en una despedida de soltero. Además, pasó antes de conocerte.

—¡Pero me da a entender la clase de tipo que eres! Deberías saber, Sofía, que, estando con este sinvergüenza en Barcelona, ya nos topamos con una tía que nos pidió follar los tres juntos, pues me confundió con otra guarra como ella. Ahora, venimos a Madrid y se encuentra a dos que pretenden lo mismo, porque ya las conoce. Una legión de *follamigas* por todas partes. ¿Qué eres? ¿El Marco Polo del polvo? ¿Te tiras a una tía, o a varias, en cada puerto? ¿Cómo puedes llegar a ser tan degenerado?

—Son sólo tías que he conocido en Internet —suspira Miguel.

Harta ya de ser la espectadora de un partido de tenis, mirando a derecha e izquierda todo el rato, decido que lo mejor será acabar con esta discusión en caliente y sin sentido.

—Miguel —le digo—, ahora estáis demasiado ofuscados. Será mejor que te vayas y ya lo hablaréis a la vuelta.

—Pero Sofía...

—Adiós, Miguel.

—Tienes razón —suspira—. Me iré y ya hablaremos otro día. —Con cara de cachorrito apaleado, dirige una triste mirada a Sandra y desaparece tras la puerta.

—¡No quiero volver a verlo nunca más! —grita mi amiga.

—Vamos, siéntate —la tranquilizo—. Recogeré mis cosas y pronto tendremos que marcharnos.

—Qué asco de tíos —suspira.

—Qué me vas a contar a mí.

—He visto a Álvaro antes de entrar en la habitación. Iba con la maleta en la mano y creo que se ha ido a beber al bar. ¿Qué os ha pasado?

—Ya te lo explicaré por el camino. Por cierto, ¿no crees que has sido demasiado dura con Miguel? Tiene razón al decir que no puedes juzgarlo por lo que hiciera antes de conocerte.

—Lo siento, ya te reconocí que soy muy celosa. No soporto toparme con todas esas mujeres que han follado con él y que, para colmo, no se conforman con insinuarse, sino que detallan con pelos y señales sus otros encuentros. Tendrías que experimentar lo que es estar con tu novio y ver cómo un par de locas se os acercan y os dicen: «¡Hola, tío, qué sorpresa! ¡Cuánto tiempo sin contactar! ¿Y ésta? ¿Va a participar también? Espero ser yo la primera que te folle, como siempre. La guapita esta te la puede chupar después». ¡Las odio! ¡Y lo odio a él!

¿Se dará cuenta de que está llorando? Prefiero no decirle nada, pero sí me siento a su lado y nos abrazamos.

—Vaya par de gilipollas somos —suelto—, pasándolo tan mal por un tío. ¡A la mierda todos ellos! —Reímos las dos y nos abrazamos más fuerte—. Otra cosa, Sandra... ¿por qué iba Miguel tan mojado?

—Lo he tirado a la fuente de la entrada —dice con una mueca traviesa—. Qué bien me he sentido al verlo tan ridículo, dando manotazos en el agua mientras esas feas lo miraban y se reían.

—Eres una bruja vengativa, cariño —afirmo.

—Pues da gracias a que esas guarras no nos han pillado en nuestro paseo por la ciudad. Lo habría tirado al Manzanares y habría disfrutado al verlo ahogarse.

Qué bien sienta, después de haber llorado por un imbécil, reír con tu mejor amiga.

* * *

No sé por qué, a pesar de saber que no va a aparecer, no dejo de mirar hacia el exterior, ya sentada en el tren, esperando ver a Álvaro. Está claro que enamorarte te vuelve idiota del todo y hasta imagino ahora mismo que viene a buscarme, me coge en brazos y grita que me quiere delante de todos, muy al estilo *Oficial y caballero*. Menuda tonta. No sirvo ni para hacer como Noe, que se ha mentalizado de que los tíos sólo son para echar polvos. Menuda envidia me da. Para una vez que decido hacer eso mismo, voy y me cuelgo del tipo en cuestión.

De lo que no estoy segura es de si únicamente me he enamorado de él o bien de mi propio personaje. Según Álvaro, lo llamaba Marcel en plena faena sexual.

Qué vergüenza. ¿Se puede ser más patética?

—Mira, Sofía —me indica Sandra, sentada a mi lado—, veo a Miguel desde aquí.

—¿Vas a decirle algo?

—Ni hablar. No pienso ni mirarlo. —Efectivamente, ha girado el cuello noventa grados hacia mí y no hay forma de que mire por la ventanilla.

Se está comportando como una chica inmadura, pero poco tengo yo que recriminarle, que no dejo de mirar hacia Miguel por si su amigo ha decidido acompañarlo, para verme y lanzarme una mirada de anhelo. Otra vez pensando en plan peliculero.

¿Qué ha pasado conmigo?

El tren ya ha salido de la estación de Atocha. Tras cerciorarme de que nadie ha ido a despedirse de mí, bufo y saco mi agenda del bolso, que apenas he tocado en días. La abro y contemplo mis últimas anotaciones... Decirle esto a Álvaro, recordarle lo otro y comentarle lo de más allá... Arranco, furiosa, todas esas páginas y las arrugo en una bola.

—¿Qué haces, Sofía? —se asombra Sandra—. ¡Tu agenda! No puede ser... Joder, algo muy grave ha debido de sucederte. Cuéntamelo ahora mismo.

—Que no sé si me he enamorado de Álvaro o de Marcel, aunque, visto lo visto, importa una mierda, puesto que me ha rechazado.

—¿Quién de los dos? —pregunta ella, cuya sonrisa pícaro hace que me ponga a reír.

—¡Y yo qué sé! Creo que tengo una enorme crisis de identidad. Ya no sé quién me gusta, si voy a seguir usando mi agenda para todo o decidiré tomar un avión y perderme en algún lugar de la Patagonia.

—Tal vez necesitas volver a escribir otra novela, Sofía.

Qué palabras tan sabias.

—Tienes razón. Tengo tantas anotaciones que creo que puedo terminarla en poco tiempo. Pero voy a volver a escribir una historia de suspense. No pienso volver a publicar una novela de amor en mi puta vida.

—Nunca digas nunca jamás.

—Ya lo sé —suspiro—. Espero que no se te haga demasiado pesado aguantarme todo el viaje.

—Tranquila —me reconforta Sandra, apoyada sobre mi hombro—, será algo mutuo, porque yo también tengo lo mío.

—Estoy deseando llegar y contárselo todo a Noe. Seguro que ella nos pone verdes y su visión práctica de los tíos nos hará recapacitar y verlo todo mucho más claro...

* * *

Ya estamos en casa, pero Noe no ha aparecido aún. Soltamos nuestros bolsos y maletas y nos dejamos caer en el sofá. Tanto Sandra como yo lanzamos un hondo suspiro, pues las últimas horas dan la sensación de haber sido días, con todo lo que nos ha pasado. Laboralmente hablando, todo ha ido genial, con las firmas de la novela y el éxito de las ventas... pero, por todo lo demás, una auténtica mierda.

—Verás tú cuando llegue Noe y se lo expliquemos todo —comenta Sandra—. Prepárate para escuchar toda una retahíla de consejos para usar a los tíos sin que nos afecte.

—Y nos reprochará lo de que seamos unas tontas románticas, recordándonos que no se puede ir por la vida enamorándose del primero que llega, que todo nos pasa por pavas...

Tras una hora de seguir tumbadas en el sofá, oímos la puerta de entrada. Nos incorporamos y ponemos cara de «no pasa nada», aunque no creo que Noe tarde mucho en preguntarnos. Sabe que me lie con Álvaro y sabe que Miguel estaba

allí.

Pero no es ella la que se queda con la boca abierta, sino nosotras, al verla entrar por la puerta del salón. Lleva uno de sus perfectos trajes de chaqueta oscuros y estaría guapísima, como siempre, si no fuera porque su cara es un poema. Se planta ante nosotras, se saca los zapatos y los tira al suelo, lanza igualmente el bolso sobre la mesa y, de pronto, sus hombros comienzan a balancearse y se arranca a llorar. Lloro como nunca la hemos visto hacerlo y nos rompe el corazón, sobre todo al verla apoyarse en la pared, deslizarse por ella y dejarse caer hasta el suelo.

Sandra y yo nos abalanzamos sobre ella, asustadas por lo que pueda haberle ocurrido. Nos sentamos a su lado en el suelo y nos mira, todavía llorando. Las lágrimas han arrasado con cualquier resquicio de maquillaje y su semblante es tan triste que a malas penas logramos aguantar nuestras propias lágrimas.

Cuánto duele verla así.

—Dios mío, Noe —murmura Sandra—, ¿qué te ha pasado?

—He roto con Hugo —contesta sin dejar de llorar.

—¿Por qué? —preguntamos las dos a la vez.

—Me ha confesado que me quiere, que está enamorado de mí.

—Pero... —titubea Sandra—, ¿y eso es tan malo?

—No lo entendedís —continúa entre sollozos—. No puedo permitirme tener una relación normal con Hugo, porque yo también lo quiero. Teníais razón, siempre la habéis tenido. ¡Lo quiero!

Y vuelta a llorar.

Al ver a Sandra con un nuevo «por qué» en la boca a punto de salir, decido que lo mejor es hacerla callar y dejar que Noe nos lo vaya explicando todo. Está claro que esta vez no va a ser la misma chica cerrada que guarda sus sentimientos para ella sola. Esta vez es diferente. Está mal y quiere desahogarse.

—El amor no es bueno —comienza a relatar—, destruye y hace daño. Cuando era pequeña, vi muchas veces a mi madre encerrada en su cuarto, llorando por el amor no correspondido hacia mi padre, que era un putero. Decidí, durante mi adolescencia, que nunca me enamoraría, que sería yo la que utilizaría a los chicos, que jamás un hombre me haría llorar.

—Lo recordamos perfectamente —interviene de nuevo Sandra, que no es capaz de callarse ni bajo el agua—. Eras la mayor rompedora de corazones del

instituto. Pero no teníamos ni idea de lo de tu madre. —Me mira a mí y pongo cara de no saber tampoco nada del asunto.

—¿Y qué le has dicho a Hugo? —Trato de volver al tema principal y dejar a un lado los traumas infantiles o acabaré contando unos cuantos míos.

—Que lo nuestro no podía ser porque yo no lo quiero... y le he dado como prueba de ello la noticia de que me estoy viendo con otro hombre, que no sólo follo con él. Me he reído en su cara como una puta loca.

—Pero no es verdad —afirmo más que pregunto.

—Claro que no —confirma—. A pesar de mis gilipolleces sobre lo innecesario de la exclusividad, no he sido capaz de mirar a otro desde que estoy con él. Sólo pienso en él, sueño con él y cuento las horas que me faltan para poder verlo cada día.

—Joder, Noe. —Soy yo esta vez la que vuelve a interrumpir—. ¿Estás chiflada?, ¿cómo se te ocurre soltarle esa trola a la cara? ¿Y él?, ¿qué te ha dicho?

—Seguro que la ha llamado de zorra para arriba y se ha largado —sentencia Sandra.

—Pues no. —Aprovecho para darle un pañuelo de papel a Noe, pues con tantos mocos sus palabras empiezan a ser incomprensibles—. No me ha insultado, ni gritado ni nada por el estilo. Me ha preguntado si amaba al otro. Le he dicho que sí, que no me lo esperaba, pero que me había enamorado. Me ha mirado durante un largo momento durante el que he creído que me derrumbaría y, ¿sabéis qué me ha dicho?, que deseaba que fuera feliz. Me ha dado un beso en la mejilla y después se ha limitado a darse la vuelta y se ha marchado.

Un nuevo torrente de lágrimas brota de los ojos de Noe y aprovecha para sonarse la nariz.

—Madre mía... —murmura Sandra—. Eso es un tío y lo demás son sucedáneos de mierda. ¿Cómo puedes dejarlo escapar?

—Mírame, Sandra —solloza Noe—. ¡Estoy llorando! ¿No crees que es suficiente motivo para dejarlo?

—¡Por Dios, tía! ¡Sofía y yo nos hemos enamorado de dos capullos, hemos llorado y pataleado, y aquí estamos, lamentándonos por no estar ahora con ellos! Llorar es parte del proceso, lo mismo que reír. No puedes limitarte a vivir y a esconder tus sentimientos.

—Pues lo prefiero. —Noe se levanta del suelo y se encamina a su habitación —. Se pasa demasiado mal. A partir de ahora me dedicaré a trabajar y a salir con vosotras, pues por lo que me contáis estáis tan desencantadas de los tíos como yo. Y espero que, de ahora en adelante, sepamos distinguir entre un revolcón y una relación, porque yo, al menos, sólo buscaré lo primero.

—Pero...

—Déjalo, Sandra —le pido mientras vemos desaparecer a Noe—. Lo mejor será que, de momento, la dejemos tranquila.

—Lo siento, Sofía, pero, del mismo modo que nuestro caso nos parece bastante difícil de arreglar, el de Noe me parece que puede tener solución. Me dan ganas de salir corriendo y contarle a Hugo toda la verdad.

—A mí también —confieso—, pero me da la impresión de que no sería tan fácil ni tan sencillo. Debemos pensarlo bien antes de proceder y que Noe nos mande a la mierda. No podemos tener prisa, ha de ser un proceso cocinado a fuego lento.

—¿Qué estás maquinando, Sofía? Miedo me da esa mente tuya.

—Tendremos que cooperar las dos. Se trataría de...

CAPÍTULO 24

Álvaro

—Menudas caras traéis. Me da la impresión de que ese viaje vuestro a Madrid no ha resultado como esperabais.

Carlos deja un momento su pizarra y sus fórmulas para mirarnos y fruncir el ceño, aunque no sé si se ha dado cuenta de la sonrisa que lo acompaña. Suele ser la única forma de saber si ha estado con alguien, pues, a pesar de la confianza que le hemos demostrado Miguel y yo, no le gusta hablar de sus relaciones. Sabemos que últimamente sale con alguien, pero ningún detalle más; sólo que hace un tiempo que parece algo más abierto y sonriente.

Todo lo contrario a nosotros ahora mismo. Es normal que haya concluido que nuestro viaje ha sido un asco por los caretos que tenemos.

—Sí, tío —suspira Miguel—. La mía es la historia de siempre: las tías acaban huyendo de mí por una cosa o por otra. Aunque lo de Álvaro es bastante peor, porque la ha cagado pero bien.

—Perdona —lo interrumpo—, pero la diferencia contigo es que yo la he cagado a conciencia.

—Joder, tío —gruñe—. Sólo lo decía para no sentirme tan miserable. Deja que me haga ilusiones de que otros están peor que yo.

—Tú puedes seguir lamentándote —le digo—, pero, por mi parte, se acabó. Mañana mismo voy a salir por esa puerta para comenzar a cambiar el rumbo de mi vida.

Ha sonado un poco dramático, pero es lo que siento en este instante.

—Ya era hora —comenta Carlos—. Llevamos mucho tiempo alentándote para que te enfrentes a tu pasado y recuperes el lugar que te corresponde.

—Y llevabais razón. Se acabaron los lamentos y la autocompasión. Tenemos que abrirnos camino nosotros mismos, o nadie lo hará en nuestro lugar.

—Todo esto es por Sofía, claro. —Miguel sonríe.

—Pues... sí. —No tengo más remedio que admitirlo.

—Mucho discursito, pero al final eres de los míos. Ya lo decía yo: tiran más dos tetas que dos carretas...

* * *

Me he levantado al sonar el despertador a las siete en punto, pero llevaba ya unas cuantas horas despierto. Y mis vueltas en la cama y en mi cabeza no responden a las dudas que pueda tener sobre la decisión tomada, todo lo contrario. Se trata, más bien, de que, por primera vez en mucho tiempo, siento que tiene lugar un nuevo comienzo en mi vida. Como es normal, estoy inquieto, aunque tengo bastante clara mi forma de proceder.

Una vez de pie, me ducho y me planto ante el armario en busca de una de las perchas que guardo más al fondo, donde permanecen colgados un par de trajes que aún no he vuelto a ponerme desde que me vi echado del trabajo y de mi propia casa con una pequeña maleta y poco más. Con delicado esmero, me coloco la camisa celeste, la corbata con un nudo impecable y el resto del traje gris marengo. Remato el atuendo con el alfiler de corbata y los gemelos de oro a juego, todo ello frente al espejo, paso a paso, como si llevara a cabo una maniobra delicada de la que dependiera el resto de la operación.

Y casi es así. Quiero proyectar la misma imagen de siempre: la imagen de un triunfador.

Coincido con mis compañeros de piso en la cocina para tomar un café. Aunque pocas veces sucede, hoy Carlos también se prepara para ir a la universidad para presentar uno de sus trabajos a los alumnos de física teórica. Miguel anda todavía algo taciturno, bebiendo de su taza mientras sus ojos no miran a ninguna parte.

—¿No piensas pedirle algún tipo de disculpas a Sandra? —le pregunto mientras me muevo por la cocina buscando una cucharilla y el azúcar.

—¿Para qué? —contesta—. Ella ya me ha crucificado y no creo que pueda

hacerla cambiar de opinión.

—Yo que tú lo intentarías —interviene Carlos—. Las mujeres suelen guardarse sus deseos para sí, con lo que nunca sabes qué es lo que quieren realmente.

—Pero ¿tú sabes de chicas? —le pregunta Miguel con una mueca divertida.

—Que me guste enrollarme con tíos no significa que no conozca la psicología femenina.

Agradezco que Carlos ande de buen humor; si no, ya le habría soltado algo mucho más cortante a Miguel. En cambio, ha conseguido que nos riámos todos de buena mañana.

—En fin —bufa Miguel—, ya veremos si intento convencerla, aunque esperaré unos días, por si acaso decide esta vez tirarme a un foso con pirañas. Por cierto, Álvaro —se dirige a mí—, ¿estás seguro de lo que vas a hacer?

—Muy seguro.

—Pues nada, tío, suerte. ¡Ah!, y toma. Creo que te harán falta.

Ante mí, hace oscilar el juego de llaves de su coche.

—No es necesario, Miguel; después de lo que pasó...

—Tú quieres mostrar una buena imagen ante ese cabrón, ¿no? Pues viajando en transporte público no lo vas a conseguir.

—Gracias, tío. —Se las acepto y, mientras ellos desaparecen por la puerta, vuelvo a sentir ese calor en el pecho que sólo he percibido en los últimos meses, con mis amigos. Qué afortunado soy de tenerlos.

Tres cuartos de hora más tarde, estoy estacionado frente a la casa de mi padre, la mansión familiar, donde yo vivía hasta no hace demasiado tiempo. Combinaba vivir aquí con el apartamento del que disponía en la ciudad, pero del cual tuve que marcharme al no poder hacer frente a los gastos.

Y porque un día me encontré con la cerradura cambiada.

Tantos cambios en tan poco tiempo...

Por fin, después de poco más de media hora esperando en el coche, veo abrirse la alta verja metálica de la entrada y salir un vehículo con Míriam en su interior. No falla. Sus costumbres siguen siendo las mismas, aunque, cuando me fijo en el vehículo, una ola de furia me come por dentro. ¡Es mi BMW! Joder, ¿cómo ha podido hacerse con él? Seguro que quedarse mi coche después de saber que tuve que venderlo la llenó de satisfacción. Incluso diría que le excita

mi propio fracaso.

Ahora es el momento. Salgo del Porsche de mi amigo y camino hasta la puerta. Pulso el timbre y miro hacia el videoportero, sabiendo que el responsable de la seguridad de la casa me va a reconocer, pero que tardará su tiempo en reaccionar. El rato que tarde en preguntar y obtener el permiso del dueño de la casa o la orden de echarme sin contemplaciones.

Elevo las cejas al observar cómo la puerta automática se abre y permite mi acceso al interior de la finca. Cuando entro, todo un cúmulo de recuerdos se agolpan y me saturan al observar a mi alrededor el paisaje que me rodeara desde mi infancia: el jardín, la blanca fachada de la casa, el porche con arcadas, el olor a césped recién cortado, el sonido del agua de la fuente que preside la glorieta de la entrada...

No hace falta que vuelva a tocar a la puerta. Ya está abierta y Manuela, la encargada del servicio, me está esperando.

—Bienvenido a la casa, señor —me recibe—. Su padre lo espera en su despacho.

—Hola, Manuela. —Seguro que ella no se esperaba que la saludara con un beso en la mejilla. Primero ha parecido tensarse, como si mi padre hubiese influido hasta en los sentimientos de las personas y temieran quererme por si es suficiente motivo como para que pudiesen despedirlas. Pero, luego, se ha relajado y hasta ha esbozado una leve sonrisa. Manuela me ha visto nacer y crecer en esta casa y la pobre debe de debatirse entre el cariño que me tiene y la lealtad hacia mi padre.

La sigo por el pasillo central de la vivienda. No quiero ni mirar a mi alrededor, por si la visión de tanta ostentación hace que me cabree y me presente ante mi padre demasiado ofuscado. Lo que no puedo evitar es la sensación de pertenencia al lugar, inspirar los olores a madera y a flores que siempre han inundado el vestíbulo, las imágenes de mí mismo correteando hacia la puerta para abrazar a mi padre cuando llegaba del trabajo.

—Puedes marcharte, Manuela —le digo antes de llegar a nuestro destino—. Conozco el camino.

—Como usted prefiera, señor.

—Vamos, Manuela, con la de veces que me has curado las rodillas de pequeño, o me has lavado la cara de restos de chocolate y me has reñido por

mancharme la ropa nueva, ¿vas a tratarme ahora de usted?

La mujer titubea un segundo, debatiéndose consigo misma, pero creo que al final ha ganado el sentido común y sonrío antes de acercarse y darme un beso en la mejilla.

—Ten cuidado —me pide, como tantas veces me ha advertido a lo largo de mi vida, protegiéndome. Después, justo al girarse para marcharse, vuelve a sonreír de forma más pícaro—. Cada día que pasa estás más guapo.

Mi sonrisa dura unos cinco segundos, justo el tiempo que tardó en llegar a la puerta del despacho de mi padre. Doy un par de golpes y espero la orden de «¡Adelante!» para abrir y entrar. Él está sentado frente a su mesa, aunque no parece estar haciendo nada relevante, pues toda la superficie presenta un aspecto pulcro y ordenado.

—Por lo que veo, tienes más huevos de lo que pensaba. —Una perfecta frase para recibirme.

—¿De eso se trataba?, ¿de echarle huevos?

Se quita las gafas y se recuesta en su butaca acolchada para mirarme como un rottweiler miraría a un intruso, pero, de momento, está yendo mejor de lo que imaginaba. Aunque tanta bienvenida cortés empieza a mosquearme.

—Pensé que habías aceptado que habías perdido.

—No creo que se trate de un juego. Se trata de una nimiedad para ti, pero no para mí: quiero recuperar mi vida.

Vaya sonrisa falsa me acaba de dedicar.

—¡Haberlo pensado antes de hacer lo que hiciste!

—¡Estaba borracho! —me defiende.

—¿Y qué excusa es ésa? ¡Te emborrachaste a conciencia el día de mi boda!

—Estaba mal —continúa—. ¡Te estabas casando con mi exnovia!

—Ella nunca fue tu novia, sólo fuisteis amantes.

—¿Eso es lo que te dijo ella? —Río sin ganas—. Por favor, ¿cómo puedes ser tan manipulable por una mujer? Tú, el presidente y mayor accionista de una multinacional, temido y respetado por cientos de personas, y resulta que un par de ojos bonitos son capaces de volverte descerebrado.

—¿Tan raro ves que tu padre se enamorara? ¿O lo malo fue ver que una mujer joven me eligiera a mí antes que a ti?

—No lo entiendes, papá. Es verdad que en un principio Míriam me

impresionó. Desde que entró a trabajar como mi secretaria, vi en ella a una mujer de mundo, diez años mayor que yo y que me cautivó en la cama con su destreza en el sexo. Por un breve lapso de tiempo, estuve a punto de sucumbir y hasta le hablé de matrimonio... Joder, tampoco es que tenga mucho que echarte en cara. ¡Menudo gilipollas! Por suerte, me di cuenta a tiempo de que sólo buscaba riqueza y poder, que era una zorra arpía manipuladora y neurótica. En cuanto te tuvo a tiro, decidió que el padre era un botín mucho más succulento que el hijo.

—Estás hablando de mi mujer, cuidado...

—No, te estoy hablando de la mujer que yo conocí entonces. Tendrías que haberla visto cuando le eché en cara que me estaba cambiando por mi progenitor. Se rio de una forma tan cruel que estuve a punto de estrangularla. Me dijo: «Por favor, ¿por quién me has tomado? ¿Crees que voy a conformarme con la leche cuando puedo tener la vaca?».

—¡Eso no te da derecho a presentarte ebrio en mi boda y dar el espectáculo frente a cientos de invitados!

Me quedo un instante callado y recuerdo aquel capítulo bochornoso de mi vida.

Me pasé la tarde bebiendo whisky sin parar y, cuando apenas me tenía en pie, me presenté en casa, donde ya estaba teniendo lugar el convite. Aproveché el momento romántico en que la pareja de novios amenizaba la fiesta con un vals en medio de la pista para presentarme de golpe y comenzar a despotricar sobre la novia. La llamé golfa, zorra y puta delante de todos. Y si hubiese tenido bastante con eso...

—¡Se estaba aprovechando de ti! —le grito por fin a mi padre—. ¡Eso no te entra en la cabeza! ¡No estaba mal por ella, que me importaba una gran mierda, sino por ti!

—¿Por eso enviaste a todos y cada uno de los invitados vídeos con vosotros dos follando?, ¿por mí?

Dicho esto, la tez de mi padre se ha vuelto grana, sus dientes rechinan y sus uñas comienzan a clavarse en la mesa. Vuelta a la misma discusión de siempre.

—Te lo repito por enésima vez —me apresuro a responder antes de que decida no escucharme—: No fui yo quien envió esos vídeos, fue Míriam.

—¡Y vuelves a decir algo sin sentido! —chilla—. ¿Por qué iba ella a hacer algo así?, ¿con qué fin? Si, según tú, sólo buscaba mi dinero, ¡haciendo eso sólo

se echaba piedras a su propio tejado!

—Para, precisamente —le digo exasperado—, conseguir esto mismo que está pasando: ¡para quitarme de en medio! ¡Para que tú y yo nos peleáramos! Divide y vencerás. Apartándote de mí, quedas solo... sin familia, sin herederos, sin rivales. Sólo ella y después ella.

—Vete, Álvaro —me ordena con voz ominosa.

—¿Ya vuelves a echarme?, ¿en cuanto menciono a esa mujer?

—No —me contesta—. Te echo cuando te crees con derecho a irrumpir en mi vida con recriminaciones e insultos. Estoy harto de tu inmadurez, Álvaro.

—No sé quién es aquí el más inmaduro de los dos.

Tal vez tenga razón y yo sea el culpable de que siempre acabemos discutiendo, y de que éstas no sean las formas de intentar dialogar y ponernos de acuerdo por primera vez en mucho tiempo.

Sin despedirme, salgo del despacho y me dirijo a la salida, donde Manuela me está esperando. A ella sí le doy un beso de despedida, que lo recibe con lágrimas en los ojos.

—Tranquila —le digo—, ya verás cómo todo se soluciona.

—Hasta pronto, mi niño Álvaro —se despide compungida.

Una vez en la calle, admito que por este camino no lo voy a conseguir y, cuando me introduzco en el interior del Porsche, decido dar el siguiente paso.

CAPÍTULO 25

Sofía

Sólo han pasado dos semanas desde el fatídico viaje a Madrid, pero las he aprovechado bien. Creo que la novela de misterio que estoy escribiendo está tomando forma para llegar a ser un buen *thriller*. Mi editora la espera para dentro de unos meses, pero ya mismo comienzo con la primera corrección. Es lo que tiene no trabajar en nada más, no tener que salir con novios o tener unas amigas que últimamente no quieren saber nada del mundo: que te sobra tiempo por un tubo para hacer cosas, en mi caso, escribir.

Ahora mismo le estoy dando unos retoques a uno de los capítulos que no me acaban de convencer, pero no puedo evitar mirar de reojo mi libreta de notas.

Sí, sigo con mi eterna apología del lápiz y el papel y no puedo desprenderme nunca de mi pequeño cuaderno, donde apunto detalles de mis personajes, enumero capítulos, anoto la sucesión cronológica de los acontecimientos o voy estampando ideas aquí y allá para posibles títulos.

Nadie ha visto nunca una de mis libretas de notas y, si alguien le echara un vistazo, quedaría bastante alucinado, porque yo, la maestra del orden y la pulcritud, me dedico a garabatearlas de arriba abajo, sin orden ni concierto. Anotaciones por aquí, tachones por allá, unas flechas, unos asteriscos o números sin sentido... Todo parecería normal si fueran las notas de cualquier escritor, pero no viniendo de mí, que ordeno el armario por colores y tengo unas bragas para cada día de la semana.

Ya llevo bastante texto corregido y mis ojos comienzan a secarse, así que cierro el archivo y, antes de apagar el ordenador, abro la carpeta que llamo *Proyecto A*, no sé si porque me recuerda a Álvaro, pero el caso es que comencé

una historia de amor y me resisto a no continuarla, a pesar de que no me apetece para nada ponerme romántica de nuevo, y más cuando esta vez creo que me he basado en mí misma, aunque sólo sea un poquito: la historia de una mujer que deja pasar el amor de su vida intentando alcanzar lo inalcanzable.

Cada día, antes de terminar mi jornada de escritura, le echo un vistazo a esta historia, pensando en leer sólo algún pasaje por encima, pero acabo leyendo y releiendo, enamorada otra vez de mis personajes, de sus diálogos, de sus tira y afloja...

—¿Estás lista, Sofía? —me sobresalta la voz de Sandra a mi espalda. Con celeridad, antes de que se dé cuenta de lo que hay transcrito en la pantalla, cierro el archivo con un golpe al ratón, que casi sale volando del escritorio—. Habíamos quedado para lo que tú ya sabes. Estoy por llamarlo «Operación Celestina».

—Sí, sí, voy —le digo mientras me pongo en pie—. ¿Operación Celestina? —repito poniendo los ojos en blanco—. Menos mal que soy yo la escritora y la de la imaginación ilimitada. ¿Cómo está Noe?

—Hecha un asco. Acaba de levantarse para ir a trabajar y se está bebiendo un barreño de café. Tiene unas ojeras tan profundas que, más que maquillarse, va a tener que llamar a un restaurador de fachadas para que le aplique una buena monocapa.

—Al menos tiene un buen trabajo —suspiro—. Tiene la mayor parte de su tiempo ocupado. ¿Lista para el plan?

—Por supuesto.

Las dos nos dirigimos a la cocina y acorralamos a Noe contra la encimera. Es cierto que yo ideé el plan, pero acabo de darme cuenta de que una cosa es pensar ideas para proyectos literarios y otra muy diferente es hacerlo para la vida real. Cuando llega el momento, corres el peligro de rajarte.

—¿Qué tal, Noe? —Vaya absurda manera de entrarle.

—Qué quieres que te diga —gruñe—. Me voy a trabajar, afortunadamente... Así dejaré de tener a dos amigas pesadas revoloteando a mi alrededor preguntando constantemente cómo estoy.

—Queríamos hablar contigo un instante.

—Tengo prisa —dice, mirándose el reloj de pulsera.

—Sólo será un segundo —insiste Sandra—. Si no te decimos algo, no nos

quedaremos tranquilas.

—¿De qué se trata?

—Yo... verás... ¿Cómo te sentaría que Hugo saliera con una de nosotras?

Noe acaba de convertirse en una estatua. Su taza de café aún permanece suspendida en el aire, sin llegar a tocar sus labios. Me da la impresión de que hasta su sangre ha dejado de fluir, pues la palidez que ya muestra normalmente acaba de traspasar capas y capas de maquillaje.

—¿Hu... Hugo? —balbucea—. ¿Con una de vosotras?

—Sí —titubeo—. Hugo ha empezado a salir con...

—¡Con Sofía! —exclama Sandra.

Le lanzo una mirada homicida y rechino los dientes. ¿Qué coño hace? ¡Será cobarde! ¡Se suponía que iba a ser ella la que, supuestamente, hubiese empezado a salir con Hugo!

—Ellos... —continúa Sandra, que me suplica con los ojos—... han coincidido un par de veces y parece que han conectado. Él está solo y ella está sola... pero Sofía prefiere tener tu visto bueno. Las amigas son antes que un posible rollete.

Noe desvía la vista hacia mí, directamente. Creo que he notado un par de rayos láser atravesarme de lado a lado, hasta sentir el dolor muy adentro. Me duele tanto que me mire de esa forma, creyendo mi supuesta traición, que no dejo de repetirme para mis adentros que todo lo hago por ella, por ellos, para que sean felices, y que, a veces, el fin justifica los medios.

Pero, de momento, tengo que aguantar su mirada asesina.

«Ya te vale, Sandra.»

—¿Tú y Hugo? —susurra mi amiga. Joder, qué mal trago estoy pasando.

—Sólo nos estamos conociendo. —Vuelvo a mirar de reojo a Sandra, que se encoge de hombros como disculpándose. Para matarla.

—No me importa. Él no es nada mío y está libre, lo mismo que tú. No es necesario que esperes mi aprobación. Decidí dejarlo y lo hice con todas las consecuencias.

«Sí, sí, disimula. Si pudieras matarme ahora mismo...»

—Gracias, Noe. Tal vez sólo sea un rollo pasajero, pero...

—No me des detalles, por favor —me corta—. Ahórratelos. Y, ahora, me largo a trabajar.

En cuanto oigo el portazo y el repiqueteo de sus tacones alejándose por el

descansillo, me giro hacia Sandra, que luce una sonrisa inocente que a punto estoy de borrarla de un puñetazo.

—Te mato, tía. ¡Te mato! ¿No habíamos quedado en decirle que tú estabas saliendo con Hugo? ¡Es mucho más verosímil decir que sale contigo!

—Lo siento, Sofía. En el último momento no he podido hacerlo. Se me partía el alma al pensar en que iba a odiarme.

—Pues nada, tranquila —ironizo—. Ya me odia a mí, total, qué más da. Últimamente mi vida es un puto fracaso, qué importa un agujero negro más.

—No digas eso. Tus novelas se están vendiendo como rosquillas y la gente espera con ansia la siguiente. Tienes mucho éxito y Estela está feliz contigo, algo de lo que yo no puedo presumir.

—Sí, claro —bufo—. Como a Noe, ya sólo me queda el consuelo de mi éxito profesional. —Con diligencia, me retoco un poco ante el espejo y pillo mi bolso antes de salir por la puerta—. Será mejor que procedamos con el siguiente paso antes de que tengas que irte a trabajar, y espero que no me dejes sola y huyas como una hiena cobarde.

Tras un par de transbordos de metro, nos encontramos ante un fabuloso edificio de oficinas, acristalado de arriba abajo, negro y brillante. Entre otras, acoge en su interior la sede de la empresa donde trabaja Hugo, relacionada con el mundo textil. Entramos en la recepción a través de una enorme puerta giratoria y nos acercamos al vasto mostrador, custodiado por tres recepcionistas y un par de tipos de seguridad.

—Buenos días —saludo—. Necesitamos hablar con Hugo Morales.

—¿Tienen ustedes cita?

—No, pero es muy importante —respondo sin vacilar. Como esta tía detecte un segundo de titubeo, ya no tenemos nada que hacer. Y no tenemos otro modo de hacerlo, pues no sabemos dónde vive Hugo y no podemos sonsacarle esa información a Noe, obviamente.

—Lo siento —nos contesta sin apenas mirarnos—, pero sin cita no pueden acceder al edificio. Puedo ofrecerles día y hora, en cuanto el señor Morales me confirme su agenda, claro.

—Pero es de vital importancia que hablemos con él...

—He dicho que no puede ser —nos contesta airada—. Aquí no puede venir cualquiera y pasearse por el edificio si no es con autorización previa.

Sandra comienza a cabrearse, y eso no es bueno, nada bueno.

—Oye, tú, no sabía que estuviéramos pidiendo hablar con el puto presidente del Gobierno. Hugo es amigo nuestro y sólo necesitamos cinco minutos de su tiempo.

—Minutos de los que no dispone —reitera la recepcionista-maniquí.

—¿Por qué no pruebas a llamarlo y preguntar si puede vernos? —insiste Sandra con retintín—. ¡¿O tú tampoco dispones de diez segundos?!

La chica mira de reojo a uno de los tipos de seguridad, pero, antes de que se decida, prefiero apelar a la estrategia de la lástima.

—Por favor, perdona a mi amiga. Tenemos un grave problema y necesitamos hablar con el señor Morales, pero no te preocupes. Si únicamente pudieses hacernos el enorme favor de darle un recado, te lo agradeceríamos. Y seguro que él también te lo agradecerá.

Parece que le ha cambiado el semblante. Seguro que un halago de Hugo debe valer su peso en oro para el personal femenino de todo el edificio.

—Está bien —acepta satisfecha—. ¿Me da el mensaje?

—Dígale que Noelia está mal, por favor.

—Se lo diré en cuanto pueda —dice, elevando su barbilla.

—Gracias. —Cojo a Sandra del brazo y la insto a salir de la recepción.

—Pero... ¿nos vamos? —se queja.

Yo sonrío. Cuento mentalmente hasta veinte y, antes de nombrar el veintiuno, una voz grave y masculina grita a nuestras espaldas. Es Hugo. No podía fallar.

—¡Esperad!

Con toda la inocencia del mundo, Sandra y yo nos giramos hacia el sonido de su voz. Él nos indica un lugar más apartado de la recepción para poder hablar y nos dirigimos allí los tres.

La recepcionista parece mirarnos con odio, al verificar que, realmente, conocemos a Hugo, el tío más atractivo que haya podido conocer en su vida, como todas nosotras. La pobre debe de tener esperanzas de que la mire dos veces, como seguro le ocurre al resto de féminas del lugar.

Y no es para menos. Mientras nos acercamos a él, siento cómo su presencia parece llenar todo el espacio, y vuelve a dejarme sin aliento su altura, su porte, su elegancia y sus ojos negros. Posee esa clase de atractivo que nunca podría adquirirse, ni con dinero ni con trajes a medida, porque es innato.

—¿Dónde está Noelia? ¿Qué le sucede?

—Pues algo realmente grave —responde teatralmente Sandra—. ¡Que es idiota!

—¿Cómo dices? —parpadea perplejo.

—Está mal de verdad, Hugo —decido intervenir—. Y necesitas saber, además, que no está con nadie, que es mentira. Sólo te lo dije para que no insistieras en estar juntos.

—Ella te quiere —continúa Sandra—. Te quiere mucho, pero es tonta de remate y tiene miedo a sufrir porque...

—Mirad, chicas —nos interrumpe Hugo—. Os agradezco vuestro interés, pero Noelia es mayorcita y, si ha decidido no seguir conmigo, sus razones tendrá. No puedo obligarla a continuar una relación que ella nunca ha admitido.

—¿Y si te dijéramos que podrías recuperarla sin necesidad de pedirle nada? —le pregunto—. ¿Que ella volvería a ti por sí misma, sólo porque te quiere?

—No entiendo —suspira mientras se pasa una mano por el pelo. Dios, creo que yo también he suspirado al ver esa imagen tan atractiva. ¡Y qué bien huele, por favor! Sandra tiene la boca tan abierta que temo que se le vaya a descolgar la barbilla hasta el suelo.

Ya sé, ya sé, es el examante de nuestra amiga y, seguramente, si todo sale como esperamos, el futuro novio, pero cualquiera se resiste a echarle un ojo. O los dos. O lo que haga falta, que un gusto a la vista nos lo podemos permitir.

—Le hemos dicho que estás saliendo con Sofía —explica Sandra.

Vale, ya me he puesto colorada. Hugo me ha lanzado una mirada tan escéptica que acaba de destrozar mi ego.

—¿Con Sofía?

Su reacción ha sido la misma de Noe. ¿Qué pasa? ¿Un tío bueno no puede colarse por mí? Me dan ganas de decirle que le llegué a gustar a Álvaro, que está casi tan bueno como él, pero creo que es mejor que me calle.

—Perdona, Sofía —se disculpa—, no quería ofenderte. Eres una chica preciosa e interesante, pero me sorprende que ella haya creído que tú harías algo así. Os valora a las dos por encima de todas las cosas.

¡Le parezco preciosa e interesante! Mi ego ya se vuelve a recomponer y da un salto para demostrarlo.

Un instante de pesar nos inunda a Sandra y a mí. Sabemos lo importantes

que somos para Noe, y por eso nos ha costado tanto decirle semejante barbaridad. Jamás se nos ocurriría salir con un ex de ninguna de nosotras.

—Creemos que es por una buena causa —explica Sandra—. No nos entra en la cabeza que deje escapar el amor sólo por no sé qué principios pasados de moda relacionados con su madre y su adolescencia. Chorradas. No entiende que la vida amorosa de su madre no tiene nada que ver con la suya.

Hugo parece meditar. Se lleva el dedo índice a sus apetecibles labios, se da unos golpecitos y después nos señala con el mismo dedo.

—¿Y qué más habéis pensado?

—Que te pases alguna vez por nuestra casa —le digo, un poco avergonzada—. Ya sabes, para irme a buscar y eso. Para hacerte ver. En resumen: celos que la hagan recapacitar.

Reflexiona sólo unos segundos más.

—Está bien —concluye—. Me parece una idea tan extraña y absurda que la cosa no puede ponerse peor de lo que ya está. No perdemos nada con intentarlo.

—Perfecto —exclamo—. Pues, entonces, quedamos en...

—Que pasaré a buscarte esta tarde por tu casa, digamos a las... —se mira el reloj—... siete, en punto.

—Genial —murmuro y sonrío como puedo.

Antes de marcharse de nuevo, Hugo titubea un segundo y decide hacer la pregunta que le quema en la lengua.

—¿De verdad creéis que Noelia...?

—Por supuesto —salta Sandra—. Te quiere, Hugo. Estamos seguras.

—Entonces —sonríe—, sea lo que sea que hagamos, habrá valido la pena. Hasta las siete, Sofía.

Si me pinchan, no sangro.

—No te hagas ilusiones —me dice Sandra tras un codazo en las costillas.

* * *

Sandra y yo estamos tan nerviosas que ya no nos quedan uñas que comernos. No le hemos comentado nada a Noe, que está sentada en el sofá mientras hojea algunos papeles del trabajo. La estamos mirando desde una rendija de la puerta de mi habitación, donde acabo de arreglarme con más dedicación de la habitual.

Menuda gilipollez. Hugo ni me mirará, ni tan siquiera me invitará a un café, pero tengo la extraña impresión de que he de estar a su altura, y por eso Sandra me ha ayudado a plancharme el pelo, que ha quedado más rubio y brillante que nunca, y me ha maquillado con esmero. Y, para rematar, me he puesto un vestido estampado pero con una pronunciada abertura en la espalda, sencillo y sexy al mismo tiempo, y unos taconazos de palmo que creo que serán los culpables de mi próxima visita al traumatólogo.

Por fin, el timbre de la puerta. A las siete en punto.

—¡Sandra, Sofía! —grita Noe desde el salón—. ¿Podéis abrir la puerta?

Decidimos no decir nada de nada. Y el timbre vuelve a insistir.

—Joder —gruñe mientras se levanta y se acerca a abrir—, dónde coño se habrán metido...

La última palabra apenas se hace audible cuando Noe abre y se encuentra a Hugo delante de ella.

Sandra y yo no perdemos detalle de sus expresiones. Mientras que Hugo parece sonreír ligeramente, Noe abre tanto los ojos que causaría risa si no fuera por la pena que sentimos al saber lo que estará pasando por su cabeza ahora mismo. Y una de las cosas que más nos apenan es ver a Hugo tan elegante y guapo como siempre, mientras que nuestra amiga lleva una pinta horrible. Si antes ya pasaba de arreglarse en casa, ahora no se mira ni al espejo. Lleva su larga melena mal recogida en un moño en la nuca con una pinza y el chándal más viejo que debía de haber en su armario.

—Hugo, ¿qué haces aquí?

—Hola, Noelia. Vengo a recoger a Sofía.

—A... Sofía —repite. Da la sensación de que es ahora cuando se ha creído la historia.

Qué pena da ver cómo lo mira, con tanto anhelo. Decido que es mejor acabar con este momento de sufrimiento y me presento de repente en el salón.

—Hola, Hugo —saludo jovialmente—. Podrías haberme esperado abajo.

—Pero me parece más apropiado recogerte aquí arriba —me dice, después de darme un ligero beso en la mejilla. ¡Dios, qué bien huele este hombre!—. Si Noelia no tiene ningún problema, claro.

—Por supuesto que no —responde ella al tiempo que vuelve a sentarse en el sofá—. Puedes hacer con tu vida lo que te dé la gana.

—Igual que tú —contesta él—. ¿Cómo te va con... tu novio?

—Bien —responde Noe tajante—, perfectamente bien. Saldré más tarde con él.

—Pues perfecto. —Hugo me ofrece el brazo y yo se lo acepto. Salimos de casa y no es hasta entrar en el ascensor que me pongo a respirar.

—Pobre Noe —suspiro—. Para colmo la has pillado en su peor momento.

—No estoy de acuerdo. —Sonríe—. Jamás la había visto sin maquillaje, sin esa capa artificiosa que la cubre siempre, queriendo demostrar que es una mujer sin sentimientos. Cuando me ha abierto la puerta y me ha mirado, he tenido que hacer un gran esfuerzo para no lanzarme sobre ella, arrastrarla al dormitorio y hacerle el amor.

No sé si derretirme o llorar. Este hombre debe de ser un espécimen raro en peligro de extinción. Qué lástima...

Por lo que veo, no tenía pensado abandonarme en cualquier esquina después de nuestra representación. Ha abierto la puerta del taxi que lo esperaba y me invita a entrar en su interior.

—Si te parece —comenta después de sentarse a mi lado—, ya me había planificado la tarde libre. Podríamos ir a tomar algo. Sin alcohol, por supuesto.

—Estaría bien —contesto.

«Espero no ponerme nerviosa por estar toda una tarde con semejante monumento.»

—Antes de nada —le digo—, voy a llamar a Sandra, para ver cómo está Noe.

—Adelante.

Deslizo el pulgar por la pantalla hasta localizar a mi amiga. Ésta me contesta con rapidez, aunque me cuesta oírla con su voz susurrante.

—¿Cómo está? —le pregunto.

—Ahí, aguantando —me contesta—. Está tan tiesa en el sofá que parece que se haya tragado un poste de teléfonos.

—¿No ha comentado nada?

—Ni una palabra, hija.

—Está bien, pero procura estar con ella. Hasta luego, Sandra.

—¿Al final te ha invitado a salir el buenorro?

Joder, los susurros han pasado a convertirse en chillidos, porque hasta Hugo

ha hecho una mueca con su preciosa boca.

—Que está a mi lado, petarda —le recrimino.

Y decido colgar antes de pasar más vergüenza.

El lugar elegido por Hugo es bonito, pero no tan sofisticado como yo me imaginaba. Se trata de un local donde se puede escuchar tocar a una banda en vivo, cenar en alguna de las mesas dispuestas al fondo o tomar algo en la barra, donde varios grupos de chicas y chicos parecen divertirse frente a una cerveza o un chupito.

Hugo se decanta por una mesa, pero sólo para pedir un combinado sin alcohol para mí y un bourbon para él. No hemos dado el primer trago cuando ya le vibra el móvil, mira la pantalla y me pone cara de circunstancias.

—Lo siento, es importante. Enseguida vuelvo.

Tampoco iba a ser perfecto. Algo tenía que tener.

Después de desaparecer de mi campo de visión, intento entretenerme con el móvil entre trago y trago, más que nada por hacer algo y que no parezca que estoy sola. Pero parece ser que la conversación va para largo, o tal vez se ha olvidado de mí, así que me dispongo a mirar a mi alrededor. Afortunadamente, no todos los clientes son parejas o grupos. Sobre todo en la barra hay algún que otro hombre, incluso alguna chica tomando una copa en solitario. Por aburrimiento, me fijo en cada una de esas personas y hago un repaso visual, desde el principio hasta el final. Hay una mujer de unos treinta con pinta de estar esperando a alguien por las veces que ha mirado el reloj, un par de tipos hablando entre sí, un chico solo al final de la barra que sujeta una cerveza entre sus manos...

¡Joder! ¡Maldita sea!

Lo conocería a cualquier distancia, incluso de espaldas, como está ahora mismo.

¡Álvaro!

¿Y por qué coño vuelvo a notar molestias en el estómago?

Desde aquí puedo observar que viste con un traje, aunque se ha desprendido de la chaqueta y la camisa gris claro potencia su ancha espalda. Su cabello parece haber crecido y sigue tan alborotado como siempre, lo mismo que sus mejillas, oscurecidas por el asomo de barba. Una mezcla de atuendo formal y aspecto desaliñado que dan como resultado una imagen atractiva, sensual,

hermosa, perfecta...

«¡Oh, Dios, cállate!»

Dudo entre largarme corriendo de aquí, ir al servicio o meterme bajo la mesa. En tan poco tiempo no puedo pensar y opto por girarme ligeramente para darle la espalda y cruzar los dedos para que él no me vea. Muevo la silla de forma tan precipitada que, como no podía ser de otra manera, sin querer le doy un golpe al vaso y lo tiro, volcando sobre la mesa todo el contenido.

—Mierda —murmuro cuando veo cómo el líquido rosáceo se desliza hasta el filo y comienza a caer sobre mi regazo—. Mierda, mierda...

—Tranquila, señorita —me dice un camarero, que viene ataviado con una servilleta. ¡Cómo si eso sirviese de algo!—. Déjeme que la ayude.

—No, gracias, de verdad. Para eso están las lavadoras. —Río mi propia gracia, que no ha tenido ninguna, pero por no soltarle al pobre chico: «¡Deja de restregar esa puta servilleta, que lo empeoras más!».

Con el estropicio y el revuelo he olvidado el origen de mi torpeza, algo que me recuerda la persona que tengo en este instante justo delante de mí. Genial.

—¿Sofía? —me pregunta sorprendido.

—Álvaro, qué sorpresa.

No se puede ser más desgraciada. La misma maniobra que he intentado utilizar para que no me viese ha sido la culpable de que haya reparado en mí. Si es que debería estarme quieta a veces...

—Veo que estás acompañada —comenta, señalando la copa de Hugo, que aún sigue intacta sobre la mesa.

—Pues sí. ¿Y tú?

—No, yo estoy solo, tomando una cerveza.

—Vaya —compongo una mueca que no tengo ni idea de qué significa—. Y... ¿cómo estás?

—Como siempre. —Se encoge de hombros—. La verdad es que pensaba llamarte, para quedar para el próximo evento literario. Creo recordar que mi contrato estipulaba un par de firmas más en algún encuentro de novela romántica...

—Te dije que no sería necesario —le corto—. Creo que puedo vender libros sin la presencia de Marcel.

—No lo dudo, pero es algo que prometiste a tus lectoras y...

—Que no, Álvaro —vuelvo a interrumpirlo—. No insistas. ¿Cómo va esa búsqueda de trabajo? —Cambio de tema antes de que nos pongamos a discutir aquí en medio.

—Eso es lo único que te ha importado siempre, ¿no es así? Que yo no pudiera invitarte a sitios como éste.

—¿Cómo dices? —Alucino totalmente.

—Vamos, Sofía. Todo el tiempo no hiciste más que mirarme por encima del hombro, por no tener trabajo y por no ser el típico tío rico que puede derrochar la pasta para invitar a la chica de turno, como el que parece haberte echado. —Dirige su cabeza hacia el vaso de Hugo—. Qué poco atractivo debe de tener un tío que a duras penas subsiste.

—¿Perdona?! —exclamo indignada—. ¡Me parece que fuiste tú el que me rechazó cuando te propuse salir juntos! ¡«Tengo que encontrarme a mí mismo», dijiste!

—Yo no dije esa chorrada.

—¡Bueno, pues algo parecido!

—Sólo estoy tratando de arreglar un asunto del pasado.

—Qué guay suena eso —le espeto con desdén—. Di más bien que pasaste de mí olímpicamente y no trates de quedar bien. Quizá, al enterarte de que era yo la pobre, que no era una niña rica de papá como tú pensabas, decidiste echarte atrás.

—¡No digas tonterías!

De nuevo, volvemos a pelearnos. No entiendo qué es lo que nos impulsa a discutir todo el rato, como dos rivales que se disputan un trofeo que ni siquiera existe. Por un diminuto instante, pienso que deberíamos enterrar el hacha de guerra, llevarnos bien, intentar hablar, pero no me da tiempo. Hugo aparece en este mismo instante y se acerca a mí. Me quedo sin habla cuando me da un tierno beso en la mejilla y me toma una mano entre las suyas.

—Siento la tardanza, cariño, pero era una llamada muy importante. ¿Es un amigo tuyo? —pregunta con toda la inocencia del mundo, mientras señala a Álvaro con la cabeza.

—Sí —le contesto, todavía alucinada por verlo hacerse pasar por mi pareja real—, él es Álvaro, un... amigo.

—Te equivocas —responde furioso el aludido—. No somos amigos, sólo

hemos echado un par de polvos. Y me llamo Marcel... como tú me conoces, ese que en realidad crees que soy.

Y, sin más, se da media vuelta y atraviesa el local a grandes zancadas hasta que sale por la puerta sin mirar atrás.

—Lo siento —me disculpo con Hugo. Enseguida desenlazamos nuestras manos.

—Tranquila. Soy un tío y conozco esos arrebatos.

—Pero ¿por qué has hecho eso? —le pregunto.

—Desde donde estaba podía verte y —me explica—, por tu cara, he deducido que habías visto a alguien que te importaba. Parecías... anhelante. Y al verlo aparecer a él... bueno, sólo he tenido que sumar dos y dos, por lo que he decidido que me aprovecharas a mí del mismo modo que yo lo he hecho contigo: para dar celos.

—No sé de qué me hablas —replico, mirando hacia otro lado—. Álvaro y yo nos llevamos como el culo, como habrás podido observar.

—Lo que tú digas. —Me sonrío y vuelve a ofrecerme el brazo para que se lo tome—. Por cierto, el numerito del accidente con tu copa ha sido espectacular.

—No ha sido un numerito —me indigno—. Ha sido real. Soy una torpe.

—¿Porque él te ha puesto nerviosa, quizá? —me dice con retintín.

Y me lanza tal sonrisita de satisfacción que a punto estoy de amortizar estos tacones que nunca me pongo y borrarla de un pisotón.

* * *

Estoy cansada, frustrada, deprimida y enfadada, muy enfadada. Ya en el taxi con Hugo, apenas digo una palabra. No dejo de pensar en Álvaro, en que él también parecía frustrado y deprimido, y me he quedado con las ganas de preguntarle si tenía algún problema, si podría serle de ayuda. Pero, si él pone poco de su parte, yo pongo aún menos, y el resultado es el mismo desastre de siempre. Aun así, mi mente filtra los recuerdos que tengo con él y recoge los buenos momentos, de risas, de complicidad... y de pasión. Y no puedo evitar recordarlos con nostalgia, porque lo echo de menos.

¿He mencionado alguna vez mi mala suerte? Pues, para muestra, un botón. El taxista lleva puesta la radio y, aunque al mínimo volumen, oigo perfectamente

que suena la canción *Sofía*.

Perfecto. Lo que me faltaba. Imposible no recordar ahora.

«Ya verás cómo, cada vez que la escuches, te acordarás de mí y pensarás: “Un día iba yo en un Porsche con Álvaro camino a Madrid y sonaba nuestra canción”.»

Qué difícil se me está haciendo no llorar ahora mismo.

—¿Estás bien, Sofía? —se interesa Hugo—. Ya estamos en la puerta de tu casa y aún no has hecho amago de moverte.

—Yo... lo siento, Hugo. —Abro la puerta del coche y me bajo—. Supongo que volverás a llamarme.

—Sí, Sofía, te llamaré y volveremos a quedar.

—Perfecto. Gracias, Hugo.

—No, gracias a ti, Sofía, por todo lo que estás haciendo por tu amiga.

Suspiro y abro el portal. Mientras subo en el ascensor, pienso que tiene razón, que es mucho lo que estoy haciendo por ella. Sólo espero que todo llegue a buen puerto, y si es pronto, mejor que mejor.

Se abren las puertas del ascensor y me doy un susto cuando casi topo con una persona en el descansillo, delante de la entrada.

—¿Miguel? ¿Qué haces? ¿Has visto a Sandra?

Por la cara que lleva, o no la ha visto o no ha salido bien la cosa.

—No me abre la puerta —murmura derrotado—. Llevo casi toda la tarde sentado aquí, en un escalón, esperando a ver si sale, pero ya es tarde y mañana madrugo.

Con Sandra yo también alucino. Voy a morderme la lengua y no contarle a Miguel que mi amiga lleva días que casi no come ni ríe, que no deja de pensar en él ni de mirar el móvil con las fotos de los dos juntos... que ya está bien de su comportamiento infantil, de no atender sus llamadas ni abrirle la puerta.

—Ven conmigo, Miguel —lo apremio.

Abro la puerta y accedemos los dos a la vivienda. Sandra sale a recibirme y le cambia el color de la cara al verlo.

—Qué coño hace él aquí. Que se largue.

—Escúchalo al menos —le pido—. Ni siquiera le has dejado defenderse.

—¡No me da la gana de escucharlo! —grita Sandra—. ¡Y no tiene ningún argumento para defenderse!

Airada, abre las cortinas que dan al balcón y sale al exterior para dejarse caer en la barandilla, dándonos la espalda.

—Lo siento, Miguel —le digo con pesar—. Es una celosa cabezota.

—No, Sofía. Sandra tiene razón, no tengo argumentos razonables. Pero, si no te importa, ¿podrías decirle algo de mi parte? Supongo que a ti te escuchará.

—Claro...

—Dile que estoy totalmente de acuerdo con ella, que yo era un cerdo salido que no había pensado en otra cosa que en sexo desde que entró en la adolescencia. Ni siquiera puedo poner como excusa que las chicas pasaban de mí, que yo era el gracioso que cae bien para charlar y reír, pero no para follar. Me fascinaban las tetas y las vaginas, pero sólo las conseguía de plástico o en fotografías. Y así —continúa tras un suspiro—, me convertí en un asiduo a Internet, donde se pueden conseguir citas sólo para sexo. En ese ambiente no prevalece el físico y quedé con bastantes chicas, jóvenes y menos jóvenes, con una o con varias, pero siempre con los mismos problemas de autoestima que yo. Reconozco que daba bastante asco.

Hace una pausa y yo sigo en pie en medio de la sala. Afortunadamente, me he quitado los incómodos zapatos y los mantengo colgados de una mano mientras permanezco descalza y con mi vestido todavía manchado de bebida rojiza.

—Y después le dices, Sofía, que, si se ha dado cuenta, todo lo anterior lo he dicho en pasado, porque todo ocurrió antes de conocerla a ella. Desde ese día, ya no me interesa el porno en el móvil o las conversaciones en chats sobre sexo, porque ella representa para mí todos mis sueños y me satisface en todos los aspectos. Dile que soy mucho mejor desde que estoy con ella y que soy el tipo más afortunado del universo por haberla conocido. Dale las gracias por ello. — Agacha la cabeza y se da la vuelta hacia la puerta.

—Ay, Miguel... —sollozo.

Si yo ya venía sensible, ahora me es imposible no llorar. Sobre todo si Sandra aparece en este momento en el salón, con la cara arrasada por las lágrimas.

—Espera, Miguel, no te vayas. No hace falta que nadie me diga nada porque ya te he escuchado. —Corre en su dirección y se echa en sus brazos para besarlo apasionadamente—. Lo siento, cariño, soy una celosa idiota —se disculpa entre

beso y beso—. Te quiero, te quiero, te quiero...

Sin despegar apenas sus labios, Sandra tira de él y lo lleva en dirección a su habitación. Cierran la puerta y aquí sigo yo, parada y llorosa, pero feliz. De lo que no me había dado cuenta es de que Noe también presenciaba la emotiva escena, pero, al comprobar que he reparado en ella, se ha metido en su cuarto sin decirme nada.

Un día agridulce para mí. Espero que vaya mejorando.

CAPÍTULO 26

Álvaro

Sabía dónde podría encontrar a mi madrastra. Mejor diré «a Míriam», porque lo del parentesco no me entra ni con calzador. Está mirando modelitos carísimos en la zona más prestigiosa de la ciudad, donde no cualquier persona podría costearse ni siquiera un pañuelo. Espero a que vaya cargada de bolsas y, cuando sé de antemano que se tomará un *cappuccino* especial en su Starbucks favorito, es cuando me acerco a ella. Su guardaespaldas, en un primer momento, se me pone chulo, pero ella le hace un gesto para dejar que me siente frente a ella.

—¿Café, Míriam? ¿No deberías cuidarte en tu estado?

—¿Y desde cuando te preocupas tú por mí?

—Desde nunca. —Tranquilamente, ya acomodado, cojo el vaso de café y me lo llevo a la boca para beberme su contenido—. ¡Eh! —Llamo la atención del guardaespaldas—. Tráele a tu señora uno descafeinado, que las embarazadas no deben tomar cafeína.

El tipo duda un instante, pero, finalmente, aparece con un café descafeinado que le ha pedido a un empleado para no perder a Míriam de vista.

—¿O es que tal vez es mentira lo de tu embarazo? —le digo al ver la mueca de disgusto que ha puesto por el café.

—¿Qué coño quieres, Álvaro? ¿No tuviste bastante con salir del hospital volando? Sabes que, al primer gesto que le haga a Yuri, atravesarás esa ventana y aterrizarás en medio de un montón de cubos de basura.

—Me arriesgaré.

—¿Ahora vas de valiente?

—¿Crees que fui un cobarde al no decirle a mi padre la verdad?

—¿Qué verdad, Álvaro? ¿La real o la que hay en tu mente?

—Vamos, Míriam, ten al menos tú la valentía de confesarlo todo ahora que estamos solos. Di que tú lo organizaste todo para que mi padre me repudiara.

De pronto, abro mucho los ojos cuando la observo inclinar la cabeza hacia atrás y lanzar una estridente carcajada.

—Dios, Álvaro, qué risa me das. Eres más patético aún de lo que pensaba. ¿Qué ocurre, me estás grabando con el móvil que tienes en el bolsillo?

—Se cree el ladrón que todos son de su condición. —Introduzco la mano en el bolsillo y saco el móvil para colocarlo sobre la mesa—. Puedes echarle un vistazo, si quieres. Ya no me interesa que mi padre tenga una prueba real o tu confesión en una grabación, pues creo que, a pesar de lo que diga, no es tan idiota como para no intuirlo. Sólo me interesa que me lo confieses a mí. Quiero darme el gustazo de oírtelo decir.

Si pensaba que iba a confiar en mi palabra... ¡ja! Coge el móvil y lo desbloquea para cerciorarse de que no está grabando la conversación.

—Me importa una mierda —cabreada, me lanza el móvil y tengo que alcanzarlo al vuelo—, pero sabes perfectamente que no voy a confesar nada que no he hecho.

—Vamos, *mamá* —suelto con retintín—. Tú y yo sabemos que le envenenaste la sangre a mi padre, hablándole mal de mí, día tras día, poco a poco, como si tus palabras y tus actos se trataran de arsénico, haciéndole creer que yo era un inútil, primero, y un traidor, después. Sé que todas las cagadas que él supuso mías en la empresa fueron propiciadas por ti, pues nadie más tenía acceso a mis contraseñas salvo mi secretaria. O sea, tú. Las veces que quedé como el culo delante de un cliente; las veces que incluso perdimos a alguno por mis supuestas meteduras de pata; las veces que desaparecieron mis documentos y mis propuestas, incluso dinero; las veces que me humilló mi padre... Todo ello, mezclado con que me dejaras y comenzaras a salir con él. —Sonrío con desprecio—. No es que me importara, estaba harto de tu cara, pero no suele hacer mejorar la autoestima de un tío al que todo le sale mal enterarse de que su amante se acuesta con su padre.

—No fueron más que unos celos infantiles, Álvaro, y tú y yo éramos adultos. Dos adultos que follaban, nada más. ¿O es que llegaste a imaginar algo conmigo?

—Sí, imaginé unas cuantas veces en cederte a mi amigo Miguel, que estaba tan desesperado que se comía cualquier cosa.

No es que resulte del todo cierto, pero ahora mismo siento tanto desprecio por esta mujer que soy incapaz de creer que una vez me engatusó.

—Y luego me preguntas por qué te dejé por tu padre. Eres un puto inmaduro, Álvaro.

—Gracias, todo lo contrario a ti. —Decido proseguir con mis acusaciones —.Y no contenta con todo lo detallado anteriormente, resuelves dar el hachazo final, provocando el desastre que monté el día de vuestra boda.

—El borracho fuiste tú —me acusa, a la vez que emite una mueca de asco después de dar un último trago a su bebida descafeinada—. No irás a culparme también de eso.

—Te recuerdo —le digo, mirándola fijamente a sus mezquinos ojos oscuros — que la tarde anterior me la pasé bebiendo whisky como una puta esponja, sí, ésa es la versión oficial... pero nadie sabe qué más ocurrió esa tarde, ¿verdad? Sólo tú y yo, querida Míriam.

Me mira y sonrío, aunque es una sonrisa que casi da miedo. Un destello en una de sus pupilas centellea, supongo que porque está dudando de si hablar o no. Saca un espejo de su bolso y se mira mientras se relame los gruesos labios, aquellos que en su día me volvieron loco. Loco del todo.

—¿Te refieres a que tú y yo follamos la tarde antes de mi boda?

Sólo por soltar esa pregunta con tanta indiferencia, merece que la estrangule ahora mismo, que coloque mis manos alrededor de su cuello y apriete y apriete mientras disfruto viendo sus ojos salirse de sus órbitas...

—¿Cómo pudiste hacerle eso al que iba a ser tu marido?

—¿Y tú? —me suelta con desdén—. ¿Cómo pudiste hacerle eso a tu padre?

—Porque sabía que estábamos siendo grabados. —Parece asombrarse ante mi respuesta—. Porque, aun pensando en la posibilidad de que mi padre ordenara darme una paliza por ello, sabía que era la única forma de que se enterara de la clase de mujer con la que pretendía casarse.

—Yo no fui la autora de esa grabación. —Mientras habla, se aparta del rostro un negro mechón de cabello de forma lenta y sensual. Debe de creer que esos absurdos gestos calculados me siguen excitando.

Los dos sabemos que en cualquier momento puede darle una indicación a su

guardaespaldas para que me coja del cuello y me dé una patada en el culo, pero también sabemos que ella está disfrutando. Es tan zorra que cualquier riesgo la excita.

—Oh, claro que sí lo fuiste, Míriam, y pude haberlo probado, mostrándole el vídeo a mi padre. Pero, por desgracia para mí y para él, no me dio tiempo, pues tú misma te encargaste de echarme un somnífero en la bebida. Cuando me desperté, ya era demasiado tarde. Los invitados ya habían recibido ese vídeo en sus móviles desde el mío, cosa que yo no hice. Y ya sólo pude presentarme en la boda bebido y drogado, para dar el espectáculo y conseguir que nadie me creyera. Cavé mi propia tumba.

Segundos después, la muy petarda comienza a aplaudir lentamente, como el espectador que acaba de contemplar la obra más aburrida de su vida.

—Bravo, Álvaro. Sigues sin convencer a nadie, pero, como guion inverosímil, no está nada mal.

—Sólo me gustaría saber una cosa más, Míriam. Mientras te acostabas conmigo aquella noche, ¿sólo pensabas en tu jugada o llegaste a disfrutarlo?

Vuelve a dibujar un sensual mohín con su boca mientras se acerca más y más a mí. Su pelo roza el mío y su aliento calienta mis labios.

—Lo disfruté muchísimo, Álvaro —murmura—. Fue el mejor polvo de mi vida. Me encantaba follar contigo, pero tuve que ser práctica y hacer unos pequeños... ajustes para quitarte de en medio y ser la única destinataria de la fortuna de tu padre. ¿Estás contento?

—Mucho, Míriam.

—¿Y tú? —continúa susurrando—. ¿Lo disfrutaste tú?

Yo le sigo el juego. Mi boca sigue cerca de la suya y roza con mis labios su mejilla hasta llegar a su oído.

—Me arrepentiré de ello mientras viva —le susurro, antes de levantarme de la mesa y dejar un billete sobre ella para largarme.

Mientras camino hacia mi coche, me siento satisfecho, muy satisfecho. Una vez en el interior del Porsche, introduzco la mano en el bolsillo de mi chaqueta y extraigo una pequeña grabadora. La paro y rebobino hacia atrás.

«Lo disfruté muchísimo, Álvaro. Fue el mejor polvo de mi vida...»

Perfecto. A veces, los sistemas tradicionales son lo mejor de lo mejor.

* * *

Pero no, no he decidido ponerle la grabación a mi padre para obligarlo a creermelo. Al menos, todavía no. Será un pequeño as que guarde en mi manga.

Días después de mi entretenida charla con la mujer más detestable de la Tierra, vuelvo a vestirme en casa prestando especial atención a mi aspecto. Estoy frente al espejo del baño y Miguel pasa por la puerta. Da un paso atrás y frunce el ceño al tiempo que me observa sorprendido.

—¿Adónde vas tan repeinado, tío? Parece que vayas a volver a tomar la primera comunión. Sólo te falta el traje de marinero.

—Pues casi —le digo mientras me rocío las manos de colonia y me las paso por la cara y el cuello—. Voy a una entrevista de trabajo.

—Vaya... No me habías comentado que le habías encontrado algún otro posible lugar donde solicitar un empleo. —Dice estas palabras mirando a Carlos, que aparece también en este momento frente al baño. ¿Quién dijo intimidad...?

—No —niego animado y jovial—, Carlos no ha encontrado más empresas que puedan ignorar a mi padre, exceptuando tiendas donde ir a doblar ropa o repartir pizzas a domicilio, ambos empleos para los que me considero ya un poco pasado de edad.

—Me temo —interviene Carlos con tacto—, que también has de excluir las tiendas de ropa.

—Me da igual. —Salgo del baño y me encamino al salón, de donde cojo mi chaqueta, que permanecía colgada en el respaldo de una silla.

—¿Y ese ánimo? —me pregunta Miguel alzando una ceja.

—Desde que os dije —comienzo a explicarles— que mi vida iba a dar un vuelco, me marqué varios pasos que seguir para conseguirlo. Ya he ejecutado dos. Hoy le toca el turno al siguiente y más decisivo.

—¿Y piensas decírnoslo o tal vez tenemos que esperar un redoble de tambores? —Carlos se ha cruzado de brazos y frunce el ceño tanto como Miguel.

—Voy a presentar una solicitud de empleo en una de las empresas de mi padre.

—¿Perdón? —contesta Miguel totalmente flipado.

—Estupendo —Carlos sonrío—, por fin una idea válida.

—Pero tío —insiste Miguel—, ¿vas a presentarte ante tu padre y pedirle

trabajo? ¡Te enviará a la mierda!

—No, Miguel —replico mientras agarro el pomo de la puerta para salir—. Voy a limitarme a seguir el mismo protocolo que seguiría cualquier aspirante a trabajar en empresas Cardona. ¡Hasta luego!

Cierro la puerta en sus narices antes de tener que dar más explicaciones o de que empiece a dudar de mi genial idea.

Bajo la escalera y paro un taxi en la calle, que me llevará hasta las afueras de la ciudad. Se me ha hecho tan fácil decirle la dirección al taxista que por un momento el tiempo parece haber retrocedido, pues me ha parecido lo más natural mencionar el lugar donde he pasado la mayor parte de mis últimos años de vida.

A pesar de lo claro que lo tengo, mi corazón parece acelerarse cuando me acerco a ese sitio tan familiar. El edificio del grupo Temex se alza ante mí cual gigante colosal, albergando en su interior la mayoría de las oficinas, entre las que se encuentra la del presidente y mayor accionista: Jaime Cardona, mi padre, y donde también se ubica la que fue mi propia oficina, aunque no me extrañaría nada que la hubiesen convertido en cuarto para la fotocopiadora o algo peor.

De momento, me dirijo hacia una de las entradas traseras, que me conozco a la perfección, para poder acceder al edificio sin tener que pasar por recepción. Seguramente no tendría problema para entrar, ni por parte de la recepcionista ni por la del vigilante, pero tardarían un suspiro en avisar a mi padre y prefiero esperar todavía un poco antes de ponerlo sobre aviso.

Subo una de las escaleras de emergencia y, por fin, accedo a un pasillo de la planta de recursos humanos. Ignorando las miradas sorprendidas y las expresiones alucinadas, me planto en el despacho del responsable de dicho departamento.

—Se... señor Cardona —pregunta tan contrariado que no me río por respeto a lo que vengo a hacer—, ¿puedo ayudarlo en algo?

—Sí, Rafa. Vengo a entregar mi currículum para solicitar una entrevista. He podido averiguar que tenéis un par de puestos vacantes en la compañía.

—Pe... pero, señor Cardona, esos puestos son para auxiliar administrativo.

No tiene precio estar observando la cara de este hombre. El pobre debe de pensar que el paro me ha vuelto majareta.

—Lo sé, Rafa. Estate tranquilo, sé lo que hago. Seguro que estás al tanto de

mi salida de la compañía por la puerta de atrás, ¿verdad? Pues he decidido que haré mi entrada por esa misma puerta. Voy a solicitar un puesto desde abajo, desde la base.

—Pero ¿de auxiliar contable?

Y sigue flipando.

—¿Hay alguna norma en la empresa que me impida aspirar a ese puesto?

—Supongo que no...

—Pues eso, aquí tienes mi currículum. —Le entrego un portafolios con mi experiencia laboral y él lo coge como si se lo estuviese ofreciendo un tiranosaurio rex a punto de comérselo de un bocado.

Tras mi extraño encuentro con mi exsubordinado, elijo salir esta vez por la entrada principal. La recepcionista y el vigilante se me quedan mirando con la boca abierta y no atinan a decirme ni una palabra. Ahora, tanto me da que cojan el teléfono y avisen a mi padre. En algún momento tiene que enterarse.

Después de llegar a casa, cambiarme y hacerme un bocata de jamón que acompaño con una cerveza, sentado en el sofá frente a la tele, recibo un mensaje en el móvil. El lunes por la mañana a primera hora tengo una entrevista para el puesto de auxiliar.

Sonrío y doy un gran bocado a mi bocata. Me acomodo satisfecho y comienzo a pensar en el último, y no por eso menos relevante, movimiento a realizar.

—Sofía —digo en voz alta—, voy a por ti.

CAPÍTULO 27

Sofía

Quiero gritar, pero mi boca es incapaz de producir sonido alguno. Quiero comprobar si realmente estoy en ese sitio, pero mis ojos permanecen cerrados...

* * *

Voy caminando por la calle, con mi uniforme del colegio puesto. Siento que estoy contenta y feliz, pues, después de estancias cortas en multitud de lugares a lo largo de los años, por fin voy a acabar otro curso en el mismo centro, con los mismos profesores, con los mismos compañeros, algo de vital importancia para mí, sobre todo ahora, que, a mis catorce años, ya llevo dos en el instituto de secundaria.

Al llegar a mi calle, me despido de mis dos amigas, Sandra y Noelia, las dos chicas con las que he congeniado tanto que nos hemos convertido en inseparables. Accedo al portal con mi propia llave y subo la escalera del edificio, tan antiguo que no tiene ascensor; el interior es oscuro y necesita con urgencia una mano de pintura, pero no me importa. Por fin tenemos una casa y me siento parte de un sitio, aunque predominen las vecinas chismosas que miran a mi madre con recelo, y a mí, con lástima.

Vuelvo a utilizar mi llave para entrar en casa. Todo está desordenado, con ropa esparcida por el sofá y multitud de botellines de cerveza aquí y allá, pero no me extraño, porque es el panorama diario. Mi madre acaba de llegar del trabajo y sólo piensa en meterse en la cama. Al menos, sé con certeza que no voy a toparme con el Cerdo, como yo lo llamo.

Como acostumbro a hacer, suelto la mochila donde puedo y voy a su dormitorio para darle un beso, pues, como cada día, tendré que cambiarme de ropa y ponerme a adecentar un poco el apartamento. Espero encontrar algo de leche en la nevera o unas galletas para poder comer, porque suele olvidar hacer la compra. Se olvida de tantas cosas...

Pero mi madre, aunque está en su habitación, no está durmiendo. Su cama está deshecha y, sobre las sábanas arrugadas, hay abierta una maleta, donde va colocando con premura algunas prendas de ropa.

—¿Qué haces, mamá? —Mi pánico apenas me permite moverme, clavada en el vano de su puerta.

—Recoge tus cosas, cariño. Nos vamos.

—¡¡No!! —grito—. ¡Otra vez, no, mamá! Llevamos mucho tiempo aquí, no me hagas esto...

—No creas que lo hago para joderte —continúa tirando ropa en la maleta. Todavía no se ha dado la vuelta y sólo puedo ver la parte trasera de su camiseta con un único tirante y su minifalda vaquera—, pero no nos queda otro remedio.

—¿Por qué, mamá? —Mi impotencia ha propiciado que se me quiebre la voz, pero no voy a llorar. Esta vez tengo que luchar por lo que quiero. Tengo sólo catorce años, pero no representan los mismos que los de cualquier otra niña. Ya me considero adulta y más cabal que mi propia madre—. Dime por qué tenemos que irnos si tú misma me dijiste que esta vez sería la definitiva. ¡Y mírame cuando te hablo!

Ella se queda un instante paralizada. Después, suelta lo que tiene en las manos y se aproxima a su mesilla, donde está el paquete de tabaco. Coge un cigarrillo, lo enciende y expulsa el humo antes de darse la vuelta.

—Por esto, Sofía. No puedo permitir que la próxima seas tú.

—Dios mío...

Mi madre tiene un ojo completamente morado, el labio inferior partido y un corte profundo en el pómulo. El Cerdo ha vuelto a pegarla, esta vez dejando marcas en el rostro prematuramente envejecido de mi madre.

En un principio, me desmorono. Vuelve a ocurrir que nos metemos en casa de un tipo que parece decente y acaba siendo un borracho maltratador. Pero, esta vez, algo me hace actuar diferente. Acabo de decirme que tengo que luchar por mis sueños, y ese espíritu de lucha tengo que inculcárselo también a ella.

—Vuelve a poner toda esa ropa en su sitio, mamá. No nos vamos a ninguna parte.

—Pero ¿qué dices? ¡El muy cabrón me ha dado una paliza y no es la primera vez! ¡Me ha amenazado con hacerte daño a ti! ¡No podemos seguir aquí!

—¡Pues denúncialo, mamá!

—¿Denunciarlo? —pregunta escéptica mientras fuma convulsivamente—. No creo que me hagan ni puto caso.

—Piensa un poco —insisto esperanzada—. El Cerdo permitió que viviéramos aquí, pero él tiene que volver cada día a su otra casa, con su mujer. Si lo denuncias, seguro que querrá evitar cualquier problema con ella y te dejará en paz. Podríamos pedirle esta casa a cambio de olvidarnos de él y que él haga lo mismo con nosotras.

—No sé, Sofía... —Se deja caer en el filo de la cama. Ha vuelto a encenderse otro cigarrillo y, por primera vez en mucho tiempo, sus ojos parecen reflejar un atisbo de algo que jamás he visto en su mirada: esperanza—. No tengo dinero para abogados, y piensa que si lo aguantaba era sólo por eso, por dinero.

Típico de mi madre, intentar vivir de los hombres y nunca hacer algo por sí misma.

—Buscaremos uno de oficio, tranquila. Ya verás como lo conseguimos.

—Sabes que es amigo del dueño del club. Seguramente me echarán.

—Pues así aprovechas y cambias de trabajo.

—Podríamos intentarlo...

No me ha dado un beso, ni un abrazo, ni me ha dicho que me quiere, pero, al menos, he logrado que piense en lo que le he dicho. Y que sonría...

* * *

Ahora sí tengo los ojos abiertos y compruebo que estoy en mi cuarto, pero en el actual, el de adulta. Tengo la cabeza embotada de no haber dormido bien, pero me levanto al observar en el reloj que ya son las diez de la mañana. Me dirijo a la cocina a prepararme el café, ya que se supone que mis compañeras ya se han ido al trabajo, pero me sorprende encontrarme todavía con Noe, que está dándole el último trago a su taza.

Un pinchazo me atraviesa el estómago cada vez que recibo la indiferencia de

mi amiga. Hugo ya se ha presentado dos veces a buscarme y todo sigue igual, pero ya lo tengo decidido: si la próxima vez ella continúa sin reaccionar, le cuento la verdad y se acabó.

—¿Te has dormido? —le pregunto mientras busco una taza en el armario.

—No —responde sin mirarme—. He cambiado de puesto. Ahora soy comercial a secas, como antes, y mi horario es diferente.

—¿Ya no eres jefa de ventas? —suelto indignada—. ¿Por qué? ¡Menuda panda de hijos de puta, con lo que has hecho por la empresa!

—No han sido ellos, he sido yo —aclara—. He solicitado de nuevo ese puesto.

—Pero ¿por qué?

Pero acaba de cerrar la puerta y no tengo claro si no me ha oído o se ha hecho la sorda.

Con mi café con leche, me planto ante mi escritorio y dejo la taza a un lado para abrir mi portátil. Tengo que seguir con la revisión de mi novela de misterio, pues, a pesar de las varias lecturas que ya le he dedicado, hay todavía algún que otro pasaje que necesito volver a releer antes de entregársela a Estela. Borro un párrafo que me parecía superfluo e innecesario, añado un par de descripciones que considero indispensables...

Pero no soy capaz de concentrarme. El sueño que me ha hecho despertar no es la primera vez que se me presenta. Está siendo demasiado recurrente últimamente, si no ese mismo, otros semejantes ambientados en cualquier momento de mi infancia, y no entiendo por qué.

En fin, Estela me estrangulará como a una de las víctimas de mi novela, pero cierro de nuevo el ordenador y saco del armario unos vaqueros y una camiseta para vestirme. Me doy una ducha, me recojo el pelo en una coleta y me coloco la sencilla vestimenta con unas deportivas blancas y una pequeña mochila al hombro.

Mientras voy en el metro, me invaden las mismas ganas de darme la vuelta que experimento siempre. Y normalmente no se acaba quedando la cosa en ganas, sino que me suelo bajar del vagón en la siguiente parada y cojo otro en sentido contrario.

Porque no me apetece encontrarme con mi pasado.

Pero recuerdo a aquella niña que, con catorce años, tuvo más ovarios que yo

ahora y fue capaz de alentar a su madre a buscarse un abogado del Estado, librarse del Cerdo y conseguir la vivienda en la que continuamos estando. Sería nuestra casa hasta que aquel borracho maltratador muriera, según el juez. Qué paradoja, desear que a ese tipo no le pasara nada para que el cutre apartamento no pasara a manos de sus hijos, cuando lo ideal hubiese sido desearle una cirrosis fulminante.

Así que hoy estoy decidida. Vuelvo a verme en el mismo barrio que no piso desde hace siglos, frente al antiguo edificio donde viví con mi madre hasta que decidí compartir piso con mis amigas al acabar el instituto y que fue la mejor decisión de mi vida.

Subo los desgastados escalones, mirando los mismos desconchones de las paredes, oliendo el mismo tufo a humedad y oyendo los mismos ruidos de golpes y arrastrar de muebles a través de unos tabiques que parecen de papel, como en las casas típicas japonesas. Me quedo unos instantes frente a la puerta y, por fin, decido dar unos golpes en ella. El timbre sigue sin funcionar.

Mi madre abre la puerta a los pocos segundos, pero sin quitar la cadena de seguridad, mirándome a través del estrecho hueco. Entre la penumbra de la oscura vivienda, aparece su rostro maquillado y sorprendido, rodeado de su melena rizada y teñida de rojo brillante.

—¡Sofía, qué sorpresa! —exclama mientras retira la cadena y abre la puerta del todo.

Pero a mí no me engaña. No me esperaba para nada y no está cómoda de verme en su casa sin haber avisado.

Atravieso primero unas cortinas de color rosa, ligeras como plumas. En realidad, están hechas de una especie de imitación de plumas, de esas que venden en los chinos, para darle un toque exótico a la entrada, aunque creo que «cutre» sería el adjetivo más adecuado, como el resto de la decoración, con las paredes pintadas en rojo, las cortinas de tonos violeta y los sofás forrados con fundas que imitan la piel de las cebras. Por no hablar de la vestimenta de mi madre, que lleva todavía el camisón con la bata a juego, ambos con estampado de leopardo. Y, por supuesto, un botellín de cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra.

—Pasa, pasa, cariño, y perdona el desorden. Si hubieras dicho algo, hubiese recogido primero un poco.

¿Recoger? No, ¿por qué lo dirá?

Es ironía, claro, porque la mesa y el suelo aparecen sembrados de latas vacías, botellas y ceniceros hasta arriba de colillas. Y no sé si por instinto, por mis recuerdos o porque soy incapaz de verme envuelta en tanta mierda, voy a la cocina en busca de varias bolsas de basura y empiezo a llenarlas de todo lo que me voy encontrando.

—Deja eso, hija, no es necesario...

—Tranquila, mamá, que no se me van a caer mis manos de escritora.

—¿Qué pasa aquí? ¿A qué viene tanto alboroto? ¡Te dije que quería dormir, coño!

Perfecto, lo que faltaba. Un tipo con barriga cervecera, en calzoncillos y rascándose los huevos surge de pronto del dormitorio. Entra en el baño, se oye la cisterna y vuelve a salir vestido con unos vaqueros, una camisa de cuadros y una gorra roja para tapar su calvicie.

—Tengo que irme. Nos vemos, churri. —Le da un beso en la boca a mi madre y se despide no sin antes dedicarle un movimiento de cadera típico de macho empotrador. Qué asquito, por favor.

—Ya me parecía a mí extraño que llevaras tanto tiempo sola —le recrimino sin dejar de recoger.

—No es lo que parece —se defiende—. Lo conozco desde hace tiempo, pero, como es camionero, todavía no habíamos podido quedar. Y gana bastante pasta; ya sabes, he de pensar en el futuro, como siempre te he aconsejado a ti y...

—¡Escucha, mamá! —grito, sujetando en mis manos varias bolsas llenas—. Puedes hacer con tu vida lo que te dé la gana, pero, por favor, deja de justificarte y de bombardearme con tus inútiles consejos. Aunque no estaría mal que aceptaras tú alguno mío, como, por ejemplo: ¡deja de buscarte tipos que te calienten la cama y haz algo con tu vida, joder!

—Yo no sé hacer nada. —Le da un último trago a su botella de cerveza mientras apaga el pitillo en una montaña de colillas—. Ya sabes a qué me he dedicado casi toda mi vida. No sabría qué hacer.

—¡Pues... no sé! —Cierro las bolsas de basura y las dejo en el suelo de la cocina. Abro el armario de los productos de limpieza, saco una bayeta y un espray desinfectante, y comienzo a pasarlo por todas partes—. ¡Apúntate a un curso de algo! Aprende a coser, o informática, o entra en la escuela de adultos.

¡Pero haz algo que no sea maquillarte para ir en busca de un tío!

Vaya brío que le estoy dando a la limpieza. En tan sólo el rato que llevamos conversando, creo que he sido capaz de dejar esta casa más limpia de lo que ha estado en su vida.

—Pues ahora escúchame tú. —Mi madre, bastante furiosa, se enciende otro cigarrillo y saca otra cerveza de la nevera, esta vez en lata, que abre y se lleva a la boca para darle un largo trago. Yo creo que ni siquiera come, que se alimenta exclusivamente de cebada fermentada—. Toda mi vida he intentado que no te faltara de nada, accediendo a meter en mi cama a cualquiera a cambio de que pudieses ir al colegio y llevarte algo a la boca.

—Oh, por favor, no empieces —le suelto—. Ese discurso de madre abnegada no te pega nada.

—¿Y qué me dices de tener que salir tantas veces a hurtadillas huyendo en medio de la noche en cuanto presentía que podían hacerte daño? —me echa en cara—. ¡Todo por protegerte y darte una vida mejor!

—¡¿Mejor?! —grito con desdén—. Cualquier cosa hubiese sido mejor que vivir cada seis meses en un sitio distinto y aguantar a tantos tipos diferentes, a cada cual más repulsivo. ¡Una puta casa de acogida hubiese sido mejor!

—No quería separarme de ti —solloza.

—Yo tampoco, mamá —suspiro—, pero a veces sigo preguntándome si no hubiese sido mejor... que hubieses trabajado para ahorrar dinero y luego fueras a buscarme en lugar de soportar tanto inútil borracho.

—Siempre intenté protegerte, Sofía; no nos fue tan mal con ellos. Bueno, alguno me pegaba, pero lo aguantaba por ti...

—Deja de disimular, mamá. —Llego al momento al que no quería llegar, pero tal vez sea mejor enfrentarse a ello. Estoy harta del cinismo de mi madre—. Sabes perfectamente que no siempre pudiste protegerme. Cada vez que te ibas a trabajar a aquel pub de alterne, yo me quedaba sola con ellos. Y no, nunca llegaron más allá de babearme, sobarme y acecharme para verme en la ducha, y supe defenderme lo suficiente, pero no hagas como que todo nos fue de fábula, porque te estás engañando. Aunque a mí ya no.

—Sofía —solloza sin lágrimas—, lo siento mucho, de veras que lo siento. Pero, ahora —sonríe de pronto—, todo aquello ha quedado atrás y estoy muy orgullosa de la mujer en la que te has convertido.

—Pues yo no —sentencio—. Mi vida es una puñetera sucesión de hechos cronológicos apuntados en mi agenda, pero eso se acabó.

Dejo los trapos, escurro el mocho y guardo los botes en el armario. La casa reluce, lo mismo que mi mal humor. Antes de salir por la puerta, paro un instante y le hago a mi madre la pregunta que no le he hecho desde que tenía diez años.

—¿Realmente sabes quién es mi padre?

—Sí —responde—. En eso no te he mentado nunca. Es escritor, y muy bueno, por cierto. Recuerdo perfectamente cuándo vino al pub. Estaba triste porque en la editorial le habían vuelto a rechazar uno de sus manuscritos. Creo que llegamos a enamorarnos —sonríe—, pero ni yo era la mujer adecuada para él ni él podía darme a mí lo que yo buscaba.

—Pero... el odio que decías tenerle...

—Jamás lo odié. —Sonríe—. Te lo decía para que no te enamoraras de algún inútil.

—Entonces, ¿podría encontrarlo?

—Búscalo, Sofía. O tal vez él ya te haya encontrado a ti.

Una vez en la calle, suspiro hasta sentir los pulmones vacíos. Creo que, la próxima vez que quiera hablar con mi madre, la llamaré por teléfono.

* * *

Con qué desgana me estoy arreglando. He vuelto a quedar con Hugo, pero ni pizca de ganas tengo de volver a representar todo el paripé. Sandra está aquí, conmigo, en mi habitación, pues no le hemos dicho nada a Noe hoy tampoco y la pobre está tumbada en el sofá del salón zapeando con la misma desgana con la que yo me estoy calzando de nuevo unos horripilantes tacones. Tiene el pelo más enmarañado que nunca, incluso creo que se le acabarán haciendo rastas tipo Bob Marley a base de dejar que los enredos se apoderen de ella.

—Pobrecilla, tía —le digo a Sandra—. Creo que voy a salir ahora mismo a explicárselo todo y punto.

—¿Y todo lo que hemos liado para nada? —exclama—. Aguanta un poco más, Sofía, o únicamente habrá servido para hacer que te odie. Si sales ahí y le cuentas la verdad, no significa que vaya a volver con Hugo y tanto esfuerzo habrá sido en vano.

—Pero dejará de mirarme como si fuese una mala pécora y una horrible amiga robanovios.

—Paciencia...

Miramos el reloj. Ya son las siete y, por supuesto, suena el timbre de la puerta.

—¡Noe, porfa —grito—, abre tú, que estoy en la ducha y Sandra está hablando por teléfono!

Sólo abrimos un resquicio del hueco de la puerta, por donde nuestras dos cabecillas asoman para poder observar de nuevo a nuestra amiga abriendo y encontrándose con su ex. Lo hace pasar al salón y se vuelven a saludar cordialmente. Bueno, sólo él a ella.

—¿Qué tal, Noelia? ¿Cómo vas?

—Tía —me susurra Sandra—, lleva un minuto sin hablar; lo está mirando fijamente, y sus manos están cerradas en sendos puños. Hasta aquí llega el sonido de sus uñas al clavarse en la carne. Creo que es señal inequívoca de que la cosa está a punto.

Y no anda desencaminada. De pronto, Noe explota y comienza a gritarle a Hugo.

—¿Por qué tienes que venir aquí, si sabes que estoy yo?! —chilla—. ¿No podrías esperar abajo a tu querida novia?!

—Pensé que no te molestaría...

—¡Claro que me molesta! —continúa gritando—. ¡Me toca bastante los huevos verte en mi casa, ver que mi amiga sale contigo!

—¿Por qué? —Desde aquí somos capaces de ver el brillo de regocijo que centellea en los ojos de Hugo. Seguro que, antes de abalanzarse sobre ella, él, con toda la calma, ha decidido asegurarse primero de que ella se sincera y no se retracta de sus sentimientos.

—¡Por el mismo motivo por el que he renunciado al puesto de jefa de ventas! ¡Porque no soporto verte!

—¿Has renunciado a tu puesto? —inquieta él, sorprendido—. ¡Al no verte en ninguna reunión con tu empresa pensé que, simplemente, me rehuías!

—¡Pues no! ¡Lo hice porque espero que, al no verte, pueda dejar de pensar en ti! Pero, claro, ¡luego resulta que te paseas por mi casa con mi amiga colgada de tu brazo!

—¿De verdad has llegado tan lejos para no verme?

—¡Sí, joder! —Dios, la pobre ha empezado a llorar, algo que juró que jamás le vería hacer ni un solo tío en la vida—. ¡Y lo peor de todo es que no puedo odiaros! —vuelve a sollozar—, porque os quiero a los dos, joder.

—No estoy con Sofía ni con nadie —le aclara Hugo, que la ha cogido por los hombros.

—Pero no puedo soportarlo más, Hugo, no puedo seguir viéndote...

—¿Me estás escuchando, cariño? —La zarandea ligeramente—. ¡No estoy con Sofía ni con nadie!

—¿Cómo dices? —Noe comienza a parpadear para eludir las lágrimas.

—Que fue idea de las locas de tus amigas para darte celos, porque creen que me quieres.

—Dios —suspira—. Las voy a matar. Te juro que las mataré despacito, no sin antes someterlas a la mayor de las torturas...

Sandra y yo miramos hacia la ventana. Estamos pensando seriamente en la posibilidad de saltar hasta la calle aunque estemos en un tercer piso.

Pero me parece que debemos quedarnos y seguir escuchando.

—¿Es cierto eso, Noelia? ¿Me quieres?

—¡Pues claro que te quiero, idiota!

—¿Y por qué no me lo dijiste antes? ¡Nos habríamos ahorrado unas cuantas semanas de sufrimiento!

—¡Por esto! —Se señala a sí misma—. ¡O no ves cómo estoy llorando patéticamente! El amor es una mierda...

—Por favor, cariño, no va a pasarnos nada por querernos —le explica él con dulzura, mientras pasa la yema de sus dedos sobre su rostro para enjugar las lágrimas—. No puedo saber qué es lo que va a pasar en un futuro, pero sí estoy seguro de que te amo, y que no voy a hacerte daño, mi vida. Nunca.

—Lo sé —vuelve a sollozar Noe—. Creo que siempre lo he sabido, pero soy una cobarde...

—Chist, no digas eso. Te quiero porque eres la mujer más increíble que he conocido en mi vida. Y me encanta verte con estas pintas. —Sonríen los dos—. Espero verte así cada mañana, con esos pelos y el rostro sin maquillaje... cuando nos despertemos juntos cada día...

Noe se lanza sobre Hugo y se besan como si les fuera la vida en ello. Ella se

cuelga de sus hombros y él parece perder toda su elegancia innata mientras la aferra por el culo con una mano y enreda la otra en su pelo, emitiendo roncós gemidos. A trompicones, se dirigen al dormitorio de Noe y cierran la puerta.

—Ay, Sandra... —balbuceo emocionada—... qué maravilloso que todo haya acabado bien. Me siento tan feliz...

—Yo también —lloriquea ella—. ¡Y ha dicho que no te había llegado a odiar! ¿Puede haber algo tan bonito como la amistad y el amor?

Vaya dos. Abrazadas estamos, llorando a moco tendido. Disimulamos al captar los gemidos de la pareja que está justo en el dormitorio de al lado, echando un polvo de reconciliación. He oído decir que son los mejores...

* * *

Tras los días y semanas más surrealistas de toda mi vida, por fin, una alegría. Mi nueva novela de misterio ya está en marcha en la editorial, mientras las ventas de *Marcel y yo* continúan viento en popa. Todavía faltan las correcciones, la portada y decidir el título final, pero, mientras tanto, seguimos promocionando mi única novela romántica.

Esta noche, sin ir más lejos, hay concertado un encuentro de escritoras románticas aquí mismo, en Barcelona, y, la verdad, me hace bastante ilusión asistir, departir con las lectoras y al mismo tiempo con otras escritoras y compañeras de letras.

Estela ya me ha preguntado si va a aparecer Marcel, que para eso le pagamos, pero cualquiera le dice que no tengo ni puta idea. Y mucho menos el motivo de no saberlo.

Sandra y yo nos acabamos de arreglar. Ambas nos hemos puesto unos vaqueros, ella con una blusa blanca y yo otra en color negro, que ayudan a destacar su melena castaña y la mía rubia. Sandra ha quedado con Miguel en que nos pasaría a buscar, así que ella misma abre la puerta cuando oímos el timbre. Suspiro al verla encaramarse sobre su novio para comérselo a besos y decido ir bajando la escalera hasta que se despeguen.

A Noe la veremos luego; de momento pasa sólo los fines de semana en casa de Hugo, para no recibir el impacto de un cambio tan brusco, después de pasar tantos años gritando a los cuatro vientos que jamás compartiría su espacio con

un hombre.

En cuanto salgo a la calle y contemplo el coche de Miguel aparcado junto al bordillo, toda una nube de recuerdos me envuelve y me invade la nostalgia al relacionarlos con Álvaro. Sin embargo, no me da mucho tiempo a pensar en ello, pues detengo mis pasos al contemplar cómo se abre una de sus puertas. Cuando compruebo que es Álvaro quien surge de su interior, el corazón se me para durante varios segundos.

Vuelve a ir vestido con uno de los atuendos que yo solía describir para él en la novela: traje gris, camisa blanca, sin la restricción de una corbata... Siento una extraña mezcla de alegría por verlo, del deseo que siempre bulle en mi interior con su presencia y de rencor por las palabras que me dedicó en Madrid o el desprecio con el que me habló la noche que coincidimos en mi cita programada con Hugo.

Por un instante, pienso en la posibilidad de dar media vuelta y largarme, pero esa idea se me va pronto de la cabeza, sobre todo al verlo acercarse rápidamente hasta estar a menos de un palmo de distancia de mí y sonreírme. Su sonrisa sigue agitando todo mi cuerpo de manera alarmante.

—Hola, Sofía —me saluda. Joder, tengo a la altura de mis ojos la abertura de su camisa, por donde deja entrever el suave vello de su pecho. Su olor varonil se introduce en mi nariz y creo que me estoy mareando un poco.

—¿Qué haces aquí, Álvaro? —logro decir sin carraspear, toda una hazaña.

—Podría decir que acompañarte en este evento literario, quedar bien con tus admiradoras o incluso terminar de ganarme el sueldo que me habéis pagado, pero todas esas razones son sólo una pequeña parte, o quizá una excusa. Creo que tenemos alguna conversación pendiente tú y yo.

—No creo tener nada pendiente contigo. —Un tanto confusa, camino deprisa hasta el coche y abro la puerta, pero él me detiene antes de entrar.

—Tal vez ahora no sea el momento, Sofía, pero no me dejas otra alternativa. —Suspira y desliza sus manos por su pelo—. Perdóname por ponerme tan borde el día que te vi en el bar. Sólo estaba celoso.

—¿Celoso? —exclamo—. Vamos, no digas chorradas. Creo que en su momento te ofrecí mantener una relación conmigo, algo que no dudaste en rechazar, así que no te hagas el agraviado ni finjas que te intereso.

—Me porté como un gilipollas en el hotel de Madrid, lo sé —suspira—, pero

fue sólo una manera de apartarte de mi lado por un tiempo, para poder dedicarme a otros temas que no me dejan avanzar y me hacen sentir estancado e inútil.

—Te dije que no me importaba que no tuvieses trabajo —lo interrumpo—. Me pareció que entre nosotros parecía fluir algo que nunca había sentido, a pesar de nuestras discusiones y peleas...

—Y no te imaginas —me susurra— lo que he echado de menos esas peleas nuestras. —Rodea mi rostro con sus manos y lo acuna antes de apoyar su frente en la mía.

A punto estoy de sucumbir ante su maravilloso olor, su tibio aliento y su tacto, que mi memoria ha recordado de inmediato.

Pero sólo a punto.

—Oh, sí, claro —ironizo, desprendiéndome de él—. No recordaba lo romántico que suele ser pelearse. Si tuvieran alguna relación las discusiones y el amor, ¡nosotros seríamos la pareja más romántica del mundo!

—Quizá sí estén relacionados —dice, confuso—, por lo menos en nuestro caso. Sentí atracción por ti desde el primer instante, pero te juzgué mal al creerte una estirada, por eso me puse tan capullo contigo. Y lo mismo se podría decir de ti.

—¿De mí? —inquiero—. Yo no te juzgué mal, perdona. Te creí un gilipollas y resultaste ser un gilipollas.

—Vamos, Sofía, déjame explicarte...

—No quiero que me expliques nada —murmuro rabiosa—. ¡Así que lárgate! Joder, me están entrando ganas hasta de llorar. Este tío no se entera de nada.

¿No se da cuenta de lo difícil que es desprenderse de alguien del que te has enamorado? O, lo que es peor, ¿no tiene la menor idea de lo que representa que esa persona te rechace alegando: «Tengo asuntos que arreglar, por lo que tú molestas»?

Por favor...

—No voy a irme, Sofía —sentencia, cruzando los brazos—. No hasta que me escuches.

—A la mierda. —Decidida, recoloco el asa de mi bolso sobre mi hombro y empiezo a caminar en dirección contraria al coche y a Álvaro. Justo en este instante tienen que coincidir en mi camino Sandra y Miguel, interceptándome.

—¿Adónde vas? —pregunta mi amiga.

—¡Tú lo sabías! —la acuso.

—Pues claro —contesta la muy traidora—. Pero ¿a que ha sido mucho más emocionante sin que tú supieras nada?

—Sí, sí —ironizo—, superemocionante, lo más de lo más. Ahora, si me disculpáis, tengo que asistir a un evento. —Camino con premura en busca de una calle más principal donde poder parar un taxi.

—¡Sofía! —grita Sandra mientras corre detrás de mí—. ¡No seas cabezota! ¡Piensa en mí, en cómo me empeciné en no escuchar a Miguel!

—No soy cabezota —replico sin dejar de avanzar—. Simplemente, paso de compartir mi espacio con ese tío, punto.

—¡Para, por favor! —Me detiene aferrándose del brazo—. Álvaro me ha contado algunos detalles de su vida y creo que, en cuanto los conozcas, entenderás mejor algunas cosas que os han pasado.

—¿Qué detalles?

—Yo no soy la persona indicada para contártelo, ha de ser él, pero créeme, Sofía, merece que le des una oportunidad.

—Vale, tranquila, se la daré. Dentro de un par de años. —Y sigo por mi camino.

Mientras tanto, Miguel y Álvaro ya se han introducido en el Porsche y se han adelantado hasta donde me encuentro. Sandra, exasperada conmigo, se monta junto a su novio y Álvaro asoma la cabeza por la ventanilla trasera.

—Vamos, Sofía, deja de hacer tonterías y sube al coche. Te prometo que no te molestaré, ni siquiera te hablaré.

La verdad, en esta zona donde vivimos es difícilísimo ver pasar un taxi, y Sandra lo sabe. Suspiro. Álvaro ya me ha abierto la portezuela del vehículo.

Me monto sin decir nada, aunque el resto tampoco emite una sola palabra. Me mantengo alejada de mi acompañante y él cumple su promesa y únicamente mira por la ventanilla de su lado o comenta algo del itinerario con Miguel.

Bajo del coche y, cuando pienso que será Sandra la que me acompañará, me traiciona de nuevo yéndose con su novio a aparcar a un parking cercano mientras veo a Álvaro detrás de mí caminando por la acera.

Qué pesado...

—Hoy no te necesito, Álvaro —le indico sin girarme hacia él—. La

presencia de Marcel no está confirmada en este evento, así que puedes irte.

No oigo respuesta alguna, pero paso de darme la vuelta. Me dirijo a la entrada del pequeño auditorio, donde todavía hay gente esperando para entrar, y hago un repaso visual tratando de localizar a Noe, que ya me confirmó su asistencia junto a Hugo. Desde la película que montamos para que se reconciliara con él, tenemos una especie de conexión especial. Después de la sonada y excitante reconciliación, lo primero que hizo fue ir a buscarme y abrazarme para darme las gracias una y otra vez, en silencio, muy al estilo Noe, sin expresar demasiado sus sentimientos.

—¡Noe! —grito al divisarla.

Ella y Hugo se acercan para saludarme. Él sigue siendo la amabilidad personificada y agradezco en el alma que nunca haya hecho ni la más mínima alusión a nuestra relación ficticia. Me da muchísima vergüenza recordarlo.

—Gracias por haber venido. —Los abrazo a los dos.

—Ya era hora de poder verte en acción —señala Noe—. Con mi anterior cargo, me era casi imposible tener vida. Por eso voy a pasarme un tiempo sin volver a solicitar un nuevo ascenso. Ahora tengo tiempo para muchas cosas y eso me gusta.

Sonrío al ver la mirada que le dedica a su novio.

Veo a Hugo mirar sobre mi hombro. Ha detectado la presencia de Álvaro y levanta levemente una ceja, seguramente al recordarlo.

Claro, acabo de evocar las circunstancias en las que Hugo y Álvaro se conocieron, y titubeo unos segundos antes de pensar qué decir.

—Supongo que tú debes de ser Hugo. Yo soy Álvaro. —Álvaro se presenta él mismo, ahorrándome el mal trago—. Tranquila —me dice—, Miguel me lo ha contado todo.

—Siento la forma tan extraña de conocernos —corresponde Hugo—, pero te aseguro que había un motivo realmente importante para hacerlo.

—Te entiendo —responde Álvaro mientras contemplamos la mirada de amor que le dirige Hugo a mi amiga.

Joder, y se supone que no era una chica romántica. Pues, si llega a serlo, se hubiese acabado de convertir delante de nuestras narices en un enorme y esponjoso algodón de azúcar.

—¿Álvaro? —pregunta Noe—. ¿Tú eres el Álvaro de Sofía?

Pongo los ojos en blanco, aunque prefiero no comentar.

—Pues... sí —responde él—, más o menos. —Éste le da los dos besos de rigor y ella le corresponde, no sin fruncir ligeramente el ceño mientras no deja de observarlo.

—Perdona, ¿te conozco? —le pregunta. Continúa estudiándolo, buscando sus ojos, pero él parece esquivar la inquisitiva mirada.

—No lo creo —niega él, visiblemente incómodo.

—Pues yo creo que sí —insiste Noe—, aunque no logro recordar de qué...

—Dudo mucho de que nos hayamos movido en los mismos círculos. —La incomodidad de Álvaro continúa patente y logra crear un momento de incertidumbre.

—Álvaro, Álvaro... —murmura Noe, intentando recordar—. Álvaro, ¿qué más?

Sigo la conversación con interés, pues acabo de recordar que yo tampoco sé todavía su apellido, pero Estela, que aparece de entre la concurrencia, interrumpe el interrogatorio para reñirme porque va a comenzar mi turno.

—¡Vamos, Sofía! —exclama—. ¡Te están esperando!

Cambiamos el momento incómodo por unas risas al contemplar a Estela con un pantalón fucsia y una blusa amarilla. ¡Dios, nuestras retinas no acaban de acostumbrarse a semejantes impactos visuales!

—¡Oh, qué bien! —me comenta de camino—. ¡Marcel también está aquí! ¡Qué detalle!

Miro de reojo a Álvaro. A pesar de que me voy con Estela al interior del auditorio, observo su semblante turbado. ¿Lo conocerá de algo Noe o se habrá confundido de persona?

Tras un interesante debate con el público sobre la novela romántica y los injustos ataques que recibe, un grupo de lectoras ha venido a conseguir mi novela firmada. Las recibimos en una sala aparte, donde permanecen sobre una mesa varias pilas de ejemplares de *Marcel y yo*. Junto a dicha mesa está Marcel, mi protagonista, tan rabiosamente guapo que duele con sólo mirarlo. O eso es lo único que puedo pensar en este instante, mientras casi estoy a punto de emitir un suspiro, tan profundo como el de las lectoras, cuando me ha guiñado un ojo y me ha sonreído.

Mierda, no puedo deshacerme de las cosquillas que siento al verlo, de la

emoción de tenerlo cerca.

—¡Oh, es él, Marcel! —gritan muchas de ellas.

—¡Qué bien que haya venido!

—¡Por favor, está como un queso!

Sonrío cuando algunas lectoras intentan hacerse un *selfie* con él antes de dirigirse a mí, pero no me importa. Está claro que un hombre como él llama la atención y no se ven muchos por ahí, con lo que lo mejor es que aprovechen su oportunidad. Al fin y al cabo, después de babear todas un buen rato por él, no puedo quejarme de las alabanzas que le dedican a mi novela, de las dedicatorias que me piden y de las fotos que también nos tomamos. Algunas de ellas nos han pedido hacernos una foto los tres juntos, con Marcel en medio y cada una de nosotras a su lado.

Está decidido. Ésta será la última ocasión en que mi supuesto novio se presente en ningún evento más. No creo que logre acostumbrarme a su presencia y un corazón humano tiene un límite de resistencia.

Las lectoras ya han empezado a dispersarse, con su ejemplar de mi novela firmado, y ya sólo quedamos en la sala Álvaro y yo, pues mis amigas han desaparecido como por arte de magia y Estela está departiendo con otras escritoras.

Disimulo recolocando algunos libros en su lugar.

—Sofía...

—Gracias por tu presencia, Álvaro —lo interrumpo—. Te recuerdo que ésta ha sido tu última asistencia, por lo que tu relación con la editorial y conmigo ha finalizado. Ah, y, por supuesto, creo que ya estamos en paz contigo con respecto al pago, como me exigiste en Madrid. Si hubiera cualquier problema o no estuvieses satisfecho con la cantidad, te puedes dirigir al departamento de administración de la editorial...

—Sofía, basta, cállate ya, por favor.

—Claro —respondo mientras cojo mi bolso—. En realidad, ya no tengo nada más que decir.

—Pues yo sí —me frena, sujetándome del brazo—. ¿Serías capaz de soportar una última cita conmigo? Sólo tomar un café, por aquí cerca. Si no te supone demasiada molestia.

—No te hagas encima el ofendido. —Me desprendo de él de un tirón—. No

fui yo la que te mandó a ti a freír espárragos aduciendo una torpe excusa.

—Sólo un café —insiste—. Por favor.

Suspiro con fuerza. Ya no sé qué replicar ante tanta tozudez.

—Está bien, tomaremos un café. Supongo que no pierdo nada, sólo el tiempo.

Salimos a la calle y compruebo que lo de tomar algo caliente es una idea bastante acertada, pues negros nubarrones han cubierto de repente el cielo y la temperatura estival acaba de descender unos cuantos grados. Caminamos por la acera, dejando atrás el auditorio, y sólo tardamos unos minutos en dar con un local apropiado.

Nos sentamos a una pequeña mesa junto al ventanal que da a la calle. Observo a la gente que viene y va, los coches, las luces de los semáforos, el cielo gris y encapotado... Pedimos un café con leche y nos lo sirven junto a varias galletas cubiertas de azúcar y canela.

En un primer instante, permanecemos callados, ejecutando cada uno de los pasos que precisa la ocasión, como rasgar el sobrecillo del azúcar, remover el contenido de la taza con la cucharilla... hasta que es Álvaro quien decide romper el silencio.

—¿Sabes una cosa, Sofía? Creo que apareciste en mi vida en el momento oportuno.

Levanto las cejas en espera de una explicación.

—Pasaba por un momento muy complicado, tanto que ya me empezaba a dar igual todo: no tener trabajo, no tener dinero, mi dignidad por los suelos... pero entonces aparece una chica, tan ordenada, tan discreta, con las ideas tan claras, sin pelos en la lengua para decirme lo que opina, que empiezo a replantearme si no he tirado la toalla demasiado pronto. Gracias a ti, vi claro que tenía que pelear por recuperar mi vida, porque nada viene a ti si no luchas por ello.

—¿Yo te hice pensar todo eso? —Vuelvo a elevar ambas cejas, confusa.

—Sí —responde—, porque pensé que tú te merecías algo mejor que un tipo fracasado como yo... cuando me di cuenta de que me había enamorado de ti.

Vale. Ahora es el momento en el que me deshago en la silla y sólo queda mi ropa sobre un charco. Trataré de recomponerme y disimular un poco.

—Pero, no lo entiendo, Álvaro. Estaba claro que existía una fuerte atracción entre nosotros desde el principio, pero fue durante el viaje a Madrid cuando nos

percatamos de que podía haber algo más. Nos acostamos sin que yo bebiera y para mí fue maravilloso, porque, por si no lo recuerdas, te dije en una ocasión que el sexo para mí estaba de más en el mundo hasta que te conocí y empecé a sentir todos esos pinchazos en el estómago que no eran otra cosa que deseo por ti.

—Lo sé. —Sonríe—. En tus delirios alcohólicos me dijiste varias veces que yo era tu fantasía y que deseabas hacer lo que nunca te habías atrevido a pedir.

—Ya no me da vergüenza que me digas esas cosas. —Me cruzo de brazos—. Antes me escandalizaba más.

—Has cambiado, Sofía, y yo he cambiado. Los dos lo hemos hecho.

—Supongo que sí.

Unos instantes de silencio nos envuelven mientras vamos apurando nuestras tazas.

—Me lie con una mujer diez años mayor que yo —comienza a explicar de repente—. Creí que era amor cuando lo que sentía era una especie de obsesión por ella.

Que poco me gusta que me explique esto. Siento una rabia por dentro...

—¿Qué pasó?

—Me dejó para casarse con mi padre.

—*¡Jo-der!* —exclamo.

—Después de liársela en su boda, me dediqué a beber y a compadecerme de mí mismo durante meses, hasta que acepté un extraño trabajo para hacer de un novio perfecto que sólo existía en la cabecita de una escritora.

—Lo siento. —Extiendo mi mano y la coloco sobre la suya—. Menudo trabajito te cogiste.

—No quería resultarte patético.

—¿Patético? —le pregunto—. ¿Te parece que tu historia puede resultar patética?

De pronto, siento unas enormes ganas de sacar de mi interior tanta rabia que llevo dentro y que apenas he exteriorizado nunca. Aparte de las últimas palabras que tuve con mi madre, jamás he hecho referencia a mi pasado con nadie, con ningún hombre con el que haya salido. A mis amigas nunca hizo falta contarles nada, pues ellas ya lo vivieron conmigo en su momento y lo saben todo, pero tampoco han hecho comentarios desde entonces.

—Mi madre se ganaba la vida en un club de carretera —le suelto de sopetón.

Álvaro no dice nada. Se limita a presionar mi mano con más fuerza para alentarme a seguir.

—Cada dos por tres conocía a un hombre diferente y nos íbamos a vivir con él, pero, a los cuatro días, se peleaban, se emborrachaban, se colocaban, él la pegaba o me miraba a mí como no debía... Total, acabábamos marchándonos en mitad de la noche en busca de cualquier pensión de mala muerte en espera de que conociera a cualquier otro tipo que le prometiera la luna y las estrellas. Y vuelta a empezar.

—Por eso —me susurra— no te gustan los cambios en tu vida. Por eso necesitas tener apuntado cada próximo paso que debes dar. Por eso necesitas tener la seguridad de que nada altera tu vida perfecta.

—Sólo aparentemente perfecta. —Sonrío—. Y me encantaba mi agenda rosa, era mi más fiel compañera, pero deberías saber que la he tirado a la basura.

—¿Qué dices?! Pero ¡si nunca te despegas de ella!

—Así era, pero se acabó, Álvaro. Yo sí que cambié al conocerte. Poco a poco me fui dando cuenta de que todas esas sorpresas o incertidumbres que nos puede deparar cada día no son más que parte de la vida misma; que nuestra existencia no puede ser tan planificada si no queremos llevarnos más de un chasco, como me pasó a mí con David. Tanta agenda, tanto plan, tanto reprimir sentimientos, ¿para qué? —declaro enfadada—. Para que mi novio me deje por otra, mi editora idee un plan descabellado para vender mis novelas, tenga que buscar un novio falso por catálogo, siga teniendo una madre que no se porta como tal, continúe sin saber quién es mi padre...

—Tranquila, tranquila —trata de apaciguarme.

—No, no lo entiendes, Álvaro. He salido con tíos con los que ni siquiera he caminado de la mano, mucho menos besado en público. La primera locura que hice en mi vida fue escogerte de entre un montón de hombres para que hicieras de mi novio, o lanzarme a la carretera contigo en un Porsche camino a Madrid sin haberlo planificado. No me extraña que yo misma me impulsara a beber de vez en cuando, a ver si así me volvía un poco más humana.

—No te castigues, Sofía. Creo que, simplemente, encontramos el justo equilibrio el uno en el otro. —Sonríe de nuevo, con esa sonrisa que se clava directamente en mi pecho—. Yo vi en ti la lucha, la constancia y el trabajo, y tú

viste en mí lo divertido de la vida.

—Como Sofía y Marcel —suelto risueña.

—Exacto, como ellos.

Me sigue mirando con sus ojos castaños, grandes y brillantes, los mismos que me dejaron sin respiración el día que lo vi posando en unas fotografías que parecían sacadas de mi universo de fantasía.

—¿Quién eres, Álvaro Sin Apellido?

—Te prometo que —me dice algo más serio de la cuenta—, mañana mismo, te diré todo lo que quieras saber. Mi pasado, mis problemas, mi apellido y mi puto árbol genealógico. Sólo te pido un poco más de paciencia y que vuelvas a confiar en mí. Si las cosas salen como he planeado, mañana cambiará mi vida. Y, aunque siga siendo imperfecta, tú formarás parte de ella.

—¿Es porque tienes alguna entrevista de trabajo? —le pregunto—. Ya sabes que no pasa nada si no te cogen. Lo seguiremos intentando. Se acabó el pensar que, si no tenemos una vida perfecta, no podemos ser felices. Nuestra vida es imperfecta, ¿y qué? Nosotros somos imperfectos y eso no nos hace ser peores, sino únicos.

—Me cogerán —afirma muy seguro—. Pero ahora, estaba pensando... ¿Qué te parece si damos un paseo cogidos de la mano? —Se pone en pie y me tiende una. No dudo ni un segundo en aceptar.

—Me encantaría.

Después de pagar los cafés y salir a la calle, Álvaro frena un poco antes de dar un paso más. Su cara de consternación me hace bastante gracia.

—Oh, vaya —se lamenta—. Está empezando a llover.

Tiro con fuerza de su brazo y lo obligo a lanzarse bajo las primeras gotas.

—¿Y qué? —suelto divertida—. ¡Tampoco he paseado nunca bajo la lluvia! ¡Y también me encantaría!

—Pues entonces —sonríe—, cumplamos dos de tus deseos a la vez.

Envuelve mi mano con la suya y comenzamos a caminar. La gente parece tener prisa y huye de la amenaza de lluvia inminente corriendo de un lado para otro. Yo estoy muy tranquila, no me molesta para nada la humedad que comienza a instalarse en mi pelo o mi espalda, traspasando mi fina blusa, porque toda mi piel está caliente debido al calor que mi propio cuerpo ha creado ante el contacto de la mano de Álvaro en la mía. Un simple gesto, sólo una porción de

piel, pero cuya tibieza atraviesa mi pecho hasta tocarme el corazón.

—Parecemos una pareja de novios —le digo—. Real, quiero decir.

—Pues creo que así podremos parecerlo más. —Suelta mi mano y desliza su brazo sobre mi cintura para pegarme a él. Acerca su rostro al mío, sin dejar de caminar, y me da un beso en la mejilla antes de susurrarme—: Nunca había sentido esto por nadie. Te quiero, Sofía.

Me detengo en medio de la acera y me pongo frente a él. La lluvia empieza a arreciar y contemplo sus facciones, borrosas por las gruesas gotas que caen sobre mis ojos. Dudo mucho de que esperara mi reacción, pues me he puesto a reír a carcajadas.

Bueno, estoy riendo y llorando a la vez, pero, por suerte, mis lágrimas se camuflan entre las gotas que mojan mi cara.

—No esperaba que te echaras a reír —me dice, algo contrariado.

Miro hacia uno y otro lado, intentando localizar lo que necesito en este instante. Por fin, diviso lo que andaba buscando. Cojo a Álvaro de la mano y comienzo a correr tirando de él por en medio de la gente.

—¿Qué pasa? —le oigo gritar a través de la lluvia—. ¿Adónde vamos?

Sin contestarle, sólo riendo, lo arrastro hasta un parque en la confluencia de dos calles. Es pequeño, sólo hay unos bancos donde sentarse, una fuente y unos pocos arbustos, pero está en un lugar lo suficientemente visible como para lo que tengo en mente.

Los bancos son de piedra, con un grueso respaldo, así que me subo primero al asiento y después, intentando mantener el equilibrio, me encaramo al respaldo para ganar altura. Su grosor no es más que la anchura de mi pie, con lo que tengo que abrir los brazos para contrarrestar mi peso y no caerme.

—¿Qué haces ahí arriba? —grita Álvaro.

Es una sensación tan maravillosa la que tengo en este momento... subida aquí arriba, con los brazos abiertos y la lluvia azotando mi rostro... Estoy empapada y como me caiga me romperé un hueso, pero ¿y qué? ¡Y qué!

La gente que ahora mismo ocupa las aceras o cruza la calle debe de creer que estoy como un cencerro o, como mucho, a punto de gritar «¡Soy el rey del mundo!», pero no me importa nada. Que piensen lo que les dé la gana.

—¡Yo también te quiero, Álvaro! —grito por fin al viento y a la lluvia—. ¡Te quiero, Álvaro Sin Apellido!

Algunas personas se han detenido un segundo, otras ríen, otras pasan de largo con cara de susto... Álvaro en un principio parece preocupado de que pueda caerme, pero, sonriente, decide subir a hacerme compañía. Bueno, no debe de fiarse mucho de nuestro equilibrio, por lo que se queda subido en la parte del asiento y me coge de la cintura para situarme a la misma altura.

—Me has dicho que nunca habías besado a un hombre en público —me recuerda, abrazado a mí.

—Es verdad —respondo mientras me aparto de los ojos un mechón de mi pelo empapado—. Y mucho menos bajo la lluvia.

—Pues cumplamos un par de deseos más —me propone, antes de que unamos nuestros labios. Me afianzo a su cuerpo mojado con fuerza y nos besamos, aquí, en la calle, subidos en alto para que se nos vea bien. No tengo ni idea de si nos están mirando todos, si alguien se escandaliza o nos puedan fotografiar con el móvil, me importa un pimiento. Yo sólo disfruto de estar abrazada a Álvaro, de besarlo, de que me bese. Paladeo el sabor de sus labios y su lengua mezclado con agua de lluvia y me parece saborear un pedazo de cielo.

Al acabar, reímos los dos al tiempo que él me ayuda a bajar al suelo de un salto. El «chof» que emiten nuestros zapatos al caer sobre un charco hace que aún riámos más fuerte, sobre todo cuando él me aúpa, gira sobre sí mismo y comienza a darme vueltas. Después me deposita en el suelo y empezamos a saltar sobre el charco, una y otra vez.

Chof, chof, chof...

Nunca me habían hecho tan feliz de una forma más sencilla.

Ahora sí que corremos bajo la tormenta de verano. Mi casa sólo queda a un par de manzanas y podremos llegar en pocos minutos. Seguimos agarrados de la mano y nuestras risas se mezclan con el sonido de la lluvia.

Una vez delante del portal, cansados y empapados, con los pies y los zapatos rebozados en barro, comienzo a buscar las llaves revolviendo en mi bolso al amparo del techo de la entrada.

—¿Algún sueño más que cumplir? —me pregunta. Regueros de agua se deslizan sobre su pelo y su rostro, y me parece la visión más hermosa que he tenido en la vida. Me lo comería a besos ahora mismo.

—Humm... —hago como que medito—, unos mil más. Aunque me conformo con que subas conmigo. Mis amigas se han ido con sus novios y tengo

la casa para mí solita. Necesitamos una buena ducha caliente.

—Suena bien —me dice, aunque me mosquea verlo titubear.

—¿Qué te ocurre? —le pregunto—. Te aseguro que es contigo con quien quiero estar, no con Marcel, si es eso lo que te preocupa.

—En eso estaba pensando, precisamente. Una vez te dije que, cuando te emborrachabas y me pedías sexo, era el nombre de Marcel el que mencionabas... pero te mentí. Me nombrabas a mí. Durante tus fantasías étlicas, no pensaste en él, ni una sola vez, sino en mí.

—¡Joder! —Le doy un empujón, cabreada—. ¿No imaginas lo mal que me hiciste sentir al decirme eso?

—Lo imagino... y lo siento.

Suspiro, bufo y vuelvo a suspirar. En realidad, no quiero pelearme con él, porque saberlo me hace feliz. Era de él de quien estaba enamorada, no de un personaje ficticio, lo que me tranquiliza bastante por mi aparente buena salud mental.

—Se acabó Marcel —le digo—. ¿Sabes?, creo que siempre te preferí a ti. O tal vez llegó un momento en el que me dije: «Sofía, más te vale Álvaro en mano que Marcel volando. A éste lo puedes tocar». —Reímos los dos—. ¿Quieres subir o no?

—Más que nada en el mundo.

Ya en casa, tiro el bolso y corremos hacia el baño para comenzar a quitarnos cada uno nuestra ropa, entre risas. Abro el grifo de la ducha y, en cuanto el vapor del agua caliente empaña la mampara, nos introducimos en el interior.

Ha sido un momento de risas y complicidad... y de frío, pero una vez nuestros cuerpos se han entibiado, nos miramos fijamente el uno al otro, mucho más serios, mucho más intensamente.

—Hacía mucho tiempo —me dice mientras cierra el agua y se acerca a mí— que no tenía tantas esperanzas puestas en el futuro, y mucho menos que quisiese compartirlo con alguien. —Con delicadeza, coloca su mano en mi mandíbula y acuna mi cara a la vez que pasa su dedo pulgar por mis labios temblorosos.

—Y hacía mucho tiempo —contesto yo— que no era feliz. Creo que nunca lo he sido completamente.

Ya es hora de dejar a un lado las palabras. Álvaro abarca ya mi rostro con las dos manos para poder acceder mejor a mi boca, que lo recibe abierta, ansiosa. Yo

lo abrazo y me pego a él, con lo que nuestros cuerpos, mojados, calientes y envueltos en vapor, se amoldan perfectamente el uno al otro. Resulta tan maravilloso besarse desnudos...

Pero los besos ya no nos parecen suficiente. El deseo comienza a apoderarse de ambos y nuestras manos comienzan a volar sobre pechos, hombros, glúteos..., ansiosas por tocar, por dar y recibir placer.

A trompicones, salimos de la ducha y, sin apenas separar nuestros labios, acabamos en mi habitación y caemos sobre la cama. Mi cuerpo reconoce el suyo y se arquea en busca de un mayor contacto. Estoy desesperada por recibir sus caricias, ávida por sentirme penetrada por él.

—No quiero acabar tan pronto —gime él—. Deja que disfrute de ti.

—¡Si es que voy a explotar! —exijo, arqueando de nuevo mi pelvis en busca de su duro miembro.

—Para, para —me ruega al tiempo que me coge de las muñecas y pasa los brazos sobre mi cabeza—. Estate quietecita o esto no será más que un polvo rápido, como casi siempre. Necesito saborearte, admirarte, descubrirte.

—Que sí, que sí —me quejo—, todo lo que tú quieras, pero ¿quién me aplaca este calentón que llevo?

—Está bien —acepta sin poder evitar reír—, te ayudaré en tu urgencia.

Me mira primero antes de bajar por mi cuerpo, prometiéndome con sus ojos el maravilloso placer que está por llegar. Juro que jamás pensé que se pudiera sentir esto por otra persona, esta necesidad física, esta compenetración tan perfecta de cuerpos y mentes. El sexo con Álvaro va mucho más allá de la idea que yo tenía sobre follar porque sí, porque tocaba. Es el lenguaje que pueden utilizar los amantes para expresar sus sentimientos sin necesidad de palabras. Una atracción que sentimos desde el principio y que no era sino un indicio de algo más.

Cuando percibo el aliento de Álvaro entre mis piernas, decido apoyarme en los codos para poder observarlo. Me lanza una última mirada pícara antes de abrir mi sexo con sus dedos y posar su lengua sobre el centro de mi placer. Durante un segundo, dejo caer la cabeza hacia atrás mientras emito un fuerte gemido, pero vuelvo a incorporarme para seguir mirándolo. Me resulta tan erótico verlo así, ahí, mientras yo no dejo de temblar y jadear...

Pero mi amante ha decidido que todavía puede darme más placer, por lo que,

al tiempo que su lengua y sus labios chupan mi clítoris, introduce un dedo en el interior de mi vagina, y luego dos, para comenzar a bombear, primero de forma lenta, cada vez más rápido...

¡Joder!

Ahora ya no puedo ver nada. Me dejo caer sobre la cama, cierro los ojos y apalanco con fuerza mis tobillos en su espalda. Aferro su cabello entre mis dedos, tiro con fuerza, sus dedos cada vez me penetran más adentro... ¡Dios! No recuerdo que un orgasmo me hiciera gritar tanto jamás en mi vida, que mi cuerpo temblara hasta convulsionarse, que un placer tan arrollador se colara hasta la misma médula de mis huesos...

—Y yo que pensaba que era medio frígida —jadeo casi sin aliento cuando Álvaro se incorpora—, o que tenía suficiente con un miniorgasmo al mes.

—¿Te has quedado un poco más tranquilita?

—Sólo un poco —contesto al verlo trepar hacia mí. Parece un puma dispuesto al ataque, con las pupilas dilatadas, los labios húmedos de mi esencia. Sexo en estado puro—, pero supongo que ahora sí podemos tomárnoslo con más calma.

—Pues ahora tendrás que esperar a que me reponga —me dice, todavía jadeante—, o seré yo quien esta vez te exija que me desahogues primero.

—Yo, encantada.

—Esta vez lo haremos a mi manera.

Vuelve a pasar mis brazos sobre mi cabeza, alertándome de este modo de que no me mueva, cosa que veo bastante difícil, sobre todo si comienza a besarme los pechos, a chuparme con dedicación los pezones. Vuelve a provocar deseo en mi vientre y consigo que lo desee de nuevo. Creo que es hora de aprovechar mi escaso momento de lucidez para tocarlo yo también.

Paso mis manos por su pelo, sus hombros, su espalda y sus glúteos, que los tiene más duros que una piedra. Sin que lo espere, coloco mi mano entre los dos y busco su vientre y su miembro, que rodeo con mis dedos para empezar a acariciarlo. Madre mía, qué duro está también.

—Sofía... —gime. Cierra los ojos y sus caderas comienzan una lenta sucesión de embestidas, mientras mi mano lo acaricia cada vez más fuerte y más rápido. Cuando sostengo sus testículos con la otra mano, abre los ojos y me mira. Casi da miedo sentir esa mirada de deseo.

—Para —le digo pícara, sin soltar su polla—, estate quietecito o esto no será más que un polvo rápido y no podré disfrutarte.

—Eres perversa. —Ríe ante la copia de sus propias palabras.

—Déjame probar sólo una cosa.

Hago que se sitúe sobre la cama, apoyando su espalda en el cabezal de madera blanca. Me coloco entre sus piernas abiertas y bajo la cabeza para lamer primero sus rodillas, sus muslos, su vientre y, por supuesto, su gruesa erección y sus testículos.

No voy a decirle nada por si pone trabas, pero necesito hacer algo que sólo me ha apetecido hacer con él. Bueno, una vez, al principio de estar con David, me bebí una cerveza y me atreví a tumbarlo en el sofá para abrirle la bragueta y chupársela. Pero, escandalizado, me sacó de entre sus piernas de un tirón y me dijo que ¡corría el peligro de eyacular en mi boca! Como si hablara de la mayor de las catástrofes mundiales. Para él, ver caer una gota de semen en mi cuerpo era sinónimo de algo sucio y vulgar. Y lo mismo pensaba de chuparme a mí.

Por eso, sé que ahora, sin necesidad de cerveza alguna, me apetece muchísimo sentir el placer de Álvaro en mi boca. Sin dejar de acariciar sus testículos y sus muslos, deslizo su miembro en el interior de mi boca, hasta el fondo de mi garganta, chupando desde la base hacia la punta, arriba y abajo, una y otra vez. Me encanta sentir los temblores de su cuerpo, sus jadeos, sus manos tirando de mi pelo con fuerza para guiarme hasta casi hacerme sentir arcadas.

—Basta, Sofía —me suplica—, basta, basta o me correré en tu boca.

¿Y qué te crees tú que buscaba, guapo?

Lanza, por fin, un chorro de semen caliente directo a mi garganta entre convulsiones de placer. En un principio, me trago las primeras descargas, pero después, se me acumula tanto en la boca que no soy capaz de engullirlo todo y comienzo a toser y a dar arcadas.

—¡Mierda, Sofía! —exclama preocupado mientras se incorpora en la cama—. Lo siento, cariño, te he visto tan decidida... pero tendría que haber parado.

—¡Cómo mola! —le digo, alucinada por la experiencia—. ¡Ha sido flipante!

—Pero ¡si casi vomitas!

—¿Y qué? —suelto—. Ya iré pillando el truco. Pero deja que disfrute del sexo, que disfrute contigo... que disfrute de ti.

—Nada más conocerte —me confiesa con ternura—, ya me pareciste bonita,

diferente, especial. Ahora creo que eres una mujer preciosa, maravillosa, capaz de darme la mejor lección de vida que he podido obtener jamás.

—Qué palabras tan bonitas. —Me acurruco a su lado y nos abrazamos—. Yo... no sé qué decir que supere eso. Sólo me sale decirte que te quiero.

—Ya es más de lo que podía soñar.

Emocionados, comenzamos una nueva tanda de besos, cálidos y sensuales, que acaban por volver a acelerarnos la respiración. Nuestra rápida sesión de sexo oral no ha sido suficiente y necesitamos algo más. Álvaro se pone un preservativo y se coloca sobre mí y, tras unos cuantos besos más intensos, en mi boca, en mi cuello, en mis pechos, me abre las piernas con su rodilla para buscar la entrada a mi cuerpo y penetrarme. Lo acojo más adentro elevando mi cuerpo y rodeándolo con mis piernas, siguiendo el compás de sus rápidas embestidas. Cuando alcanzamos un nuevo orgasmo, caemos sobre las sábanas arrugadas y dejo que él se desplome sobre mí y hunda su rostro en mi cuello sudoroso. Y así, abrazados, nos quedamos dormidos.

* * *

Humm, qué sueño tengo. No puedo ni despegar los párpados. Claro, calculo que habré dormido un par de horas, si llega, y no tengo fuerzas ni para moverme. Estiro el brazo en busca del calor del cuerpo que me ha acompañado durmiendo esas dos horas y el resto de la noche retozando entre las sábanas, pero sólo toco una almohada ya fría.

Me incorporo de golpe, entrecerrando los ojos para no quedarme ciega por el sol que ya se cuela por entre las rendijas de la persiana. No hay nadie a mi lado. Genial.

No esperaba que se fuera sin despedirse y, la verdad, me deprime un poco. Estiro el brazo hacia la mesilla de noche y cojo el móvil en espera de encontrarme algún mensaje, pero nada. Me giro hacia el otro lado de la cama y levanto la almohada por si se le hubiese ocurrido el antiguo sistema de la notita escondida ahí, pero tampoco.

Uf, me dejo caer sobre el colchón bastante abatida, aunque en estos momentos prefiero pensar cualquier posibilidad menos pesimista, como que se le hacía tarde para su entrevista de trabajo.

Más animada, me levanto de la cama de un salto para meterme en la ducha. Mientras el agua me va despejando los restos del sueño, no dejo de pensar en todo lo acontecido la noche anterior. Me siento renovada, ilusionada, expectante a lo que Álvaro me pueda contar. Después de que le eche la bronca por no despedirse, claro.

Me pongo el albornoz y una toalla alrededor del pelo y me voy a la cocina a hacerme un café. Tengo mucho que hacer hoy y necesito estar despejada. A saber: ir a la editorial, hablar con Estela sobre mi nueva novela, comer con Sandra, escribir toda la tarde la novela romántica que empecé y que me muero por continuar...

«Joder, tía, ¿ya estás con tus listas?»

Llevo tanto tiempo apuntándolo todo que utilizo mi propia cabeza como agenda virtual.

En fin, poco a poco.

Acabo de percibir el sonido de la puerta. Qué extraño. No espero a ninguna de mis bulliciosas amigas.

—¿Noe? —le pregunto al verla entrar en la cocina—. ¿Ya vuelves a saltar de la cama de Hugo a primera hora de la mañana?

—Lo siento, Sofía, no podía esperar a hablar contigo. En cuanto un recuerdo me ha venido a la cabeza mientras dormía, no he dudado en venir a casa corriendo.

¿Por qué será que me preocupa lo que pueda decirme? Huele a catástrofe inminente.

—¿Y qué puede ser tan urgente que te haga dejar a tu novio calentito en la cama?

—Sofía —me dice, en un tono bastante alarmante—, acabo de recordar de qué conozco a Álvaro.

CAPÍTULO 28

Álvaro

—¿Sofía?

Vaya, ya se ha quedado dormida. No me extraña, con la nohecita que hemos tenido. Apenas puedo distinguir la línea de sus facciones en la oscuridad, aunque el leve resplandor de las farolas se cuele por la ventana. Suficiente para que pueda admirar su semblante sereno, su melena dorada esparcida en la almohada y su cuerpo desnudo. Sin ser perfecta, me parece la mujer más hermosa de cuantas haya conocido hasta ahora. Tiro de la sábana y la cubro con la idea de acompañarla, dormir en su cama acurrucado a ella y rodearla con mis brazos lo que quede de noche...

¡Mierda! ¿Lo que quede de noche? ¿Qué hora será ya?

—¡Joder! —murmuro al mirar bien por entre las rendijas de la persiana—. ¡Ese resplandor no son las farolas, sino la primera luz del día!

Mierda, mierda, tengo que saber qué hora es. ¿Dónde estará mi móvil?

Me voy en busca de la ropa que me quité al llegar a casa y la encuentro esparcida por el baño, revuelta con la de Sofía. ¡Me cago en la puta! ¡Los zapatos están para tirar! La ropa, húmeda todavía y arrugada como un puto higo y, a pesar del desastre, no puedo evitar sonreír al acordarme de nuestras andanzas bajo la lluvia.

La buena noticia es que el móvil sigue en el bolsillo de la chaqueta, aunque la mala es que son las seis y media.

—Joder —gruño de nuevo—, qué tarde es.

Tendré que vestirme, ir a mi casa, ducharme y cambiarme, coger un taxi hasta la empresa... Si tengo la entrevista a la ocho de la mañana, ya puedo correr.

Aguantando la grima que me produce ponerme de nuevo mi ropa, me visto a toda prisa. Antes de irme, paro un momento en la puerta de la habitación de Sofía, pero no voy a acercarme a ella, porque entonces tendré que besarla, con el consabido riesgo de que despierte y me mire con esos ojos dulces y serenos y ya no sea capaz de irme.

Y no puede ser. La entrevista que me espera es demasiado importante.

—Hasta luego, Sofía. —Me despido de ella con un murmullo.

* * *

No he dejado de mirar el reloj durante todo el trayecto en taxi hasta el edificio de Temex. Voy a llegar justo, pero a mi hora. Pago al taxista y salgo pitando hasta la entrada principal.

La recepcionista me saluda con una sonrisa antes de preguntarme por mis intenciones. Como si no supiera perfectamente quién soy.

—Vengo a una entrevista de trabajo. Me esperan en recursos humanos. Soy Álvaro Cardona.

—Sí, aquí lo tengo —dice mirando su lista en el ordenador—. ¿Me permite el DNI, por favor?

Esta tía es tonta o quiere tocarme los huevos de buena mañana.

—¿De verdad vas a pedirme el DNI?

—Lo siento, señor Cardona, es el protocolo.

—Claro, perdona. —Saco la cartera y le ofrezco mi documentación. Tampoco es plan de insultar a la chica si sólo ejecuta las órdenes de su jefe, que, por cierto, ya no soy yo.

Después de colgarme la identificación en la solapa de la chaqueta —que a punto he estado de volver a cagarme en la tipa esta y en su puñetera madre cuando me ha dado la puta plaquita—, subo hasta el departamento donde me esperan. Enseguida diviso a Rafa, que esboza una media sonrisa al verme. Seguro que mi padre ya le ha tocado los huevos y el pobre hombre no sabe ni cómo atenderme.

—Señor Cardona —me saluda dándome la mano—, pase a mi despacho, por favor.

Juro que en este momento envidio a Rafa. Tiene un bonito despacho con

estanterías de madera, muy clásico, y una buena cantidad de fotos de su familia ocupa gran parte de su mesa.

Pero inspiro con fuerza y recuerdo que, precisamente, es eso lo que quiero conseguir, un empleo, cualquiera, en el lugar que me corresponde, aunque sea para chico de los recados. Debo ser paciente si quiero ir por el buen camino.

Rafa se sienta en su silla y comienza a hacerme las preguntas más triviales, a las que yo contesto con toda la paciencia del mundo. A continuación, aunque parece algo inseguro cuando comienza a carraspear, empieza a hacerme el mismo test que utilizan en la compañía para cualquier candidato que se crea lo suficientemente preparado como para trabajar en Industrias Cardona.

Que si por qué quiere usted trabajar aquí, que si está dispuesto a darlo todo por la empresa, que si posee capacidad de trabajo y organización, que si tiene ansia por prosperar...

Tal vez se crea esta gente que me voy a ofender o escandalizar por pasar todo este rollazo, pero no. Contesto diligentemente a cada una de las gilipolleces que me acaba de preguntar.

—Bien —termina diciendo—; si me acompaña, señor Cardona, quisiera hacerle pasar una última parte de la entrevista en otro lugar.

Lo acompaño con una sonrisa camuflada que no pienso mostrar... porque todo parece estar saliendo como yo imaginaba. Conozco demasiado bien el camino hasta el despacho de mi padre. Mi antiguo empleado toca a la puerta y la abre.

—Supongo que ya no necesito acompañarlo más —me susurra, a lo que yo asiento y le doy las gracias con un apretón de manos.

En fin, de momento, reto conseguido. Estoy de nuevo ante mi padre, aunque no se haya molestado en levantar la vista del ordenador.

—Puedes sentarte —se limita a indicarme.

—Gracias —le contesto, dándole un mayor aire de credibilidad al asunto.

Me quedo esperando minutos, en los que mi progenitor termina de hacer lo que quiera que esté haciendo. Después, se saca las gafas, se recuesta en la silla, cruza las manos sobre su abdomen y me mira fijamente. Su expresión es neutra y no podría descifrar ni en un millón de años qué es lo que está pasando por su cabeza.

—¿Por qué quieres volver a trabajar aquí?

No sé si esto vuelve a ser un test, aunque no lo creo. Algo veo en su mirada que me hace considerar que realmente le interesa mi respuesta.

—Porque es lo que mejor se me da hacer. Porque he trabajado aquí toda mi vida, desde que, siendo aún adolescente, venía después del instituto a fijarme en cómo lo hacía mi padre. Porque es mi vida. Porque, si no hago esto, temo que me convierta en algo que no quiero ser.

No ha cambiado su expresión ni su postura, pero observo sus manos, que están agarrotadas, y la presión de sus dedos forma círculos blanquecinos en la piel donde presionan.

—¿Estarías dispuesto a aceptar el puesto de auxiliar contable?

—Por supuesto.

—Bien. Entonces, el puesto es tuyo.

Creo que se me acaba de parar el corazón.

—¿Ya está? —le pregunto, aturdido—. ¿Así de fácil?

—¿No era eso lo que pretendías solicitando una entrevista para contable?

—Sí, por supuesto, pero pensé que mi padre, después de putearme durante meses, me lo pondría más difícil.

—¿Y lo has pasado muy mal durante este tiempo?

—No me digas que ahora te importa eso.

—Me importa. Eres mi hijo.

—Joder —murmuro—. ¿Me estás vacilando?

—No, Álvaro. No te estoy vacilando. —Tras un suspiro, se levanta y se acerca a la cafetera de la que dispone su despacho. Toma dos tazas y las llena de café negro, como sabe que me gusta; como nos ha gustado siempre a los dos. Coloca una de ellas frente a mí y él se queda en pie mientras bebe de la suya—. No te creas que durante todos estos meses no haya estado pendiente de tus andanzas.

—Lo imagino. Como ya te he dicho, para putearme y no dejarme trabajar en ninguna parte; para cerrarme las puertas a cualquier oportunidad de rehacer mi vida.

—¿Eso creíste, que te impedía trabajar en cualquier otro lugar para joderte la vida?

—¿Qué podías pretender, si no?

—¡Maldita sea!, a veces, a los hijos, hay que dárselo todo masticado. ¿No

pretenderías que dejara que ofrecieras tu experiencia y tu calidad a cualquiera de la competencia? Si no trabajabas aquí, no lo harías en ningún sitio.

—A ver, que yo me entere. —Arrastro la silla hacia atrás y me incorporo—. ¿Me estás alabando, o estoy tan desentrenado que ya no distingo si me insultas?

—Tú sabrás. ¿Crees en tu valía? ¿Crees en ti mismo?

—Sí, hasta que algunos me quitaron hasta la autoestima.

—No lloriquees, Álvaro. Seguro que todo este tiempo te ha venido bien para ampliar tu experiencia, para aprender a vivir lejos de la opulencia, para saber arreglártelas sin mí, sin la empresa y sin mi apellido.

Ahora ya flipo por completo.

—No me fastidies, papá. Dime que esto no ha sido una especie de reprimenda para que aprenda. ¡Como si me hubieses castigado sin consola!

—Un castigo que te merecías, Álvaro —me suelta tan tranquilo, después de beberse el café—. Lo que hiciste el día de mi boda estuvo francamente mal.

—¿Otra vez estamos con eso? Me cago en todo, papá. —No pensaba hacerlo, pero llevo encima la grabadora que utilicé el día que hablé con la mala pécora de Míriam. La saco del bolsillo y la pongo encima de la mesa. Cuando voy a ponerla en marcha, la mano de mi padre detiene el movimiento.

—No es preciso que hagas eso. Sé perfectamente lo que voy a escuchar.

Me lo dice con semblante fatigado, hastiado, pero con un sutil atisbo de brillo en sus ojos castaños, tan parecidos a los míos.

—En realidad —le digo, parando el movimiento de pulsar «Play»—, siempre creí que lo sabías todo. Mejor dicho, estaba seguro de que lo sabías. Eres demasiado listo como para que te engañen, aunque sea alguien con una cara bonita.

Sonríe, ahora de forma un poco más evidente.

—Tú también eres listo, Álvaro. Esperaba que, al final, hicieras exactamente esto que acabas de hacer: venir a tu lugar, solicitar lo que es tuyo, sin reproches, sin discusiones, sin más numeritos. Sencillamente, aguardaba a que estuvieras seguro de que puedes aspirar a cualquier puesto en esta compañía.

—¿Que lo esperabas? ¿Por qué no me explicas un poco de qué va este rollo? —le pregunto, totalmente desconcertado y furioso—. ¡Me da la sensación de que todo esto no ha sido más que una broma para ti, pero para mí ha supuesto una auténtica putada! ¡Me desheredaste, papá! ¡Me echaste de mi trabajo y de mi

propia casa! ¡No tengo nada! ¿Tan mal hijo he sido para ti?

—Siéntate, Álvaro.

—¿Que me siente?! —grito.

Mi voz comienza a quebrarse. No imaginaba que esta conversación pudiese resultarme tan difícil, y mucho menos algunas respuestas que me está dando mi padre. Lo estoy pasando francamente mal.

Le hago caso y me siento. Él me imita, acomodándose en su butaca. Apoya los codos sobre la mesa y comienza a hablar. Por cierto, lo primero que me dice me deja de piedra.

—Sigues siendo mi heredero, Álvaro, nunca te desheredé.

—¿Cómo?

—Estaba enfadado contigo, mucho, así que te hice lo peor que podía hacerte, pero sin llegar a hacerlo: decirte que estabas excluido de mi testamento.

—Joder —flipo totalmente—, ¿y mi apartamento?, ¿y mis cuentas?

—Tu apartamento sigue donde está. El último día que intentaste entrar en él estabas tan borracho que no sé qué harías con la llave, pero te aseguro que la cerradura continúa siendo la misma. En cuanto a tu dinero, no tuve más remedio que vaciar tus cuentas después de la boda. Era la única forma de obligarte a vivir sin nada. Sabía que te las apañarías bien y no me has defraudado.

—Joder, joder... —Me froto el rostro con las manos, intentando despejar mi mente—. ¿Y Míriam? ¿Qué papel juega ella en todo esto?

—No estaba enamorado de ella realmente —suspira—, pero me ilusioné. Sabía que me estaba utilizando, que sólo quería mi dinero, pero, ¿y qué? Yo sólo quería vivir, ser joven otra vez. Tú tendrías tiempo para rehacer tu vida, mientras que yo ya no tendría más oportunidad de volver a soñar que una mujer joven se interesara por mí. Porque sólo ha sido eso, un sueño.

Conmocionado es poco para describir cómo me siento.

—Quiero que vuelvas a trabajar conmigo —me pide—. Si estás dispuesto a empezar en el departamento de contabilidad.

—¿De verdad me vas a hacer trabajar ahí? —le digo medio en broma mientras me pongo en pie.

—Sólo será durante una temporada —me aclara—. Será beneficioso para ti convivir con la esencia de la compañía desde abajo.

—Más bien desde los cimientos —me pongo a rezongar—. ¿Y qué pasará

con tu mujer?

—Oh, ya tengo redactada la demanda de divorcio desde hace tiempo, esperando el momento oportuno. Y creo que ya ha llegado. No te preocupes, no se irá sin nada. Le he dejado la casa de la playa y un apartamento en el centro, aparte de una buena cantidad de dinero.

—No me preocupa nada esa mujer y lo que puedas dejarle. Por cierto, ¿y su embarazo?

—Te mentimos. Supuse que de esa forma te mantendrías más alejado de mí y además daría más credibilidad a la historia. Aunque me habría gustado... —suspira.

—Papá, por favor...

—Sí, tienes razón, ideas de un viejo chocho.

—No digas eso. Esa arpía no podía traerte nada bueno, y lo sabes. No entiendo que llegaras incluso a casarte con ella, a aguantar todo lo que nos hizo.

—Me hacía ilusión, era como llevar un bonito adorno. Joder, tengo que aguantar continuamente cómo otros tipos tanto o más viejos que yo se pavonean ante mí junto a sus mujeres jóvenes y sus amantes. Llevarla a ella del brazo era un complemento perfecto para cenas, reuniones informales... Llevo un montón de años solo, tengo más dinero del que podré gastar jamás... ¿Por qué no utilizarlo para darme ese capricho?

—Joder, papá. —Río alucinado—. Ella se ha aprovechado de ti y tú de ella, ¿no es eso?

—Más o menos. —Sonríe.

Dios, ahora, al contemplarlo más relajado, admito para mí cuánto lo he echado de menos. Necesito a mi padre, más que nunca. Y lo quiero.

—Papá... —le digo, sin saber por dónde continuar.

—Bienvenido a bordo de nuevo, hijo. —Se levanta, extiende su mano y yo se la estrecho, con fuerza. Creo que los dos nos estamos quedando con ganas de un abrazo, pero nos reprimimos. Pienso que cualquier otro momento puede ser el apropiado, que sobrarán ocasiones en las que nos podamos abrazar...

Ni hablar. La vida no se puede desperdiciar de esa manera, como una chica me ha enseñado. Una mala mujer nos distanció y tendremos que convivir con ello como parte del camino, pero no pienso postergar nunca más las cosas que deseo. Sin que él lo espere, lo estrecho entre mis brazos.

—Gracias, papá —le digo, intentando aguantar las lágrimas, aunque no tengo muy claro si lo consigo.

—Gracias, ¿por qué? —me contesta igualmente emocionado.

—Por perdonarme. Me comporté como un gilipollas y un inmaduro y ahora soy, o creo que soy, mejor persona que antes.

No me responde nada. Se limita a palmear mi espalda antes de volver a darme órdenes.

—Vamos, deja de seguir con tus lamentaciones y tu vida plácida. Ha llegado el momento de dejar de hacer el vago y conformarte con tan poco. Tu puesto de auxiliar contable te está esperando. ¡A trabajar!

Qué ganas tenía de oír eso.

CAPÍTULO 29

Sofía

—¿Acabas de recordar de qué conoces a Álvaro? ¿Y por eso dejas a Hugo en vuestra cama y estás a punto de llegar tarde a tu trabajo?

—Ven aquí, Sofía. —Noe me coge de la mano y me lleva hasta mi habitación, para sentarme luego frente a mi portátil—. Busca en Google a Jaime Cardona.

—¿Jaime Cardona? —pregunto con el ceño fruncido—. ¿El tío ese millonario que se ha hecho con la mayoría de las marcas de ropa? Creo que tu empresa pertenece a su monopolio, ¿no?

—Tú teclea —me manda.

Como ya me esperaba, surge una fotografía del empresario y una breve biografía, enlaces, noticias... pero que no me interesan un comino.

—Ya veo, un tío podrido de pasta. ¿Y?

—¿Ves donde pone «hijos»? —me pregunta—. Sólo tiene uno. Clica encima de su nombre.

Aparece como único hijo Álvaro Cardona.

Ay, Dios...

Obedezco a mi amiga, clico y, como ella esperaba y yo me estaba empezando a temer, la pantalla me muestra una fotografía de Álvaro junto a otra pequeña biografía.

De Álvaro, de mi Álvaro. De Marcel, de mi personaje. Mío, mío, mío...

—Estaba segura de que lo había visto —relata Noe—. Fue en una reunión hace ya casi un año. Me fijé en él, cómo no hacerlo, tan atractivo, tan seguro de sí mismo, tan encantador. Nos lo presentaron como el vicepresidente del Grupo

Temex, hijo del presidente, Jaime Cardona, y futuro candidato a sustituir a su padre.

«Vicepresidente... Grupo Temex... millonarios...»

Creo que tengo un pitido ahora mismo dentro de mi cabeza que me hace dudar de si todo lo que escucho es real. Pero mi vista sigue fija, perdida en la fotografía que ofrece Wikipedia de Álvaro. Aparece en ella trajeado, con un maletín en la mano mientras accede a un moderno edificio. No mira a la cámara, pero ni falta que hace para que pueda reconocer en él a la persona que la noche pasada me hizo el amor durante horas y me dijo «te quiero» bajo la lluvia.

—No me lancé a saco sobre él —continúa Noe— porque todavía no me habían ascendido y no tenía muy claro si aceptaría acostarse con una simple empleada, pero me insinué, esperando tener un rollo con él. Joder, estaba buenísimo y era el hijo del tío más rico del país, incluido ya en la lista Forbes. Tuve que retroceder cuando me enteré de que estaba liado con su secretaria. Había babeado tanto por él que no me había fijado en que no le quitaba el ojo de encima.

No sé si estoy escuchando a mi amiga u oigo voces extrañas a mi alrededor. ¿Está hablando de Álvaro?

—Liado con su secretaria —es lo primero que digo—. Qué topicazo.

—No se sabe mucho de su vida personal, ya lo ves —sigo percibiendo el eco de la voz de Noe—. El padre está casado en segundas nupcias, él es el soltero más cotizado del país... Por favor, ¿cómo no lo reconocí? Me dan ganas de darme de hostias por no acordarme en su momento y desenmascararlo en medio de todos.

—No importa —afirmo mientras bajo la tapa del portátil.

—Supongo que nunca te contó nada —prosigue, furiosa—. Cabrón de mierda... ¿De qué iba ese imbécil, haciéndose pasar por un pobre muerto de hambre que tenía que subsistir apuntándose en una puta agencia de modelos y actores fracasados?

—Y yo qué sé. —Como una auténtica zombi, me levanto y abro mi armario, saco unos pantalones y una camiseta y me desprendo del albornoz para vestirme—. Imagino que estaba aburrido. O tal vez era un juego de rol, de esos que practican los ricos porque en sus vidas ya tienen de todo. O una apuesta, vete tú a saber.

Ya imagino a un grupito de tíos ricos a los que la vida ya no puede ofrecerles nada nuevo, apostando billetes de quinientos euros a ver quién de ellos hace la gilipollez más grande.

Cojo una pequeña mochila y comienzo a meter en su interior algunas prendas de ropa y aseo. Noe frunce el ceño, interrogante, pero, antes de tener tiempo de preguntarme, oímos el ruido de la puerta de la calle. Es Sandra, cuyos pasos escuchamos acercarse hacia mi habitación.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta al verme.

Yo sigo zombi. Me desprendo de la toalla que rodea mi cabello y paso un peine por él. Apenas soy consciente de lo que hago.

—Acabo de recordar de qué conozco a su querido Marcel —aclara Noe—, y parece ser que no ha mentado sólo a las lectoras de Sofía.

—¡Hostias! —exclama Sandra, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Mierda! ¡Debería haberte dicho algo, pero Miguel me hizo prometer que no te explicaría nada!

—¿Tú lo sabías? —inquire Noe.

—Sí —suspira a la vez que se sienta en el filo de mi cama—, desde hace poco. El día que Álvaro habló en francés, me mosqueé bastante. No me cuadraba su historia de chico sin recursos. Le apliqué a Miguel el tercer grado, bajo amenaza de dejarlo sin sexo hasta que las ranas criaran pelo, y no tuvo más remedio que contarme su secreto.

—¿Y no pudiste decirnos algo a nosotras?

—¡Joder, Noe, también sé cumplir promesas! Y yo prometí no contarle sabiendo que Álvaro lo haría lo más pronto posible. Pero, Sofía —me dice, agarrándome de las manos—, no pienses mal de él. Miguel me contó que estaba pasando por un mal momento, tanto personal como laboral, y que por eso...

—¡Oh, vamos! —la corta Noe—. Ya ves tú, pasando un mal momento, menuda pena siento yo por esa gente. Y Miguel, otro que tal baila. Es su amigo, tía, y no va a hablar mal de él delante de ti para que se lo puedas chivar a Sofía.

—Perdona, guapa, pero Miguel no me miente desde que le canté las cuarenta. Y me ha dicho que Álvaro se peleó con su padre porque...

—Porque se casó con su amante —termino yo la frase—. O quizá eso también sea mentira. Dejadlo, chicas, no me interesa escuchar ni una palabra más sobre Álvaro, su padre, su dinero, secretarias o amantes. Todo me importa

una gran mierda.

Me echo al hombro mi mochila de corazones rosas y me dirijo a la puerta.

—Pero ¿adónde vas? —me gritan ambas.

—No tengo ni puta idea —les contesto antes de cerrar y bajar hasta la calle.

CAPÍTULO 30

Álvaro

Mierda, tan concentrado estoy en mi trabajo que no me he dado cuenta de la hora que es. Claro, han puesto sobre mi mesa tal cantidad de curro que, entre las montañas de informes y el tiempo que llevo pegado a la pantalla del ordenador, posiblemente acabe con cinco dioptrías de golpe.

Por un lado, sonrío, porque sé que esto es parte del plan de mi padre — ponerme en la piel del trabajador que se siente explotado y con ganas de matar a su jefe—, pero, por el otro lado, es eso precisamente lo que deseo ahora mismo, matar a mi jefe.

En fin, digo yo que tengo derecho a un descanso, así que cojo mi móvil y aprovecho para volver a llamar a Sofía mientras me voy en busca de la máquina del café. Qué extraño. No me lo ha cogido ni una sola vez, ni ha contestado a los mensajes, ni siquiera los ha mirado. Ahora, incluso, me dice la grabación que su móvil está desconectado.

Compruebo mi reloj. Todavía queda una hora para salir y he de cumplir el horario si quiero que el acuerdo con mi padre siga adelante. Mi mente se reparte entre la importancia de lo que estoy haciendo, pues es lo que he estado deseando y lo que he soñado hacer las últimas noches de mi vida, con la preocupación por no saber de Sofía.

Por fin, he terminado. Bueno, me refiero a que es la hora de salir, porque la tarea que me han endosado no la acabo ni en un año. Incluso el resto del personal de esta sección administrativa ya se ha largado, dejándome más solo que la una. No es que hayan sido bordes, pero entiendo que no sabían ni cómo dirigirse a mí y, para evitar cualquier problema, han pasado de dedicarme más

palabras que un simple saludo.

—¿Qué tal tu primer día? —Me sobresalta la voz de mi progenitor.

—Genial. —No pienso quejarme—. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí hasta tan tarde?

—Últimamente es el lugar donde mejor me encuentro. Por cierto, no iría mal que repasaras unos informes que me acaban de pasar de...

—Papá —lo interrumpo al tiempo que cojo mi chaqueta del perchero y me la coloco—, de verdad que voy a trabajar como nunca, que lo haré de puta madre, pero hoy necesito hacer algo. Tengo que irme.

—¿Una chica? —inquieta con una sonrisilla—. No me digas que también vas a tener que agradecerme eso, conocer a una mujer que te haga centrarte.

—No sigas alardeando de lo que me hiciste —respondo—. Pero sí, casualmente sí tengo que admitir que la he conocido durante este período extraño y de una forma bastante peculiar, por decirlo de alguna manera. El problema es que aún no sabe mi identidad y tengo que decírselo ya.

—Estaría bueno —ríe mi padre— que el problema fuese que en realidad seas rico, después de que durante años sólo atrajeras a un montón de codiciosas dispuestas a clavarte sus colmillos para chuparte la sangre.

—Sofía no es así —afirmo convencido—. Es diferente; es especial. Le gusto yo, no mi dinero.

—Me alegro por ti.

A pesar de que, con certeza, a los dos se nos está pasando por la cabeza lo mismo, ninguno de los dos osa mencionar a la persona en la que estamos pensando. La mujer que apareció en nuestras vidas para ocasionar un maldito caos.

Me despido de él y de los pocos comerciales que aún están pegados a sus teléfonos, salgo del edificio y cojo un taxi para presentarme lo más rápido posible en el domicilio de Sofía. Estoy expectante y el corazón me galopa a mil por hora, deseando hablar con ella, contárselo todo, desde quién soy y cómo me llamo hasta la historia completa de Míriam y mi padre. Ya no quiero tener más secretos con Sofía. Ya no quiero pensar que nada nos pueda separar.

Es ya de noche cuando llego a su inmueble de apartamentos. Subo en el ascensor, toco el timbre y me abre una de sus amigas. Noe creo que se llama, la chica morena que dijo reconocerme. Yo, la verdad, no la recuerdo de nada. Supongo que debí topármela hace tiempo en cualquier reunión, pero era una

época en la que todas las mujeres que pasaban por mi vida intentaban hacerme ojitos para que me fijase en ellas y estaba hasta los huevos. Nunca me gustó liarme con nadie del trabajo, pues luego te las encuentras llorando por los rincones o exigiendo demasiado.

Más me hubiese valido recordar eso cuando me lie con Míriam. Debí darme un golpe ese día, pero también es cierto que de los errores se aprende.

—¿Qué quieres? —Aunque está buenísima, la tía no se ha podido mostrar más beligerante. Ha cruzado los brazos sobre el pecho y se ha apoyado en el marco de la puerta, en plan «no pasarán».

—Vengo a ver a Sofía.

—No está.

—¿Dónde está? —le pregunto, obviando su actitud irritante—. Llevo todo el día intentando contactar con ella y...

—Ni idea. Que te sea leve. —Y me da con la puerta en las narices. Joder.

Vuelvo a tocar al timbre y vuelve a abrirme la tía buena con modales de bulldog.

—Oye, creo que he sido bastante amable como para que me cierres la puerta en los morros. Sólo te estaba preguntando por Sofía.

—Y yo te he dicho, amablemente, que no sé dónde está. —Y vuelta a cerrar la puerta.

Me cago en la puta.

Paso del timbre y comienzo a aporrear la puerta, dando fuertes golpes a la vez que me pongo a gritar.

—¡O me abres ahora mismo o tenéis concierto para rato! ¡Abre de una jodida vez!

—Maldita sea —murmura cuando vuelve a abrir—, bastante mal nos miran algunas vecinas como para andar montando numeritos. ¿Por qué no te largas de una vez?

—¿Qué coño te pasa conmigo? —le demando totalmente exasperado.

—A mí no me pasa nada, pero no me gusta que engañen a mis amigas, Álvaro. ¿O debería llamarlo señor Cardona?

Mierda; mierda; mierda.

—Por favor, quiero verla —le pido desesperado—. ¿Se lo has dicho?

—Si te refieres a que eres realmente el vicepresidente de un monopolio, que

eres rico, que heredarás un montón de millones de euros y que te sueles liar con tus secretarias, pues sí, se lo he contado. Es lo que acostumbra a hacer la gente con quien les importa, contarles las cosas.

Cierro los ojos y me paso la mano por el pelo una y otra vez. Hacía tiempo que no sentía este frío que me invade ahora mismo por dentro, este malestar en el pecho, esta incertidumbre mezclada con impotencia. Resumiendo: miedo.

—Por favor, Noe —le ruego—, déjame hablar al menos con Sandra.

—Ella tampoco sabe nada.

—Por favor —vuelvo a suplicar—. Es muy importante que me dejes hablar con ella. Puedo perder a la mujer que amo, y te aseguro que no voy a darme por vencido. Si es preciso, me quedaré aquí en el rellano y no me iré hasta que me dejéis entrar. Y te aseguro que llevo meses aguantando cosas peores. Soy capaz de dormir en el suelo si hace falta.

La chica bufa y me mira a los ojos. Creo que ha leído sinceridad en ellos, o quizá le he dado tanta pena que le he recordado a un perrito apaleado, pero, al final, lo que importa es que se ha echado a un lado para dejarme entrar.

—Está bien, pasa —refunfuña—, pero que conste que no va a variar mucho la cosa. Sandra tampoco sabe nada.

Desaparece por el pasillo y va en busca de su amiga, que aparece al momento en albornoz desde el cuarto de baño.

—¡Álvaro!

—Dime dónde está Sofía, Sandra, por favor. —Me acerco a ella con rapidez y la tomo de las manos—. Sabes que pensaba decírselo en cuanto solucionara mis propios problemas con mi padre. No podía decirle «antes era rico, pero no tengo claro si continuaré siéndolo».

—Lo siento, Álvaro, pero tampoco sé dónde puede estar. Ha apagado el móvil y no sabemos nada de ella.

—Joder —suelto derrotado.

Las dos chicas me observan con lástima, incluso Noe.

—Tengo que encontrarla —les digo—. ¿Podéis ayudarme?

—Pues...

Las dos se miran. Parecen debatirse entre decirme algo o mandarme a freír espárragos, pero puede que la suerte me acompañe si recuerdan sus propias historias recientes. Ambas están enamoradas y saben lo que es estar a punto de

perder a la persona que amas.

—Ahora mismo Sofía es de lo más imprevisible —interviene Sandra—, por lo que puede haberle dado por hacer cualquier cosa, como buscar una pensión para pasar la noche. Pero las dos creemos —mira de reojo a su amiga— que sólo tiene a su madre, aparte de nosotras, y que, a pesar de que no tienen *feeling*, no le quedará otro remedio que ir a su casa.

—¿Dónde vive su madre?

Sandra duda, pero Noe niega con la cabeza, cruzada de brazos todavía con pose intransigente.

—Estará bien hacerlo sufrir un poquito —suelta la muy arpía—. Dejémosle que nos suplique un poco más.

¿Ésas tenemos? Pues la tía buena pero borde como ella sola no tiene ni idea de con quién se está topando.

—De acuerdo —contesto mientras me siento en el sofá—, si eso es lo que buscáis, hacerme esperar, pues lo haré desde vuestra propia casa.

Lentamente, me deshago de la chaqueta, me aflojo la corbata y me saco los zapatos y los calcetines, que tiro en medio del bonito y ordenado salón. Me tumbo en el sofá y cojo el mando de la tele para ponerla en marcha.

—Os agradecería que me trajerais algo para picar o beber, pero, si os resulta mucha molestia, ya me pasaré yo por la nevera. Ah —termino diciendo—, y os informo de que no puedo estar mucho rato en casa con el traje puesto porque me empieza a picar todo. En cuestión de minutos me habré quedado en gayumbos.

—Este tío es gilipollas —comienza a rezongar Noe mientras se aleja del salón.

—Vamos, Noe —la intenta convencer Sandra—, digámosle la dirección de Elena para que pueda arreglarlo con Sofía. Ella lo hizo por ti.

—Lo sé —oigo bufar a su amiga—, pero me encanta darle a los tíos una cura de humildad.

Veremos a ver quién aguanta más.

CAPÍTULO 31

Sofía

Camino sin rumbo durante un buen rato. Cruzo calles y avenidas, me muevo entre la gente que abarrota las aceras, miro a mi alrededor sin ver nada en realidad...

He sido totalmente sincera al decir que no tengo ni puta idea de mi destino, pues acabo de percatarme de que no tengo adónde ir. He dejado atrás a mis únicas amigas, no tengo familia, a casa de mi madre no voy ni borracha... Joder, qué mierda me parece todo.

Decido sentarme un rato en la terraza de una cafetería. Hace calor, tengo sed y estoy hasta las narices de caminar. Le pido una Coca-Cola al camarero y me la trae a los pocos segundos, con rodajita de limón y todo.

—¿Desea algo más?

«Sí, que te largues y dejes de mirarme las tetas.»

—No, gracias —le contesto antes de dar un trago. Igual se piensa éste que vengo sola a este bar tan *cool* para ligar. Si él supiera... Ahora mismo cogería a todos los tíos del planeta y los pondría en fila desnudos para pasarles revista motosierra en mano.

Es precisamente la voz de un tío la que pronuncia mi nombre. Estoy tan absorta en mis sueños de venganza que apenas lo reconozco hasta que no lo tengo delante.

—Sofía, ¿qué tal, cómo estás?

Levanto la vista y, por un instante, me quedo sin palabras al descubrir a David de pie frente a mí. Va impecablemente vestido y peinado, como siempre. Lleva un maletín negro en la mano y se desprende de sus gafas de sol graduadas

para saludarme.

Si me lo hubiera encontrado unas semanas antes, lo habría mandado a la mierda aquí en medio, pero es lo que tiene el tiempo, que suaviza, incluso llega a borrar los recuerdos que en su momento nos dolieron tanto. Bendito tiempo.

—Hola, David —le devuelvo el saludo—. Estoy bien, ¿y tú?

—Bien también, gracias. ¿Me permites sentarme?

Coloca una mano en el respaldo de la silla que hay frente a mí, dispuesto a acomodarse a mi lado. Joder, me parece un poco extraño, pero, oye, ¿puede ocurrirme algo peor de lo que me ha pasado en los últimos meses? Además, siento que el rencor que sentía por él ha desaparecido, como humo que se desvanece.

—Claro —le respondo.

David se desprende de la chaqueta del traje y la cuelga en la silla. Se sienta y le hace un gesto al camarero para que le traiga un refresco igual al mío. Siempre tan educado, tranquilo y metódico. No guardo de él recuerdos divertidos ni demasiado bonitos, pero un leve cosquilleo me invade por dentro al pensar que un día fuimos pareja y compartimos nuestras vidas.

—¿Qué tal aquel ascenso? —comienzo preguntando. Entiendo que tocar el tema profesional es más seguro que el personal—. ¿Te lo dieron?

—Sí —responde ilusionado—. Se hicieron de rogar, pero al final me lo concedieron. ¿Y qué tal tu novela? La veo en tantas librerías que imagino que vendes muchas.

—No me puedo quejar, aunque la próxima volverá a ser de misterio. A falta de título, ya está en manos de Estela.

—Me alegro —me dice. A continuación, nos envuelve un silencio algo tenso. Tal vez porque ambos presentimos el próximo tema de conversación—. Sofía, quizá no sea el momento ni el lugar, pero he querido acompañarte porque era ahora o nunca, pues todavía no había tenido ocasión de pedirte perdón.

—No es necesario, David, en serio...

—Sí, lo es —me interrumpe—. De verdad, Sofía, no sabes cuánto lamento que las cosas sucediesen de aquella forma. Nunca quise hacerte daño; pensaba hablar contigo, pero todo se precipitó y ya no tuve oportunidad.

—¿Sigues con... ella, la pelirroja?

—Sí, vivimos juntos y estamos pensando en casarnos.

Genial. Lo que me faltaba para redondear mi día y hacerme sentir todavía más penosa. Parece ser que cualquiera encuentra su felicidad menos yo.

—Lo siento, Sofía, te juro que siempre pensé que deseaba lo que teníamos, aquella estabilidad, aquella tranquilidad... pero entonces conocí a Elsa y empecé a experimentar cosas que nunca creí necesitar sentir. Me sentía más vivo que nunca y, aunque sigo siendo algo serio y calculador, creo que encontramos el justo equilibrio. Yo te quería, pero de otra forma.

—Nos ha jodido —le digo risueña para que no me vea molesta—. Y tanto que era de otra forma.

—¿Nunca echaste de menos hacer alguna locura? —me pregunta. Sé que es sincero, porque sus ojos brillan como nunca lo han hecho—. No sé, besar y reír más, hacerlo en público, gritar a los cuatro vientos que amas a alguien, lanzarte a hacer algo sin un plan preestablecido...

Coño, qué ganas de llorar me están entrando. Claro, David y yo éramos dos personas parecidas, demasiado parecidas, y necesitábamos encontrar a esas otras personas que nos proporcionaran el equilibrio necesario con sus diferencias. Él dio con la tal Elsa y yo encontré a...

—¿Nunca te has enamorado de la persona que creías menos indicada para ti? —continúa preguntando—. ¿De aquella a quien te entran ganas de matar, pero que al mismo tiempo deseas besar y hacerle el amor contra la pared?

Joder...

—¿Sabes una cosa que me prohibieron de niño y que siempre deseé hacer? Saltar sobre los charcos, ponerte perdido. Pruébalo, te encantará. Puede servirte hasta de terapia antiestrés.

Ahora ya no puedo parar las dos lágrimas que bajan por mis mejillas, aunque al mismo tiempo esté riéndome.

—Sí —le digo entre risas y llanto—, eso es precisamente lo que hice ayer.

—¿Por qué lloras, entonces? —Tan caballeroso como recuerdo, saca un pañuelo y me lo ofrece para que seque mi rostro.

—Es... demasiado largo de explicar, demasiado complicado.

—Pues simplifícalo —me pide con ternura—. Eres la chica más lista que he conocido nunca y seguro que eres capaz de separar lo bueno de lo malo, lo simple de lo complejo, para, al final, decidir si merece la pena. Nada es tan complicado como nos suele parecer a priori.

—¿Por qué nunca tuvimos conversaciones de este tipo tú y yo? —pregunto riendo y llorando—. Hacía tiempo que no me sentía tan a gusto conversando con alguien.

—Podríamos ser amigos —me propone.

—Me encantaría.

—Pues ya sabes. Si acabas simplificando las cosas, llámame y quedamos.

—Te cojo la palabra.

—Eso espero. —David se levanta, deja dinero sobre la mesa, se coloca la chaqueta y coge su maletín. Se agacha sobre mí y deposita un beso en mi mejilla —. Hasta pronto, Sofía.

—Adiós, David.

* * *

La conversación con mi exnovio me ha dejado bastante buen sabor de boca, pero también me ha deprimido un poco, porque me ha hecho temer que, teniendo mi propia felicidad al alcance de la mano, la estoy dejando escapar.

En fin, por muchas vueltas que le dé, no me apetece para nada meterme en cualquier antro para pasar la noche, o varias noches según me encuentre de ánimo. Así que, mal que me pese, vuelvo a estar frente al edificio donde vive mi madre. Eso sí, si me encuentro con que está acompañada por cualquier tipo, me largo.

—¡Sofía! —exclama al verme en la puerta—. Vaya, algo te debe de estar pasando para que te presentes en mi casa dos veces tan seguidas.

—No tenía otro sitio adonde ir.

—Pues muchas gracias por chafarme la ilusión —me suelta con una mueca.

Lo primero que hago es mirar a mi alrededor. Al menos, la casa parece limpia y recogida, a pesar de su esperpéntica decoración. Y mi madre está vestida, aunque lleve unos *shorts* y un *top* que yo no sería capaz de ponerme por no estar recomendados para mayores de quince años.

—¿Estás sola? —inquiero—. ¿No sigues con el camionero?

—Se dedica al transporte internacional. —Se enciende un cigarrillo y expulsa el humo hacia el techo—. Ya me va bien que sólo me dé el coñazo de tarde en tarde —añade, y ríe su propia gracia.

—¿Podría quedarme aquí esta noche? —La verdad, no tengo muchas ganas de conversación.

—¿Qué te ocurre, cariño? Se te ve tan desvalida, con tu mochila al hombro y esa cara de niña perdida...

Ésa es la imagen que debo de desprender, con mis vaqueros descoloridos, mis deportivas blancas, mi coleta alta y mi camiseta de Minnie.

No me abraza muy fuerte, pero le reconoceré el esfuerzo de pasarme el brazo por los hombros. Joder, es mi madre y me gustaría contarle tantas cosas y que ella me consolara...

—Nada, mamá, que después de darte a ti la vara con el tema de los tíos, voy yo y me dejo engatusar por uno. ¿Recuerdas al tío bueno que se hacía pasar por mi novio en las firmas de mi novela? Pues resulta que...

Y aquí estoy yo, desahogándome con ella a pesar de saber que nunca le ha interesado mucho mi vida.

—Entonces, ¿en realidad es rico? —me plantea con los ojos muy abiertos y con un brillo de codicia que ya conozco.

No sé ni para qué le cuento nada.

—Ven, cariño. —Al comprobar que no le sigo nada el rollo, me toma de la mano y me lleva hacia una habitación—. Te veo cansada. Duerme o échate un rato, si te apetece.

Y me quedo pasmada en cuanto veo el lugar al que me ha guiado.

¡Es mi cuarto y está tal y como yo lo dejé antes de decidir largarme de casa!

Mi cama, con su colcha rosa; las paredes cubiertas de fotografías de Paul Walker; las estanterías rebosantes de novelas de Agatha Christie y peluches; mi escritorio con mi viejo ordenador...

—Dios, mamá, mi habitación... está idéntica...

Y rompo a llorar como una niña. Estoy tan cansada hoy...

—Vamos, vamos —me consuela, a su manera, con unas palmaditas en la espalda—, no te pongas triste. Nunca me apeteció dismantelarla, y te prometo que nadie ha vuelto a dormir aquí.

Creo que es lo más bonito que me ha dicho mi madre en mi vida.

—Gracias, mamá.

Me deja sola y suelto mi mochila sobre una pequeña alfombra lila que hay junto a la cama. Me tumbo sobre la colcha, pero, antes de intentar cerrar los ojos,

extiendo mi mano hacia la mochila para extraer una novela que me he echado en ella por si me encontraba en esta situación. Es la última de Diego Silva, la cual no he tenido tiempo de empezar todavía. La abro y vuelvo a leer su dedicatoria, de nuevo emocionada por haber conseguido algo tan importante para mí, mientras descifro su escritura angulosa y elegante.

Por cierto... algo ha cambiado desde que leyera sus palabras, algo que me hace pensar y que me lleva a interpretar algo diferente entre esas pocas líneas...

*A veces, sin buscarlo, encuentras ese sueño que persigues hace tiempo.
Tal vez tú ya hayas dado con el tuyo.
Con cariño para Sofía,
Diego Silva*

¡Hostias! ¡Un montón de cabos acaban de atarse!

¿Cuál es mi sueño? ¿Qué es lo que más ansío saber desde que tengo uso de razón?

Me levanto de un salto, corro y me planto ante mi madre, que está fumando sentada frente al televisor. Le muestro el libro en alto.

—¡Mamá!

No me salen las palabras, pero creo que ella me ha entendido con rapidez.

—Sabía que acabarías descubriéndolo.

—¿Diego Silva es... mi padre?

—Sí, Sofía —suspira—. Él es tu padre. Y que conste que, después de saber que sus novelas le daban pasta, a pesar de haberlo conocido en sus peores tiempos, jamás le exigí nada.

—¿Le llegaste a comunicar mi existencia?

—Pues... no —afirma tan tranquila—. La verdad es que no.

—¡Joder, mamá! ¡Pues está claro que, por su dedicatoria, lo sabe!

—Lo sospecha, desde hace poco —me aclara—. De mi boca jamás salió una palabra que pudiese llevar a descubrir quién era tu padre. Nunca le ofrecí un hueco en mi vida, seguramente por ser un muerto de hambre, pero no tuve corazón de reclamarle nada cuando las cosas le fueron mejor. Se casó y rehízo su vida, y no era plan de presentarme contigo a ponérsela patas arriba.

Parezco un pasmarote, aquí en medio, con la novela todavía entre las manos.

Acabo de averiguar quién es mi padre y no tengo ni idea de qué hacer.

—¿Te gustaría conocerlo, hablar con él? —me pregunta, aún relajada. Me dan ganas de darle con el ejemplar en la cabeza—. Sé dónde vive.

—¿Estás de coña, mamá? ¡Claro que quiero verlo!

—Pues lávate un poco esa cara y ponte en marcha. Puedes coger un autobús y estar frente a su casa en poco más de una hora.

—¡Ahora mismo! —La obedezco como si volviera a tener doce años.

¡Dios! ¡Qué poco queda ya de mi vida ordenada!

* * *

Tal y como me ha dicho mi madre, desde que partiera de la estación de autobuses sólo he tardado una hora en llegar. En este instante estoy frente al domicilio de Diego Silva, una bonita casa blanca rodeada por una valla de arbustos. Con mi euforia no me he dado cuenta hasta ahora de lo tarde que es y tal vez estén cenando o se hayan ido todos a la cama. Además, tampoco me parece muy acertado presentarme ante una mujer que posiblemente desconozca mi existencia.

De pronto, veo encenderse una luz a través de los cristales ahumados de la puerta de entrada. Un hombre sale hacia el porche y se sienta en una butaca de mimbre. Puedo observar perfectamente el resplandor de la llama de un mechero y el punto de luz del cigarrillo. Yo me he dejado caer en la pequeña verja de hierro, de tal manera que, por seguir su silueta con la vista, un pie acaba resbalando y causando un ruido metálico que se oye en mitad del silencio.

—¿Quién anda ahí? —pregunta él acercándose a la puerta. Que si me voy, que si me quedo, acabo sin hacer nada, parada ante la verja—. ¡Llamaré a la policía si no se identifica!

—Soy yo —digo sin gritar demasiado—. Siento no haber avisado de que vendría, y ya es muy tarde; debería irme, no sé qué pinto aquí...

—¿Sofía? —exclama sorprendido al verme—. ¿Sofía Valverde?

—Buenas noches, señor Silva —saludo avergonzada.

—Lo normal sería preguntarte qué haces aquí —me dice abriendo la puerta metálica para invitarme a pasar—, pero creo que tú y yo ya lo sabemos.

Camino mientras lo sigo hasta el porche y los dos nos sentamos en sendas

sillas de mimbre. Sobre la mesa que tenemos delante hay un bolígrafo y un bloc de notas.

—Cuando mi mujer se va a la cama, aprovecho para salir un poco al fresco, fumar un pitillo y, si me inspiro, tomar unas notas. ¿Quieres uno? —Me ofrece un cigarrillo.

—Pues mira —le digo tomándolo entre mis dedos—, no fumo desde mi época de instituto, pero creo que hoy lo necesito. —Me lo enciende, aspiro con fuerza y suelto el humo que ha pasado previamente por mis pulmones. Noto una cierta aspereza, pero, al menos, no me he puesto a toser.

—¿Cómo está tu madre? —me pregunta, aunque detecto sólo cortesía al hacerlo.

—En su línea —contesto. ¿Para qué adornarlo?

—Ella nunca me contó nada —empieza por decirme.

—Y... ¿cómo lo supiste? —Abro su novela dedicada—. Estas palabras demuestran que ya lo sabías.

—Fue hace un par de años, echando un vistazo a las últimas novedades. Se publicó tu primera novela de misterio y me llamó la atención tu apellido, el mismo de Elena. Luego vi tu fotografía y se me despejaron las dudas. Tus facciones, tu cabello rubio... —Con una triste sonrisa, se pasa una mano por el pelo, casi blanco, antaño tan rubio como el mío—. Localicé a tu madre, la llamé y le pregunté, pero tú estabas entonces inmersa en tus novelas, una importante editorial te las publicaba, y no creímos oportuno perturbarte. Fui a verte en alguna ocasión y te mostrabas feliz y tranquila.

—Pues no lo entiendo, la verdad —suelto molesta—. ¿Quiénes erais vosotros para no intentar perturbarme? ¡Eso tendría que haberlo decidido yo! ¿O es que no imaginas las veces que me pregunté quién sería mi padre? ¡Pensé que mi madre, con sus locuras, ni siquiera lo sabría!

—Lo siento —dice con extremada parsimonia—. A veces uno se equivoca.

—Dios —susurro por fin, mirándolo—, eres mi escritor favorito; tus novelas me apasionan y me sirvieron de inspiración... ¡¿Cómo coño no me dijo nadie que eras mi padre?! ¡Tendría que coger a mi madre y estrangularla!

—No la condenes —intenta sosegarme—. Ella sólo ha sido una luchadora.

—Pero ¡si te dejó porque no tenías un céntimo! ¡No ha hecho más que buscar tíos que la mantengan!

—Bueno —sonríe—, yo tampoco era un santo, si la conocí donde la conocí. El caso —coloca su mano sobre la mía— es que estamos aquí y hemos cumplido unos cuantos sueños, ¿no te parece?

—Sí... más o menos —acepto con una mueca.

—¿Algún problema con tu próximo libro o con tu editora?

—No, no, todo genial.

—Entonces, ¿un hombre?

—¿Qué hacer —le pregunto, sin saber por qué coño le cuento mi vida— cuando, a pesar de que te haya engañado, continúas queriendo a esa persona?

—Investigar la causa de esa mentira; saber si tuvo suficientes motivos para ello; aclarar tus sentimientos; averiguar los suyos. No salir huyendo, como hice yo.

Lo mismo que durante estos últimos meses de mi vida me han pasado cosas inverosímiles y absurdas, también estoy encontrando a personas que ha merecido la pena conocer. Una sensación de paz y de sosiego me invade mientras estoy aquí, hablando con mi padre.

Joder, mi padre...

—Creo que será mejor que me vaya —le digo, tras un suspiro—. Tengo algunas cosas que arreglar. —Sonríe—. ¿Puedo volver a verte?

—Puedes venir cuando quieras, Sofía.

—Pero ¿y tu mujer?

—Lo sabe. Seguro que está deseando hacerte unas cuantas galletas de su especialidad. Nosotros no tenemos hijos.

—Vaya —digo apesadumbrada—. Pensaba preguntarte si tenía algún hermano por ahí.

—Pues no, lo siento. Tu familia sigue siendo muy corta.

—Pero al final —replico al ponerme en pie y colocar mi mochila sobre mi hombro—, resulta que tengo familia. Un poco rara, pero familia al fin y al cabo.

CAPÍTULO 32

Álvaro

Al final no ha sido necesario que me quedara en gayumbos, pero no ha ocurrido precisamente por la generosidad o la empatía de Noe, porque, por ella, debería estar arrastrándome todavía para suplicarles. No digo que no lo hubiera hecho, ni que Sofía no lo merezca, pero, por suerte, Sandra se ha apiadado de mí y me ha camuflado un pedazo de papel bajo la taza de un café que me ha preparado.

Y gracias a ella, aquí estoy, delante de la puerta de Elena Valverde, la madre de Sofía. Iba a picar al timbre, pero, observando cómo parece tener las tripas fuera, mejor decidirse por el clásico aporreo de nudillos sobre la madera si no quiero acabar electrocutado.

—¿Sí? —pregunta una mujer asomada por entre la rendija que deja la cadena de seguridad.

—Perdone la hora, Elena, pero necesito ver a su hija. Soy Álvaro Cardona. Cierra la puerta y vuelve a abrirla desprovista de la cadena.

—Oh, el millonario mentiroso —me suelta. Digna madre de su hija.

—Señora, por favor —le ruego: ¡menuda nohecita llevo de súplicas!—, tengo que hablar con ella.

—Pues a mí no me importaría que hablastes con Sofía, la verdad. —Estoy a punto de saltar de alegría—, pero resulta que acaba de irse.

—¿Irse? ¿Adónde?

—A conocer a su padre.

¡Joder! ¿Tenía que ser precisamente hoy?

—Y, ¿puedo saber dónde es eso? —La pregunta la hago con una latente y enorme exasperación. Vamos, que no tienen ni idea de cómo me están tocando

los huevos esta noche entre todas.

—Sí, claro —contesta, haciéndome ojitos—, yo te doy lo que me pidas, guapo.

Sin comentarios.

Me entrega la dirección apuntada en un trozo de papel y se deja caer sobre el marco de la puerta en una actitud total de *femme fatale*.

—Muchas gracias, señora.

—Señorita —contesta con un aleteo de pestañas—. Si te das prisa, todavía puedes pillar el mismo autobús que Sofía. Por cierto —añade antes de que empiece a bajar los escalones—, ¿tú no tendrás un padre, un hermano mayor o algo parecido?

No me molesto en contestar. Ahora entiendo a la pobre Sofía. Yo también hubiese llevado una agenda donde apuntarlo todo y hasta un ordenador enchufado a la cabeza con tal de tener una vida más ordenada que la señora del salto de cama de leopardo.

* * *

Por supuesto, el autobús de Sofía ya había salido, pero, para aclarar ligeramente una noche negra, me han comunicado que sale otro en media hora.

El cansancio comienza a hacer mella en mí y termino dormido sentado en uno de los incómodos bancos de metal de la estación. Suerte que sólo deben de haber sido unos minutos, porque he despertado sobresaltado y me he levantado de un brinco para correr en busca del autobús. Durante esa corta carrera, me topo de golpe con una señora que corre en dirección contraria con su hijo en brazos y, ¡chof!, suelta sobre mí el vaso que llevaba de chocolate caliente de la máquina.

—¡Oh, Dios mío, perdone! —grita la mujer—. No se preocupe, con unas toallitas de bebé que llevo siempre encima y un poco de agua caliente del baño se lo arreglo.

—¡No, señora, gracias —replico mientras me alejo de ella—, tengo que irme o me quedo en tierra!

Vaya cara que están poniendo los viajeros que ya están en sus sitios y me ven subir al vehículo. Normal, si llevo traje y corbata, pero con una enorme mancha de chocolate que abarca desde el pecho hasta la bragueta.

—Buenas noches —me limito a saludar.

A fuerza de mantener los ojos abiertos durante todo el trayecto, logro llegar despierto a mi destino. Deben de ser las tantas de la noche, pero ya no tengo fuerzas ni para mirar el reloj, porque el móvil hace rato que se quedó sin batería.

Llego a la dirección que me dio la madre de Sofía. Es una casa con pinta de acogedora, pero, como es normal, todo está a oscuras... aunque me ha parecido ver que alguien entra por la puerta principal...

—¡Perdone! —lo llamo—. ¡Estoy buscando a Sofía Valverde!

El hombre se acerca a la verja exterior y eleva una ceja al verme. No recordaba la facha que llevo.

—Elena me ha dado su dirección —le aclaro demasiado desesperado—, pero no sé si puedo haberme equivocado. —Miro hacia el número que adorna el buzón, y parece correcto.

—¿Y usted es?

—Soy Álvaro Cardona. Me han dicho que tal vez Sofía pueda estar aquí.

—Estuvo, pero ya se ha marchado. Y era el último autobús. Dudo que pueda encontrar ningún otro medio de transporte a estas horas.

—Fantástico —murmuro, enredando mis dedos entre mi pelo hasta clavarme las uñas en el cuero cabelludo—, genial, maravilloso, estupendo... ¡Qué coño le he hecho yo al karma para que me trate así!

—Amigo —me dice mientras me abre la puerta metálica—, he tenido una larga noche de insomnio desde que cierta jovencita me visitara y necesito una copa. ¿Me acompaña? Creo que la necesita más que yo.

—Buena idea —suspiro.

Lo acompaño al porche, de donde saca una botella y dos vasos que guarda en un pequeño armario. Nos sentamos y sirve las bebidas. Me lo quedo mirando.

—¿No es usted el escritor? —le pregunto—. ¿Diego Silva?

—Exactamente. —Da un trago y me sonrío.

—Vaya —suelto divertido—, Sofía lo lleva en la sangre.

—Y usted debe de ser ese que la ha engañado, pero al que sigue queriendo.

—Posiblemente. —Ambos sonreímos—. ¿Sabe? En casa de mi padre tengo un chófer, varios coches y hasta un helicóptero, pero aquí estoy, tirado en medio de no sé dónde sin una puta forma de salir de aquí.

—No creo que tarde mucho en abrir la agencia de coches de alquiler —me

comunica mientras mira al cielo, que ya anuncia el alba—. Si se espera un poco, podrá volver a tiempo y arreglar lo que no hizo bien en su momento.

—Gracias, eso haré. —Elevo mi mano con el vaso de whisky y hago un pequeño brindis. Ya veremos si soy capaz de conducir bebido y con un sueño que casi me deja dormido de pie.

CAPÍTULO 33

Sofía

No he dormido una mierda y llevo una pinta que me podría hacer pasar por vagabunda, pero me siento tan bien que tengo ganas de cantar y bailar.

—¡Chicas! —llamo a mis amigas en cuanto abro la puerta—. ¿Hay alguien vivo por aquí?

Se oyen un par de gruñidos de oso procedentes de la cocina.

—Vaya —me dice Noe—. Ya era hora. Si no nos llega a informar tu madre de tu paradero, a estas horas te estarían buscando hasta con perros policía. ¡Porque resulta que tú no nos has llamado ni coges el móvil desde hace más de veinticuatro horas!

—Lo siento. —Me lanzo sobre ellas, las abrazo y las lleno de besos—, pero tenía que pensar.

—Muy bonito, guapa —gruñe Noe—. Y nosotras, mientras tanto, aquí, aguantando al idiota de tu novio. Podrá estar tremendo y estar podrido de pasta, pero a capullo no lo gana nadie.

—¿Álvaro ha estado aquí? —exclamo alucinada.

—Di mejor que ha acampado aquí —contesta Sandra, entre risas—. Estaba loco por verte, tía, desesperado.

—¿Y adónde fue después? —les pregunto igual de desesperada.

—A casa de tu madre, pero hace horas de eso —se lamenta Sandra—. Lo único que puedo decirte es que Miguel y Carlos no saben nada de él desde ayer por la mañana.

—Joder, ¡tengo que verlo! —Cojo de nuevo mi mochila y salgo por la puerta.

—¡Sofía! —oigo gritar a Noe—. ¡Date una ducha primero! ¡Me parece que es la primera vez que las glándulas de tus axilas han funcionado!

—¡No tengo tiempo! —grito.

* * *

—¡Mamá! —la llamo, aporreando la puerta—. ¡Mamá!

—¿Qué quieres? —se queja cuando abre—. No puede ser que me hagáis acostarme tarde y luego madrugar. ¡Que sólo son las nueve, coño!

—¡Sólo quería preguntarte si Álvaro estuvo aquí y adónde fue!

—Fue detrás de ti —rezonga—. Le di la dirección de tu padre y fue para allá, corriendo, como un loco enamorado. ¿Puedo irme a dormir ya?

—Sí, mamá. —Sonrío como una boba.

¿Fue a casa de mi padre? ¿Detrás de mí? ¿Como un loco enamorado?

Corro escaleras abajo y me detengo en medio de la acera. Comienzo a dar vueltas y vueltas sobre mí misma. ¿Qué hago? ¿Adónde voy?

Las vueltas, aparte de marearme y provocar que un señor haya tenido que sujetarme para que no me cayese de culo en medio de la acera, me han aireado un poco el cerebro. Se me ocurre sólo un sitio donde ir a buscar a Álvaro. Levanto el brazo y paro un taxi. Espero que por mi aspecto no piense el taxista que acabo de escaparme de un psiquiátrico.

CAPÍTULO 34

Álvaro

Música *heavy* en la radio, todas las ventanillas del coche bajadas, tres paradas para beber litro y medio de café... Espero que sea suficiente para que mis ojos se mantengan abiertos hasta llegar a Barcelona.

Aunque, ¿qué hago al llegar? ¿Adónde voy? Ahora mismo daría lo que fuera por poder tirarme en una cama y dormir y dormir durante horas y horas...

—¡Mierda! —Acabo de dar un volantazo para no comerme una furgoneta de frente.

Creo que lo mejor va a ser dejar el coche en cualquier aparcamiento y seguir mi trayecto a pie. En cuanto pueda, llamaré a la agencia y les comunicaré dónde pueden venir a buscarlo.

Me doy cuenta de que la ciudad aún está lejos, pero que, sólo a cinco minutos caminando, estaré frente al edificio de Temex, de mi nuevo y antiguo lugar de trabajo, mi vida, aquello por lo que llevo meses peleando. Un par de tipos con pinta de ejecutivos pasan por mi lado y me miran desconcertados. Claro, ya no recordaba la facha que llevo. Debo parecer recién salido de un manicomio.

Clavo mis pies en medio de la acera. Justo delante de la entrada al edificio está parando un taxi, de donde sale Sofía. Ya no sé si me he quedado dormido en medio de la calle y estoy soñando, o mi falta de sueño me hace sufrir alucinaciones. Pero no, nada de eso, es ella, porque, después de quedar plantada frente a la fastuosa entrada, ha girado la cabeza, me ha visto y ha sonreído. Yo también sonrío. He pasado una noche de mierda, estoy agotado, sucio y asqueado, pero la recompensa de verla hace que todo haya merecido la pena.

Camino hacia ella. Ella también camina hacia mí. De pronto, interrumpiendo la cinematográfica escena, surge del edificio una mujer escoltada por dos tipos que se dirigen hacia mí. ¡Joder, es Míriam con su guardaespaldas y su abogado!

Antes de que pueda alcanzar a Sofía, Míriam se para ante mí y me arrea una bofetada que hace que me tambalee hacia atrás y deje de oír por unos instantes. Siento, incluso, la tibieza de la sangre manar de mi nariz.

—Maldito hijo de puta —sisea—. Eres un puto inútil y sólo espero que hundas y arruines todo lo que te deje tu padre.

A punto estoy de responderle alguna gilipollez, cuando observo una sombra que se abalanza sobre Míriam con fuerza y a toda velocidad.

¡Hostias, es Sofía!

—¿Qué haces pegándole, zorra?!

El escolta ruso de Míriam, al suponerla amenazada, le da un empujón a Sofía que la tira al suelo de espaldas. Y eso sí que no puedo permitirlo.

—¡Menudo matón, pegando a una mujer! ¡Pégame a mí, cabrón!

Y eso ha hecho exactamente. No tengo muy claro si he perdido el conocimiento, pero puedo sentir a la perfección el golpe que ha dado mi espalda contra el suelo y el dolor de los puñetazos en mi cara.

CAPÍTULO 35

Sofía

Ya estoy frente a la todopoderosa empresa Temex, donde se supone que trabaja Álvaro, o trabajaba, o trabajará, no lo tengo todavía muy claro. Bueno, y que también es de su propiedad junto a su padre, algo a lo que no me acabo de habituar.

Pero ya no me importa nada de eso, si es rico, pobre, millonario, el dueño del mundo o no tiene ni para pipas. Yo sólo sé que deseo verlo ahora mismo y, después de que lo abrace y me lo coma a besos, ya me explicará lo que sea.

Coloco una mano sobre mi frente para eludir el brillo del sol de la mañana que se refleja en las interminables ventanas del edificio, blanco, inmenso, con una cúpula central acristalada que todavía le otorga más imagen de poderío. Pero giro la cabeza porque presiento que alguien me está mirando, esa sensación que solemos tener y que es como un cosquilleo que nos alerta de una presencia. Y es él, Álvaro, que me está observando desde el final de la calle. Me sonrío y le correspondo, porque con esa sonrisa ha sido capaz de calentarme por dentro, de hacerme olvidar todo lo extraño que haya podido pasarme en los últimos días y sólo hacerme desear correr hacia a él y abrazarlo.

Frunzo el ceño cuando alguien se interpone en nuestro camino y me impide acercarme a él. Una mujer escoltada por dos hombres se para delante de Álvaro, le dice algo y le suelta un guantazo que me ha dolido hasta a mí. Camino... mejor dicho, corro hacia ellos y aparto a la tía de un manotazo.

—¿Qué haces pegándole, zorra?

No me ha dado tiempo ni de terminar la frase que ya me veo de culo en el suelo del empujón que me acaba de propinar un tipo con pinta de soldado ruso y

compleción de armario empotrado.

Lo siguiente pasa muy rápido: Álvaro me defiende y acaba llevándose la peor parte, pues el cosaco le ha atizado un puñetazo que también lo ha tirado sobre la acera. Pero, en este caso, no se conforma con eso, pues continúa atizándole y atizándole, haciendo que Álvaro sangre por la nariz y los labios...

Nunca me había invadido tanta furia como ahora mismo.

Me lanzo sobre Álvaro, colocándome en medio, arriesgándome a recibir un puñetazo que, como mínimo, me fracture un hueso.

—¡Dejadlo en paz, joder! —grito—. ¡Sólo ha querido defenderme! ¿Quién coño sois vosotros?

—Para, Yuri —ordena la mujer—. Y tú, ¿quién eres? —me pregunta, borde y altiva.

—Soy Sofía, y soy su novia. —Ayudo a Álvaro a incorporarse del suelo hasta que ambos quedamos sentados.

—¿Su novia? —Alza sus perfectas cejas y me mira de arriba abajo, con una total expresión de «pues menuda porquería de novia».

Y ya imagino lo que está viendo: mi coleta deshecha, mi cara demacrada, mis ojeras, mi camiseta infantil arrugada y sudada...

—Pues que te sea leve —me suelta, mientras se coloca sus enormes gafas de sol—... porque a este imbécil —señala a Álvaro—, si le quitas su dinero, sólo queda de él un inútil inmaduro que no sabe ni echar un polvo en condiciones. Adiós, Álvaro. —Dicho esto, se aleja con un iracundo guardaespaldas y un muy alucinado abogado que no se ha atrevido ni a abrir la boca.

—Muérete, zorra —murmuro—. Qué sabrás tú.

—Ignórala —me pide Álvaro. Todavía estamos sentados en medio de la acera.

—¿Es ésa tu famosa secretaria y amante? —inquiero—. ¿La que se casó con tu padre?

—Sí, ésa es Míriam —me contesta con una mueca de dolor. Busco un pañuelo en mi bolso e intento limpiar un poco la sangre que le brota de la nariz y la comisura de la boca—. Siento que hayas tenido que soportarla.

—Oh, no importa —le digo, desinteresada—. Lo único que ha demostrado es estar muy jodida. Seguro que el escolta gigante ese ruso que lleva la tiene muy pequeña.

Reímos los dos un instante y después nos miramos. Madre mía, no sé cuál de los dos tiene peor aspecto, aunque creo que gana él, con el cabello alborotado, sin afeitar, los golpes en la cara y la sangre, unas ojeras de órdago, un traje arrugado y lleno de manchas secas... Parece que le haya pasado un camión por encima, pero, justo en este momento, mi estómago bulle, como siempre, con miles de burbujas que explotan mientras se van elevando a mi pecho y me producen las ganas que estoy sintiendo de abrazarlo.

—Estás hecho una mierda —afirmo.

—Sin embargo, tú —responde, mientras coloca un enredado mechón de mi pelo rubio detrás de mi oreja—, estás preciosa.

Oh, Dios, que me deshago...

—Nunca tuve intención de mentirte —me aclara, sin dejar de clavar sus ojos en los míos—. Sólo que no me esperaba nada de lo que pasó, ni conocerte, ni enamorarme de ti...

—Álvaro... —Imposible evitar la lagrimilla que me baja por la mejilla.

—Aunque —continúa a la vez que seca mi lágrima con sus dedos—, en realidad, era verdad lo poco que te conté. Me había peleado con mi padre, no tenía un euro en el bolsillo y no había forma de encontrar trabajo porque él se había encargado de que no lo tuviera. Vivía de la caridad de mis amigos y tuve que aceptar el trabajo más extraño del mundo, por lo cual estaré agradecido a Miguel toda mi vida.

—Me da igual el dinero que tengas —intervengo, acariciando su pelo—, en lo que trabajes o lo que hagas. Mi vida es totalmente impredecible desde que te conocí y soy feliz por ello. Te quiero, Álvaro Con o Sin Apellido.

Acercó mi boca a la suya y lo beso, pero siento bajo mis labios el respingo que emite por el dolor.

—Lo siento —me disculpo.

—Ni se te ocurra dejar de besarme —me ordena—. Llevo toda la noche detrás de ti y lo mínimo que me merezco es un beso tuyo, digo yo. Y si me duele, me aguanto. A veces las cosas te han de doler para valorarlas y...

No lo dejo ni terminar de hablar. Me lanzo sobre él y lo abrazo con fuerza a la vez que abro su boca con la mía y beso sus labios, enredo mi lengua con la suya y saboreo el regusto metálico de la sangre al mismo tiempo que paladeo su anhelo, su ansia y su desesperación por besarme. Enredo mis manos en su pelo y

él acuna mi rostro entre las suyas, para poder buscar un mejor ángulo y amoldar nuestras bocas, que se buscan ansiosas.

—Le estás tomando el gusto a esto de besarnos en público —me comenta divertido cuando, a regañadientes, nos separamos. Entre algún quejido de dolor, se pone en pie y me ayuda a levantarme.

—Espera que te pille a solas —replico traviesa—, y te haré algo más que besarte.

Interrumpo mis risas cuando lo veo mirar hacia el edificio de su empresa. Presenta una expresión triste y meditabunda.

—¿Tienes que entrar ahí? —le pregunto—. ¿Habías quedado con tu padre?

—No importa —suspira—. Acabo de volver, demostrándole a mi padre que no se me caen los anillos por trabajar desde abajo, pero hoy ya son las diez de la mañana y no me he presentado, y yo no quería que creyera que me lo tomo como el pito del sereno sólo porque soy el hijo del dueño. Quiero que crea y confíe en mí, pero con mis actos lo único que logro es todo lo contrario.

—Pero ¡no ha sido culpa tuya! —exclamo.

—No te preocupes. —Se frota el rostro con las manos, intentando borrar un cansancio que es imposible disipar—. Ya hablaré con él. Está visto que, entre unas cosas y otras, nunca estoy en el lugar apropiado.

¡No voy a permitir más problemas entre Álvaro y su padre, y menos por mi culpa!

—Lo que está visto —le digo, cogiéndolo de una mano para arrastrarlo hasta la entrada de la compañía— es que tú estás más dormido que yo. Ven aquí ahora mismo.

—¿Qué... qué haces, Sofía? —protesta mientras tiro de él.

Aunque sucia y despeinada, estoy bien despierta y más decidida que nunca. Cuando accedemos a la recepción, una chica nos llama la atención antes de que podamos dirigirnos al ascensor.

—¡Señor Cardona! Tiene usted que...

—A ver, señorita —Álvaro parece reaccionar y se gira ante la joven del mostrador—, ¿no irá a pedirme hoy también el DNI, verdad?

—Yo... lo digo por su acompañante. Ella no puede pasar.

—¡Ella viene conmigo! —brama—. ¡Y a ver si se les mete a todos ustedes en la cabeza —se dirige a empleados y vigilantes— que puedo entrar y salir de este

edificio cuando me dé la puta gana! ¡Soy Álvaro Cardona y tengo, junto a mi padre, el setenta y cinco por ciento de las acciones del Grupo Temex! ¡Así que, el que vuelva a intentar prohibirme la entrada a este lugar, quedará despedido de inmediato! ¿Lo han entendido?

—Por supuesto, señor Cardona —balbucean.

Cuando ya estamos en el interior del ascensor, lo rodeo con mis brazos.

—Cómo me gusta esa vena tuya de hombre poderoso —susurro de forma sensual—. Te haría el amor aquí ahora mismo.

—Estoy hecho polvo, pero podemos intentarlo. —Sonríe.

—No —le digo con rotundidad. Agarro su mano y salimos del cubículo para atravesar un largo pasillo de oficinas y despachos cuyos ocupantes salen y entran en medio de una frenética actividad—. Ahora tenemos otra cosa que hacer. ¿Dónde está el despacho de tu padre?

Álvaro eleva una de las cejas y suelta una carcajada.

—El último a la izquierda, pero tendrás que pasar primero por Adela, su secretaria guardiana.

—Hoy ya he cubierto el cupo de aguante de secretarias —gruño.

Rodeo el espacio donde se ubica la tal Adela y me lanzo sobre la puerta que custodia.

—¡Señor Cardona! —nos grita la mujer—. ¡No puede entrar ahí!

Pero a mí ya todo me importa un bledo. Llevo demasiado tiempo, años y años, reprimiéndome, conteniéndome, para que ahora vaya a parar porque la primera petarda que me encuentre me prohíba nada.

Abro de golpe la puerta del despacho y nos encontramos frente a nosotros al magnate al que sólo conozco de oídas y que nunca pensé conocer en persona, pero al que le voy a decir unas cuantas cosas claritas. Está sentado detrás de su mesa, vestido de forma impecable y con una extraña expresión, entre sorpresa y estoicismo.

—Lo siento, señor Cardona —se disculpa la secretaria.

—No importa, Adela, puedes marcharte. Álvaro —se dirige después a su hijo sin dejar de mirarme a mí—, ¿qué significa esto?

—Yo le diré qué significa esto. —Me acerco a él y apoyo mis manos sobre su mesa. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan valiente—. Significa que su hijo teme decepcionarlo, después de todo lo que tuvo que aguantar de usted. No

sólo lo dejó tirado, sino que lo despojó de su autoestima al negarle demostrar su valía en cualquier otra empresa. ¡Y Álvaro vale mucho, señor Cardona!

—Sofía, cariño... —trata de apaciguarme éste.

—¡Déjame que acabe! —Y continúo, exacerbada, sin escucharlo—. Seguro que usted no tiene muy claro la clase de persona que es Álvaro, amigo de sus amigos, responsable en un trabajo que era una porquería de trabajo, por no hablar de todo lo que ha hecho por mí, a pesar de ser para él un continuo grano en el culo...

—Sofía... —vuelve a intentar tranquilizarme Álvaro, acariciando mi brazo. Me mosqueo cuando, tanto él como su padre, lucen una sonrisa en sus bonitas bocas.

—Y aunque no ha dejado de sacarme de quicio desde el primer momento — ignoro las sonrisas—, ha conseguido que mi vida tenga más sentido que nunca. ¡Ha logrado que me enamore de él y que lo quiera como no he querido nunca a nadie! ¡Y me importan una mierda todas las mujeres despechadas del planeta que decidan insultarlo, porque en la cama es el mejor amante del mundo!

Un leve carraspeo suena a mi espalda.

Ay, madre.

Me giro muy lentamente y compruebo que, detrás de mí, al fondo del despacho, permanecen sentadas alrededor de una mesa al menos una docena de personas que parecen seguir mi diatriba con total interés.

—Joder —murmuro mientras me muero de la vergüenza.

—Era eso lo que intentaba decirte —me consuela Álvaro—, aunque igual hemos tenido suerte si son clientes austríacos y no han entendido ni papa.

—Pues no, lo siento —murmura uno de ellos—. Somos de Valladolid. Los responsables de Lentis, una de las marcas absorbidas por Temex.

Genial.

Vuelvo a mirar a Jaime Cardona. Aun con su expresión casi impertérrita, luce un evidente brillo en sus ojos castaños. Con esa expresión casi risueña y las pocas canas que presentan sus sienes, logra parecer bastante más joven.

—Me alegra que me haya recordado las virtudes de mi hijo, señorita Sofía, pero, puedo corroborarle que ya las conocía.

—No existe ya problema alguno entre mi padre y yo —me informa Álvaro—. Ha sido cosa mía, que me dolía volver a fallarle porque era fallarme a mí

mismo, incluso a ti.

—Pues muchas gracias por haberme avisado, cariño —farfullo entre dientes—. Ya podrías haberme parado mientras me veías venir corriendo desbocada a salvar tu dignidad.

—Se te veía tan lanzada, dispuesta a enfrentarte a mi padre por mí...

—Muy gracioso —gruño.

—No os enfadéis por mi culpa. —El principal accionista del mayor monopolio de Europa se levanta de su sillón, se disculpa ante su visita y nos invita a seguirlo—. Por favor, acompañadme. —Álvaro y yo lo seguimos hasta que nos abre la puerta de un despacho.

—¡Es mi despacho! —exclama Álvaro—. ¡Y está exactamente igual que lo dejé hace meses!

—Por supuesto —afirma satisfecho su padre—. Esperando a que volvieras a ocuparlo. —Se saca una llave de su bolsillo, abre uno de los cajones de la mesa y extrae de él varios juegos de llaves—. Toma, creo que esto es tuyo. —Hace oscilar ante él un llavero con el logo de BMW.

—¿Las llaves de mi antiguo coche?

—Por supuesto que no. De tu nuevo coche. Y éstas —añade al ofrecerle otro juego— son las de tu apartamento, que también permanece esperándote.

—Gracias, papá —le agradece Álvaro al tiempo que las aprieta en sus manos.

—Y ahora —nos dice Jaime—, creo que lo mejor será que os vayáis a duchar, a dormir y a descansar, que falta os hace. Eso sí, Álvaro, mañana te quiero aquí, en tu despacho, a las ocho y media. Y no admitiré excusas. —Me mira a mí sin disimulo alguno. ¿Para qué va a disimular ante mí un tipo rico y poderoso como éste?

—Te tomo la palabra —le dice Álvaro, sonriente.

—Yo... quería decirle... —No me salen las palabras para reconocerle a este hombre que, quizá, sólo quizá, me he precipitado un poco.

—No importa —me corta—. Mientras no te tomes como un hábito el entrar en mi edificio de esa forma, me alegro de conocerte.

—Igualmente —murmuro mientras lo veo alejarse.

—Tranquila, cariño —me anima Álvaro al tiempo que rodea mi cintura con sus brazos—. Está claro que no hay manera de que tú y yo hagamos las cosas de

forma sencilla.

* * *

—Tienes un bonito apartamento —le digo a Álvaro cuando hemos accedido a su propiedad en el centro de la ciudad—. No me lo imaginaba así.

Y es cierto, pues, cuando me ha invitado a subir con él, me esperaba un lugar diferente, más moderno, vanguardista y juvenil. Pero he quedado gratamente sorprendida cuando he admirado sus muebles de robusta madera, sus interminables estanterías repletas de libros, el suelo cubierto de cálidas alfombras, bonitas esculturas y cuadros que deben de costar una fortuna.

—¿Y cómo te lo imaginabas? —Mientras hablamos, nos dirigimos al cuarto de baño, pues ambos necesitamos urgentemente desprendernos de nuestras sucias ropas y darnos una larga y relajante ducha después de una noche tan larga.

—No sé, el típico piso de soltero rico, con el último grito en decoración atrevida y ultramoderna.

—¿Decepcionada? —susurra mientras se va despojando de la ropa.

—No —respondo mientras me quito la mía—. Me gusta esta faceta tuya tan clásica. Me parece un lugar precioso para ser un picadero.

Sonríe pero no se molesta en negarlo.

—No voy a tratar de quedar bien ni mentirte diciendo que eres la primera chica en venir aquí, pero sí quiero que sepas que me gustaría que fueses la última.

—Nunca me habían dicho nada tan romántico y prometedor, señor Cardona.

Álvaro abre el grifo superior de la ducha y nos introducimos los dos tras la enorme mampara transparente. Ambos cerramos los ojos al sentir la tibieza del agua reparadora que nos cubre y se lleva por el desagüe horas, incluso días, de incertidumbre y malentendidos.

Pillo de su repisa una esponja y jabón y empiezo a cubrir su cuerpo de espuma. Él se deja hacer, sólo me mira, y me parece un acto tan sensual...

—Mi mente me dice que estoy cansado —murmura mientras desliza sus manos enjabonadas por mis glúteos, mi vientre y mis pechos. Se recrea en mis pezones, que resbalan entre los pellizcos de sus dedos, y yo ya me estoy poniendo a cien. Me parece lo más relajante a la vez que lo más erótico del

mundo que nos enjabonemos el uno al otro, entre caricias y burbujas—, pero mi cuerpo se rebela.

—Yo también estoy para el arrastre, cansada, hambrienta y muerta de sueño —le digo mientras busco su cuello para clavar en él mis dientes y luego pasar mi lengua—, pero necesito tanto hacer el amor contigo...

—Y yo no voy a permitir que pases ninguna necesidad.

Sin dejar de besarnos, desnudos y resbaladizos, salimos de la ducha y vamos en busca de algún lugar más cómodo, ya sea una cama o mueble en posición horizontal. Álvaro, en un momento de lucidez, me pone un albornoz blanco que hay colgado tras la puerta y me toma en brazos para llevarme a su dormitorio, donde caemos sobre el colchón. Él se coloca boca arriba mientras yo lo beso por todas partes. Siento una especie de necesidad visceral de tocarlo, besarlo, acariciarlo, como si de esa forma pudiésemos estar todavía más cerca, más unidos. El albornoz me estorba y ceso un instante mi festín de piel masculina para incorporarme, desprenderme de él y dejarlo a los pies de la cama. Aprovecho para posar mis labios sobre sus piernas y sentir la aspereza del vello en mi lengua mientras voy ascendiendo hacia arriba, más arriba...

Paro mi avance al observar el movimiento pausado que ejerce el abdomen de Álvaro, que sube y baja con su cadenciosa respiración.

—¿Álvaro?

No me contesta, claro, pues está profundamente dormido. Acaricio su áspero mentón, aparto un mechón de pelo de su frente y le doy un beso en los labios. Agarro el borde de la colcha y tiro de ella para cubrirnos hasta la cintura. En realidad, también era mi cuerpo el que actuaba, deseoso de fundirse con el suyo, pero mi mente coincide con la de Álvaro al recordarme que no puedo ni con mi alma.

Apoyo la cabeza sobre su pecho, coloco mi brazo en su estómago y cierro los ojos. Tendremos tiempo de sobras para amarnos de ahora en adelante.

—Adoro mi nueva vida imperfecta —murmuro antes de quedarme dormida—. Y te adoro a ti, Álvaro Cardona.

EPÍLOGO

Diez años después

—Y así, de esa forma tan peculiar y extraña, se conocieron el príncipe y la escritora.

—¿Y se casaron y fueron felices?

—Por supuesto.

—¿Aunque al principio se hacían rabiar todo el tiempo?

—Sí —río—, a pesar de hacerse muuuucho de rabiar.

—¿Y tuvieron bebés?

—Vamos, ya es hora de que te echas a dormir.

Sentada en el filo de su cama, colocó bien la ropa para que mi hija entienda que debe dormir.

—¡Cuéntame sólo un poquito más! Va, mami...

—¡Te he contado la misma historia como cien veces! Conoces perfectamente el final.

—Sí —ríe traviesa—, porque ya sé que el príncipe es papá y la escritora famosa eres tú.

—Pues, si ya lo sabes, mejor continuamos otro día, que es tarde.

—Pero siempre que me estás contando este cuento coincide que llega papá. ¿Por qué viene hoy tan tarde?

—Habrá tenido mucho trabajo. Recuerda que el abuelo ya se retiró y no puede ayudarlo.

—¡Holaaa! —Al oír el saludo desde la puerta, dudo de si ha sido mi hija o yo misma la que ha emitido la sonrisa más grande—. ¿Todavía quedan niñas despiertas por aquí?

—¡Sí! —exclama mi pequeña—. ¡Papi! ¡Llegas tarde!

—Lo sé. —Álvaro se inclina ante ella, le da un beso en la frente y la arropa con infinito cariño—. Te prometo que dentro de unos días llegaré más temprano y te recompensaré.

—¿El abuelito Jaime ya no te ayuda?

—Sólo un poco, desde casa. El pobre se aburre tanto que no puede dejar el trabajo del todo. Hoy, precisamente, me ha pedido que vayamos a verlo este fin de semana.

—¡Sí! ¡Quiero ir a casa del abuelo! Me gusta cuando juega conmigo y me explica cosas de su trabajo.

—¿Cosas de su trabajo? —Frunzo el ceño y miro a Álvaro. Este hombre debe de estar preparando ya a su futura sucesora.

—También me gusta jugar contigo, papi. —La pobre bosteza y se abraza a su delfín de peluche mientras se acurruca en su almohada—. ¿Sabes? Mami me ha vuelto a contar la historia del príncipe y la escritora.

—¿Ah, sí? —Me mira de reajo—. Pero ¿ya habéis llegado al final?

—No, pero me lo sé —contesta pícara.

—¿No eres un poco pequeña para ese tipo de historias?

—Ya tengo ocho años...

—Oh, claro, perdona. Eres muy mayor.

—¿Ya no piensas que mami sea una estirada?

—No —vuelve a mirarme de reajo—, ya no lo pienso.

—Papi, ¿qué es una estirada?

Es lo último que dice antes de quedarse dormida.

—Llegas tarde —le susurro mientras salimos de la habitación y dejo la puerta entornada—. ¿Mucho trabajo?

—Demasiado —bufa—. A veces echo de menos aquella época en la que no hice el huevo mientras vivía con Carlos y Miguel.

—Pues en aquella época no dejabas de quejarte por no hacer nada. —Camino a través del pasillo con Álvaro siguiendo mis pasos hasta que entramos en otra habitación—. Y ahora te quejas por hacer demasiado. ¡Si es que nunca estamos conformes!

—Calla —me susurra—, a ver si lo vas a despertar.

Ambos nos quedamos mirando la pequeña cuna situada en el centro de la

habitación, con sus volantes de puntillas, sus sabanitas de raso y su móvil musical que en estos momentos, por suerte, permanece silencioso sobre el rollizo bebé que duerme tranquilamente. Todas las chorradas llevan la etiqueta de Elena Valverde, quien, después de que se le pasara el disgusto por ser abuela con la niña, supo adaptarse a la situación cuando nació su nieto y no cesa de colmarlo de detalles infantiles de lo más pomposos.

—Sí, mejor no tentar a la suerte —murmuro, mientras acaricio con delicadeza la suave mejilla regordeta—, porque lleva unas nohecitas... El otro día, tomando un café con Sandra y Noe, tuvieron que despertarme porque me había quedado frita mientras le daba vueltas a la cucharilla. ¡Sentada en una silla y sin apoyar la cabeza en ninguna parte! Joder, las muy petardas me hicieron fotos y las enviaron a todos los grupos.

—Ya las vi —me suelta el muy capullo—. Parecías una de esas muertas de las fotos antiguas.

—Muy gracioso —gruño.

—No te enfades. Esta noche me levantaré yo, así que vuelve a colocar el *walkie-talkie* a su lado.

—Me sabe mal. —Conecto uno de los transmisores y me llevo el otro hasta nuestro dormitorio—. Yo trabajo en casa y puedo echarme de vez en cuando, mientras que tú...

—No se hable más. Los dos somos igual de responsables de su cuidado, y tú también necesitas estar despejada para escribir. Hay demasiada gente esperando tu próxima novela, con la incógnita de no saber si será de suspense o romántica.

Sonrío cuando empiezo a captar sus intenciones. Me ha cogido de la mano y acaba de cerrar la puerta de nuestra habitación. Deja el *walkie* sobre su mesilla y me empuja contra la pared.

—Dios —gime mientras sus manos se mueven ansiosas—, llevamos demasiadas noches durmiendo a plazos, únicamente pendientes del niño, y se me hace eterno tanto tiempo sin ti. Estoy empezando a soñar contigo en el trabajo. Hoy, sin ir más lejos —explica mientras desabrocha impaciente mi blusa—, estaba en una reunión con el consejo de administración y sólo era capaz de pensar en tenerte desnuda. Espero que nadie se haya fijado en mi bragueta o habrán pensado que me excitan todas esas cifras de la gestión financiera o sus pelos engominados y brillantes.

Mientras me habla, me ha sacado la blusa por los brazos y ha tirado del sujetador después de romper los corchetes. Cuando mis pechos quedan libres, para un momento y los contempla, embelesado, como si fuera la primera vez que los ve.

—Eres tan preciosa...

—No sé yo, después de tener dos hijos. —No puedo evitar emitir un gemido y cerrar los ojos cuando sus dedos comienzan a obrar su magia, pellizcando mis pezones, y su boca se lanza contra la mía. A pesar de su hambre por mí, sus manos se toman su tiempo para acariciar mis duros pezones y su lengua se pasea impunemente a lo largo de mi boca, haciendo que toda mi sangre hierva y corra a toda velocidad por mis venas.

—Me gustas más ahora —gime él, con sus manos abiertas abarcando mis pechos, ahora más grandes.

Continúa con sus besos, en este instante por mi cuello, para seguir por mi garganta y bajar para introducirse mis pezones en la boca. Los absorbe, los devora. ¡Dios, hace tanto tiempo...! Mi sexo se humedece y empapa mis bragas por momentos.

Apenas puedo hablar, ni moverme, por lo que dejo que siga desnudándose. Desabrocha mis vaqueros y los baja hasta mis tobillos junto con mis bragas. Se agacha y, con delicadeza, desliza mis sandalias y la ropa por mis pies. Se queda así, en cuclillas, para acariciar mis piernas, desde las pantorrillas hasta mis muslos, una y otra vez, arriba y abajo...

—Qué suave estás.

Entre mi nube de placer inconmensurable, recuerdo que es una suerte que me haya depilado hace poco, algo que pude conseguir por cortesía de mi hijo en un rato de su siesta. Aprovecho ese ínfimo instante de lucidez para abrir los ojos y mirar hacia abajo. ¡Joder! Estoy totalmente desnuda, en pie, apoyada en la pared, mientras Álvaro todavía sigue vestido con su traje y corbata, agachado frente a mí.

Es una escena tan erótica... Y conmigo de protagonista.

Sus manos de largos dedos se posan en mis caderas y, al verlo acercarse a mi centro de placer, abro las piernas por instinto.

Bueno, y porque estoy tan excitada que, si no me toca ahora mismo ahí abajo, moriré de deseo insatisfecho.

—Qué mojada estás —susurra mientras abre mi sexo con los dedos.

—Oh, Dios, Álvaro, deja de torturarme.

Pues eso exactamente es lo que ha parecido decidir, practicarme la peor de las torturas, porque vuelve a ponerse en pie.

—¿Qué haces? —le grito.

Me mira con expresión pícaro, pero lo conozco y sé que está tan dolorido como lo estoy yo. Me fijo en sus manos, que trajinan con su pantalón. Se baja la cremallera y extrae su miembro, grueso e hinchado.

—Lo que los dos estamos deseando.

De pronto me coge por las caderas, me abre del todo las piernas y, manteniendo mi espalda pegada a la pared, siento su suave glándula tantear la entrada a mi vagina.

—Llevo soñando tantos días con esto... —Con un seco golpe de cadera, me penetra de un golpe, esta vez ya sin preservativo, mientras sostiene mi peso en vilo.

¡Madre mía! Acabo de subir al cielo.

Es una sensación tan sorprendente, tan sublime, sentir mi cuerpo desnudo contra el roce de la tela de su ropa... Me aferro con fuerza a sus hombros y dejo que me embista una y otra vez. No deja de mirarme a los ojos, y los suyos están más oscuros que nunca, con un brillo de lujuria que es capaz de hacerme sentir la más hermosa y deseada.

—Te deseo, Sofía —gime tras cada embestida—. Te deseo, te deseo... Da igual los años que llevemos juntos, las veces que vuelva a follarte..., te deseo cada vez más.

Yo no digo ni palabra, más que nada porque mi cuerpo se dedica a resistir sus fuertes envites y de mi garganta sólo pueden salir jadeos ahogados de placer.

—Álvaro... —es lo único que acierto a decir—, Álvaro, Álvaro...

Y ahora deseo chillar. El orgasmo ha inundado todo mi cuerpo y el placer que siento es salvaje, increíble, casi imposible de soportar.

Álvaro, antes de que pueda emitir un grito que despierte a los niños, atrapa mi boca y se bebe mis gemidos mientras él exhala los suyos propios y deja que se mezclen en el interior de nuestras bocas. Al mismo tiempo, lanza una última embestida y siento el torrente de semen que inunda los temblores de mi vagina.

Durante unos instantes, nos limitamos a intentar respirar, a mirarnos, ambos

todavía perplejos por la magnitud del placer dado y recibido.

—No me has dejado ni desnudarte —le digo mientras él sale de mi cuerpo y yo me deslizo hasta el suelo.

—Creo que ambos necesitábamos algo así ya.

De pronto, el receptor del *walkie-talkie* comienza a emitir el sonido inconfundible del llanto de un bebé.

—No me lo puedo creer —suspira Álvaro, dejando caer su frente sobre la mía.

—Por lo menos ha sido considerado —bromeo y río, rodeando su cuerpo para abrazarlo.

—Sí, claro —gruñe—. Tendré que agradecerle a mi hijo que me deje follar a su madre durante cinco minutos.

Abro el cajón de mi cómoda y saco una bata. Me la pongo y cojo la mano de mi marido.

—¿Vienes conmigo a consolar a nuestro hijo?

—Vamos. —Enlaza sus dedos con los míos y, antes de que salgamos de la habitación, me toma la barbilla y me da un profundo pero suave beso—. Te quiero, Sofía Valverde.

—Yo también te quiero, Álvaro Cardona.

Porque nos amamos tal y como somos, con todo lo que conllevamos, en nuestra vida casi perfecta... pero sólo casi.

AGRADECIMIENTOS

Gracias, una vez más, a mi familia, porque sin todos ellos, nada tendría sentido. A mis hijos y mi marido, que ya se han acostumbrado a verme rodeada del caos de mi portátil, libretas, lápices y demás parafernalia. A mis padres, que se encargan, todavía, de que no me falte de nada. A mis hermanos, que los tengo en cuanto los necesito.

¡No os mováis de mi lado!

A mi amiga Montse, que, después de tantos años, seguimos conversando como si todavía fuésemos aquellas niñas adolescentes que no se separaban. A mi amiga Coral, que, a pesar de la distancia... ¿distancia? Contigo es como si no existiera, mi niña, porque te siento a mi lado cada día. ¡Te quiero!

A todas aquellas personas increíbles que me ha traído la escritura: Rose, gracias por tus llamadas y nuestras largas conversaciones. ¡Quiero verte ya!; Bea, una de las Brujas Pirujas a la que parece que conozca desde hace mucho más tiempo; a mis primas Loli y Paqui, mis nuevas lectoras incondicionales; a todos aquellos que emplean un poco de su tiempo en enviarme palabras de aliento y de ánimo...

Por supuesto, a los lectores, los que han estado siempre, los que se van sumando día a día. Gracias a todos ellos, que hacen posible que cada día me levante con la misma ilusión de escribir.

Y gracias, cómo no, a mi editora, Esther, por seguir creyendo en mí.

¡¡¡GRACIAS!!!

LINA

BIOGRAFÍA



Vivo en Lliçà d'Amunt, un pueblo cercano a Barcelona, junto a mi marido, mis dos hijos adolescentes y dos gatos.

Después de años alejada de los estudios, porque nunca es tarde, obtuve hace poco el título de Educadora Infantil, algo vocacional que llevaba demasiado tiempo deseando hacer, aunque ejercer en estos tiempos haya resultado demasiado complicado.

Y como yo parezco hacerlo todo un poco tarde, hace sólo algo más de un año decidí autopublicar mi primera novela, a la que ya han seguido algunas más. De esta experiencia maravillosa sólo puedo tener palabras de agradecimiento para mi familia, la auténtica sufridora de mis horas frente al ordenador, y para tantas y

tantas personas que me han apoyado, animado y felicitado, tanto cercanas como en la distancia. Y sobre todo para esos lectores que disfrutaban con mis historias, sin los que toda esta locura, a estas alturas de mi vida, no hubiese podido ser una realidad.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:
<https://www.facebook.com/lina.galangarcia?fref=ts>

REFERENCIAS DE LAS CANCIONES

Cómo te atreves, © Copyright 2016 Universal Music Spain S.L., interpretada por Morat. (*N. de la e.*)

«Sobre el amor y sus efectos secundarios», © Copyright 2017 Universal Music Spain S.L., álbum de Morat. (*N. de la e.*)

Sofía, © Copyright 2016, Universal Music Spain S.L., interpretada por Álvaro Soler. (*N. de la e.*)

NOTAS

[1]. ¿Hablas francés, Marcel? (*N. de la e.*)

[2]. Sí, señorita. Estoy encantado de estar aquí. (*N. de la e.*)

[3]. Gracias, Sofía, por el tiempo vivido juntos. (*N. de la e.*)

Quiero una vida imperfecta contigo
Lina Galán

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Jana Guothova / Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Lina Galán, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2018

ISBN: 978-84-08-18200-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

